

William Boyd

El amor es ciego

Narrativa Internacional Traducción de Pablo Sauras



William Boyd

El amor es ciego

La pasión de Brodie Moncur

Traducción del inglés de Pablo Sauras

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN
me gustaleer



[@Alfaguara](#)



[@Alfaguara_es](#)



[@editorial_alfaguara](#)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Para Susan

El último año de su vida, Antón [Chéjov] pensó en escribir otra obra de teatro. La historia no la tenía clara del todo, pero me contó que el protagonista, un científico, ama a una mujer que no le corresponde o le es infiel. El científico viaja al Extremo Norte. Se imaginaba así el acto tercero: un barco atrapado en el hielo y el cielo iluminado por la aurora boreal. Solo en la cubierta, en medio de un silencio total y del esplendor de la noche, el científico ve dibujarse en la aurora boreal la sombra de su amada.

O LGA K NIPPER- C HÉJOVA,
Los últimos años

Enamorarse es una aventura que carece de lógica: el único fenómeno que sentimos la tentación de calificar de sobrenatural en un mundo como el nuestro, tan razonable y anodino. El efecto no guarda proporción alguna con la causa.

R OBERT L OUIS S TEVENSON,
Virginibus Puerisque

Prólogo

Port Blair
Islas Andamán
Imperio británico

11 de marzo de 1906

Querida Amelia:

Anoche, en la cárcel, hubo un intento de fuga y se desató un pequeño motín. Es muy raro que ocurra. Murieron tres presos, pero unos cuantos consiguieron escapar. Así que se ha impuesto un toque de queda de veinticuatro horas en la ciudad: es la hora de comer y sin embargo aquí estoy, en casa, escribiendo esta carta que te debo desde hace tiempo.

Todo va bien. Estoy mucho mejor de la pierna (el doctor Klein está muy satisfecho, aunque llevo bastón..., lo que queda elegantísimo) y, poco a poco, la nueva tribu que hemos descubierto se está volviendo servicial. El administrador británico, el coronel Ticknell, me ayuda mucho. «Sus deseos son órdenes, señorita Arbogast —me dice—. No tenga reparo en pedirme nada, aunque sea una pequeñez». Y no, no tengo ningún reparo (ya me conoces). Se me ha ofrecido de todo: medios de transporte, porteadores, correo diplomático... y hasta un arma de fuego. Sospecho que el coronel tiene debilidad por mí y cree poder conquistarme con su solicitud. Supongo que no hay nada de malo en pensarlo. Me llamarás lagarta, taimada, pero aquí no queda más remedio.

Además, *mirabile dictu*, alguien ha contestado al anuncio que puse en el diario local y que yo misma me ocupé de fijar en la pared de la oficina de correos. ¡Por fin tengo un nuevo asistente!

Un policía está llamando a la puerta. Me parece que ha terminado el toque de queda. Te volveré a escribir más tarde.

Te saluda, como siempre con cariño, tu hermana,
Page

P. D.: Por cierto, el nuevo asistente es un escocés joven y espigado. Tiene unos treinta y cinco años y se llama Brodie Moncur.

Primera parte
EDIMBURGO
1894

1

Brodie Moncur permanecía en pie tras el escaparate principal de Channon & Co. observando el ajetreo de George Street: los transeúntes que caminaban a toda prisa, los coches y los carretones que renqueaban por la calle. Estaba lloviendo —una llovizna constante que de vez en cuando caía oblicua por las violentas ráfagas de viento—, y la luz plomiza y el agua habían teñido casi de negro las fachadas cubiertas de hollín de los edificios de enfrente. Parecen de terciopelo o de piel de topo, pensó Brodie. Se quitó las gafas y limpió las lentes con el pañuelo. Al mirar de nuevo por el escaparate vio que Edimburgo se había vuelto totalmente acuosa. Los edificios de enfrente eran un acantilado de ante negro.

Se puso las gafas, colocándose las patillas de alambre detrás de las orejas, y el mundo volvió a la normalidad. Se sacó el reloj del bolsillo del chaleco. Eran casi las nueve: había que ponerse manos a la obra. Abrió el flamante piano de cola que reposaba sobre la tarima, levantando la tapa curva, con su espejo incrustado (había sido idea suya incorporarlo con fines estrictamente expositivos): se trataba de exhibir el complejo mecanismo de un piano de cola Channon. Alzó la tapa del teclado, aflojó los tornillos de bloqueo y, tras comprobar que ningún macillo estuviera levantado, empujó el conjunto del mecanismo por medio de la barra de refuerzo que había bajo la parte delantera. Como era un piano nuevo, el mecanismo se extraía con mucha facilidad. Ya se había parado un transeúnte a mirar. Enseñando el mecanismo siempre se captaba la atención de la gente. Todo el mundo había visto un piano de cola con la tapa levantada, pero era sorprendente observar cómo funcionaba: la exhibición del mecanismo cambiaba cualquier asunción previa. El piano se volvía extraño. Aparte de las teclas blancas y negras, todas las piezas móviles —los macillos, las palancas, las básculas, las sordinas— estaban a la vista: las tripas del piano quedaban expuestas, como cuando se desmonta un reloj o una locomotora en un taller de reparaciones; y ciertos

misterios —la música, el tiempo, el movimiento—, reducidos a mecanismos complejos. A la gente solía fascinarle.

Brodie desató el rollo de cuero con las herramientas, escogió la llave y fingió afinar el piano, tensando unas cuantas cuerdas, probándolas y reajustándolas. En realidad, el instrumento ya estaba perfectamente afinado: él mismo se había encargado de la tarea dos semanas antes, cuando el piano salió impoluto de la fábrica. Afinó una pizca el acorde de fa hacia el sostenido, y después recuperó la afinación exacta tocando con brío la tecla varias veces. Acto seguido, sujetó la cabeza del macillo, pinchó apenas el fieltro con su punzón de tres dientes y lo devolvió a su posición original. Esta pantomima servía de señuelo comercial. En una de las contadas reuniones de empleados, Brodie había sugerido que hubiese alguien —a ser posible un pianista consumado— tocando el piano, como en las salas de muestras de Alemania. Los fabricantes Érard y Pleyel habían utilizado este método en París en la década de 1830, atrayendo grandes multitudes. Así pues, no tenía nada de novedoso, pero, en todo caso, un recital improvisado en el escaparate de una tienda era sin duda más sugestivo que escuchar las aparatosas repeticiones sonoras con que se simula afinar un piano: ¡Dong! ¡Ding! ¡Dong! ¡Dong! ¡Dong! ¡Ding! Su propuesta, sin embargo, había sido rechazada —un pianista consumado costaría dinero—, por lo que se le había encomendado la tarea de afinar los pianos en el escaparate una hora por la mañana y otra después del almuerzo. El caso es que sabía atraer espectadores, aunque él era el único beneficiario: si bien sospechaba que sus demostraciones no habían servido a la empresa para vender un solo piano, mucha gente, incluidos representantes de diversas instituciones y establecimientos (colegios, iglesias, tabernas), había entrado en la tienda para entregarle una tarjeta y proponerle que afinara pianos fuera del horario de trabajo. Así había ganado bastante dinero.

Tocó varias veces un la por encima del do central para «dar con el tono», ladeando la cabeza para hacer que escuchaba con atención, y luego tocó varias octavas. Se puso de pie y, después de introducir unos cuantos silenciadores de fieltro entre las cuerdas, sacó la llave de afinar, la llevó a una clavija elegida al azar y le dio pequeños giros para ejercer torsión. A continuación la aflojó un poco y tocó la nota enérgicamente, produciendo un sonido metálico, que sintió en la mano a través de la llave. Entonces se sentó de nuevo y tocó unas cuantas cuerdas, escuchando la voz fuerte y resonante característica de los Channon: la finura de la caja de resonancia (hecha de madera de píce

escocesa) era la marca de fábrica de la empresa, su secreto industrial. Un piano Channon podía descollar en una orquesta tanto como un Steinway o un Bösendorfer; pero apenas un puñado de empleados de la compañía sabía en qué parte de Escocia se hallaban los bosques de píceas de los que se obtenía el material, qué clase de árboles se seleccionaban —cuanto más recto fuese el árbol, más rectas serían las vetas— y qué aserraderos preparaban la madera. Según Channon, el singular tono de sus pianos se debía a la calidad de la madera escocesa con que se fabricaban.

Terminada la pantomima, Brodie se sentó y empezó a interpretar la canción tradicional escocesa «The Skye Boat Song», y vio que tres nuevos espectadores se habían sumado al anterior. Sabía que, si seguía tocando otra media hora, el número aumentaría hasta veinte. Qué buena idea habían tenido los fabricantes de pianos de la Europa continental: de esas veinte personas, puede que dos entrasen a preguntar cuánto costaba un piano de media cola o uno vertical. Brodie paró de tocar, sacó su púa, se inclinó sobre el piano e hizo vibrar unas cuantas cuerdas, escuchando atentamente. ¿Qué impresión causaría a otros ojos? Un tipo con una púa que toca un piano de cola como si fuera una guitarra. Era todo muy misterioso...

—¡Brodie!

Miró a su alrededor. La secretaria del señor Channon, Emmeline Grant, estaba en el otro extremo del escaparate, haciéndole señas para que se acercara. Era una mujer baja y robusta, que trataba de ocultar el aprecio que le tenía a Brodie.

—Estoy en plena faena, señora Grant.

—El señor Channon quiere verle ahora mismo. Venga conmigo.

—Ya voy, ya voy.

Brodie se puso de pie. Pensó en cerrar el piano, pero no lo hizo: estaría de vuelta en diez minutos. Realizó una profunda reverencia a su pequeño público y siguió a la señora Grant, atravesando la sala de muestras, con sus lustrosos pianos, hasta llegar al vestíbulo del edificio. En las paredes, cubiertas con un empapelado a rayas de colores verde oliva y gris marengo, colgaban los retratos de los antepasados de Channon: hombres con gesto severo. Otro error, pensó: aquello parecía una galería de arte de provincias o una funeraria.

—Deme dos minutos, señora G. Tengo que lavarme las manos.

—Dese prisa. Le veo arriba. Es un asunto importante.

Brodie se dirigió a la parte trasera del edificio, a una puerta de cuero con

tachones de latón que daba a la zona del almacén, donde se encontraba el taller. Aquella sala siempre le había parecido una mezcla de oficina y taller de carpintería, con olor a virutas de madera, pegamento y resina. Al abrir la puerta vio a su subalterno, Lachlan Hood, que estaba ocupado reponiendo las clavijas centrales de un piano de media cola: tarea ardua, ya que había cientos de piezas.

Lachlan le miró.

—¿Qué ocurre, Brodie? ¿No deberías estar en el escaparate?

—El señor Channon quiere verme.

Abrió la tapa corrediza de su escritorio y luego el cajón donde guardaba su lata de tabaco de la marca estadounidense Margarita: una mezcla de tabaco virginiano, turco y perique de la tabacalera Blakely, en Nueva York. El único establecimiento de Edimburgo que lo vendía era Hoskings, en el Grassmarket. Brodie cogió uno de los tres cigarrillos que ya había liado, lo encendió e inhaló profundamente.

—¿De qué se trata? —preguntó Lachlan.

—No lo sé. La querida Emmeline dice que es «importante».

—En fin, ha sido un placer conocerte. Supongo que me ofrecerán tu puesto.

Lachlan era de Dundee y tenía un fuerte acento local. Brodie hizo el gesto de echarle un mal de ojo, dio dos caladas más al cigarrillo y después de apagarlo se dirigió al despacho de Ainsley Channon.

Ainsley Channon era el sexto de los Channon que dirigía la empresa desde su fundación a mediados del siglo XVIII. En el descansillo había una espineta de cinco octavas del año 1783: el primer modelo Channon que había triunfado. A la empresa le había empezado a ir muy bien desde entonces. Ahora era el cuarto mayor fabricante de pianos (o el tercero, según algunos) de Gran Bretaña, después de Broadwood, Pate y, posiblemente, Franklin. Como para confirmar la antigüedad de su estirpe, Ainsley Channon vestía conforme al estilo imperante medio siglo atrás. Llevaba unas patillas muy pobladas, a lo Dundreary, un cuello de camisa ópera con pañuelo de seda y alfiler, y, detrás de las orejas, unas guedejas canosas que casi le tocaban los hombros. Parecía un músico de los de antaño: como Paganini, pero en gordo. Aun así, Brodie le sabía incapaz de tocar una nota.

Brodie llamó a la puerta con un nudillo y la abrió.

—Adelante, Brodie. Siéntate, muchacho, siéntate.

El despacho era grande y sombrío —las lámparas de gas estaban encendidas en pleno día—, y había tres altas ventanas de marco con doce paneles que daban a George Street. Brodie distinguió la alargada aguja de la iglesia de San Andrés y San Jorge en medio de la lluvia neblinosa que seguía cayendo.

Ainsley rodeó el escritorio y le arrimó una silla a Brodie, palmeando el asiento de cuero.

Brodie se sentó. Ainsley sonrió como si llevara años sin verle. Le escrutó.

—Te voy a servir un trago.

Era una afirmación y no una pregunta: Brodie no se molestó en responder. Ainsley se dirigió a una mesa con una serie de licoreras apiñadas que destellaban, y después de elegir una cogió dos vasos y los llenó generosamente. Le acercó a Brodie el suyo, y luego se sentó de nuevo detrás de la mesa.

—Salud —dijo levantando su vaso.

— *Slangevar* —contestó Brodie, antes de dar un sorbo al whisky ambarino. De malta. Ahumado. Costa oeste.

Ainsley levantó una carpeta de cartón morada y la agitó.

—El expediente de Brodie Moncur —dijo.

Por algún motivo, Brodie se sintió algo alarmado. Tomó otro sorbo de whisky para tranquilizarse.

Ainsley Channon tenía un aire un tanto despistado y hablaba de manera deslavazada. Brodie lo sabía, así que no le sorprendió que la conversación tomara un curso sinuoso.

—¿Cuánto tiempo llevas con nosotros, Brodie? Unos tres años, ¿verdad?

—De hecho, son seis, señor.

—Madre mía, madre mía —se calló un instante y sonrió, asimilando las palabras de Brodie—. ¿Cómo está tu padre?

—Está bien, señor.

—¿Y tus hermanos?

—Todos bien, con buena salud.

—¿Has visto a lady Dalcastle últimamente?

—Hace tiempo que no.

—Una mujer maravillosa. Maravillosa. Y muy valiente.

—Creo que también está muy bien.

Lady Dalcastle era prima de Ainsley Channon y había sido íntima amiga de la difunta madre de Brodie. Gracias a sus buenos oficios, había conseguido este un trabajo de aprendiz de afinador en Channon.

Ainsley examinaba de nuevo el expediente.

—Eres un muchacho inteligente, eso está claro. Excelentes notas... —
levantó la vista—. Tú parlé-vu...?

—¿Disculpe?

—¿Hablas francés? *Oh là là. Bonjour, monsieur* .

—Bueno, lo estudié en el colegio.

—Habla un poco.

— *Je peux parler français. Mais je fais les erreurs. Quand même, les gens me comprennent bien.*

Ainsley le miró asombrado.

—¡Increíble! ¡Qué buen acento! Habría jurado que eras gabacho.

—Gracias, señor. *Merci mille fois* .

—Madre mía. ¿Qué edad tienes, Brodie? ¿Treinta? ¿Treinta y dos?

—Veinticuatro años, señor.

—¡Cielo santo! ¿Cuánto tiempo llevas con nosotros? ¿Tres años?

—Seis —repitió Brodie—. Empecé a trabajar de aprendiz con el señor Lanhire el año 88.

—Ah, sí, cierto. Findlay Lanhire. Descanse en paz. El mejor afinador que ha habido jamás. Jamás. El mejor. Jamás. Inventó el Phoenix, como bien sabes.

El Phoenix era el piano vertical Channon que había conseguido mayores ventas. Brodie había afinado centenares en los seis años que llevaba en la empresa.

—Todo lo que sé lo aprendí del señor Lanhire.

Ainsley se inclinó hacia delante para mirarle de cerca.

—¿Solo veinticuatro? Pareces muy maduro para tu edad, Brodie.

—Entré aquí nada más terminar los estudios.

Ainsley miró el expediente.

—¿Dónde estudiaste?

—En la academia de música de la señora Maskelyne.

—¿Dónde está esa academia? ¿En Londres?

—Aquí, en Edimburgo, señor.

Ainsley seguía haciendo cálculos mentales.

—¿En el 88, dices?

—En septiembre de 1888. Ese mes empecé a trabajar en Channon.

—En fin, te vamos a proponer un reto... —se detuvo—. Rellena los vasos, Brodie.

Brodie fue a buscar la licorera, relleno los dos vasos y se sentó de nuevo. Ainsley le observaba con las yemas de los dedos juntas. Brodie volvió a sentir una leve inquietud. Se tomó un sorbo de whisky.

—El año pasado, como sabes, abrimos una sala de muestras en París —dijo Ainsley.

Brodie asintió.

—El caso es que no va bien —le confesó Ainsley bajando la voz, como si alguien pudiera oírlos—. De hecho, va muy mal, que quede entre nosotros.

Ainsley le explicó lo que ocurría. Habían nombrado a su hijo, Calder Channon, gerente de la empresa en París, y aun cuando parecía que todo marchaba razonablemente bien —se habían hecho contactos, no faltaban existencias y la empresa se anunciaba con regularidad en la prensa parisina—, no cesaban de perder dinero. El problema, sin ser todavía alarmante, no podía ignorarse.

—Necesitamos savia nueva, una inyección de energía —dijo Ainsley—. Necesitamos a alguien que conozca bien el negocio de los pianos y sepa aportar ideas brillantes... —hizo una pausa teatral—. Y que hable francés. Parece que Calder no está a la altura.

Brodie optó por no confesarle que su francés no pasaba de rudimentario. Le dejó continuar.

—Este es el plan, muchacho.

Brodie viajaría a París lo antes posible —en el plazo de una semana, sugirió Ainsley, una vez pusiera en orden sus asuntos— y se convertiría en el brazo derecho de Calder Channon, es decir, en el subdirector de la sala de muestras de París. Ainsley insistió en que solo debía pensar en una cosa: vender, vender y vender.

—¿Sabes cuántos fabricantes de pianos importantes hay en Europa? Adivina.

—¿Veinte?

—¡Doscientos cincuenta y cinco, según el último recuento! Competimos con todas esas empresas. Nuestros pianos son magníficos, pero en París no los compra nadie... Bueno, al menos no los suficientes. La gente compra

Montcalms, Angelems, Maugeners, Pontenegros, porquerías así. ¡Hasta en Japón han empezado a fabricar pianos! ¿Te lo puedes creer? Es un mercado muy reñido. No basta con la excelencia. Las cosas deben cambiar, Brodie, y tengo la impresión de que eres la persona idónea para la tarea: entiendes mucho de pianos y eres un afinador de primera. Además, hablas un francés fluido, ¡por Dios! Calder necesita a alguien como tú. Qué estúpido por mi parte no haberme dado cuenta hasta ahora —se relajó y bebió un trago de whisky mientras reflexionaba—. Calder se confió en exceso, eso lo tengo claro ahora. Necesita a su lado a alguien que le ayude a pilotar la nave. ¿Me entiendes?

—Perfectamente, señor; pero, si hay dificultades con el idioma, ¿por qué no contratar a un francés?

—¡No, por Dios! ¿Te has vuelto loco? Tiene que ser uno de los nuestros. Alguien de plena confianza. Un miembro de la familia, por decirlo así.

—Entiendo.

—¿Te sientes capaz, muchacho?

—Puedo intentarlo, señor.

—¿Harás todo lo que puedas? ¿Cuanto esté en tu mano?

—Por supuesto.

Ainsley, que pareció animarse de pronto, le aseguró que la empresa le subiría el sueldo considerablemente y, transcurridos seis meses, y si los resultados eran buenos, consideraría un ascenso y un nuevo aumento. Se levantó, rodeó la mesa y sirvió una copa más para él y otra para Brodie: había que brindar por la nueva singladura parisina. Los dos entrechocaron los vasos y bebieron.

—Nos volveremos a ver antes de que te marches, Brodie. Tengo un par de consejos que pueden serte útiles —le quitó su vaso y lo dejó en la mesa. La entrevista había terminado. Mientras acompañaba a Brodie a la puerta, le apretó el codo con fuerza—. Calder es un buen chico, pero le conviene tener un buen lugarteniente.

—Pondré todo mi empeño en la tarea, señor Channon. Confíe en mí.

—Confío en ti. Es una gran oportunidad para nosotros. Ni Londres, ni Roma, ni Berlín: París es hoy la capital de la música..., aparte de Viena, claro. Podemos ser los primeros de Europa. Podemos derrotarlos a todos: Steinway, Broadwood, Érard, Bösendorfer, Schiedmayer. Somos capaces, ya lo verás.

De regreso en el taller, Brodie se fumó otro cigarrillo mientras le daba

vueltas en la cabeza a lo ocurrido. Sabía que tenía motivos para estar contento, muy contento..., pero algo le preocupaba. Era una inquietud vaga aunque persistente. ¿Tendría que ver con París, con el hecho de que no conocía la ciudad ni había viajado nunca al extranjero? No, en realidad la idea le entusiasmaba: vivir y trabajar en París sería...

Lachlan Hood entró en el taller con paso tranquilo. Venía de la tienda.

—¿Sigues aquí?

—No por mucho tiempo —respondió Brodie.

—Lo sabía. Mala suerte, Brodie. Qué se le va a hacer, amigo.

—No. Me voy a París a ayudar a Calder con la tienda.

Lachlan no pudo ocultar su estupor ni su desilusión.

—¿Por qué tú? ¡Mierda! ¿Por qué no yo? He estado en Estados Unidos.

— *Mais est-ce que vous parlez français, monsieur?*

—¿Qué?

—He ahí el problema —Brodie abrió los brazos, fingiendo pesar—. Las ventajas de una buena educación, chico. Da la casualidad de que tengo un francés excelente.

—Mentiroso. Maldito mentiroso. Lo que hablas es un francés operístico.

—De acuerdo, lo reconozco. Pero lo importante es que con ese francés me basta. Tú no hablas ni eso.

Le ofreció un cigarrillo a Lachlan y sonrió con aire de superioridad.

—Si va todo bien, quizá pida que te envíen allí.

—Cabrón.

2

Brodie llamó a un carruaje que pasaba por delante de la tienda Channon y pidió al cochero que le llevara a Charles Street. Allí, al lado de la universidad, estaba la sala de conciertos Bonar. Se arrellanó en el asiento y corrió un poco las cortinas, disfrutando así de la oscuridad, del tranquilizador ruido de los cascos de los caballos y del chirrido de los resortes sobre el empedrado mientras el coche atravesaba la ciudad rumbo este. Una mujer había ocupado el coche antes que él, pensó al notar el aroma —a lilas, o quizá a agua de rosas— que neutralizaba los olores del cuero añejo y de los excrementos de caballo. Ahora tenía un rato para él solo, y lo aprovechó para meditar la oferta de Ainsley Channon. Sabía que la había aceptado impulsivamente. ¿Debería haberle pedido un poco de tiempo para pensárselo? Pero nadie dedicaría más de un segundo a considerar una proposición semejante. Cambiar Edimburgo por París. Pasar de afinador de pianos a subdirector. Ganar ocho guineas a la semana en lugar de cuatro. No era una decisión difícil.

Pagó al cochero y fue a buscar la entrada de artistas. La dirección de la sala de conciertos había pedido un piano de cola Channon antiguo para esa noche, indicando que había que regularlo según los requisitos del maestro, fuesen cuales fuesen. El gerente —un tipo calvo y de aspecto adusto que olía raro: como a moho, pensó Brodie— le condujo a la sala por una serie de pasadizos oscuros que había detrás del escenario.

—¿Quién es el músico? —preguntó Brodie: lo había olvidado.

—Georg Brabec.

—No he oído hablar de él.

—Ya. Es muy famoso en Praga y Budapest. No para de recordármelo. Todo un prócer en Leipzig, por lo visto.

—Que Dios nos ampare.

Brodie se desanimó un poco. Eran los pianistas de segunda, tercera y cuarta

categorías los que más problemas causaban al afinador; cuanto más bajo era el rango, tanto más difícil el músico. En cierta ocasión había afinado un piano para el mismísimo Gianfranco Firmin, que había viajado a la ciudad para actuar en los Assembly Rooms. Firmin era uno de los más célebres virtuosos europeos y, sin embargo, un hombre encantador, humilde, capaz de reírse de sí mismo. Antes de pedir nada siempre decía: «Si no es mucha molestia...» o «¿Sería posible...?». Ni pizca de arrogancia: no parecía tenerse por un genio. Brodie tenía un mal presentimiento respecto a Georg Brabec.

Después de subir el corto tramo de escaleras que conducía al escenario, caminó entre los asientos y los atriles, listos ya para la orquesta, y se acercó al Channon, colocado delante del anfiteatro vacío. Georg Brabec permanecía en pie junto al piano. Brodie vio que la cabellera le llegaba a los hombros y que lucía un mechón canoso muy efectista. Un bigote ralo. De la escuela de Liszt, pensó: mala señal. El maestro se estaba fumando un purito.

Brodie le estrechó la mano y se presentó. Brabec le interrumpió antes de que pudiera decir su apellido.

—El piano no está afinado —dijo con un fuerte acento centroeuropeo que Brodie no supo localizar con precisión—. Y produce ecos en el registro agudo.

—Lo afiné por la mañana, señor, antes de que se lo enviáramos —respondió Brodie con educación y paciencia.

Se sentó y tocó unos cuantos acordes: do mayor, fa sostenido menor, mi bemol disminuido. Había practicado con octavas. El piano estaba perfectamente afinado.

—Y pedí un piano antiguo.

—Este lo es, señor. Tiene cuarenta años.

Brabec aporreó varias teclas con una sola mano.

—Escuche: aquí suena tenue. El macillo... —pensó en la palabra justa—. El macillo no golpea con precisión.

Brodie suspiró para sus adentros y sonrió.

—Deje que lo mire, señor.

Abrió su maletín Gladstone y sacó el rollo de cuero con las herramientas.

Brabec, agresivo, le apuntó al pecho con el extremo del purito, tocándole casi las solapas de la chaqueta.

—Y el teclado está limpio. Yo no pedí un piano limpio.

—Deje que lo arregle, señor.

Brodie quitó la tapa del teclado y extrajo el mecanismo. La mayoría de los pianistas que conocía (el noventa y nueve por ciento) no tenían la menor idea de lo que ocurría desde que tocaban la tecla hasta que sonaba la nota. Era fundamental revelarles la misteriosa complejidad de las piezas móviles. Brabec se quedó mirando el mecanismo unos instantes y parpadeó.

—Me voy a poner a trabajar, señor —dijo Brodie—. Le avisaré cuando todo esté en orden.

El gerente apareció de nuevo y se llevó a Brabec al camerino.

En cuanto se marcharon, Brodie colocó el mecanismo en su sitio y guardó las herramientas. En el maletín llevaba un frasquito con miel disuelta en agua. Con una brocha de afeitarse de pelo de tejón aplicó esta solución a las teclas, les pasó un trapo y por último comprobó que habían quedado levemente pringosas. Cuando los músicos pedían un piano antiguo, lo que buscaban en ciertos casos era la grasa dactilar acumulada: una pegajosidad casi imperceptible que permitía a las yemas de los dedos adherirse a las teclas un poco, solo un poco. No había ningún problema: el Channon estaba afinado y regulado a la perfección. Georg Brabec se iba a envanecer aún más.

Brodie fue a buscar al gerente y le encontró en su despacho, tomándose una copita de oporto con agua.

—El *signor* Brabec no es un tipo precisamente fácil de contentar —le comentó.

—Ya. Un idiota integral —dijo el gerente sin vacilar—. Y ahora me dice que quiere que esté usted presente en el recital, por si acaso le tiene que pedir en el intermedio que afine el piano otra vez.

—Dígale que aquí estaré. Pero lo más probable es que no me pueda usted localizar...

—Está bien —el gerente sonrió y alzó la copa de oporto—. ¿Le hace una copita?

Brodie siguió a Senga escaleras arriba hasta su dormitorio, con una copa de burdeos levemente ácido en la mano. Ella no paraba de mirar hacia atrás, como si le costara creer que él hubiese venido a verla. Brodie se había marchado de la sala de conciertos Bonar tan pronto como Brabec salió al escenario e hizo la reverencia; había ido sin rodeos a «casa» de la señora Louthern, en una bocacalle de la Royal Mile, cerca del palacio de Holyrood.

Había pasado diez minutos en el saloncito con dos de las otras chicas, esperando a que Senga quedara libre. Las muchachas habían estado jugando al *bésigue* en silencio y sin prestarle la menor atención, pese a que él era el único hombre que aguardaba en la casa.

Lo que le gustaba del local de la señora Louthern era que tenía una salida en la parte posterior, una puerta que daba a una calleja a la espalda del edificio: para salir de la casa no se pasaba, como al entrar, por el salón; así que no tenía que ver al último cliente de Senga. No se hacía ilusiones: la chica tenía que cumplir con su trabajo, y cuantos más clientes hubiese, mejor para ella. Pero era de agradecer que se le evitara así el encuentro con un granjero que estaría de viaje en la ciudad para asistir a una feria agrícola y que, recién salido de la cama de Senga, sonreiría ruborizado: para Brodie, un amargo recordatorio del lugar que ocupaba en la cola.

La señora Louthern le rellenó la copa de burdeos barato y le hizo notar que, si tenía prisa, Ida o Joyce estaban allí para complacerle. No, gracias, respondió Brodie: prefería esperar a Senga. Y Senga acabó apareciendo.

Una vez en su dormitorio escaleras arriba, Senga le besó en la mejilla y dijo que le había echado de menos. Él llevaba más de dos meses sin aparecer por la casa de la señora Louthern, así que igual era cierto. Dejó la copa y se empezó a desnudar. Tras desabrocharse la falda y quitarse la blusa de volantes, Senga se quedó de pie en medio de la habitación, con las enaguas de algodón y los botines puestos, observando cómo Brodie se iba desvistiendo hasta quedarse en camiseta y calzoncillos.

—Quiero que te quites las enaguas, Senga.

—Eso son otros dos chelines —le advirtió ella—. Incluso para ti.

A él le daba lo mismo: quería que los dos se desnudaran del todo. Senga era de South Uist, y había emigrado a la ciudad para trabajar de criada en una mansión en la zona de New Town. Luego se había quedado embarazada y la habían despedido, y así había ido a parar al local de la señora Louthern, donde ganaba algo más de dinero que antes. Era más joven que él: tendría unos veinte años, pensaba Brodie, que por lo demás suponía que alguien, en alguna parte, estaría cuidando a su hijo. Nunca se lo había preguntado: era Senga quien le iba contando todo sobre sí misma.

Era rubia y delgada y tenía mucho pecho —de ahí su popularidad—, aunque Brodie había oído a unos cuantos clientes decir que no querían a la «chica bizca»: el ojo derecho, en efecto, lo tenía «perezoso», y era obvio que este

defecto ahuyentaba a algunos. A Brodie, que tenía muy mala vista, no le molestaba. Por lo demás (y aunque sus encuentros se limitaban a lo carnal), Senga conservaba los buenos modales que había aprendido en la casa de New Town: siempre era educada con él y parecía apreciarle de veras. Y, lo que era más importante, le excitaba. Brodie a veces se preguntaba si no sería por el ojo perezoso.

Ahora estaban desnudos. Senga le atrajo a la cama —un mueble estrecho y de hierro forjado— y los dos se sentaron juntos. Ella procedió a tocarle el pene con suavidad y con las dos manos, y se lo puso duro.

—¿Por qué has pasado tanto tiempo sin venir a verme, Brodie?

—He estado ocupado —dijo él mientras observaba el bamboleo de sus pechos.

—¿Ocupado haciendo qué?

—Escribiendo.

Le había dicho que era compositor.

—¿El qué? ¿Una canción para mí?

—Tal vez.

Ella vio que estaba listo, así que se tumbó boca arriba y abrió las piernas. Él se puso encima con cuidado, apoyando el peso del cuerpo sobre los brazos, que tenía rígidos.

—¿Te puedo besar? —le preguntó.

—Ya sabes que no me gustan los besos —contestó ella.

—Te daré un chelín.

—No quiero más chelines. No me gustan los besos.

—Está bien. Como quieras.

Él aflojó los brazos y Senga alargó una mano y le ayudó a penetrarla. Qué fácil es para ella, pensó Brodie. ¿Cuántas veces lo habrá hecho?

—Quítate las gafas, Brodie.

Tenía ese acento melodioso propio de las Highlands.

—No.

—Venga.

—Quiero verte, Senga. Eres una chica guapa. Quiero ver a la chica guapa que me estoy follando.

Ella bajó lentamente las rodillas. Conocía de sobra las cosas que se decían con sorna en estos casos, las bromitas de rigor.

—Eso se lo dices a todas las chicas. Tú, un tipo apuesto y con un rabo

gigantesco como un palo de *shinty* [1]. Lo que quieres es mirarnos mientras lo haces, ¿verdad, buen señor? Quieres vernos temblar, ¿no?

—Por supuesto que sí.

Brodie hizo traer de abajo una botella de burdeos que costaba cinco chelines. Un precio excesivo, ridículo, pero le daba lo mismo, porque no quería marcharse todavía: mientras el cliente gastase dinero, la casa de la señora Louthern no cerraba. Más de una vez, al salir de allí, se había encontrado con una radiante mañana edimburguesa, soleada y con brisa, y había ido a la tienda Channon sin afeitarse, con el pelo grasiento y apestando a alcohol, tabaco y sexo (o al menos eso creía), y luego, a la hora de comer, se había escapado a la barbería para afeitarse y ponerse pomada, evitando así que la señora Grant se quejara al señor Channon de la vida disoluta que llevaban los empleados.

Le sirvió otra copa a Senga, que se la tomó con avidez. Los dos se habían vestido después del sexo. Ella se llamaba Agnes McCloud, pero no le gustaba su nombre de pila, así que se había limitado a invertir las letras.

—Me marcho de Edimburgo, Senga.

—¡No! ¿Qué sitio hay mejor?

—París.

—Ah, ya —durante unos instantes pareció triste. Con París no podía competir—. ¿Qué vas a hacer allí?

—Componer una o dos sinfonías, supongo.

—Y tendrás montones de chicas francesas con las que tontear.

—Siempre pensaré en ti, Senga.

Le sirvió más vino.

—No lo harás. Me olvidarás enseguida.

—Te prometo que no. No hay nadie como tú —le tocó la mejilla, justo debajo del ojo derecho—. Y por eso quiero decirte algo.

—¿Qué?

—Estaba pensando en ese ojo raro que tienes. ¿Sabes a cuál me refiero? El derecho. Te lo pueden corregir.

Nunca se lo había mencionado. De pronto, ella pareció desconcertada, vulnerable, y el extraño y tácito decoro que caracterizaba su relación comercial (el pago de una suma de dinero a cambio de un servicio) se hizo

muy presente. En cierto modo, Senga había sido cosificada, y Brodie se avergonzó de haber sacado a relucir el asunto, aunque fuera con ánimo de ayudarla.

—¿Qué le pasa a mi ojo?

—Que lo tienes perezoso. Lo llaman así. Pero hoy en día se puede corregir.

Él sacó una de sus tarjetas y apuntó en el dorso el nombre y las señas de su oftalmólogo.

—Te lo pagaré. Tú ve a ver a este tipo y enséñale la tarjeta, y así sabrá que te lo he recomendado yo. Él te curará ese ojo.

—¿Tendré que llevar gafas como tú, esas gafas de culo de botella tan horribles?

—Sí, las llevarás una temporada, y puede que también un parche, hasta que el ojo esté bien del todo... Pero tu vida cambiará para mejor, Senga, créeme.

—Mi vida será la que tenga que ser, Brodie. Hay cosas que no tienen mucho arreglo.

—Volveré. Toma un poco más de vino.

Brodie rellenó ambas copas. Ella le miró fijamente (a pesar de la bizquera).

—Ya. Puede. O puede que no vuelvas. En fin, que tengas suerte —dijo. Se levantó y se dirigió a la puerta—. Gracias por el vino. Tengo cosas que hacer.

3

Brodie pagó lo que quedaba del alquiler de ese mes en la pensión de Bruntsfield. Al casero, un tipo hosco apellidado McBain, le molestó perder a un inquilino de larga estancia y que este, además, avisase de su marcha con tan poca antelación. Brodie se dio cuenta de que quería castigarlo: McBain se puso a inspeccionar concienzudamente su cuarto en busca de desperfectos o signos de abandono; pero no encontró nada.

—Se lo digo tan de repente porque me tengo que ir a París a trabajar — explicó Brodie: quería darle envidia.

—Pues que lo disfrute. No le envidio. París es un sitio apestoso. Una cloaca.

—Así que conoce la ciudad, señor McBain.

—No necesito meterme en una cloaca para saber cómo es.

Brodie arrastró su baúl hasta el final de la calle y esperó a que pasara un carruaje. París era la gran oportunidad de su vida, pensó; pero no le faltaban motivos para estar inquieto. Concretamente, la presencia de Calder Channon empezaba a preocuparle por encima de todo. Brodie le había tratado un poco en el corto período en que Calder había trabajado en la tienda de George Street antes de que se inaugurara la de París. Le había catalogado como un joven frívolo, complicado y, para colmo, muy vanidoso. En cualquier caso, París era París, y Calder no podía estropearle toda una ciudad.

En la estación de Waverley cogió el tren de las once menos cuarto de la mañana a Hawick. Se sentó al lado de la ventanilla de un compartimento para fumadores y, una vez que el tren abandonó Edimburgo, enfilando hacia el sur, se puso a contemplar los campos ondulados de los Borders. *Vallonné* era la palabra con que los franceses describían este tipo de paisaje, recordó de repente. Las colinas no eran abruptas ni rocosas, sino suaves y redondeadas, y estaban cubiertas de hierba dorada y brezo: un paisaje natural nada espectacular ni imponente, pero sí extraordinariamente grato a la vista. Entre

las colinas había riachuelos que discurrían raudos, bosques y sotos, pequeños campos de maíz y cebada y praderas en las que pastaban las ovejas y demás ganado. De pronto se separaron las nubes y apareció el sol, y por un instante los valles quedaron envueltos en un resplandor perfecto. Brodie sintió cómo su corazón aplaudía. Era un panorama precioso, pero él se dirigía a casa.

En la estación de Peebles lanzó el baúl a la parte trasera de un carruaje de caza y pidió al conductor que le llevara a Liethen Manor, un pueblo a unos cinco kilómetros de la ciudad y apartado del camino que conducía a Biggar. El cochero, todavía adolescente, aceptó con gusto el cigarrillo que le ofreció Brodie, y después de partirlo en dos mitades se colocó uno de los trozos detrás de la oreja para fumárselo más tarde.

—Creo que le conozco —dijo el muchacho al cabo de veinte minutos. Había apurado tanto la mitad del cigarrillo que la punta le rozaba las uñas.

—Bueno, será porque he vivido en Liethen Manor casi toda mi vida.

—Usted es un Moncur. Hijo de Malcolm Moncur, ya me acuerdo.

—Sí, lo soy, por desgracia.

—¡No diga eso! Él es un gran hombre.

Al desviarse del camino que llevaba a Biggar y recorrer el puente de tres arcos que cruzaba el río Tweed, Brodie empezó a sentir ese desánimo que parecía invadirle cada vez que volvía a casa. El coche tomó un camino de grava que, flanqueado por muros de piedra seca, atravesaba campos boscosos y tierras de labranza, remontando, serpenteante, el valle del Liethen en dirección a Liethen Manor. El pueblecito estaba en la margen septentrional del río Liethen, un pequeño afluente del Tweed cuyas aguas corrían veloces. Mirando las colinas onduladas que rodeaban el valle —Cadhmore, Ring Knowe, Whaum—, Brodie se acordó de las muchas veces que las había escalado. Ese era su hogar; no podía negarlo. Se le ocurrió una nueva definición de hogar: el sitio del que hay que marcharse.

Llegaron a las afueras de Liethen Manor. Primero, una cabina de peaje abandonada, y luego, varias casitas de trabajadores: construcciones bajas con cubiertas de pizarra y ventanas diminutas. En esta parte del pueblo había una tienda, una taberna, una cuadra de caballos de alquiler, una herrería, un almacén de suministros agrícolas, una escuela de primaria y una oficina de correos; y, entre todos estos edificios, una abigarrada combinación de chozas y viviendas más grandes, todas con huerto. Lo que distinguía a Liethen Manor de otros pueblecitos era el inusitado tamaño de la iglesia y la casa del pastor.

Construidas apenas cincuenta años antes, se encontraban al final de la calle principal —si se la podía llamar así—, en el lado oeste del pueblo. Estas imponentes construcciones de arenisca roja no guardaban proporción con una aldea tan modesta, emplazada en un valle de contornos suaves. La enorme iglesia y la espléndida casa contigua de cuatro pisos eran más propias de un próspero barrio residencial de una gran ciudad.

El carruaje atravesó la aldea. Pasaron por delante del templo: la iglesia de San Mungo, que aún parecía nueva, era un edificio de estilo típicamente neogótico, con arbotantes, pináculos —allí donde se podía colocar uno— y un campanario muy alto sin aguja. En el cementerio, salpicado de serbales y tejos, había multitud de tumbas antiquísimas: las de los buenos feligreses que habían vivido en el valle del Liethen en tiempos remotos. Al cabo de un rato tomaron el camino de grava que conducía a la casa del pastor, rodeada por un amplio jardín oscuro donde abundaban las coníferas ornamentales (araucarias, alerces y cedros) y las hayas. La tierra del valle era especialmente propicia para el cultivo de estos árboles.

El carruaje se detuvo delante del porche de la casa, y Brodie se volvió para mirar la iglesia. En ese instante se desanimó aún más: San Mungo se alzaba en el terreno del viejo templo presbiteriano de Liethen, que se había derruido por completo para levantar el nuevo. La iglesia y la casa se habían construido siguiendo las directrices de su padre y con fondos obtenidos mediante una complicada tontina. El reverendo Malcolm Moncur había elevado el rango eclesial de Liethen Manor: esos edificios tan avasalladores e inadecuados a su entorno proclamaban con descaro el poder y la influencia del pastor.

Brodie pagó seis peniques al muchacho y le ofreció otro cigarrillo.

—¿Dará Moncur un sermón el domingo? —preguntó el chico.

—Seguro que sí —dijo Brodie, que se acordó así de pedirle que pasara a recogerlo ese día a las seis en punto de la mañana.

Mientras el carruaje giraba en el camino de grava, se abrió la puerta de la casa, y dos de las seis hermanas de Brodie salieron corriendo a darle la bienvenida. Él se volvió para saludarlas con la sonrisa más amplia de la que era capaz.

Brodie se sentó en la cama de su viejo cuarto, que estaba en el tercer piso, justo debajo de los aleros del tejado. Había recogido las escasas pertenencias

suyas que quedaban allí —unas botas gruesas, un abrigo de *tweed*, varias fotografías, una serie de libros— y las había guardado en el baúl. Dos noches en casa, pensó; no es para tanto...

Llamaron a la puerta. Era su hermano Callum. Los dos se miraron con semblante inexpresivo.

—¿Tú qué eres, un canalla, un idiota o un pobre loco al que hay que meter en el manicomio de Penicuik? —preguntó Callum, aparentemente en serio.

—Bueno, estoy aquí, así que puede que tengas razón —replicó Brodie—. Estoy mal de la cabeza, pero tú también.

Se dieron un caluroso apretón de manos, Callum le pegó un puñetazo a su hermano en el hombro y Brodie respondió con otro. Siempre se saludaban así.

—Te voy a coger uno de esos cigarrillos americanos tan chics, muchas gracias —dijo Callum.

Brodie sacó su lata de Margarita del baúl y los dos encendieron sus respectivos cigarrillos.

Callum era dos años menor que Brodie y más bajo y fornido que él, y tenía un suave bigote rubio. Trabajaba de ayudante de un notario en Peebles. Se tumbó en la cama de Brodie con los tobillos cruzados y se puso a fumar con gran teatralidad, echando anillos de humo al techo.

—En el telegrama decías que te marchas a París.

—Así es. He venido a recoger mis cosas y a despedirme del cretino de mi hermano... y del resto de la familia Moncur, por supuesto.

—Oh, sí, y te vas a tirar a francesitas. Un tipo con suerte.

—Tengo un trabajo muy importante que hacer. ¿Dónde está Malky?

—Malky se ha ido a Glasgow, pero vuelve esta noche.

—Glasgow... —Brodie se quedó pensativo—. ¿Por qué viaja tanto a Glasgow? ¿Es que tiene una amante allí?

—Porque allí nadie le conoce... Está a salvo. Y no creo que tenga ninguna amante: apuesto a que se limitará a irse de putas con sus amigos sin que nadie se entere.

Callum siguió denigrando a su padre con comentarios salaces. Solo entre ellos le llamaban «Malky». Brodie se dirigió a la pequeña ventana de la buhardilla y se asomó a mirar el jardín a sus pies. Tres de sus hermanas estaban sentadas en sillas de mimbre, zurciendo y cosiendo. Doreen, Ernestine y Aileen eran las hermanas mayores, todas treintañeras y solteras. Brodie y Callum las habían apodado «los Ojos». El primero se puso a observarlas

mientras trabajaban y charlaban. Parece una escena de novela rusa, pensó: una estampa descrita por Tolstói o Turguénev. Tenía seis hermanas, cuatro de ellas mayores que él, y ninguna se había casado. ¿Por qué será?, se preguntó. Se apartó de la ventana. Él también era soltero, como Callum, y el tercer hijo varón de los Moncur, Alfie, tenía apenas diecinueve años. Puede que se acabaran casando todos, quién sabía. En todo caso, estaba convencido de que lo importante era alejarse lo más posible de Malcolm Moncur, poner tierra de por medio. De pronto se dio cuenta de que por eso tenía tantas ganas de marcharse a París: Edimburgo no estaba lo bastante lejos. De todos los hermanos Moncur él era el único que había pensado en escaparse. Y estaba decidido a cumplir el plan. Puede que su huida fuera un estímulo para el resto.

La cena era a las seis, y Brodie bajó puntualmente. Se había afeitado, puesto aceite en el pelo y peinado. Llevaba su traje gris marengo, una camisa blanca de cuello suave y su pajarita Channon & Co., con un gracioso estampado de notas musicales. Este tipo de corbata le hacía sentirse mayor de lo que era. Se notó nervioso, cosa extraña en quien se disponía a sentir de nuevo el calor familiar.

Entró en el gran salón, donde estaban Callum y cinco de sus hermanas.

—¿Dónde se ha metido Electra? —preguntó—. ¿Y Alfie?

—Ya vendrán —contestó Doreen con cierta aspereza—. Aquí estaremos todos para recibir al hijo pródigo.

—¿Qué tiene él de pródigo? —objetó Callum—. Un pródigo idiota, más bien.

Aileen se acercó a Brodie y le cogió del brazo. Puede que fuese su hermana predilecta, pensó.

—Es pródigo porque se fue de casa y ahora ha vuelto —explicó.

—¿Y cuánto tiempo piensas honrarnos con tu presencia? —preguntó Doreen.

Era la hermana mayor, y ejercía de algo a medio camino entre ama de casa y esposa de repuesto. Malcolm Moncur la trataba, desde luego, con la misma brusquedad con que, según recordaba Brodie, había tratado a su difunta mujer.

—Dos noches —contestó Brodie—. Me marcho a París el domingo al amanecer.

—Te tienes que quedar para el sermón —dijo Ernestine, mirando

preocupada a Doreen—. Padre no querrá que faltes.

—Por desgracia, no puedo cambiar los horarios de los barcos —Brodie oyó voces y risas masculinas que llegaban por el pasillo procedentes del cuarto de estar de su padre, o «cuarto de recibir», como a veces lo llamaba—. ¿Con quién está padre? —le preguntó a Doreen.

—El alcalde de Lyne y varios amigos suyos han venido de Inglaterra a cazar.

—¿A cazar qué? —dijo Callum—. Apuesto a que ni aves ni peces.

—¿Callum!

Todos escucharon cómo las risas se hacían más fuertes, y el vozarrón de Malcolm Moncur que gritaba: «¡... y él no me llega ni a la suela del zapato!».

Durante un breve instante, Brodie sintió náuseas. Luego se dio la vuelta y se acercó a sus hermanas.

—¿Qué tal un aperitivo? ¿Una copita de jerez o de madeira?

—Padre ha cerrado la puerta de la despensa, y la llave la tiene él.

Todos los licores (y había de sobra) se guardaban, efectivamente, en la despensa, que estaba al lado del cuarto de estar. Malcolm Moncur era el único que tenía la llave, y solo él podía servir alcohol.

—Habrán bebidas en el cuarto de recibir —dijo Callum—, si es que no se las han acabado ya.

—¿Por qué no entras a coger una botella? —le sugirió Brodie a Isabella, la segunda más joven de las hermanas. Era una muchacha muy callada y llevaba gafas como él—. Nunca se enfada contigo. Dile que nos estamos muriendo de sed.

—No me atrevo, Brodie. Me va a dar con el cinturón.

—¿Tienes diecisiete años, Isabella!

—Pero me sigue zurrando cuando se le provoca.

—Santo Dios. ¿Y se nos permite fumar?

Brodie sacó su pitillera de peltre, con los cigarrillos ya liados, y los fue repartiendo entre sus hermanos. Le alegró observar que las hermanas mayores (los Ojos) fumaban: en una familia como la suya, los pequeños actos de rebeldía tenían su valor. Les dio lumbre, y Edith, la cuarta hermana, decidió que ella también quería uno. Una vez que Brodie y Callum encendieron sus pitillos, los seis estaban fumando (Isabella era la única que había rehusado). Mientras charlaban, el aire se fue cargando tanto de humo que, nada más entrar en el salón, seguida por Alfie, Electra abrió la puertaventana que daba al

césped de la parte trasera de la casa: había que ventilar un poco, dijo. Los dos saludaron a Brodie con timidez, como si fuera un desconocido.

—Tengo entendido que te marchas —dijo Electra. Era una chica menuda, y la más guapa de las hermanas Moncur.

—Sí. A París.

—Ya no volverás.

—Por supuesto que sí —repuso Brodie—. Es solo por un trabajo. No pienso emigrar.

—Yo sí lo haría —dijo ella, bajando la mirada.

—¿Y adónde emigrarías tú? —la voz, estruendosa, venía de la puerta—. ¿Al África negra? Te comerían viva en un santiamén, cariño. Más vale que te quedes con tu anciano padre. ¿O no?

Electra se escondió detrás de Brodie. Malcolm Moncur entró en el salón y observó a su vasta prole mientras las mujeres apagaban los pitillos.

Brodie miró a Callum. Sabían detectar los signos de embriaguez en su padre, el deterioro progresivo. No estaba del todo borracho, pero casi, pensó Brodie. Iba a ser una velada difícil.

El reverendo Malcolm Moncur era bajo y fornido —aunque se estaba poniendo gordo—, con la cabeza desproporcionadamente grande y facciones pronunciadas. Tenía sesenta años, pero el pelo castaño rojizo apenas se le había empezado a encanecer en las sienes, y lucía un bigote tupido, bien perfilado —como si hubiese cortado con esmero un trozo de felpudo de fibra y se lo hubiese pegado— y de un color rojo más oscuro que el cabello. Callum sospechaba que un barbero se lo teñía.

Malky Moncur: beodo como de costumbre, pensó Brodie mientras esperaba a que su padre fijase los ojos en él.

—Hablando de África..., ¡mirad! —dijo por fin, señalándole—. El negrito ha vuelto a casa. Bueno, bueno, bueno.

—Hola, padre —dijo Brodie con la voz todavía serena.

—¿Cómo está mi mulatillo? —preguntó el reverendo, acercándose a su hijo.

Brodie le sacaba una cabeza y había notado que esta diferencia de estatura siempre parecía alterar a Malky, como si fuese una ofensa genética contra él. Además, tenía el pelo muy oscuro, los ojos marrones y la piel cetrina: una rareza entre los Moncur, todos rubios y de ojos claros y tez pálida. Su padre había aludido siempre a esta discordancia. Brodie sentía el vago deseo de ser fruto de una aventura de su madre con un latino de piel aceitunada de viaje por

Escocia. Sabía que no era más que una fantasía.

—Veo que estás tan negro como siempre. Como el día que naciste.

—Gracias, padre —respondió, con aplomo, Brodie—. Tú tienes buen aspecto. Glasgow debe de haberte fortalecido.

Los dos se miraron. Brodie seguía con el rostro impassible, los ojos inexpresivos. A los demás los podrás dominar, Malky Moncur, pero a mí no, pensó. Soy libre.

—¡Por los clavos de Cristo! —Malky Moncur se volvió hacia su hija mayor—. ¿Es que no piensas darnos nada de comer, Doreen? ¡Me muero de hambre!

El reverendo Malcolm Moncur se dirigió con paso firme al comedor. Los hermanos y hermanas Moncur lo siguieron en silencio, mirándose con gesto grave, lanzándose mensajes tácitos los unos a los otros.

La cena fue relativamente bien, o al menos eso le pareció a Brodie. Doreen cortó un trozo grande de cordero, y la cocinera y ama de llaves, la señora Daw, se encargó de servir la carne —con patatas y zanahorias hervidas de guarnición—. Después de que Alfie bendijera la mesa con una breve oración, los Moncur cogieron los cubiertos y se pusieron a comer con avidez. Para beber solo había agua. Brodie se alegró por una vez de pertenecer a una familia tan numerosa (eran diez en total los comensales), porque se entablaron multitud de conversaciones en las que Malky no podía meter baza. Su padre estaba sentado en un extremo de la mesa, entre Doreen y Ernestine, que consiguieron retenerlo allí casi todo el tiempo. De vez en cuando, sin embargo, el reverendo se levantaba, salía del comedor y volvía a los dos minutos, o se paseaba alrededor de la mesa, deteniéndose para darle un afectuoso apretón en el hombro a alguna de sus hijas y susurrarle al oído. Otras veces, cuando necesitaba el salero o la jarra de agua, se iba a buscarlo y volvía a su sitio con ello. Parecía disfrutar cenando así, levantándose cuando le placía y deambulando por el comedor. Se puso de buen humor, y a Brodie le dio la impresión de que se iba volviendo manso, casi bondadoso, con el transcurso de la cena.

Las cosas cambiaron cuando se sirvió el pudín —una especie de crema de leche y harina a la que se añadía mermelada de frambuesa—. Malky se indignó al verlo:

—Seré un imbécil, ¡pero esa bazofia no me la como! —soltó, y acto seguido

se marchó del comedor a grandes zancadas dejando al resto de la familia con el postre: los ánimos se distendieron al instante.

Después de la cena, las mujeres se retiraron a sus dormitorios, pero Brodie, Callum y Alfie estaban dispuestos a enfrentarse a Malky con tal de conseguir un trago. Al entrar en el cuarto de estar vieron la puerta de la despensa abierta y a Malky dentro.

—¿Hay algo para beber en este pub? —dijo Callum a voces, y Malky salió de la despensa, sin la chaqueta y con los tirantes colgándole por encima del trasero.

—¿Quién es ese que habla? ¿El pobre infeliz que trabaja de secretario de un notario de poca monta en Peebles? —dijo, agresivo, Malky.

Tenía una botella de coñac en la mano y se tambaleaba un poco. Ahora sí está borracho del todo, pensó Brodie.

—Si no hay nada para beber, nos vamos a la cama —prosiguió, valiente, Callum.

Malky le ofreció de mala gana un vasito de coñac a cada uno. Los tres hermanos se sentaron en sillones con su padre enfrente, desparramado en el sofá Chesterfield.

—Salud, padre —dijo Brodie, levantando el vaso.

— *Sláinte* —respondió Malky—. En esta casa no pienso tolerar tus memeces angloedimburguesas.

—Pero supongo que me estará permitido brindar por su salud.

—¡Qué cruz, Señor! —replicó su padre en tono teatral—. ¡Qué cruz me ha caído con estos tres hijos!

Brodie fue pasando sus cigarrillos y Malky se inclinó hacia delante para coger uno.

—¿Y cómo está Ainsley Channon? —le preguntó a Brodie—. ¿Cómo anda el putero ese?

—Muy bien. Me pidió que te transmitiera sus mejores deseos.

—Sus mejores deseos se los puede meter por su estrecho culo.

Callum, que tenía la botella de coñac, fue rellenándoles el vaso a todos.

—Ainsley Channon es un buen amigo de la familia —objetó, deseoso de provocar a Malky para que dijese más groserías—. Y mira lo bien que se está portando con Brodie.

—No es más que un dependiente de Edimburgo —dijo Malky— que tuvo la suerte de heredar el negocio familiar porque su primo murió joven. Se pasa el

día tocándose las narices en su despacho de George Street; los demás trabajan y él solo cuenta el dinero —Brodie le hizo señas discretas a Callum para que cambiara de tema, pero Malky lo notó y se volvió hacia su hijo mayor—. Me da lo mismo que te mande a París; lo que digo sigue siendo verdad —añadió con frialdad—. Negro de mierda...

Brodie apuró el coñac.

—Buenas noches, querido padre.

Se marchó sin cerrar la puerta ni escuchar sus impropiedades y subió a su dormitorio, en el último piso. No estaba furioso, solo se sentía raro. Su padre era un tipo complicado, sin duda, pero ¿por qué le tenía tanta inquina? Una vez en su cuarto, Brodie se dirigió a la pequeña cómoda de madera de roble que había enfrente de la cama y abrió el cajón donde guardaba el camafeo con la figura de su madre. Moira Moncur, 1842-1884.

Había muerto de parto cuando él tenía catorce años, así que guardaba un vivo recuerdo de ella: una mujer cariñosa de aspecto alicaído, agobiada por los numerosos hijos y continuos embarazos. Brodie había calculado hacía poco que, desde 1861 hasta que murió, veintitrés años después, su madre había alumbrado catorce hijos, cinco de los cuales nacieron muertos o fallecieron a los pocos días. Se preguntó qué concepto tendría su padre de aquella mujer, su esposa. ¿La consideraba una simple paridora, una vaca de cría? Primero vinieron cuatro niñas en apenas cinco años; luego, los dos primeros mortinatos, y en 1870, Brodie. Su madre tenía entonces veintiocho años. Después vinieron tres varones más (Callum, Alfie y, entremedias, un mortinato) y finalmente se reanudó el ciclo femenino con la llegada de Isabella y Electra, entre las cuales hubo otro bebé que nació muerto. El mortinato que precipitó la muerte de Moira era otro varón: un niño sin nombre. Nueve hijos vivos, y la madre muerta con cuarenta y dos años.

Brodie miró el retrato fijamente, pero la anticuada formalidad de la pose y el desgaste del relieve le impedían formarse una idea de la persona de carne y hueso representada por aquella figura oval. El camafeo enmascaraba al ser humano. ¿Cómo era ella en verdad? De estar viva, ahora tendría cincuenta y dos años. ¿Cómo habrían cambiado las cosas si no hubiese muerto? Parecía imposible imaginarla viviendo con el monstruo egocéntrico y ridículo en el que se había convertido Malky Moncur. Brodie pensó —y no era la primera vez— que quizá su prematura muerte había envilecido a su esposo, en cierto modo. Pero luego desechó esta hipótesis, que le parecía demasiado benévola:

Malky Moncur era singular en su malignidad, un caso único. Brodie siempre había sabido adónde se encaminaba: su destino estaba escrito.

Puso a buen recaudo el camafeo en su baúl mientras pensaba distraídamente en sus cinco hermanos muertos. Por desgracia, no sabía bien cuántos habían sido niños y cuántos niñas. Algunos habían llegado a tener nombre (había habido un Hector, recordaba, y también una Marjorie); otros habían sido fetos anónimos, por lo menos para él. Se avergonzó de su ignorancia. Tienen que figurar en algún registro parroquial, pensó. Quizá debí honrar su brevísima memoria buscando la escasa información que existía sobre ellos. De pronto, sin embargo, la tarea le pareció tan penosa como inútil y se tumbó en la cama agotado, exhausto por la enorme tensión que suponía volver a casa. Piensa en París, se dijo; piensa en el regalo que te ha hecho la diosa Fortuna. Sí, París le estaba aguardando.

A la mañana siguiente, sábado, justo después de afeitarse, limpiarse las uñas con la punta de su cortaplumas y fumarse el primer cigarrillo Margarita del día, Brodie salió de la casa y caminó por el valle del Liethen en dirección a Dalcastle Hall, a un kilómetro y medio de distancia: tenía una cita con lady Dalcastle. Le había enviado una nota nada más llegar a Liethen Manor, y ella había contestado proponiéndole que se encontraran a las once de la mañana. Le hacía «mucha ilusión» volver a ver a Brodie.

Dalcastle Hall era una mansión rara, con una extravagante amalgama de estilos. Brodie cruzó una verja ornamental, dejó atrás la casa del guarda —un edificio neogótico con chimeneas poligonales, tejas de caballete, aleros con remates de color jengibre y rosetones— y se dirigió a la entrada por un camino lleno de baches y flanqueado por hayas antiquísimas. La primera construcción que distinguió a través de los árboles parecía una vieja torre fortificada, con muros macizos, almenas y ventanas alargadas y asimétricas. Estaba muy deteriorada. En las juntas y los tablones que cubrían varias ventanas crecían musgo y pequeños helechos. Al acercarse, sin embargo, divisó el ala georgiana de la mansión: estuco blanco en la fachada, tres pisos y ventanas de guillotina simétricas. Al lado estaban las cuadras, y detrás de ellas, los muros altos de piedra gris que rodeaban los dos jardines: uno de ellos tenía césped, arriates e invernaderos, y en el otro se cultivaban hortalizas y árboles frutales. Lady Dalcastle vivía sola..., dejando aparte al servicio, claro. Su marido, Hugo Dalcastle, había muerto a los treinta y tantos («Por el alcohol y la mala vida», según Malky), y en 1870, su único hijo, Murdoch, capitán del regimiento de los Scots Greys, había contraído la fiebre amarilla en Ashanti, en África Occidental, y fallecido a los veinticuatro. Lady Dalcastle, desolada, había encontrado compañía y consuelo en la mujer del pastor, Moira Moncur, y, pese a ser tan dispares, las dos se habían hecho amigas enseguida.

Brodie nació el mismo año en que murió Murdoch Dalcastle, y lady Dalcastle mostró un interés especial por él, como si el alma de su difunto hijo hubiera pasado al pequeño Brodie. Siempre le estaba haciendo regalos, y al niño cada dos por tres le mandaban a Dalcastle Hall a «jugar». Cuando descubrieron que Brodie tenía un oído perfecto y empezó a cantar con el coro de la iglesia de San Mungo, fue lady Dalcastle quien pagó para que recibiera clases complementarias; y más tarde, una vez reconocida la pureza de su voz, fue ella quien le sufragó los gastos de matrícula en la academia de música de la señora Maskelyne, en Edimburgo. Él tenía nueve años. Se habló de enviarlo a un conservatorio extranjero; Brodie parecía tener una brillante carrera operística por delante. A los trece años, sin embargo, sufrió la muda de la voz: era obvio que el incandescente soprano se había transformado en un mediocre barítono. Así que se pasó al piano. A base de mucho trabajo llegó a ser un pianista competente, aunque no se podía decir que tuviese un talento especial. Habría podido dar clases, pero pronto cayó en la cuenta de que el mundo estaba lleno de profesores de piano moderadamente talentosos. Conservaba, eso sí, un oído perfecto, facultad que podía aprovechar. El caso es que lady Dalcastle habló con su primo, Ainsley Channon, y después de superar los exámenes de final de secundaria (era un muchacho inteligente) Brodie entró como aprendiz de afinador en Channon & Co.: un trabajo estable que no tardó en convertirse en vocación. Era 1888, y tenía dieciocho años.

Brodie iba recordando todo esto mientras se acercaba a la puerta principal de la mansión, tan familiar para él como la casa del pastor, aunque con mejores recuerdos: a lady Dalcastle le debía casi todo, incluidos sus buenos modales y su refinamiento. A su familia le gustaba bromear diciendo que Brodie iba a heredar la finca, pero, cada vez que salía a relucir el asunto, Malky se burlaba sin piedad de su hijo: «Está endeudada hasta las cejas», decía desdeñoso. Al parecer, Hugo Dalcastle había dilapidado la fortuna familiar bebiendo y jugando, y había hipotecado la finca diez veces. «Pregúntaselo al zoquete de tu hermano, el ayudante de notario. Está al tanto de todo. ¡No te vas a llevar ni un cuarto de penique, muchachete!»

La noticia no fue un disgusto, sino más bien un alivio para Brodie, al que no le apetecía vivir en el valle del Liethen, agobiado por el peso de las deudas y a apenas un kilómetro y medio de distancia de la casa familiar y de Malky Moncur. ¡Sería un infierno! A lady Dalcastle le tenía aprecio y siempre le estaría agradecido por haberle proporcionado los medios para huir. Lo único

que no le gustaba de ella era que asistía todos los domingos a los sermones de su padre. No se perdía ni uno solo. Las palabras de Malcolm Moncur le parecían inspiradas e inspiradoras, y Malky, por su parte, adoptaba un tono comedido a la hora de hablar con ella. A Brodie este cambio de actitud le hacía gracia al tiempo que le repelía.

Llamó a la puerta de la mansión y le abrió el mayordomo de lady Dalcastle, Broderick, quien acto seguido le condujo al pequeño salón de arriba. El anciano, llevaba más de cincuenta años sirviendo en casa de los Dalcastle. Tartamudeaba un poco.

—Lady D-D-D-Dalcastle no se encuentra bien, señor Brodie —dijo, parándose en el rellano.

—Cuánto lo lamento.

—No debe fatigarse.

—Lo comprendo. Procuraré no cansarla. Serán diez minutos: solo quería presentarle mis respetos.

—Diez minutos como máximo, señor. No debe ffffffatigarse.

—Cuenta con ello.

Broderick le dejó solo en el salón. Brodie comenzó a andar de aquí para allá. De pronto le entraron ganas de fumar. Las paredes del salón estaban revestidas con paneles de madera de un tono muy claro —puede que fuera fresno, o nogal—, y de un riel para cuadros colgaban varios paisajes sombríos de pequeñas dimensiones. Dos ventanas daban al jardín tapiado. A Brodie le pareció algo abandonado: se había caído un árbol y los bordes de los arriates estaban llenos de hierbajos, adelfas y ortigas. Había un invernadero encalado, y en el césped, que estaba bien cortado, pastaban un par de ovejas atadas.

Brodie oyó una tosecita cortés detrás de él y se dio la vuelta: lady Dalcastle, que había entrado en el salón con mucho sigilo, le tendió la mano para que se la besara. A raíz de la muerte de Murdoch había decidido vestir en tonos alegres, y esta vez llevaba una chaqueta de terciopelo rojo cereza y una falda amplia de color ciruela. El pelo canoso se lo había recogido con un pañuelo de seda amarillo. Le gustaba llevarlo largo, como las chicas.

Se alegraba de ver a Brodie, dijo, pero ¿cuánto tiempo había pasado? ¿Dos años? Qué abandonada la tenía, el muy canalla.

—Pero te perdono. Ven, siéntate aquí conmigo.

Se sentaron en un sofá pequeño y Broderick entró con una bandeja de té. Hizo tanto ruido al colocar las tazas y los platillos de porcelana en la mesa

que lady Dalcastle le dio permiso para retirarse y se encargó de servir el té de la tetera de plata mientras charlaba con Brodie. Le contó que había pensado en buscar otro mayordomo, pero no tenía valor para despedir a Broderick, el pobre se hundiría, así que tenía que hacer cada vez más cosas ella sola. *C'est la vie*.

Brodie se fijó en lo delgada que estaba, más delgada que nunca, de hecho. Parecía que las muñecas se le fueran a quebrar por el peso de la tetera. Por otro lado, estaba radiante, muy animada; los ojos le brillaban; llevaba un toque de carmín en los labios y despedía un olor —flor de tilo, pensó Brodie— sutil pero acre.

El té estaba tibio, y las galletas de mantequilla se le desmenuzaban a Brodie como terrones de azúcar húmedo en los dedos.

—Puedes fumar si te apetece, Brodie; no me molesta en absoluto. Sé que te gusta.

—No, gracias, lady Dalcastle. Estoy intentando dejarlo. Es una costumbre cara, y además he cometido la estupidez de aficionarme al tabaco americano. Solo hay una tienda en...

—¿Has visto el anuncio de tu padre?

—No. ¿Qué anuncio?

—Ha salido en *The Scotsman*, nada menos.

Lady Dalcastle alargó el brazo para coger un periódico doblado de una mesita que había junto al sofá, y se lo pasó. El anuncio figuraba en un recuadro negro colocado en la esquina inferior derecha de la página. «Este domingo, el reverendo Malcolm Moncur pronunciará un sermón en la iglesia de San Mungo, en Liethen Manor. Medios de transporte disponibles en la estación de tren de Peebles. El texto del sermón procede del libro de Baruc (apócrifo). Entrada gratuita.»

—Callum me ha hablado de estos anuncios —dijo Brodie—. Tengo entendido que a veces hay quinientas personas en la iglesia. Gente que viene de Edimburgo, Selkirk, Biggar...

—Llegan docenas de carruajes. Docenas. Las calles del pueblo se llenan de coches que vienen de la estación de Peebles. Tu padre es un imán; vaya si lo es.

—Bueno, él siempre ha querido atraer...

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo lady Dalcastle en tono firme, como si quedara alguna duda sobre su fervor—. A veces me fascina lo

que dice..., cómo interpreta esos pasajes tan oscuros de la Biblia. Las conclusiones que saca me parecen muy perspicaces.

—Por desgracia, me temo que no voy a poder escucharlo. Me marcho mañana muy temprano.

Lady Dalcastle le apuntó agitando su finísimo dedo.

—¿No serás ateo, no, Brodie?

—Para serle franco..., tengo dudas, lady Dalcastle. La fe de mi padre me parece... una paradoja —Brodie no tenía ningún reparo en hacerle creer que su alma se podía salvar. Pero era hijo de Malky Moncur y, por tanto, ateo fervoroso e intransigente.

—¿Conoces la poesía de Swinburne? Algernon Swinburne.

—No le he leído. He oído hablar de él, pero...

—Tiene unos poemas preciosos. Creo que es ateo.

—Sí. No. Lo que ocurre es que...

—¿París, Brodie, París! La Ciudad de la Luz. *La ville lumineuse*. ¡Cómo te envidio!

—Es una oportunidad única. Me hace mucha ilusión, lo reconozco.

—¿Una oportunidad? ¿De veras?

—Creo que sí. Tengo que ayudar a Calder Channon con...

—¿No será más bien una trampa?

A Brodie le volvieron a entrar ganas de fumar. Bebió un poco más de té, que ya estaba frío.

—¿Cómo puede ser una trampa, lady Dalcastle?

—Ah, París, París. Esa ciudad puede ser una amante difícil. Mi difunto marido, Hugo, pasaba mucho tiempo allí. Sí, los últimos años de su vida viajó a menudo a París.

—¿De verdad?

—Fue su perdición.

—Entiendo.

Lady Dalcastle le volvió a apuntar con el dedo.

—Prométeme que no te pasará lo mismo a ti, Brodie.

—No me pasará. Lo prometo.

—Tómame otra taza de té. Estoy disfrutando mucho con esta conversación.

Ella misma acompañó a Brodie a la puerta media hora más tarde. Le hizo prometer que le escribiría desde París, y le aseguró que contestaría a sus cartas. Le apretó las dos manos y levantó la vista para mirarle.

—Que Dios te bendiga, mi querido Brodie, que Dios te bendiga —dijo—. Tu madre, que era un encanto, estaría muy orgullosa de ti. Qué chico tan alto y tan guapo —rebuscó en el bolsito que le colgaba del cinturón y le puso una moneda de oro en la palma de la mano: un soberano—. Espero noticias de París —le recordó entre susurros, como si ese fuera el secreto que compartían.

Brodie se alejó de Dalcastle Hall por el mismo camino con baches por el que había entrado. Estaba exhausto, confuso, lleno de sentimientos encontrados. El sol brillaba en el cielo que antes había estado cubierto de nubes pesadas; ya era un día de junio normal, y no parecía que el tiempo fuera a cambiar. Una vez en casa, entró en la cocina y se bebió tres vasos de agua.

La señora Daw estaba pelando patatas, y en el fogón había una criada removiendo el contenido de una olla humeante.

—He oído que se va usted a París, señorito Brodie —dijo la señora Daw.

—Ese es el plan, señora D. Me han encargado un trabajo allí.

—Vamos, que ya no le volveremos a ver por aquí. O le veremos de Pascuas a Ramos.

—Por supuesto que volveré. ¿Por qué da todo el mundo por sentado que me voy para siempre?

—O sea, que no volverá usted nunca —insistió ella, muy segura—. Le cogerá el gusto a esa vida. No sería el primer caso; ya he visto otros.

—¿A qué vida se refiere?

—La vida en el extranjero, que no se parece en nada a la que llevamos aquí. Somos gente sencilla, recia, temerosa de Dios.

—¿Cómo es la vida allí, señora Daw? ¿Cómo es la vida en París?

Ella le apuntó con el cuchillo.

—Peligrosa. ¡Va a acabar usted mareado!

—Puede que eso sea bueno. Puede que a uno le convenga marearse de vez en cuando.

—A usted no, Brodie Moncur, que lo conozco yo. Su madre estaría de acuerdo conmigo.

Brodie le aseguró que tenía un trabajo importante y respetable que hacer en una tienda de pianos. Un trabajo que no tenía nada de mareante. La señora Daw movió la cabeza con gesto escéptico y sonrió con tristeza.

—Acuérdese bien de lo que le digo, querido muchacho. Acuérdese bien de lo que le digo.

Brodie, meditabundo, se dirigió al vestíbulo, donde se encontró con Callum.

—Vámonos a pescar —dijo su hermano.

Brodie y Callum estaban sentados en la orilla norte del Liethen, a la sombra de un enorme y viejo sauce cuyas ramas se inclinaban sobre una de las charcas más grandes que formaba el pequeño río. De niños solían ir allí a zambullirse o nadar los pocos días que hacía calor en verano. Callum había hurtado dos lonchas de ternera y otros tantos trozos de empanada de jamón de la cocina de la señora Daw, y los dos devoraron la comida, acompañándola con el agua fría del Liethen, que bebían haciendo cuenco con las manos. Habían estado pescando con mosca río arriba, fuera del pueblo, y no les había ido nada mal: en la cesta de mimbre de Callum había una docena de truchas marrones, de un cuarto de kilo cada una, cubiertas con hojas de acedera húmedas.

Habían empezado pescando en la linde de las praderas que rodeaban Liethen Manor, y luego habían seguido el curso del río, que atravesaba una especie de selva escocesa; en ese tramo, las orillas estaban densamente pobladas de avellanos y alisos y se hacía difícil lanzar la caña. La hierba les llegaba a los muslos, y abundaban las cardenchas, las adelfas y los cardos, que estaban allí desde hacía años, sin que nadie se molestara en cortarlos. El Liethen, de aguas poco profundas y marrones como el té sin leche, corría veloz sobre un lecho pedregoso, pero en los tramos serpenteantes el río se hacía profundo y formaba charcas estrechas, y Brodie sabía que, cuando se hacía flotar la mosca en el agua con cuidado, las truchas solían morder el anzuelo.

Los dos hermanos llevaban pescando en el pequeño río desde que Brodie tenía memoria. Conocían todas las charcas, todos los recodos y los vados y los tramos donde el agua se arremolinaba y rondaban los mosquitos. A Brodie le serenó caminar por la orilla y lanzar la caña mientras los recuerdos le revoloteaban en la cabeza como mariposas bajo las ramas de un árbol mecido por la brisa. Se vio a sí mismo de niño, con su primera caña de pescar, y se acordó de la emoción de la primera captura. Se le ocurrió que quizá su verdadero «hogar» no fuera la casa del pastor ni el pueblo de Liethen Manor, sino ese pequeño río, con la vegetación salvaje que poblaba sus orillas. Se propuso atesorar los recuerdos de ese día para recurrir a ellos cuando se sintiera solo o le entrara nostalgia. Nostalgia del hogar...

Brodie tiró el último trozo de empanada al agua turbia de la charca y le ofreció un cigarrillo Margarita a Callum. Su hermano se recostó en la hierba y

se puso a fumar mientras observaba el balanceo del sauce y los rayos polvorientos del sol que se filtraban, oblicuos, entre las ramas. Río arriba, una garza alzó el vuelo, Brodie giró la cabeza y vio al ave atravesando lentamente el valle. Sintió cómo ese instante se solidificaba. La brisa le acariciaba el pelo. Recuerda esto, recuerda esto. Callum estaba diciendo algo.

—¿Qué será de nosotros, Brodie? De ti y de mí, me refiero.

Brodie se dio la vuelta.

—Yo me marcharé a París, conoceré a una guapísima aristócrata francesa y me instalaré en su castillo. Tú serás notario y te casarás con una chica rica y fea de Peebles. Os compraréis una mansión en el campo y tendréis diez niños.

—Antes preferiría morir.

—Bueno, ya sabes que hay otras posibilidades.

—Sí, como huir de casa y unirme a un circo —dijo Callum, soltando una risa sardónica.

—Ya vas captando la idea. Márchate de la ciudad. Vete a cualquier sitio.

Callum se puso de costado y apoyó el codo en la hierba.

—Para ti es muy fácil decirlo. Ya has conseguido escapar.

—Los dos tenemos suerte —respondió Brodie—. En cambio las chicas están atrapadas aquí. En cuanto a Alfie, Malky parece tenerle dominado.

—¿Te vienes a la iglesia mañana?

—Qué va. El cochero me recoge a las seis de la mañana.

—Malky se va a poner furioso.

—Por mí que le parta un rayo —replicó Brodie, y acto seguido se puso de pie y empezó a sacudirse las briznas de hierba del pantalón—. Volvamos al pueblo. Nos podemos tomar una pinta en el Howden.

—Igual me voy contigo a París —dijo Callum mientras se levantaba con dificultad—. Pero quiero una condesa guapa y enigmática para mí solo.

—En París hay tantas que te las tendrás que quitar de encima.

Echaron a andar río abajo con las cañas de pescar en la mano: el Liethen a su derecha; a la izquierda, los campos ondulados. Iban hablando de posibles porvenires para ambos cuando divisaron el campanario de la iglesia de San Mungo; entonces atajaron por un prado para entrar en el pueblo. Las nubes se separaron rápidamente, el tibio sol de junio les dio en la espalda y en ese instante Brodie pensó en lo que se había propuesto antes: recuerda esto, recuerda este día casi perfecto, el final de una tarde de pesca, y Callum y él volviendo juntos a casa por una pradera acariciada por el viento en el sur de

Escocia. Fíjalo bien en la memoria, se dijo; será un consuelo para tu alma en momentos de aflicción.

El Howden Inn estaba en el lado de Liethen Manor más cercano a Peebles. La iglesia y la casa del pastor se encontraban en el otro extremo del pueblo. El establecimiento, alojado en una casita baja y encalada, con el tejado de pizarra y las piedras de las ventanas pintadas de negro, lo frecuentaban los pastores y jornaleros del valle del Liethen. Se ufanaba de ser la única taberna que había entre Biggar y Peebles, y solía estar muy animada.

Callum abrió la puerta y siguió a Brodie hasta la barra, que estaba en una sala con el techo bajo, el aire cargado de humo y un olor curioso, mezcla de cerveza, chimenea fría y tabaco de pipa. Había dos ancianos jugando al dominó y bebiendo whisky en una mesa junto a la ventana, y una muchacha fregando las baldosas. Era junio y hacía sol, así que no habían encendido la chimenea.

Brodie y Callum encontraron una mesa libre en un rincón y, después de dejar las cañas de pescar detrás de las sillas, pidieron sendas pintas de cerveza clara Ethelstane al tabernero, un hombre joven llamado Campbell Wishart. Los dos le conocían. Era un tipo fornido con una barba abundante y descuidada y, aunque tenía menos de treinta años, ya le estaban saliendo canas. La barba se la había dejado para ocultar un labio leporino mal corregido: de ahí ese ceceo que a veces le hacía sonar casi afeminado.

—Brodie Moncur —dijo—. Por mi madre que hace un año o dos que no te veía. Puede que más. ¿Dónde te has metido?

—Vivo en Edimburgo, Campbell, y últimamente tengo mucho trabajo.

—Sí, eso he oído. Te dedicas a afinar pianos, ¿no?

—Servir pintas, afinar pianos..., hay que ganarse la vida de algún modo.

—Cierto, cierto.

—Yo además tomaré medio vaso de whisky para celebrar lo bien que le va a mi hermano —dijo Callum—. Se marcha a París, ¿lo sabes?

—Sí, y yo me marcho a Río de Janeiro —replicó, displicente, Campbell.

Se sentaron y se fueron bebiendo las cervezas. Callum apuró el whisky de un trago y luego se puso a observar distraído cómo fregaba el suelo la muchacha. A Brodie le invadió una intensa sensación de bienestar. Quería prolongar los placeres de ese día.

—Tengo una idea —dijo—. Hay una docena de truchas en la cesta. Le regalamos seis a Campbell y le pedimos que nos fría las demás.

—Nos esperan en casa para cenar —objetó Callum—. Ya va siendo hora de que volvamos.

—Pues decimos que nos hemos retrasado y ya está.

—¿Y qué dirá Malky?

—Malky no es nuestro amo y señor, Callum.

Brodie se dirigió a la barra con la cesta de mimbre, le enseñó las truchas a Campbell y le hizo la propuesta. En el Howden también se servía comida: había empanadas y *bridies* [2], y de vez en cuando aves asadas y estofado de carne picada y zanahorias. La mujer de Campbell era la cocinera.

—Creo que lo podemos hacer —dijo Campbell—. Pero me tendréis que pagar un chelín o dos.

—No faltaba más. ¿Tenéis patatas?

—No, pero tenemos pan... y vinagre.

Brodie y Callum se comieron las truchas fritas, acompañadas con rebanadas de pan con mantequilla y otra pinta de Ethelstane. Callum pidió luego otro whisky, y Brodie le miró con aire cómplice.

—¡Es fin de semana, carajo! —protestó Callum—. Y mañana tengo que ir a la puñetera iglesia.

Brodie garabateó una nota en un trozo de papel y llamó a la muchacha que estaba fregando el suelo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Constance.

—Escucha, Constance. Te daré un penique a cambio de que vayas a casa del pastor y le entregues esta nota a la señora Daw. ¿Podrás hacerlo?

—Sí, no soy tonta.

—Cerciórate de que la reciba. Te daré el penique cuando vuelvas.

—Lo quiero ahora. Si no, no estarás aquí cuando venga.

—Está bien —Brodie le dio la moneda—. Confío en ti, Constance. Pareces honrada. Anda, ve a darle esto a la señora Daw.

Constance se fue dando saltitos.

—Nos he excusado de la cena —explicó Brodie—. Una demora ineludible. Acábate el whisky y pide otro.

5

A la mañana siguiente, muy temprano, Brodie escribió otra nota para su padre.

Querido padre:

He disfrutado mucho en casa. ¡Cuánto me ha alegrado verte de nuevo, y con tan buen aspecto! Me disculparás por perderme el servicio y tu sermón, pero tengo que coger el paquebote nocturno para Amberes. Te escribiré una vez que me haya instalado en París.

Te saluda afectuosamente, como siempre, tu hijo,
Brodie

Dobló la hoja, escribió el nombre de su padre en el dorso y la colocó en forma de uve invertida sobre la mesa del vestíbulo, al lado del sombrero de fieltro de Malky.

Abrió la puerta de la casa sin hacer ruido —no había nadie más, a excepción de dos criadas que andaban por la cocina— y arrastró el baúl por el camino de grava. Hacía fresco. Estaba amaneciendo, y cada pocos segundos el sol asomaba entre las nubes que pasaban veloces por el cielo.

No había rastro del muchacho que le había traído desde Peebles, ni de su carruaje. Brodie soltó un juramento y miró el reloj. Las seis y diez. ¿Dónde diablos estaba?

—Vino hace media hora, y le dije que se largara.

Brodie se volvió lentamente.

Con un gabán negro, su padre caminaba por el césped de la parte trasera, entre las coníferas. Estaba fumando un purito y Brodie se acordó de que Malky tenía por costumbre levantarse temprano los domingos para ordenar sus ideas antes del sermón. Se propuso mantener la calma.

—¿Por qué se lo has dicho? —le preguntó—. ¿Con qué derecho?

—Porque quiero verte en la iglesia.

—Esta noche tengo que coger un barco para Amberes.

—Puedes coger otro maldito barco cualquier día de la semana.

Malky se acercó a Brodie, que cerró los ojos y olió el humo del puro: un olor desagradable, acre, que contaminaba el placentero aire del amanecer.

—Escucha —empezó Brodie—, no quiero ser...

—No, escucha tú. Vas a ir a la iglesia... y luego si quieres te marchas a París a buscarte la condena; ¿de acuerdo, morito?

—Es solo un puto trabajo. ¡Ni que fuera a bajar al infierno!

—Ahórrate las palabras soeces. Quiero ver a mi familia en la iglesia. A mis diez hijos.

—La última vez que conté éramos nueve.

—Nueve, diez, once, doce..., me importa un comino. Os quiero ver a todos.

—Connmigo no cuentas, Malky.

Se miraron con cara de odio. El sentimiento era mutuo e indisimulado.

—Has olvidado qué día es hoy, ¿verdad, Brodie?

—Es domingo, el día en que Malky Moncur monta su teatrillo religioso.

—¡Es el aniversario de la muerte de tu madre, zoquete! Ten un poco de respeto. Reza por su alma inmortal en tu parroquia. En la de tu familia. Deposita flores en su tumba antes de encaminarte alegremente a tu perdición. ¡Deberías estar avergonzado!

Brodie se quedó atónito. Se había olvidado del aniversario; de pronto sintió algo poco habitual: los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Yo no me avergüenzo de nada —dijo en voz baja—. Al contrario que tú, no tuve ninguna responsabilidad en su muerte. Eres tú quien debe suplicar el perdón. Te veré en la iglesia..., pero ese será el último favor que te haga.

Malky se permitió una fugaz mirada de satisfacción y luego se dio la vuelta y se alejó, nuevamente en dirección al jardín. Brodie llevó a rastras el baúl al vestíbulo y lo dejó al lado de la puerta, mientras se sentía triste y desconcertado. Malky sabía cómo sacar de quicio a su hijo, cómo manejar sus emociones, y a Brodie le daba rabia haberle revelado lo que sentía. Además, le remordía un poco la conciencia por haberse olvidado de su madre. En cualquier caso, Malky había despedido al cochero, así que no tenía más remedio que ir con sus hermanos y hermanas a oír hablar al prohombre desde el púlpito.

A Callum le sorprendió encontrarse a Brodie en la mesa del desayuno,

bebiendo té; no tenía apetito.

—Pensaba que te habías marchado hacía un buen rato —dijo mientras se servía huevos revueltos del calentaplatos que había encima del aparador.

—Esa era mi intención, pero Malky no me ha dejado. Quiere ver a toda su familia en la iglesia.

—¡Santo Dios! Eso significa que nos va a aterrorizar hablando de las llamas del infierno.

Las mujeres, que se habían vestido con mucho recato para ir a la iglesia, fueron entrando a desayunar y la familia se fue juntando. Estaban muy apagados. Brodie había vuelto tarde del Howden la noche anterior y se había despedido de sus hermanos y hermanas; a todos les sorprendió (y alegró) que aún no se hubiese marchado. Les dijo que había decidido quedarse para el sermón, porque a fin de cuentas llevaba dos años sin oír a su padre predicar. La explicación sonaba a cuento, pero todos fingieron gustosamente creérsela.

Más tarde, cuando salían del comedor, Doreen cogió a Brodie del codo y se lo llevó aparte.

—¿Qué le has dicho?

—Nada especial. Nada que no le hubiese dicho antes. Lo indignante fue lo que me dijo él.

—Nunca le he visto de tan mal humor. Debes de haberle dicho algo, Brodie. Le sacas de quicio, eso lo sabes. Deberías disculparte e intentar tranquilizarle.

—No pienso disculparme. Me esfuerzo mucho por no sacarle de quicio. ¿Por qué crees que no vine a cenar anoche? Le pongo nervioso sin necesidad de hacer nada —se le ocurrió una explicación—: Creo que me lee el pensamiento..., que sabe muy bien lo que estoy diciendo de él para mis adentros. No tengo ni que abrir la boca. Y eso es lo que tanto le irrita.

A partir de las diez empezaron a llegar los carruajes, entre ellos los procedentes de la estación de Peebles, que transportaban a los fieles que habían viajado en tren desde Hawick, Melrose y Galashiels. El césped del cementerio se fue llenando poco a poco de gente que charlaba en voz baja e iba saludando a conocidos delante de la puerta principal. Parecía que aquella multitud fuera a asistir a un baile o a un combate de boxeo, pensó Brodie: su actitud no era nada piadosa, sino más bien expectante y alegre; se rebullían animados y de vez en cuando se reían.

Diez minutos antes de que comenzara el servicio, el resto de la familia se encaminó a la iglesia. Eran siete en total. Alfie y Electra eran los encargados

de indicar a los concurrentes dónde sentarse. Los hermanos y hermanas Moncur ocuparían los asientos que les estaban reservados en la segunda fila, a la derecha de la nave. Aquellos jóvenes tan bien peinados y con su ropa oscura eran un motivo de orgullo para su padre y lo habrían sido para su madre.

Brodie dejó que los demás se sentaran antes de ocupar su asiento al final del banco y mirar a su alrededor. San Mungo no era una iglesia bonita, pero sí sobria y firme en su fe: así la describiría Brodie. Los muros eran de yeso color crema, sin otro elemento decorativo que una hilera de azulejos policromos situados a poca distancia del suelo, y los ventanales apuntados de las naves, de vidrio transparente. El organista estaba tocando una fuga de Buxtehude y el coro ya se había colocado a ambos lados del altar. El templo pertenecía a la Iglesia de Escocia, pero llevaba el sello de Malcolm Moncur. En el altar había un cristo crucificado de madera pintada de mitad de tamaño natural, y tan rico en detalles como una crucifixión de Grünewald; la talla la había encargado Malky. Auténticos clavos atravesaban los pies y las palmas de las manos, y a la piel se le había dado un tono blanco grisáceo para acentuar aún más el contraste con el rojo estridente de la sangre, los glóbulos escarlatas que caían desde la corona de espinas metálica hasta el pecho. En medio de la ancha herida de lanza que Cristo tenía en el costado destellaba el blanco de una costilla. A la izquierda del presbiterio, empotrado a mayor altura de lo normal en el muro de la nave, estaba el sencillo púlpito de madera. De fondo, una cortina de terciopelo carmesí ocultaba la empinada escalera por la que se accedía a la pequeña antesala que había detrás del muro. Más que un púlpito, parecía un balconcito. Había un atril de bronce sobre el que reposaba una enorme Biblia de quince centímetros de grosor, con tapas negras y que estaba abierta por el pasaje de ese día. El reverendo Moncur aún no había aparecido.

Brodie se dio la vuelta y observó cómo el templo se iba llenando rápidamente. Los bancos estaban todos ocupados, y al final de la nave principal había varias docenas de fieles que se habían quedado sin asiento. Quinientas personas en total, calculó: lleno absoluto. El organista terminó la fuga y, como siguiendo una señal invisible, el coro empezó a cantar «El Señor es mi pastor» y los fieles se callaron. Brodie se fijó en que había un maestro de coro, un joven calvo que estaba medio oculto detrás de una columna y dirigía con gran teatralidad. El propio Brodie había empezado su carrera

musical cantando justamente allí, en la iglesia de San Mungo. El coro lo dirigía entonces el viejo Kenneth McGilchrist. Brodie cerró los ojos, escuchó la música e intentó rebajar una inquietud que iba a más. Los cantantes eran buenos, a excepción de un contralto que cantó un semitono por debajo.

Terminado el himno, se hizo un silencio como temeroso, y entreverado con el ruido de los fieles que se removían en sus asientos. Hubo toses nerviosas y murmullos audibles, y los más asiduos se pusieron a hojear sus biblias en busca del pasaje que Malky había escogido para el sermón. Brodie vio que era un texto muy oscuro, incluso para Malky: versículos del diez al doce del capítulo seis del libro de Baruc, uno de los apócrifos. Había gente que pasaba las hojas sin encontrarlo; Brodie cayó en la cuenta de que no todas las biblias incluían esos libros.

Entonces se acordó de lo que tenía que ocurrir a continuación. Los fieles seguirían aguardando expectantes, y al cabo de un minuto Malcolm Moncur apartaría la cortina carmesí y aparecería como milagrosamente en el púlpito, abriendo los brazos en un gesto de bendición. Y eso fue justo lo que sucedió: de pronto, allí estaba el pastor, con su hábito negro, su sobrepelliz blanca de lino y las dos tiras largas en el cuello. Los fieles dieron un grito ahogado de asombro. «¡Oremos!», bramó Malky con su voz de bajo.

La subsiguiente plegaria fue una especie de calentamiento improvisado. Malky contó una serie de cosas que habían ocurrido en el mundo, intercalando de vez en cuando frases como «En el nombre del Señor», «En recuerdo del Cristo doliente» y demás. Brodie notó cómo su discurso se iba haciendo cada vez más apasionado y elocuente a medida que comentaba las desgracias y calamidades contemporáneas. Parecía un boxeador entrenándose en el gimnasio para el combate en el que se jugaba el título, o un purasangre dando vueltas por la pista antes de la gran carrera. Esta vez habló de la inauguración del canal marítimo de Mánchester, de la ocupación británica de Bulawayo, en Matabelelandia, y del anarquista francés que había hecho estallar una bomba en el exterior del Real Observatorio de Greenwich; manifestó su pesar por la retirada de William Gladstone de la vida pública, al tiempo que se burlaba de la política del primer ministro, lord Rosebery, y finalmente, sin apenas disimular su satisfacción, mencionó el pavoroso número de víctimas (más de un millar) del huracán que había azotado Misisipi el año anterior. Cuando censuraba a los gobernantes y se lamentaba de los conflictos que provocaban en todas partes, cuando aconsejaba prudencia a los reyes, a los presidentes

que se pararan a pensar dos veces y a los emperadores que refrenaran sus ambiciones imperiales, en su discurso estaba implícita la idea de que aquella iglesia del pueblo de Liethen Manor, en el condado escocés de Peeblesshire, era el centro del mundo, el lugar del que surgía toda la sabiduría humana y donde se rogaba a Dios que observara lo que estaba sucediendo e interviniera en los asuntos terrenales. Así que, terminada la larga plegaria, los fieles ya estaban preparados. «Amén», dijo Malky, y luego los bendijo a todos, haciendo la señal de la cruz varias veces, y los miró como si fueran una sola persona.

—El texto sagrado que voy a leer esta mañana no figura en todas las Biblias —pasó la hoja: su enorme Biblia sí contenía ese pasaje—. Procede de uno de los apócrifos. Libro de Baruc, capítulo seis, versículos diez a doce —hizo una pausa, y luego empezó a leer despacio y con voz estentórea—: «Neriyás supo que su hijo Sedecías había caído en trampas de rameras y deseado a la esposa de su hermano, Rut, y a la hija de su hermano, Ester, y no había mostrado arrepentimiento. Neriyás, empero, permitió a su hijo quedarse en su casa y los alimentó a él y a sus sirvientes, pues Neriyás, el levita, era un hombre justo. Las gentes vieron la sabiduría del hombre justo, y Sedecías fue repudiado por los levitas, que dejaron de hablar de él. Fue olvidado como la nube desvanecida por la fuerza del sol de mediodía, como el humo disipado por la brisa. Era un hombre sin sombra, menos que una mota de polvo, nada».

Malky hizo otra pausa y acto seguido comenzó su exégesis, con la que quiso explicar por qué aquel oscuro pasaje de un oscuro libro de la Biblia debía interesar a la buena gente que se había reunido en la iglesia de San Mungo. Brodie se relajó y prestó atención a sus palabras. Después de escuchar multitud de sermones así a lo largo de los años, había llegado a la conclusión de que eran la peculiar forma de vodevil de Malky, o una especie de espectáculo de feria que le permitía liberar al *showman* que llevaba dentro. Su padre creía en lo que decía tanto como los vendedores de crecepelos y demás charlatanes. Con sus prédicas tan solo buscaba el poder y el aplauso de la gente. Les decía unas cuantas verdades a los fieles, que reanudaban sus grises vidas iluminados y contritos... y a menudo estupefactos y excitados. Los pasajes bíblicos que seleccionaba solían tratar de pecados como el adulterio, la envidia sexual y el concubinato, y de guerras, asesinatos, mutilaciones y fratricidios. Una vez pronunció un sermón memorable sobre el pecado de Onán. Cuando mencionó el semen derramado en el suelo, una docena de

personas se marcharon indignadas. Sin embargo, como todos los charlatanes de feria, Malky sabía que el sexo era un señuelo muy eficaz, sobre todo cuando se le añadía el barniz protector de la religión.

Brodie levantó una mano para ocultar un bostezo: su padre seguía hablando de Neriýas y su pérfido e ingrato hijo, Sedecías. Miró los bancos de la primera fila, reservados para los fieles más ilustres. Allí estaba, escuchándole arrobada, lady Dalcastle, que vestía de amarillo limón y verde oliva. También vio a los alcaldes de Peebles, Innerliethen y Melrose y a un clérigo que, según le habían dicho, formaba parte del Comité del Sacerdocio de la Iglesia de Escocia. De Edimburgo habían llegado abogados con sus consortes, concejales y jueces, así como unas cuantas damas de la alta sociedad con espíritu aventurero, que buscaban aliviar el tedio dominical escuchando a aquel polémico predicador de los Borders del que tanto habían oído hablar.

Brodie giró la cabeza y recorrió su banco con la mirada, observando a sus hermanos y hermanas, que tenían todos la cabeza baja, las manos juntas y los ojos fijos en ellas. Ninguno de los fieles escapaba al hechizo de Malky. Brodie se puso a pensar en París para entretenerse. ¿Dónde se iba a alojar? Al principio, quizá, viviría en un hotelito, y luego buscaría un piso u hospedaje en una pensión cerca de la tienda. También tendría que tomar lecciones de francés. Estaba distraído pensando en todo esto cuando de pronto notó cómo Malky cambiaba de tono.

Su padre solía hablar con voz grave, retumbante y monótona —evitando inflexiones y matices irónicos: una voz excelente, poderosa, con la que cautivaba fácilmente al público—, y su solemnidad bastaba para convencer a los fieles de la verdad de sus palabras. Ahora, sin embargo, se puso histriónico, cosa muy rara en él. Brodie miró hacia el púlpito.

—Pero llegamos así al meollo de la cuestión, queridos amigos. He aquí la diferencia clave. «Neriýas era un hombre justo», nos dice el libro de Baruc. ¿Y su hijo? ¿Cómo era Sedecías? Sedecías era un hombre *orgullosos*. No parece un defecto demasiado grave, ¿verdad? ¿Qué hay de malo en ser orgulloso? Os aseguro, amigos, que el orgullo conduce a los pecados más infames: a la vanagloria, a la soberbia, a la intolerancia. ¡ EL AMOR A UNO MISMO ! —casi gritaba—. Lo podríamos llamar el pecado de Narciso: enamorarse de uno mismo, estar fascinado con uno mismo hasta el punto de olvidarse de los demás. ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! Tal es el pecado del hombre orgulloso,

¡el pecado de Sedecías, que cayó en trampas de rameras!

Entonces fijó la mirada en su hijo mayor. Solo le falta señalarme con el dedo, pensó Brodie aterrado, pero sin perder la lucidez. Hasta Callum le miraba.

Malky desplegó su máxima fuerza retórica:

—El hombre justo cree en el imperio de la ley, en el amor de Dios, en la esencial rectitud y bondad de los demás. En cambio, el hombre orgulloso no cree más que en sí mismo. Todo en el mundo le está subordinado y sirve para su enaltecimiento. Pero el pecado del orgullo es un cáncer que devora toda bondad y nobleza. El hombre orgulloso es un hombre vacío. El hombre orgulloso es una simple cáscara hueca. Inútil.

Brodie tuvo que bajar la cabeza: los fieles habían reparado en el duelo de miradas entre padre e hijo y empezaban a girarse para ver quién era el objeto de la ira y el desprecio del pastor. La catarata de vituperios no cesaba, y Brodie la soportó con entereza. Ahora sabía por qué se había empeñado Malky en que escuchase su sermón: esa censura pública era su venganza contra el hijo errante, el único miembro de su familia que se había atrevido a plantarle cara y desobedecerlo para seguir su propio camino.

—¿Y cuál es el destino de ese hombre orgulloso, de ese ser que tan poco tiene de humano? —prosiguió sin rebajar su vehemencia—. El amor a sí mismo, esa pasión corruptora, le llevará a condenarse. «Era un hombre sin sombra, menos que una mota de polvo, nada», reza el texto sagrado.

Brodie oyó cómo los fieles hojeaban sus biblias en busca del pasaje que Malky había leído antes, hasta que de pronto cayó en la cuenta de que esas palabras finales eran de su cosecha: las había añadido al libro de Baruc. Levantó la vista y miró otra vez hacia el púlpito, pero su padre ya no estaba. Sus salidas de escena eran, en efecto, tan súbitas como sus entradas: así, como por arte de magia, desaparecía detrás de la cortina carmesí. Había una escalera empinada que conducía a la antesala, y al pastor nunca se le veía después del sermón. Esta vez, Brodie tenía la impresión de que el silencio de los fieles era muy elocuente: los hombres y mujeres congregados en San Mungo parecían intuir que la ira con que habían oído hablar a Malky obedecía a un motivo personal y extratextual. Algunos se pusieron a mirar a un lado y a otro. ¿Seré justo u orgulloso?, se estarían preguntando, nerviosos. Brodie cerró los ojos y respiró hondo, mientras el coro empezaba a interpretar un enardecedor oratorio —el comienzo de «La luz del mundo», de Sullivan— y

los murmullos entre la congregación se iban haciendo más fuertes.

Callum aceptó el cigarrillo Margarita que le ofreció su hermano, y Brodie le dio lumbre y encendió el suyo. Los dos observaron la salida de los fieles de la iglesia. La gente iba caminando entre varios niños del coro, que sostenían todos bolsas de terciopelo con mucho fondo para las limosnas. Ese era el principal objeto de la ceremonia. Recaudar dinero. Brodie sabía que Alfie era el encargado de recoger todos los donativos: su hermano llevaba las bolsas a la sacristía, las guardaba en un armario y le entregaba la llave a Malky. Callum le había preguntado en cierta ocasión cuánto recaudaban después de un sermón muy concurrido: al parecer, el montante de las limosnas solía superar las veinte libras, y a veces se aproximaba a las cincuenta. Malky daba unos cuarenta sermones al año. Brodie hizo el cálculo: cuarenta por veinte es igual a ochocientos. Así que mil libras al año, más o menos. Y yo gano cuatrocientas al año como experto afinador de pianos, pensó. Entonces se acordó de lo que le había dicho Malky una vez, con total seriedad: «La religión es un medio estupendo para prosperar».

—¿Qué crees que hace con todo ese dinero? —le preguntó a Callum.

—Una parte debe de destinarla a untar a alguien, eso seguro. Dudo mucho que se lo embolse todo.

—Es una especie de extorsión. Simonía inversa —dijo Brodie—. Supón que a ese alguien le paga cien al año para que se esté callado y mantener así la farsa... ¿Qué hace con el resto del dinero?

—Eso me pregunto yo —respondió Callum—. Aunque en realidad comenzó a ganar un dineral hace apenas unos años, cuando se hizo famoso y empezó a atraer a mucha gente, no solo a los vecinos del pueblo. Por eso se anuncia ahora en la prensa.

Brodie vio a los fieles charlar sonrientes, eufóricos, y luego subirse a los carruajes, como si saliesen de un estreno. Ahora se irían a almorzar.

—Es muy astuto por su parte desaparecer de ese modo —observó—. No se queda a saborear el aplauso de la gente, y así conserva el misterio.

—¿A santo de qué venían todas esas chorradas sobre el hombre orgulloso?

Brodie sintió un leve escozor. Tiró el pitillo a una losa y lo pisó.

—Eran un mensaje para mí. En fin, ¿cómo salgo de aquí?

Tres días más tarde, Brodie estaba en el muelle del puerto de Leith. Era de noche, estaba lloviznando y las farolas de gas dibujaban círculos luminosos. Ya había embarcado el baúl en el vapor con destino a Amberes y conseguido un camarote para la travesía, pero quería pasar esos últimos minutos en tierra antes de que el barco se hiciera a la mar. En Amberes cogería el tren a París, y desde la Gare du Nord se dirigiría a Channon & Cie., en la Avenue de l'Alma, donde el «hombre orgulloso» empezaría una nueva vida.

Mientras encendía un pitillo, se puso a recordar el último domingo que había pasado en Liethen Manor. No había vuelto a ver a su padre antes de marcharse, en un carruaje que le había llevado a Peebles desde el Howden Inn. La nota que había dejado en la mesa del vestíbulo esa mañana bastaría como despedida. Una despedida amarga, pensó; pero toda la amargura y el resentimiento manaban del lado paterno de la ecuación. En cualquier caso, se dijo, ¿a quién demonios le importaba lo que dijera o pensara Malky Moncur? Él, Brodie Moncur, tenía que vivir su vida, y a ese monstruo intrigante, manipulador y mendaz que era su padre no le debía nada.

Se dijo que debía calmarse. Los últimos tres días había sabido aprovecharlos. Se había entrevistado con Ainsley Channon, que le había dejado clara una serie de objetivos económicos y confirmado su autoridad en ciertos asuntos. Había conseguido ver a Senga, y disfrutado de otra despedida carnal. Y había ido al óptico (el señor Fairchild) a comprarse las gafas nuevas que llevaba ahora. Eran unas bifocales como las de Benjamin Franklin, con dos lentes gruesas de diferente potencia en una mísera montura metálica ovalada: la superior, para ver de lejos, y la inferior, para ver de cerca. Parecían funcionar bien, y Brodie se estaba acostumbrando a esa delgada línea situada en el extremo inferior de su campo visual, donde se juntaban las lentes: ya casi no la notaba. Sacó el reloj de bolsillo y miró la hora con la lente de abajo: faltaban diez minutos para que zarpase el barco —se le inflamaba el pecho de expectación— y veía los números de la esfera con asombrosa nitidez.

Se dijo que no le faltaban razones para sentirse agradecido: tenía un buen trabajo, que le permitiría, si así lo deseaba, viajar por todo el mundo (o por lo menos a cualquier sitio donde hubiese pianos), buena salud (exceptuando los problemas de vista) y, gracias a lady Dalcastle, una buena formación. ¿Qué le debía a Malky Moncur? Una vida llena de agravios, de amargura y crispación.

Y puede que además fuese responsable de la muerte de su madre... Felizmente, Brodie ya se había librado de él, de San Mungo y de Liethen Manor. Sus hermanos seguían allí, pero ¿qué podía hacer él? Aunque a Callum lo echaría de menos, cada uno tenía que coger las riendas de su vida, tomar sus propias decisiones y vivir con ellas lo mejor que pudiera. Lo importante era que ya estaba de camino a París y al porvenir.

Sonó, jadeante, la sirena del paquebote: era el último aviso para embarcar. Brodie tiró el pitillo al agua aceitosa del muelle y subió a grandes zancadas por la pasarela. Se quedó en la cubierta observando cómo los marineros quitaban los cabos de los bolardos del atracadero, mientras los motores despertaban con estrépito y el vapor empezaba a apartarse del dique. Entonces dijo adiós a su tierra natal con cierta timidez (como hombre orgulloso que era). Fue una despedida formal y silenciosa. Por primera vez, Brodie tuvo la certeza de que nunca volvería a Escocia.

Segunda parte
PARÍS-GINEBRA-NIZA
1896-1898

1

— *Non, non, c'est beaucoup mieux, monsieur Moncur. Vous avancez vraiment bien. Vraiment. Impeccable .*

Como de costumbre, el profesor de francés de Brodie, monsieur Hippolyte Lorette, inclinó la cabeza levemente y con aire solemne, y le acompañó a la puerta de su pisito, un ático en la Rue Saint-Dominique. El edificio era tan alto que al este se veía la flamante estación ferroviaria de Les Invalides: de ahí que muchas de las conversaciones didácticas entre profesor y alumno girasen en torno a los medios de locomoción y, en particular, los viajes en tren. Brodie practicaba así las locuciones y los tiempos verbales más difíciles de ese idioma tan elegante que aspiraba a dominar. Monsieur Lorette era soltero y profesor jubilado del Lycée Henri IV. Flaco y encorvado, tenía una barba canosa y puntiaguda, pero no bigote, lo que le parecía raro a Brodie, y le hacía sospechar que formaba parte de una oscura orden religiosa. Por lo demás, era sumamente educado, tan formal y ceremonioso que su alumno no tenía la menor idea de cómo era Hippolyte Lorette, el hombre que se ocultaba tras esa fachada impenetrable. Tenía un francés perfecto y hablaba despacio y con claridad, como si Brodie fuera un niño. Llevaba muchos meses dándole clase: eran a un tiempo conocidos y completos extraños.

Brodie estaba contento con los progresos que hacía. Acudía a su casa tres días por semana, siempre a las ocho de la mañana, y conversaba una hora con él. Las clases solo se interrumpían en los meses de julio y agosto, que monsieur Lorette pasaba en Reims, donde vivía su familia. Más de un año y medio después de su llegada a París, Brodie podía presumir de un francés fluido, aunque seguía cometiendo errores. Todavía patinaba, por ejemplo, con los géneros y las concordancias nominales (¿era *le* o *la*, *un* o *une* ?), pero monsieur Lorette le aseguraba que, por desgracia, «*c'est normal chez les Anglais*». Con todo, las conversaciones ya no le costaban ningún esfuerzo: calculaba que su comprensión era casi del cien por cien, y su expresión

rondaba el noventa.

Brodie salió a la Rue Saint-Dominique, llamó a una victoria y pidió al cochero que le llevara a Channon, que estaba al otro lado del río, en la Avenue de l'Alma, muy cerca de los Campos Elíseos. Era un día de febrero, frío y nublado; menos mal que llevaba su viejo gabán de *tweed* y la bufanda de lana de color leonado que le había hecho Doreen. Distráido, dirigió la mirada hacia la torre Eiffel —se preguntó cuánto tiempo tenía uno que vivir en París para empezar a mirar esta construcción, y otras como la catedral de Notre Dame y el Arco del Triunfo, con indiferencia— y vio que las nubes, inmóviles, ocultaban la cúspide. Era una lástima que fueran a demoler toda la torre en el plazo de unos años... o quizá no: puede que ninguna ciudad fuese capaz de soportar una monstruosidad así. ¡La estructura más alta del mundo! *Incroyable! Magnifique!* Había subido a la punta dos veces.

Buscó en el bolsillo la carta de Callum, contento de poder distraerse con algo antes de empezar una jornada que preveía difícil. Estaba inquieto. Ainsley Channon había llegado a París y hoy, lunes, dedicarían el día a «analizar la marcha del negocio». Habían reservado una mesa para almorzar en un restaurante cercano. Desde la llegada de Brodie, la sucursal parisina había tenido una serie de éxitos evidentes, y atribuibles todos a su trabajo. Pero, por otro lado, había ciertos problemas que parecían irresolubles y que solo cabía achacar a Calder Channon. Así que todo indicaba que la entrevista iba a ser incómoda.

Brodie sacó la carta de Callum del sobre.

Querido Brodie, hermano sapientísimo:

La vida de casado es puro gozo, ¿no es eso lo que dicen? Tú mismo viniste a predecirlo..., aunque te equivocaste en una cosa: la chica no es de Peebles, sino de Galashiels. ¿Por qué faltaste a la boda, canalla? Eres un descastado. Sheila tiene muchas ganas de conocerte; siempre le estoy hablando de ti. Nos hemos mudado a Edenbrae, una casa grande en Venlaw Hill (gracias, suegro), y me alegra mucho informarte de que hay un pequeño Callum Moncur en camino. ¿Te puedes creer que seré yo quien le dé a Malky su primer nieto? La inminente llegada del bebé parece ponerle muy nervioso... Te haces viejo, Malky Moncur. Sigue hablando pestes de ti, por cierto: dice que eres un traidor, un renegado y un mísero emigrante. Me has preguntado alguna vez por qué te tiene tanta manía, pero sigo sin saberlo. El

caso es que parece obsesionado contigo, por las aviesas razones que sean, y...

Brodie dobló la carta: las cosas que contaba sobre Malky no le estaban animando precisamente. Callum se había casado con una joven llamada Sheila Anstruther-Kerr, la única hija de un comerciante de lanas de Galashiels. La boda (oficiada por Malky) había sido en la iglesia de San Mungo en octubre de 1894, apenas unos meses después de que Brodie llegase a París. Había pensado volver para ir a la ceremonia, pero era demasiado pronto. Quería que pasara bastante tiempo antes de regresar a Liethen Manor. Y ahora que había un niño en camino, puede que al bautizo sí asistiera.

La victoria aún no había llegado a la tienda, pero Brodie pidió al cochero que parara, le pagó e hizo el resto del trayecto a pie, aprovechando la caminata para ordenar sus ideas.

Channon & Cie. era un establecimiento ostentoso, con dos escaparates amplios que flanqueaban una *porte d'entrée* abovedada y adornada con columnas. Encima del rosetón del dintel había un asta alabeada de la que colgaba la bandera con la cruz de San Andrés: entre las ideas de Brodie estaba la de alardear del carácter escocés de la empresa y evocar la *Auld Alliance* [3]. Brodie se detuvo en la acera de enfrente: quería dedicar un rato más a prepararse para el encuentro e imaginar la impresión que la tienda le habría causado a Ainsley. Era su segundo viaje a París desde la llegada de Brodie, que le suponía satisfecho con lo que había visto en aquella. En el escaparate de la izquierda vio a Dmitri tocando un colín —un modelo nuevo—, y en el otro, colocado sobre una tarima, un piano de cola Channon medio desmontado, con su complejísima estructura interna expuesta: la tapa levantada y el mecanismo desplegado de manera que los curiosos pudiesen ver los macillos y las cuerdas. Brodie lo había comparado con un cadáver sobre una mesa de disección. Era un Channon de primera clase, y en una serie de letreros de cartulina impresos en inglés y francés aparecían explicados ciertos detalles del piano, como el tipo de madera, el número de kilómetros de alambre empleados para las cuerdas y las doce toneladas de tensión que, increíblemente, soportaban, el coste del marfil y del ébano de los que estaban hechas las teclas, y demás. Didácticos y a la vez fascinantes, como los había descrito Brodie cuando planteó la idea, los cartelitos atraían a gente que pasaba al lado de la tienda durante todo el día, y muchos entraban a mirar los

pianos que había expuestos. Calder Channon se había opuesto enérgicamente (eran innecesarios, decía), como cada vez que Brodie proponía algo; este último siempre se quejaba por escrito a Ainsley, que respondía rechazando las objeciones de Calder, por lo que el encargado de la tienda parisina y su adjunto se habían ido distanciando, y ahora, según Brodie, la relación era «fría» cuando las cosas iban bien y «gélida» el resto del tiempo.

Brodie se forzó a cruzar la calle y entrar en la tienda, y atravesó a grandes zancadas la amplia sala de muestras que había detrás de los escaparates en dirección al taller. Allí, en su feudo —Calder casi nunca se atrevía a entrar—, se afinaban los pianos, y esta rama del negocio estaba prosperando. Brodie había entrevistado, puesto a prueba y contratado a dos excelentes afinadores, René Dujardin y Romain Lebeau, y estaba formando a otros dos aprendices para que los ayudaran a atender el creciente número de encargos. Siempre andaban muy ocupados y en ocasiones tenía que echarles una mano, porque cada vez había más trabajo. El día anterior se había ausentado de la tienda y de la ciudad para afinar pianos en Neuilly y Fontainebleau: su fama se estaba extendiendo. Todo el dinero procedente de la afinación se ingresaba, por supuesto, en cuentas administradas por el departamento de contabilidad de Channon & Cie., dirigido por un hombrecillo curioso que se llamaba Thibault Dieulafoy y cuyo trabajo estaba sometido a la estrecha supervisión de Calder. Brodie sabía que los afinadores, y el taller en general, contribuían en gran medida a la facturación de la empresa, pero no tenía la menor idea de la proporción exacta. Calder era muy reservado en todo lo tocante al dinero.

Cuando llegó Brodie, Romain ya se había ido y René estaba a punto de marcharse. Ninguno de los afinadores ni aprendices hablaba inglés, así que las clases de monsieur Lorette habían sido fundamentales. Brodie y René se saludaron y estrecharon la mano, y el primero le preguntó al segundo por su mujer (embarazada de ocho meses), que se encontraba perfectamente, y luego entró en su pequeño despacho. Al mirar por los cristales vio a Murray Dodd (a él también le había enviado la empresa desde Edimburgo), que les estaba enseñando a dos aprendices nuevos cómo arreglar los balancines de los pedales de un Channon modelo Phoenix. Murray dirigía el taller que había en la trastienda de la Avenue de l'Alma. Cuando la reparación era más complicada, el piano se embalaba y remitía a la fábrica de Edimburgo. Lo último que había propuesto Brodie era comprar un edificio en las afueras de París, donde los precios eran más bajos y costaba menos encontrar locales

amplios, y montar un almacén provisional y un taller más grande. Calder había rechazado la idea.

Al cabo de diez minutos, y una vez comprobado que todo iba bien en su pequeño mundo, Brodie decidió enfrentarse a Calder Channon: no tenía sentido aplazarlo más. Así que subió por la escalera de atrás hasta llegar al primer piso, donde estaba el despacho de Calder, y llamó a la puerta.

Calder Channon era unos diez años mayor que Brodie y abultaba el doble. Para ser un hombre joven, aún no de mediana edad, estaba sorprendentemente gordo, un problema que iba a más, aunque su estatura —era casi tan alto como Brodie— lo disimulaba hasta cierto punto. Tenía el pelo oscuro y se había dejado un mostacho de morsa que casi le cubría el labio inferior y le daba un perpetuo aire compungido: el bigote destacaba tanto en la cara que parecía impedirle adoptar otra expresión. Calder estaba casado con Matilda, una joven inglesa muy apocada que caía bien a Brodie, y la pareja tenía un niño que se llamaba Ainsley, como su abuelo, y acababa de cumplir dos años.

Calder le hizo pasar al despacho.

—No hace falta que llames tan fuerte —le dijo.

—No he llamado fuerte.

—Me sorprende que no te estén sangrando los nudillos.

—Solo he dado unos cuantos golpecitos en la puerta, Calder. Nada más y nada menos.

—¿Y eso qué indica? «Quien llama fuerte no es tu amigo.»

—No conozco ese dicho. Dudo mucho que exista.

—Piénsalo bien —respondió Calder en tono casi despectivo.

—«Quien llama fuerte... tiene un vecino sordo.» Esto tiene más sentido.

Calder le miró.

—Siéntate. Mi padre está al llegar.

El despacho del primer piso tenía tres ventanales que daban a la Avenue de l'Alma, pero había unas cortinas de terciopelo negro medio corridas que le quitaban luz y aire; y en el parqué de madera tintada, una alfombra persa con dibujos oscuros. La sala estaba presidida por una mesa enorme —parecía más de comedor que de despacho—, y a un lado se veía un complejo sistema de tubos de aire comprimido que servían para repartir mensajes por toda la tienda y los despachos de atrás. En las paredes había colgadas una serie de litografías que representaban diversos lugares de Edimburgo —la Royal Mile, Arthur's Seat, St. Andrew's Square—. El despacho tenía un aire lujoso,

solemne y opulento: Channon & Cie. va bien, parecía susurrar la decoración.

Brodie le ofreció un cigarrillo, pero Calder lo rechazó y encendió una pequeña pipa. Los dos se sentaron y se pusieron a fumar en silencio —Calder aprovechó para mirar unos documentos que tenía en la mesa— mientras esperaban a que llegara Ainsley.

—Sabes para qué es la reunión, ¿no? —dijo Calder finalmente.

—Para hablar de los progresos que estamos haciendo, supongo.

—Esa es la visión optimista. Se trata más bien de discutir si conviene cerrar la tienda de París.

—No puede ser. Pensaba que las cosas iban bien.

—Estamos empezando a cubrir los costes, más o menos. Más o menos.

—Hemos vendido ochenta y siete pianos en los últimos seis meses. En cuanto a la afinación, no damos abasto. No entiendo cómo...

—Por supuesto que no lo entiendes —replicó Calder, irritado, y acto seguido echó una fina voluta de humo hacia el grabado que representaba la calle elevada George IV Bridge—. ¿Cómo vas a conocer la situación general de la filial? El panorama entero solo lo veo yo.

—Si me dejaras hablar con monsieur Dieulafoy, es posible que yo también lo viera.

—Eso no es cometido tuyo. Yo soy el único autorizado para consultar con monsieur Dieulafoy.

—He ahí el problema. Se supone que tenemos que trabajar en equipo.

—Esta discusión no va a ninguna parte, Brodie.

—Está bien, está bien. Sigamos rehuyendo el asunto.

La llegada de Ainsley Channon puso fin a la conversación. Ainsley se ponía elegante cuando estaba en París, como si fuera un joven galán que anda divirtiéndose por la ciudad: llevaba chalecos de seda de colores brillantes, zapatos de charol, las patillas bien cuidadas y el pelo engominado. Saludó a Brodie con un afectuoso choque de puños y una enérgica palmada en el hombro.

—Enseñadme la tienda —les dijo a los dos—. Ya hablaremos de negocios en el almuerzo.

Comieron en el restaurante Laurent, en los Campos Elíseos, a cinco minutos a pie de la tienda. No había mucha gente y les dieron una mesa al lado de la

ventana, con una buena vista del ancho bulevar. Brodie desdobló la servilleta de una sacudida, miró alrededor y de pronto (y a pesar de que iban a hablar de negocios) le invadió esa sensación de bienestar que conocía tan bien. El Laurent era un restaurante excelente: sabía que iban a comer bien, beber bien y ser bien atendidos. La mantelería era de una blancura clara y deslumbrante, y los reflejos de las bombillas de la araña que colgaba del techo centelleaban en la vajilla de plata. Además, estaba rodeado de damas elegantes, vestidas a la última moda. Se encontraba en París, la capital gastronómica del mundo. Era una lástima que no tuviese mucho apetito.

Estaba claro que Calder sí lo tenía: se comió dos panecillos enteros antes de que le sirvieran el consomé y los huevos escalfados, a los que siguió un plato de sesos de becerro con puré de patatas y una salsa marrón. Ainsley pidió rábanos y un filete de lucio. Brodie, por su parte, se tomó con poca gana una ensalada de pepino y un volován de ostras. Calder pidió una botella de Château Gruaud-Larose, pero Brodie dijo que se conformaba con un vaso de Apollinaris: quería estar sobrio.

Después del plato principal volvieron a consultar la carta, y Calder encargó otra botella de Gruaud-Larose y se comió un plato de lentejas mientras pensaba en qué postre iba a pedir. Brodie fue cogiendo trozos de su panecillo y masticándolos lentamente.

Ainsley los miró a los dos y sonrió.

—En fin, muchachos, tengo una noticia buena y otra mala. Me voy a tomar un traguito más del vino ese, Calder.

Brodie bebió unos sorbos de agua. Calder encendió la pipa, cuya minúscula cazoleta por alguna razón irritaba a Brodie tanto como el desmedido tamaño del bigote. ¿Qué sentido tenía? Ese receptáculo tenía las dimensiones de un dedal y solo cabía una pizca de tabaco. Ainsley aceptó el cigarrillo que le ofreció Brodie.

—La buena noticia —dijo— es que la facturación ha aumentado en un sesenta por ciento. La mala es que los beneficios no llegan a las cien libras. ¿Qué está pasando?

Calder señaló a Brodie con la cánula de la pipa.

—Pregúnteselo a él, padre. Cuatro afinadores, tres pianistas trabajando por turnos, de lunes a sábado. ¿Tiene idea de cuánto cuesta emplear a toda esa gente?

—¿Y tú tienes idea de cuánto ganamos afinando pianos de lunes a sábado?

—replicó Brodie en tono sereno—. Si no vendes un piano, siempre puedes afinar otro.

—Si no vendes un piano, eso no significa que haya que tocarlo. Esos tres pianistas que has contratado son...

—Chicos, chicos —le interrumpió Ainsley—. El problema lo tenemos claro. A ver si encontramos una solución.

Después de pedir el postre — *tarte du jour* para Calder; helados para Ainsley y Brodie— empezaron a discutir una serie de opciones. Brodie expuso su idea de almacenar las mercancías en París y no en Edimburgo. Con un buen taller de reparaciones ahorrarían en transporte y verían aumentar sus beneficios. Sería muy ventajoso, arguyó, tener una mayor proporción de existencias en París o en los alrededores.

Al tiempo que sopesaban la propuesta, Calder pidió una *omelette au rhum*. Estaba totalmente en contra: ¿por qué introducir métodos nuevos y costosos si los antiguos se habían revelado tan eficaces? Brodie, que tenía la impresión de que a Ainsley le empezaba a gustar su idea de crear un almacén en París, se quedó callado mientras padre e hijo discutían. Reparó en que Calder llevaba un anillo de diamantes muy hortera en el meñique izquierdo. Debía de ser nuevo, porque no lo había visto antes. Entonces —en tanto Calder iba devorando la tortilla y dejándose restos de huevo en el bigote— le vino a la mente la intempestiva idea de que quizá el hijo de Ainsley estuviese estafando a su padre...

Los tres se tomaron un café y un coñac, y se marcharon del Laurent sin haber resuelto nada. Calder, que había cambiado la pipa por un puro, iba caminando detrás de ellos, así que Brodie aprovechó la oportunidad para preguntarle a Ainsley si podía ir a verlo a su hotel.

—Me hospedo en el Hôtel du Rhin, en la Place Vendôme —dijo Ainsley—. ¿Por qué quieres verme a solas?

—Se me ha ocurrido una idea que quizá lo resuelva todo. Pero estoy seguro de que Calder se opondrá.

—Vente mañana a las nueve. No le diré nada a Calder.

Calder se fue con su padre a buscar una barbería y Brodie se encaminó a la tienda mientras le daba vueltas en la cabeza a la hipótesis del desfalco. De ser cierta, explicaría los malos resultados de la empresa, que tan desconcertado le

tenían. Ahora bien, ¿podría demostrarlo? ¿Cuánto habría robado Calder, y cómo?

Cuando llegó a la tienda, Dmitri, el joven pianista ruso, había terminado la jornada y estaba guardando las partituras en su cartera. Se apellidaba Kuvakin y estudiaba en el Conservatorio de París. Brodie había puesto allí un anuncio ofreciendo un sueldo de diez francos la hora por tocar el piano en los escaparates de la tienda, y después de recibir más de veinte solicitudes escogió a Dmitri y otros dos estudiantes, ambos franceses, e ideó un sencillo sistema de turnos para que siempre hubiera alguien tocando en el horario comercial. Este señuelo había funcionado muy bien una vez más. Con el transcurso de las semanas, Dmitri se había hecho amigo de Brodie. Era un par de años más joven que él y parecía tener verdadero talento para el piano, o por lo menos el suficiente para labrarse una carrera como concertista. Era esbelto y tenía los ojos saltones, como si siempre estuviera asustado. Entusiasta de París, conocía muy bien la ciudad, y llevaba a Brodie a restaurantes, teatros y, cuando les entraba el apetito, *maisons de tolérance*.

— ¿Qué planes tienes para el sábado por la noche? —le preguntó Dmitri. Hablaba bien francés y alemán, pero apenas sabía inglés, así que entre ellos se entendían en francés. Brodie le dijo que no tenía ninguno. Dmitri bajó la voz —: He descubierto un sitio nuevo, fuera de Clichy. Las chicas son guapas y baratas.

—Me parece que «guapas» no acaba de encajar con «baratas».

—Pero no son francesas, sino españolas... He ahí la diferencia. Vente conmigo y ya verás.

Ambos fijaron un día.

—¿Dónde está el sitio ese? —preguntó Brodie—. ¿En Montmartre?

—Cerca de allí. Te sorprenderá. Es todo un hallazgo.

Brodie se estaba afeitando en su cuarto de la pensión Bensinger. Al final del pasillo había un baño con retrete y un lavabo conectado al suministro de agua, pero él prefería la privacidad que le ofrecían el orinal, la jofaina y la jarra. Como siempre que se afeitaba, pensó en dejar intacto el labio superior para que le creciera el bigote, aunque luego llegó a la conclusión de que ir totalmente afeitado era más «moderno», o estaba más a tono con el nuevo siglo que se aproximaba. Además, así iba la mayoría de la gente a la que

admiraba..., o eso había creído en un principio. Se puso a pensar en sus ídolos y, para su disgusto, no se le ocurrió ninguno que no llevara barba o bigote o las dos cosas. Thomas Hardy: no. Randolph Churchill: no. Walt Whitman: no. David Livingstone: no... Quizá debía reformular su prejuicio contra el pelo facial diciendo que la gente a la que *no* admiraba solía lucirlo. Calder Channon sin ir más lejos. El zar de Rusia. El káiser Guillermo y su ridículo mostacho con forma de uve doble... Brodie limpió la navaja y la guardó en la funda de cuero. Ya se dejaría bigote algún día, si le apetecía.

La pensión Bensinger —que estaba en la Rue d'Uzès, cerca del palacio de la Bolsa— era muy económica: ciento veinte francos al mes en régimen de media pensión. Al principio, Brodie había pensado que se marcharía al cabo de unas semanas, una vez que hubiese encontrado un piso. Pero allí seguía, más de un año después: se había convertido en uno de los *habitués* de madame Bensinger. La pensión era ideal para él y, siempre que se quedaba a cenar, la comida le parecía abundante y sabrosa. Los otros inquilinos eran discretos y amables, y además estaba ahorrando dinero.

Se peinó y se puso una camisa limpia y el traje azul marino, y luego salió de la pensión. Había renunciado al desayuno para poder ir andando al Hôtel du Rhin, en la Place Vendôme. No tardaría más de veinte minutos en llegar.

Ainsley Channon estaba desayunando en el comedor del hotel, tomándose un plato de arenques en escabeche y una copa de vino blanco del Rin. Esta vez llevaba un chaleco de color caramelo con unos cuadraditos azules bordados. El bigote se lo había encerado. Parecía como si, liberado de Edimburgo e instalado temporalmente en París, permitiera a otro Ainsley salir de su guarida y campar a sus anchas, y luego le persiguiese de nuevo hasta la cueva antes de volver a Escocia.

Brodie pidió un café con leche caliente y esperó a que Ainsley se tomara un suflé y, a continuación, varios pastelitos de la fuente que había en el centro de la mesa.

—No entiendo cómo puedes seguir tan flaco, Brodie —dijo por fin, mientras alargaba el brazo para coger una última *chocolatine*—. No sé lo que me ocurre con la comida cuando estoy en París. Me paso todo el día hambriento.

Ainsley le propuso dar un paseo para bajar la comida, así que ambos atravesaron la Place Vendôme y, después de recorrer un trecho de la Rue Saint-Honoré, doblaron a la izquierda, en dirección al Palais Royal. Entonces

se pusieron a hablar otra vez de negocios.

—Se nos tiene que ocurrir algo, un plan, una estrategia —dijo Ainsley—. No entiendo por qué no estamos ganando dinero a espuestas. Nuestro negocio consiste en vender pianos, ¡y estamos vendiendo un montón, por Dios! Pero... —miró a Brodie—. ¿Qué me puedes decir del tipo ese, Dieulafoy, el que lleva las cuentas?

—He hablado con él alguna vez —respondió, cauteloso, Brodie—. Pero nadie me enseña nunca ninguna cifra.

—¿Por qué?

—Calder es muy reservado con estos asuntos.

Ainsley gruñó y frunció el ceño.

—¿Cuál es esa gran idea que se te ha ocurrido?

Brodie contó hasta tres y se lanzó:

—Es muy sencilla. Necesitamos que un pianista famoso toque un Channon en los conciertos y recitales, que la prensa lo publique y que el artista promocione el piano. Pero tiene que ser alguien de primerísima fila. De primerísima.

—¿Como quién?

—Me refiero a un Pabst, o un Arenski, o un Sauter —se paró a pensar en otros nombres—. Pachmann, Paderewski.

—¡Dios santo! Ya sé lo que quieres decir con un pianista de primerísima fila. Pero ¿cómo diablos convencemos a alguien así de que toque uno de nuestros pianos?

—Le pagamos.

Ainsley se detuvo y, en un gesto teatral, se apoyó en una farola y se llevó la mano a la frente. Estaba estupefacto.

—¿Cómo es que todas las «buenas» ideas acaban saliendo tan caras? —preguntó en tono suplicante—. Lo que queremos es ganar dinero, Brodie, no gastarlo.

—Eso no es todo —prosiguió Brodie—. Además de pagarle para que elija un Channon, se lo fabricamos siguiendo estrictamente sus especificaciones. Yo me encargo de supervisar todo. Y luego enviamos ese piano adondequiera que dé un concierto: Francia, Alemania, Austria, Inglaterra. Nosotros corremos con los gastos.

—Oh, sí, claro. Y también le pagamos el hotel —Ainsley negó con la cabeza con gesto incrédulo y reanudó la marcha—. ¿Cuánto sugieres que le

paguemos al maestro?

—Cincuenta libras por concierto.

—¡Madre mía!

—Es totalmente lógico, señor Channon —dijo, insistente, Brodie—. Con este plan alcanzaremos un prestigio comparable al de Steinway y Bösendorfer. A ese virtuoso que toca un Channon le irán imitando otros. Nuestra marca se hará famosa.

—Y esta brillante idea ¿se la has contado a Calder?

—No. La rechazará, como todas las que he propuesto, usted ya lo sabe. Tener un piano de exposición, contratar a afinadores franceses y a pianistas para que toquen en los escaparates, montar un almacén en París: siempre está en contra. Es casi una reacción refleja.

—Calder es muy prudente. Está en su naturaleza. Demasiado prudente, diría. Por eso quise que vinieras, Brodie. Necesita a alguien a su lado.

—El plan funcionará, señor Channon, se lo aseguro. Imagínese. Imagíneselo. Imagíneselo que Liszt hubiese tocado un Channon... El prestigio que tendríamos. ¡Menudo *éclat* !

—¿Menudo qué?

—Es una palabra francesa. Si logramos que un gigante del piano toque un Channon, nuestra fama se extenderá sin necesidad de que hagamos nada. Basta con encontrar a ese genio...

Habían llegado a la placita donde estaba el Théâtre Français. Ainsley Channon andaba meditabundo. Le puso la mano en el hombro a Brodie y le dio un apretón.

—Puede que tengas razón, Brodie. Empieza a hacer indagaciones y ya hablaré yo con Calder. ¡Ojo, no más de cincuenta libras por concierto! Eso ya me parece un robo.

Pensión Bensinger
23, Rue d'Uzès
París

5 de octubre de 1896

Querida lady Dalcastle:

Estaba pensando en usted el domingo pasado, mientras recorría la avenida de los Campos Elíseos de punta a punta, y luego la del Bois-de-Boulogne. Estos nuevos bulevares son seguramente las calles más bonitas de Europa. Cuando los árboles están en flor...

Brodie paró de escribir. Había captado su atención el telegrama que Ernst Sauter le había enviado hacía poco rechazando su proposición. Lo guardó en la carpeta que contenía otros seis mensajes similares, entre ellos los de Arenski, Palomer y Pachmann. Varios pianistas no se habían dignado contestar. Hasta Constant de Villeneuve, que tenía sesenta y muchos años y estaba en el crepúsculo de su carrera, había dicho que no... o, para ser exactos, un secretario había dicho que no de su parte. Estas respuestas eran humillantes para Brodie: habían pasado meses desde que le expusiera su idea a Ainsley Channon. Los maestros tardaban una eternidad en contestar, semanas. En el caso de Pachmann, tres meses. Brodie se lo había tomado con paciencia: iba escribiendo a los pianistas uno por uno, esperando a recibir una contestación, aunque fuese negativa, antes de dirigirse al siguiente. Lo cual había sido un error, se dijo ahora, pesaroso: debería haberles escrito a todos a la vez. Más le valía echar su pan Channon al agua.

Estaba sentado en la mesa del pequeño despacho acristalado que tenía en el taller. Faltaba poco para que terminara 1896 y parecía que nada hubiera

cambiado. Brodie todavía se hospedaba en la pensión Bensinger y, pese al gran éxito que tenía la tienda afinando pianos, los beneficios seguían siendo ridículos, insignificantes. Ahora había cuatro afinadores trabajando a tiempo completo y dos aprendices nuevos. El almacén y el taller de reparaciones que acababa de montar en Saint-Cloud ya estaban en funcionamiento y habían empezado a ahorrar mucho dinero a Channon & Cie. La cifra de ventas se mantenía estable, pero el margen de beneficios seguía siendo muy pequeño, por no decir minúsculo. Brodie estaba convencido de que Calder y Dieulafoy robaban a la empresa: solo así se explicaban esos resultados tan malos. En cualquier caso, eran lo bastante astutos para organizarlo todo de manera que Channon tuviera beneficios, aunque fueran muy modestos: de llevar varios años con pérdidas Ainsley ya habría cerrado la tienda, evidentemente. Calder y Dieulafoy se estaban apropiando de la mayor parte de las ganancias que se deberían haber estado registrando, pero Brodie aún no sabía cómo.

Encendió un pitillo y se dirigió a la sala de muestras. Allí, sobre el parqué, vio los nuevos pianos (de cola y media cola y verticales): máquinas de precisión negras que relucían bajo las luces eléctricas. En el escaparate, Dmitri interpretaba una pieza moderna que sin embargo le resultaba familiar a Brodie —Debussy, pensó, o quizá fuera de Fauré—, y se acercó a echar un vistazo. Había, como de costumbre, una pequeña multitud en la acera, mirando maravillada y disfrutando con el recital gratuito. De pronto, mientras observaba cómo tocaba Dmitri, Brodie sintió rabia: los esfuerzos que había dedicado a la empresa habían sido inútiles por culpa del desfalco que dos altos cargos habían tenido la habilidad de cometer sin que nadie se enterara. Channon debería haber tenido un éxito espectacular en París, un éxito atribuible en buena medida a las novedosas ideas de Brodie, pero el negocio iba renqueando, sobreviviendo a duras penas. Calder y su secuaz eran los únicos que disfrutaban de los beneficios.

Brodie consultó el reloj; eran las seis, la hora a la que terminaba el recital, y, en efecto, Dmitri tocó el último acorde, se levantó, agradeció los aplausos, bajó la tapa del teclado y la del piano y entró de nuevo en la sala de muestras, donde vio a Brodie observándole. Los dos se estrecharon la mano y volvieron al despacho del taller. Brodie abrió la caja de caudales y le entregó los treinta francos que le debía. Dmitri se metió los billetes en la cartera.

—¿Estás bien, Brodie? —le preguntó—. Te noto un poco..., no sé, alicaído.

—He tenido un mal día. Pésimo.

—Entonces deberíamos ir a Número 7 a pasarlo bien, ¿no crees?

Número 7 —en el número 7 de la Rue des Ardennes, al lado del enorme matadero que había en Villette— era una *maison de tolérance* que frecuentaba Brodie iba con Dmitri una vez al mes, más o menos, y a veces solo. Cerca de la pensión Bensinger había otra «casa» que visitaba de cuando en cuando con otro de los inquilinos de larga estancia, un ingeniero belga que se llamaba Didier Neuchâtel. Pero Número 7 era su favorita, y allí tenía una chica predilecta, Encarnación, antigua bailarina —o eso decía ella— y oriunda de Pamplona. Así que le gustó el plan.

—Sí, vamos para allá —dijo con súbito entusiasmo—. Necesito un poco de diversión.

Encarnación había hecho todo lo posible por animarle, pero intuía que sus esfuerzos no habían servido de mucho. «*Toute la tristesse du monde ce soir, Brodie?*», le preguntó con su fuerte acento francés, mientras se vestía tras un coito rápido e insatisfactorio. Brodie le dijo que había tenido un día difícil y ella le recordó que, en realidad, todos los días eran difíciles. Él le dio la razón.

Encarnación se puso ese bolero que le estaba tan ajustado, y después de atarse la faja alrededor de la cintura bajó con él al salón. Brodie le dio la propina habitual (cinco francos), y ella fue a sentarse con las otras chicas que esperaban. Entonces él echó una ojeada a su alrededor pero no vio a Dmitri, así que pidió una absenta en la barra y cogió un periódico.

Lo que distinguía a Número 7 de otros burdeles era que, en el salón, las «chicas» esperaban a sus clientes desnudas o semidesnudas. Brodie observó que las más gordas o menos atractivas no llevaban nada puesto, mientras que otras habían caído en la cuenta de que la desnudez parcial era más excitante que la total. Por eso se había visto tan atraído por Encarnación la primera vez que visitó el local. Aquella noche ella llevaba su chaquetilla corta desabrochada, y se le habían visto fugazmente esos pezones de color marrón oscuro. Otro signo de exotismo ibérico era la faja roja que tenía atada alrededor de la cintura, y que de algún modo realzaba el frondoso pubis. Ahora le saludó con la mano desde la banqueta en la que estaba sentada, y se abrió la chaqueta para enseñarle los pechos (para animarle, supuso él).

Triste est omne animal post coitum, dijo Brodie para sus adentros. En ese

instante, mientras esperaba a Dmitri (¿dónde se había metido?, ¿por qué tardaba tanto?), sintió cómo regresaban a él la autocompasión y la melancolía. Aun así, sabía que su estado de ánimo no se debía a esos diez minutos que había pasado con Encarnación y que le habían dejado tan insatisfecho. No, la causa era más profunda e inquietante. Miró a su alrededor para intentar distraerse. El salón estaba muy animado: en el Marché aux Bestiaux, que se hallaba al lado del burdel, era el día de paga y los subastadores, gerentes, ganaderos y granjeros estaban todos ansiosos por disfrutar de la hospitalidad parisina. Brodie vio a Encarnación subiendo por la escalera con un nuevo cliente, y de pronto sintió ese ataque de celos y resentimiento tan irracional que siempre le asaltaba cuando un desconocido se disponía a recibir sus favores.

No le daba ningún reparo frecuentar este tipo de locales ni pagar por sexo. Número 7 tenía una licencia del Ayuntamiento de París. Además, Brodie era joven y viril: ¿cómo iba si no a satisfacer sus apetitos y librarse de sus frustraciones? Darse placer a uno mismo podía estar muy bien, pero a veces sentía una necesidad de abrazar un cuerpo desnudo: piel contra piel, pecho contra pecho, muslo contra muslo. Ese era otro motivo por el que le gustaba Encarnación: a cambio de cinco francos más le dejaba besarla. Labios contra labios. Normalmente, los besos parecían sublimar lo que era una simple transacción comercial de dinero a cambio de sexo, pero esa noche no.

Si Brodie estaba abatido era por su trabajo en Channon, que había empezado a minar sus fuerzas: la guerra de desgaste que libraba con Calder, la sensación de estancamiento, el fracaso de su «ambicioso plan». Hasta las bellezas parisinas iban perdiendo su facultad de estimularle. A veces se sorprendía a sí mismo añorando el frío y austero Edimburgo, con el castillo negro que se alzaba sobre el risco mojado.

Finalmente apareció Dmitri y los dos salieron a la calle. Era de noche. Dmitri le contó que había estado con una japonesa, y la novedad le había excitado tanto que había pagado con gusto para quedarse media hora más.

—Era muy educada. Muy solícita. No como las chicas francesas. ¿Y las inglesas? ¿Son educadas también? Me imagino que sí.

—Solo he estado con escocesas —dijo Brodie— y son bastante educadas, normalmente. Ahora que lo dices, nunca me he acostado con una inglesa.

Caminaron en dirección sur, hacia el Parc des Buttes-Chaumont, y siempre por calles iluminadas, en busca de un café o un bistró que estuviese abierto.

Por fin encontraron uno en la Rue Secrétan y entraron a toda prisa: la noche era fría y oscura y no paraba de lloviznar. Brodie pidió ron caliente y agua, y Dmitri, una copa de tinto. Se sentaron en una mesa rinconera que estaba cerca de la estufa.

—Todavía te noto mustio —dijo Dmitri—. Es viernes por la noche. Pensé que te gustaba Encarnación. Deberíamos andar de farra.

Brodie se disculpó. Volvió a pedir ron y agua, y luego le habló de su ambicioso plan, de las cartas de rechazo que llevaba meses recibiendo y de lo frustrado que se sentía.

—He escrito a siete pianistas famosos, siete —dijo, y procedió a enumerarlos—. Todos han dicho que no.

—¿Aunque vayan a cobrar cincuenta libras más por concierto?

—¿No te parece suficiente?

Dmitri se puso a pensar.

—¿Has oído hablar de John Kilbarron? —preguntó al cabo de un rato.

—¿John Kilbarron? Por supuesto. El Liszt irlandés. ¿Qué pasa con él?

—El mes pasado vino al conservatorio a dar un recital. Fue extraordinario.

Dmitri ensalzó la asombrosa rapidez y la emoción con que había tocado. Las piezas más difíciles las había interpretado sin esfuerzo.

Brodie se quedó pensativo. John Kilbarron estaba algo pasado de moda, quizá, pero diez o veinte años antes había sido uno de los grandes *Klaviertigers* de la vieja escuela. Se acordó de unas cuantas cosas más: Kilbarron había sido un niño prodigio, y en la década de 1870 y la siguiente había vivido su época de esplendor. Puede que ahora se le considerara algo anticuado, pero no había perdido su prestigio. Todo el mundo había oído hablar de John Kilbarron, ese increíble virtuoso del piano. Por eso se le conocía como el Liszt irlandés.

—No es mala idea —dijo Brodie—. Pero pensaba que vivía en Viena.

—No, ahora vive en París.

Brodie seguía dándole vueltas a la cabeza. Puede que un virtuoso irlandés sintiera más simpatía que otros por un fabricante de pianos escocés... Sí, quizá valiera la pena un último intento.

—¿Tienes sus señas?

—Las puedo averiguar. Preguntaré en el conservatorio.

Brodie le pidió más información. Kilbarron debía de tener cuarenta y muchos años, según dijo Dmitri, y al parecer seguía tocando con una elegancia

portentosa.

—El «Rondo Fantastique» lo interpretó como si fuera un ejercicio para principiantes, de esos que consisten en tocar con un solo dedo. Nunca he visto a nadie tocar así. Yo jamás me atrevería a interpretar esa pieza. Soy incapaz —se encogió de hombros—. No soy malo, pero en comparación con Kilbarron soy un novato.

—No, tú eres un buen pianista, Dmitri. Tienes mucho talento.

—Ves a Kilbarron tocar así y te dan ganas de dejar el piano.

Ahora le tocaba a Dmitri desmoralizarse. Brodie, en cambio, se iba animando mientras pensaba en lo que le había sugerido su amigo. John Kilbarron estaba allí, en París... Sí, tal vez fuera ese el golpe de suerte que merecía. Escribiría a Kilbarron —la carta definitiva—, ¡y qué gran ventaja era poder hacerlo en inglés! De pronto tuvo una premonición: John Kilbarron toca un Channon. De entrada sonaba bien y se imaginó los anuncios que pondrían en la prensa. Todo iba a cambiar.

3

Dmitri consiguió las señas de Kilbarron en la secretaría del conservatorio. Brodie escribió la carta definitiva en la que explicaba su propuesta —al tiempo que daba a entender que todas las cláusulas del contrato eran negociables— y envió a alguien a la casa del pianista para que la entregara en mano. Kilbarron vivía en el piso bajo de un *hôtel particulier* en el bulevar Saint-Germain, en la margen izquierda del río. Dmitri también le había contado a Brodie que el maestro iba a participar dos semanas más tarde en un concierto —que se había anunciado como una *soirée russe*— en el Théâtre de la République. Brodie, que quería sentarse lo más cerca posible del escenario, se gastó ocho francos en uno de los *fauteuils d'orchestre*, y aguardó con impaciencia a que llegara el gran día.

Brodie estaba leyendo el cartel que había en la entrada del Théâtre de la République. La orquesta (L'Orchestre de l'Académie de Musique), de la que no había oído hablar, interpretaría la tercera sinfonía de Chaikovski y un poema sinfónico de Panin, con una tal Lydia Blum (soprano) como solista. Después del intermedio, John Kilbarron (*Le Liszt irlandais*) tocaría el *Concierto para piano en do menor sostenido* de Rimski-Kórsakov, seguido por una serie de variaciones y *fantaisies* sobre temas de Borodín arregladas por el propio Kilbarron. Todo muy ruso, pensó Brodie, exceptuando al Liszt irlandés.

Era un día frío y gris y llovía a ratos, así que Brodie ocupó su asiento con bastante antelación y extrañamente nervioso. Hacía un rato, en la entrada de artistas, había dejado su tarjeta de visita con una nota para Kilbarron escrita en el dorso —«Sería un honor saludarle y hablar con usted de nuestros intereses comunes»—, pero empezaba a intuir que el encuentro, de producirse, sería un error. ¿Habría recibido la carta que había hecho entregar en su casa

dos semanas antes? En el caso de que sí, ¿por qué no había contestado? En el caso contrario, ¿qué pensaría de la nota que le había escrito en la tarjeta? Después de un concierto tan agotador, ¿por qué iba a recibir a un extraño en su camerino? Todas estas preguntas seguían martilleándole la cabeza mientras miraba el escenario, con los asientos y atriles vacíos, e intentaba en vano distinguir la marca del piano que estaba colocado a un lado. Por razones de decoro, las damas tenían prohibido sentarse en los *fauteuils d'orchestre*: los asientos estaban tan apretados que era inevitable rozar a alguien al pasar. Así que Brodie estaba rodeado de hombres, en los que reconoció a los llamados *chevaliers du lustre* (o «caballeros del lustre»), es decir, la claqué. Se preguntó si Kilbarron habría pagado para que asistiera al concierto ese grupo tan escandalosamente entusiasta. Más tarde, cuando el concierto ya había empezado, seguían hablando a voces: era obvio que no les interesaba Chaikovski ni el poema sinfónico.

Para fastidio de Brodie, la soprano, Lydia Blum, permanecía justo en el encuentro de las dos lentes de sus gafas Franklin. De nada le servía mover la cabeza y entrecerrar los ojos, porque no alcanzaba a enfocarla. No veía más que una figura borrosa, de la que apenas distinguía dos rasgos: era rubia y muy alta. Por lo demás, Blum tenía buena voz, pensó, aunque le faltaba potencia; en el gallinero debían de oírla muy mal. Cuando terminó de cantar, justo antes del intermedio, recibió un aplauso tibio. El público estaba esperando a que apareciera el Liszt irlandés.

A Brodie, cuando salió a la calle, le sorprendió lo oscuro que estaba el cielo. Entró en el café de al lado y se tomó una copa de vino mientras intentaba olvidar su creciente zozobra. No, *zozobra* no era la palabra adecuada pensó. Tenía más bien la sensación de que algo, no sabía si bueno o malo, estaba a punto de ocurrir. *Imminentment*: se acababa de inventar la palabra, pero le valía. Así que se fue bebiendo el vino a sorbos mientras intentaba olvidar esa sensación de *imminentment*. Intuía que se le iba a presentar una oportunidad única, pero había que actuar con habilidad. Tenía, sí, el presentimiento de que lo que iba a suceder en las horas siguientes podía cambiar su vida, aunque todavía ignoraba si para bien o para mal.

Regresó a su asiento con la boca seca. Habían desplazado el piano al centro del escenario, pues no había tarima para el director de orquesta. Brodie observó complacido que era un Pate. Los pianos Pate eran buenos para un salón privado, pero no para una sala de conciertos, donde no podían competir

con los Channon.

Los miembros de la orquesta se fueron sentando sin prisa y procedieron a afinar sus instrumentos. De repente salió John Kilbarron al escenario con paso extraordinariamente enérgico. Su aparición cogió por sorpresa hasta a los *chevaliers du lustre*, que, sin embargo, enseguida empezaron a aclamarle, se pusieron de pie y aplaudieron con brío. El maestro hizo una reverencia profunda, muy teatral, pero sin mirar a la claqué, y se dirigió al piano.

Kilbarron estaba más cerca, así que Brodie le veía con claridad. Tenía el pelo largo y oscuro y lo llevaba peinado hacia atrás y remetido detrás de las orejas, y tenía unos rasgos armoniosos pero en cierto sentido demacrados y venidos a menos. Estatura mediana. Totalmente afeitado. Surcos profundos en las mejillas. Sentado al piano, con gesto impasible, mientras esperaba el inicio se dejó envolver por los aplausos. Llevaba frac y una pajarita blanca más ancha de lo normal. Su estilo indumentario sugería un romanticismo sombrío. A Brodie le pareció un hombre frío y de una arrogancia casi amenazadora, aunque tal vez fuera esa la impresión que quería dar en el escenario.

La claqué paró de aplaudir, el resto del público estaba preparado, así que Kilbarron dejó que el primer violín tocara la anacrusa y enseguida empezó a interpretar la pieza de Rimski-Kórsakov. Brodie se relajó, cerró los ojos y se puso a escuchar. Al cabo de unos cinco minutos, el piano comenzó a desafinarse un poco, aunque él fue, naturalmente, el único que lo notó. De hecho, dudaba que Kilbarron se hubiese dado cuenta de ello.

Con todo, la pieza era buena —aunque sorprendentemente corta—, y el maestro la tocó con una disciplina y una habilidad interpretativa admirables. Pero fueron las adaptaciones de Borodín las que le permitieron desplegar todo su genio. Brodie abrió finalmente los ojos y observó maravillado la agilidad y destreza con que tocaba, la concentración total y el extraordinario dramatismo: Kilbarron movía mucho la cabeza, cerraba los ojos, levantaba los brazos, ponía cara de emoción y se balanceaba en el taburete. En una de las variaciones aplicó la llamada técnica de las tres manos, popularizada por Thalberg en la década de 1830: los dedos de la mano izquierda y la derecha ejecutaban arpeggios descendentes y otras figuraciones complejas, mientras que los dos pulgares tocaban la melodía, creándose así la ilusión de que el pianista tenía tres manos en vez de dos. Este método era increíblemente difícil, pero Kilbarron apenas se miró las manos durante el tiempo de la variación. De

pronto le cayó un mechón sobre la frente, pero no se lo retiró. La cara no tardó en cubrirse de sudor. El maestro terminó la tercera variación de Borodín con una serie de *glissandos*, que ejecutó deslizando la mano sobre las teclas negras. Cuando se levantó para hacer la reverencia —el público le vitoreaba, aullaba enfervorizado—, Brodie vio que le caían gotas de sangre de las uñas de la mano derecha. Los espectadores no necesitaban el estímulo de la claque: ahora estaban de pie, aclamándole estruendosamente, aplaudiendo con frenesí. Algunos arrojaron flores al escenario, pero Kilbarron las ignoró: ni siquiera agradeció el detalle con una sonrisa. Se secó la cara con un pañuelo y cubrió con él las uñas rotas, y luego abandonó el escenario sin mirar atrás.

Brodie tenía que admitir que estaba asombrado. En Edimburgo había asistido a multitud de conciertos y recitales y visto tocar a no pocos virtuosos, pero esa..., buscó la palabra: esa tormenta era una novedad para él. Se preguntó si el espectador de un recital de Liszt o Thalberg habría tenido una impresión parecida. Había intérpretes excelentes, como Dmitri, y luego estaban los artistas como Kilbarron, cuyo talento parecía inalcanzable, casi sobrehumano.

Brodie salió del teatro y encendió un pitillo. Concéntrate, concéntrate, se dijo: ha llegado el momento. Se encaminó a la entrada de artistas, que estaba en el costado del edificio, y vio que se había reunido un gran gentío delante de la puerta. Unas cien personas, calculó enseguida. Había un tipo vigilando la entrada, intentando contener a la multitud; Brodie se abrió paso a empujones y le explicó que había dejado su tarjeta y que el maestro Kilbarron le esperaba. El tipo le permitió pasar. La puerta daba a un corredor, y Brodie comenzó a seguir a una veintena de personas que parecían muy excitadas y que se dirigían, supuso, al camerino del pianista. Al cabo de unos instantes se detuvo, aquello era inútil: con toda esa gente pululando alrededor, ¿cómo iba a hablar como es debido y a solas con Kilbarron? Entonces vio un letrero que decía ARTISTES y apuntaba a una escalera. Las dos docenas de aficionados llegaron a un lugar sin salida y empezaron a retroceder. Brodie aprovechó la oportunidad para ponerse a la cabeza de la fila y subió corriendo por la escalera hasta alcanzar un pasillo flanqueado por puertas sin ningún nombre rotulado, solo con números. Contento por su artimaña, se acercó a la puerta número uno y llamó. Tenía que ser esa... La puerta se abrió.

En el umbral había una mujer joven con un quimono estampado con

dragones de escamas negras y grandes rosas, y que le llegaba a los tobillos. Tenía el cabello rubio y rizado e iba despeinada. En una mano sujetaba un cigarrillo y con la otra se cerraba el quimono por el cuello. Brodie sabía — porque sus sentidos masculinos se lo decían— que no llevaba nada debajo de la vistosa túnica. Y esta circunstancia lo cambiaba todo para él.

—¿Sí? —dijo ella—. ¿Qué desea?

Hablaba francés con un acento que Brodie no supo localizar.

—Disculpe. Busco al maestro Kilbarron.

—Un piso más arriba —respondió ella, señalando con el cigarrillo.

Cuando levantó la mano, Brodie notó claramente cómo se movían y recolocaban los pequeños pechos debajo de la túnica de seda. Estaba excitado. Tragó saliva, tenía la boca seca.

—Discúlpeme.

Brodie observó rápidamente otros detalles. Párpados caídos; parecía medio dormida. Mentón prominente. El acento era ruso, sí. Ah, debía de ser Lydia Blum, la soprano a la que antes había visto desenfocada. Brodie se devanó los sesos buscando algo más que decir. Ojos azules. Labios rosados. Carnosos. El cigarrillo lo tenía ahora en esos labios rosados y carnosos. Inhaló profundamente. Giró un poco la cabeza sin apartar los ojos de él, y expulsó una humareda por una comisura de la boca. Se quitó una hebra de tabaco de la punta de la lengua.

—Su solo me ha parecido excepcional —dijo Brodie por fin.

—Gracias. Un piso más arriba. Siga a la multitud.

Lydia Blum cerró la puerta antes de que él pudiera disculparse de nuevo.

Brodie volvió a la escalera, confuso y con una burbuja de aire atrapada en el pecho, oprimiéndole el esófago como un puño. Así que esa mujer era Lydia Blum... Entonces sintió cómo se le aflojaba el esfínter y la burbuja se dilataba hasta ocupar los pulmones. Espiró y se mareó momentáneamente. ¿Qué le estaba ocurriendo? Olvídate de Lydia Blum, se dijo: busca a Kilbarron.

El salón del camerino estaba abarrotado de fans, así que Brodie tuvo que esperar veinte minutos hasta que la multitud empezó a disminuir. En la puerta había un camarero con una bandeja llena de copas de vino con el fuste verde: Brodie cogió una (y luego otra) y se puso a observar a Kilbarron mientras sus fervorosos admiradores, hombres y mujeres, le felicitaban.

Kilbarron era, en efecto, un hombre apuesto, aunque —ahora que lo veía de cerca— Brodie se fijó en que tenía ojeras y la cara un tanto picada de viruela,

lo que imprimía a esa apostura una apariencia basta, menos refinada. El maestro se había peinado y estaba pálido. Brodie le vio asentir con la cabeza y sonreír fugazmente mientras escuchaba los ditirambos que le dedicaban. Entonces se marchó un grupo de fans y Kilbarron se quedó solo unos instantes. Brodie aprovechó la oportunidad para acercarse.

—Señor Kilbarron. Soy Brodie Moncur. Le envié una carta en nombre de mi empresa.

El maestro se volvió hacia él.

—¿Una carta?

—Una carta que mandé entregar en mano y en la que le hacía una propuesta. Trabajo en Channon, el fabricante de pianos.

—Ah, sí, ahora me acuerdo. ¿Qué es lo que quiere? —tenía un fuerte acento irlandés.

—¿Podría ir a visitarle? Se trata de un asunto importante y complicado, así que puede que no sea este el mejor momento. Debe de estar agotado.

Kilbarron, que parecía aburrido, cogió una copa de la bandeja que sostenía el camarero y se la bebió de un trago.

—La propuesta tiene un componente económico —añadió Brodie enseguida y en voz baja.

—Usted me ha enviado una carta, así que ya sabrá dónde vivo.

—Sí, señor.

—Venga a verme el lunes por la mañana. A las once.

—Allí estaré.

—No venga antes de esa hora.

—El lunes por la mañana, a las once en punto.

—¿De dónde es usted?

—Soy escocés. De Edimburgo.

—Mientras no sea inglés...

En ese instante, una anciana se acercó a abrazar a Kilbarron y Brodie se dio cuenta, para su sorpresa, de que él había conseguido todo aquello que habría deseado. Retrocedió un paso. El lunes por la mañana a las once. Perfecto. ¿Por qué se puso a pensar en Lydia Blum y no en John Kilbarron?

El lunes siguiente, a las once menos cinco de la mañana, Brodie se presentó en el *hôtel particulier* del bulevar Saint-Germain donde vivía John Kilbarron. Cruzó una puerta alta y verde de doble hoja que daba a un patio amplio con el suelo de gravilla. La puerta principal del palacete estaba flanqueada por dos laureles en macetas de terracota y rematada por un frontón con forma de media concha. Una enredadera de Virginia roja se aferraba, moribunda, a la fachada de arenisca, despojándose de sus últimas hojas. Brodie llamó a la puerta y le abrió un criado con aire somnoliento y sin afeitar. Después de cogerle el abrigo y colgarlo en un perchero que había en el vestíbulo, el sirviente le condujo a un salón espacioso.

—Tengo una cita con el señor Kilbarron —dijo Brodie.

—¿Cómo? Bien. ¿Está usted seguro?

—Sí. A las once.

—Mmm... De acuerdo. Voy a avisarle —dijo, dubitativo, el criado, y le dejó solo.

Había un fuego encendido, débil, apenas una llama entre ascuas anaranjadas. Brodie se tomó la libertad de avivarlo con un atizador. Las cortinas (de damasco y color verde oliva) estaban corridas, y en el aire flotaba un olor a tabaco rancio. En las mesas había botellas y copas, algunas todavía llenas de vino. Brodie recorrió las cortinas para que entrase un poco de luz, y vio que las altas ventanas del salón daban a un jardín pequeño y elegante, con setos de boj bien cortados y caminos de grava que conducían a una fuente. Flanqueada por dos bancos de piedra curvos, tenía una taza de plomo sobre la que se alzaba una estatua de Cupido. No había agua.

Al darse la vuelta, Brodie vio un piano de cola en un extremo del salón y fue a examinarlo. Curiosamente, no era un Pate, sino un Feurich. Levantó la tapa y, procurando no hacer mucho ruido, tocó tres octavas en la, do y re sostenido. El piano estaba muy desafinado. Puede que a Kilbarron le falle el

oído, pensó, aunque no descartaba la posibilidad de que el maestro nunca hubiese tocado ese piano.

Se sentó en un sillón de mimbre y encendió un cigarrillo. Al cabo de diez minutos abrió las ventanas y salió al jardín, donde dio varias vueltas por los senderos, escuchando cómo crujía la grava bajo sus pies. En la fuente de Cupido vio una botella de vino vacía. La dejó donde estaba y regresó al salón. Tenía frío.

Un cuarto de hora más tarde, estaba hojeando unas partituras que había encontrado encima del taburete del piano —Brahms, Mozart y un tal John Field— cuando apareció John Kilbarron. Brodie pensó que tenía aspecto enfermizo: estaba pálido, con barba de dos días, los ojos enrojecidos y el pelo lacio.

—La primera visita de la mañana —dijo—. ¿Y quién es usted?

Brodie se volvió a presentar.

—Nos conocimos después del recital que dio en el Théâtre de la République. Le había escrito haciéndole una propuesta en nombre de Channon, el fabricante de pianos.

—Excelentes pianos —comentó Kilbarron—. Muy buenos, sí.

Se puso a andar de aquí para allá, como buscando algo. Llevaba una bata muy larga de color gris marengo y con bordados y, debajo, una camisa desabrochada y pantalones. Brodie advirtió que se había puesto unas zapatillas de cuero disparejas.

Kilbarron encontró lo que buscaba: una garrafa de tinto medio llena. Eligió una copa vacía y se sirvió un poco.

—¿Le apetece una copa de vino? —preguntó—. Es curioso, a veces sabe mejor a la mañana siguiente.

—No, gracias.

Kilbarron se bebió el vino de dos tragos y se rascó la nariz. Después de rellenar la copa atravesó el salón y se acercó a Brodie: por fin parecía centrado en el visitante y su misión.

—¿De dónde es usted? Ese acento...

—Soy escocés —dijo Brodie—. Antes de venir a París trabajaba en Edimburgo.

—¿Así que escocés, eh? Nunca te fíes de un escocés que te haga una propuesta. Eso solía decirme mi padre; ojalá arda para siempre en el infierno.

—De mí se puede usted fiar.

—Recuérdeme su famosa propuesta.

Brodie le explicó todos los detalles del plan: el piano hecho a su medida, y que le enviarían antes de cada concierto (Channon correría con los gastos); los emolumentos adicionales de cincuenta libras; el uso de su nombre en todos los anuncios. Por lo demás, las dos partes podían renegociar el contrato al cabo de seis meses; a Brodie le había parecido prudente introducir esta cláusula.

Kilbarron se bebió el vino en silencio. Estaba pensativo.

—¿Así que cincuenta libras por concierto..., además de lo que ya cobro?

—Sí... Al principio.

—¿Y qué gana Channon con esto?

—La mejor publicidad posible. El apoyo con el que cualquiera soñaría: «John Kilbarron toca pianos Channon». Además, disfrutaría usted de un piano magnífico, perfectamente adaptado a su estilo interpretativo. Yo mismo me encargaría de eso.

Brodie le contó que era el principal afinador de pianos de Channon.

—¿Afinador de pianos? ¿De verdad? Y dígame... ¿Es usted bueno?

—También soy encargado adjunto de la tienda de París.

—Encargados adjuntos los hay en todas partes. Lo difícil es encontrar un afinador de pianos decente —dijo Kilbarron mientras rellenaba la copa—. Así que encargado adjunto. ¿Por qué no han enviado al encargado? Estoy ofendido.

—Él no entiende de música.

—Y usted sí.

—Entiendo un poco. Soy muy buen afinador... Lo digo humildemente.

—Querrá decir «sin ninguna humildad». Es una de esas frases que uno en realidad dice para darse bombo. Como «en mi modesta opinión». Mi arrogante, nada modesta opinión.

Brodie se quedó callado. Kilbarron parecía animarse por momentos. El vino que había dejado reposar toda la noche estaba surtiendo efecto.

—¿Y es usted un buen encargado adjunto? Dígalo humildemente.

—Hago todo lo que puedo por la empresa.

—Un empleado ejemplar. Un pilar. De plena confianza.

Kilbarron se alejó. Brodie percibió su desprecio y pensó que se le había presentado una oportunidad.

—Por cierto —dijo—, el piano que tocó en el Théâtre de la République, el Pate, se desafinó a los diez minutos.

Kilbarron se dio la vuelta de golpe.

—¡Que le den por saco, maldito escocés, comoquiera que se llame!

Brodie señaló el piano del salón.

—Y ese de ahí está totalmente desafinado.

Kilbarron se le acercó. Brodie notó el tufo que despedía: una mezcla de vino, sudor y tabaco. Se preparó para una reacción violenta, pero Kilbarron sonrió enseñando todos los dientes. Una sonrisa extrañamente encantadora.

—Ya decía yo que algo le pasaba a ese piano. Adelante, cuénteme. Por los clavos de Cristo.

—Por ejemplo —prosiguió Brodie—, cuando tocó aquel *glissando* final cor las teclas negras. Puedo cargarlas y aligerarlas con total precisión para usted, para que no le sangren las uñas. Será como... —pensó en un símil—, como deslizar los dedos por pompas de jabón.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? Que me aspen. Como pompas de jabón, ¿eh?

Kilbarron le enseñó la mano derecha. Las uñas las tenía en perfecto estado.

—Le contaré un secreto, amigo escocés. Tengo en el chaleco un bolsillito forrado de hule. Lo que hago es echar un poco de pintura roja, y luego, al final del concierto, meto los dedos en el bolsillo sin que nadie me vea. Al público le gusta pensar que me he hecho daño en aras del Arte. Quieren ver las gotas de sangre. Plin, plin, plin. Funciona de maravilla. Siempre.

Kilbarron se paseó de nuevo por el salón. La larga bata se le hinchaba con la corriente que él mismo creaba. Se detuvo ante la chimenea y agitó las brasas con el atizador: las llamas se avivaron.

—Así que cincuenta libras por concierto o recital, además de los honorarios que me paguen.

—Eso es —dijo Brodie—. Téngalo por seguro.

Kilbarron se puso de pie, apartándose de la chimenea, y le volvió a dedicar esa sonrisa.

—En fin, me lo he pensado, muchacho..., no sé cómo se llama..., y la respuesta es no.

En el vestíbulo, Brodie se puso el abrigo lentamente. ¿Había dicho alguna torpeza? ¿Había sido demasiado insolente, demasiado presuntuoso, quizá? No, por supuesto que no... Sintió que el desaliento se le posaba sobre los hombros como una capa pesada. ¿A quién tantear ahora? ¿A Francobelli? ¿A Klinger? Ya estaba pensando en pianistas de segunda fila. Era inútil: nadie tendría la

menor curiosidad por saber qué piano tocaba ninguno de ellos. No, debía ser la *crème de la crème*, nada más haría que...

—¿Disculpe?

Brodie se dio la vuelta.

Lydia Blum estaba bajando las escaleras.

Llevaba una blusa blanca con el cuello fruncido y un camafeo. La falda era roja y estaba ceñida a la cintura con un cinturón ancho de color negro y con la hebilla de diamantes. El cabello rubio y rizado lo llevaba recogido en un moño despeinado y sujeto con dos horquillas largas de madera. Brodie observó todo esto al instante y, al mismo tiempo, una serie de preguntas empezaron a martillarle la cabeza.

Lydia Blum pisó el damero de mármol del vestíbulo. Era más alta de lo normal en una mujer: casi tanto como él. Algo desgarrada. A Brodie se le hizo un nudo en la garganta y no sabía si iba a poder articular palabra. Ella le miró fijamente con sus ojos azules y los párpados caídos.

—¿Le puedo ayudar?

—Yo... No, de verdad que no. Acabo, acabo de...

—¿Sí?

—Acabo... de entrevistarme con el señor Kilbarron. Gracias. Me marcho ya. Ya me iba. Justo ahora.

Ella ladeó la cabeza con aire perplejo. Parecía que estuviese haciendo un mohín con sus labios carnosos. El mentón prominente.

—¿Nos conocemos? —preguntó—. Me resulta familiar.

—Hace unos días llamé a la puerta de su camerino en el Théâtre de la République.

—¿Es usted inglés?

—Escocés.

—El francés lo habla muy bien.

—Gracias. Es usted muy amable.

—Ya me acuerdo. Estaba buscando a John.

—Así es.

Silencio. Se miraron el uno al otro. Ella sonrió.

—En fin, es obvio que al final dio con él.

Brodie sintió como si las entrañas se le hubieran derretido... o él mismo fuera a derretirse y formar un charco chisporroteante en el suelo. ¿Qué tenía esa mujer tan alta? ¿Cómo podía una mediocre soprano rusa cautivarle de ese

modo?

—¡Lika! —gritó Kilbarron desde el salón—. ¿Estás ahí?

—¡Sí! —respondió ella.

Lydia, de ahí el diminutivo «Lika». Bien. Lika Blum: ya sabía algo más.

—¿Dónde están mis puros?

—¡Donde siempre! ¡En el humidor de la estantería!

—Alguien los ha puesto en otro sitio.

—Discúlpeme —le dijo a Brodie—. Que tenga un buen día —añadió en inglés, y acto seguido entró en el salón a buscar los puros de su amante.

El mes de enero de 1897 estaba siendo inusual, cruel, porfiadamente frío. Eso pensaba Brodie —un frío de helar la sangre—, pero ninguna de las personas a las que se lo había comentado parecía estar de acuerdo: era un invierno frío y lluvioso como todos los inviernos, pero no más de lo normal, le decían, y él se preguntaba si esa sensación suya no se debería a su estado de ánimo, a su abatimiento.

Era un miércoles de mediados de enero, y Brodie había ido por la mañana al Théâtre du Gymnase, en el bulevar de Bonne-Nouvelle, a afinar el piano de cola que iba a tocarse en una ópera bufa con libreto de Scribe. El piano se encontraba en tan mal estado —varios macillos estaban bloqueados y había que reponer el fieltro y reajustar las boquillas— que había pasado toda la mañana arreglándolo. El gerente de vez en cuando salía de su despacho para ver cómo iba el trabajo y chasquear la lengua, ante los esfuerzos de Brodie.

—Deberían comprar otro piano —le dijo este, y a continuación le entregó uno de los folletos de Channon que llevaba encima (imprimir los prospectos había sido otra idea suya). El folleto mostraba, en una serie de fotograbados, los diversos modelos de piano que ofrecía la empresa, además de los precios y las fórmulas de pago: el desembolso inicial y las mensualidades—. Venga a la tienda. Estoy seguro de que podremos hacerle un pequeño descuento.

El gerente, que parecía intrigado, le dijo que tal vez visitara la tienda. Otro posible comprador, pensó Brodie mientras colocaba el mecanismo en su sitio; pero, aunque consiguiera venderle un piano, ¿qué ganaría con ello? Bajó la tapa del teclado y se sentó un instante en el taburete. Estaba otra vez desanimado. No debía dejarse vencer por la amargura.

Oyó que alguien lo llamaba, se dio la vuelta y vio a Benoît, el recadero de la tienda, acercarse por el pasillo, entre las filas de asientos.

—¿Benoît? ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

—Ha entrado un hombre en la tienda preguntando por usted. Ha dicho que

es un asunto importante. Monsieur Dmitri me ha pedido que venga a buscarle.

—¿Quién era?

—Se llamaba... —miró un trozo de papel que tenía en la mano— monsieur Kilbarron.

Todo cambió en un abrir y cerrar de ojos. Parecía asombroso que pudiera ocurrir algo así, pensó Brodie. Exultante, se levantó del taburete. ¡Bulevar de Bonne-Nouvelle, claro que sí! [4] Era increíble cómo la suerte de uno podía cambiar en un día, una hora, un minuto, un segundo. Nunca lo olvidaría: no pensaba ceder otra vez al pesimismo. Se despidió del gerente, animándole a comprar otro piano: se sentía tan generoso que le prometió un descuento del veinte por ciento. Una vez en la calle, cogió un carruaje con Benoît y se dirigió a la Avenue de l'Alma. En la mesa de su despacho había una tarjeta de John Kilbarron con una nota en el dorso que decía: «Le agradecería que viniese a mi casa, en Saint-Germain, mañana a las seis de la tarde. K».

Solo pueden ser buenas noticias, pensó Brodie: habrá cambiado de idea. Su negativa había sonado desagradablemente definitiva, pero la oferta de Channon era generosa, de mucho dinero, así que era obvio que había recapacitado. Brodie se dirigió a la parte delantera de la tienda y le hizo señas a Dmitri para que dejase de tocar: estaba deseando contarle el fantástico giro de su fortuna. Kilbarron quería volver a verle. Quizá incluso tuviera ocasión de encontrarse con Lydia Blum...

Al día siguiente, a las seis en punto de la tarde, Brodie se presentó de nuevo en el *hôtel particulier* donde vivía Kilbarron. El criado —que parecía más pulcro y menos somnoliento que la otra vez— le cogió el abrigo y el sombrero y le condujo al salón, que estaba más limpio y ordenado que en su anterior visita: no había rastro de ninguna juerga y en la chimenea ardía un fuego muy vivo. Brodie se acercó a ella y allí esperó a Kilbarron mientras disfrutaba del calor que se le iba extendiendo por los muslos y las nalgas.

Al cabo de un rato reapareció el sirviente.

—Monsieur Kilbarron —anunció.

El hombre que entró en el salón no era el pianista. Era apuesto, pero, al contrario que este, corpulento y de tez morena, y tenía una perilla oscura, abundante y entreverada de canas. Los ojos eran marrones y penetrantes, con bolsas debajo. Llevaba un traje gris y un chaleco carmesí cuyos botones

parecían a punto de reventar por la enorme tripa que tenían que contener.

—Malachi Kilbarron —aclaró con una voz profunda y áspera y un fuerte acento irlandés—. Soy el hermano pequeño del maestro.

Malachi Kilbarron y Brodie se estrecharon la mano y el primero le ofreció al segundo un oporto. Brodie aceptó. Una vez servidas las copas, Malachi encendió un puro alargado y Brodie, un cigarrillo Margarita.

—Nunca debería hablar de negocios con mi hermano —dijo Malachi mientras se sentaba—. Considera indecoroso hablar de dinero, aunque siempre está pensando en él, como casi todos los *artistes* —la palabra francesa parecía subrayar la petulancia e irresponsabilidad de la gente como su hermano. Malachi soltó una risita—. John tiene una mente turbia, así que todo le parece vil y corrompido —volvió a reírse entre dientes mientras fumaba: al parecer, la idea le hacía gracia.

Tenía el mismo acento que John Kilbarron, pero, por lo demás, el parecido con su hermano era el de una imagen movida, distorsionada. John era un hombre apuesto, a su manera demacrada y libertina. Malachi también tenía facciones armoniosas, pero parecía recio y aún más siniestramente vicioso. John, enjuto; Malachi, grande, pasando de musculoso a gordo. No es raro, pensó Brodie, encontrar a dos hermanos semejantes y a la vez dispares. Se le ocurrió que Callum y él tampoco parecían hermanos.

—No, si John no me hubiese mencionado de pasada el encuentro que tuvo con usted, nunca me habría enterado. Dice John: la semana pasada un joven escocés me ofreció un piano nuevo. ¿Y cómo es eso?, le pregunto. Entonces me habló de la entrevista y de la interesante proposición que usted le había hecho. Si la rechazó fue por pura testarudez. Llevo toda la vida reparando los estropicios que causa el cabezota de John Kilbarron.

Malachi rellenó las dos copas de oporto.

—Entiendo que a usted sí le interesa la oferta —dijo, prudente, Brodie.

—Me interesaría más si fuera más generosa. Usted ya me entiende.

—Estoy autorizado para ofrecer un máximo de sesenta libras por concierto o recital —respondió Brodie sin pensarlo: en realidad, nadie le había autorizado para ofrecer esa cantidad, pero tenía que convencerle como fuera—. La suma se puede renegociar cada seis meses, eso sí —añadió, prudente. Por suerte, Malachi no dijo nada—. Todo lo demás está garantizado. El nuevo piano de cola Channon, y la empresa corre con los gastos de transporte.

Malachi daba caladas enérgicas al puro, observando el humo como si fuera

un fenómeno prodigioso.

—¿Y qué ocurre si venden mil pianos gracias a la publicidad que les va a hacer John?

—El riesgo lleva aparejada una recompensa. Le pagaríamos una suma importante como anticipo.

—¿Y si venden dos mil? No queremos hacer el primo.

—¿En qué está pensando?

—Queremos un tanto por cada piano que vendan a partir del primer concierto.

—Lo consideraremos. Tendría que ser por cada piano de cola, no vertical.

—Me parece razonable.

—Tendré que consultarlo con el señor Channon, por supuesto.

—Digamos que veinte libras por cada piano de cola.

Brodie disimuló el alivio que sentía.

—No me puedo comprometer a pagarles esa cantidad, pero estoy seguro de que el señor Channon considerará su propuesta.

Malachi se levantó y se estiró los pantalones, que se le habían caído por debajo de la tripa.

—Y yo estoy seguro de que pondrá todo su empeño, señor Moncur. No dejemos que unas pocas libras se interpongan entre nosotros y nuestro negocio.

Así terminó la entrevista. Malachi acompañó a Brodie a la puerta.

—Hable con el señor Channon y redacte el contrato. Luego nos reuniremos otra vez y pondremos esta maravilla a funcionar —le dio una palmada fuerte en la espalda—. Quedo a la espera de sus noticias. Vamos a estar en París al menos un mes más.

En el vestíbulo, Brodie se puso el abrigo. Tenía la extraña sensación de que las cosas se repetían..., de haber vivido una situación idéntica y a la vez diferente. Cogió el bombín. Si en ese momento viera a Lika Blum bajando por las escaleras, sería todo perfecto. Pero ella no iba a aparecer, claro. Brodie salió al patio, dispuesto a enfrentarse al enero parisino. Definitivamente, se diría que ya no hacía tanto frío.

6

Ainsley Channon regresó a París para firmar el contrato con Kilbarron. Las dos partes habían tardado poco en cerrar el acuerdo, negociando las cláusulas en un rápido intercambio de cartas y, más tarde, telegramas. Para sorpresa y alivio de Brodie, Ainsley había aceptado enseguida el aumento de los honorarios por concierto, aunque de entrada a Kilbarron no se le pagarían más de diez libras por cada piano que se vendiera, cantidad que podía ir incrementándose con las ventas. Se había mantenido la cláusula que permitía revisar el acuerdo cada seis meses, y a la que los hermanos Kilbarron no parecían dar importancia. A lo largo de las negociaciones, Calder se había mostrado malhumorado, oponiéndose automáticamente a todas las propuestas y contrapropuestas. Lo que más le molestaba era que Malachi Kilbarron insistiese en inspeccionar las cuentas de Channon & Cie. para averiguar el número exacto de pianos vendidos. Ainsley, en cambio, no había puesto ninguna objeción: no había nada que ocultar, y, si la empresa llegaba a vender mil pianos más gracias a la brillante idea de Brodie, no tenía el menor inconveniente en que los hermanos se enteraran.

—Somos gente honrada. ¿Por qué vamos a estafarles? Estamos en esto juntos: si a nosotros nos va bien, a ellos también les irá bien, y a la inversa.

—Es una cuestión de principios —protestó Calder.

—Estamos hablando de algo totalmente nuevo, así que las reglas de siempre ya no valen —arguyó Ainsley—. Seguro que me darás la razón, Brodie.

—Estoy de acuerdo —dijo Brodie—. John Kilbarron es la gallina de los huevos de oro. Más vale no cortarle las alas.

—¡Bien dicho! ¡Ni tampoco matarla! —dijo Ainsley, la idea parecía hacerle gracia.

Los hermanos entraron en la tienda y firmaron el contrato. Se descorchó una botella de champán, y los Channon y los Kilbarron brindaron los unos por los otros, así como por el éxito del proyecto.

—Ahora hablemos de mi nuevo piano —dijo John Kilbarron—. Tengo algunas peticiones especiales.

—Le sugiero que hable con el joven Brodie: aquí le tiene —respondió Ainsley—. Le dejo en buenas manos.

Kilbarron se volvió hacia Brodie.

—¿Por qué no viene a verme mañana por la mañana? —le dijo—. Así podremos empezar.

Brodie estaba en el salón de la casa del bulevar Saint-Germain, sentado en el taburete del piano, al lado de Kilbarron. Las manos del maestro descansaban sobre el teclado.

—Para ser un pianista de mi categoría hay que tener tres cualidades —dijo sin el menor asomo de presunción y, como para recalcar sus palabras, tocó una tecla con el meñique. Parecía más atento y comedido que la última vez, pensó Brodie—. Sensibilidad, pericia y rapidez —prosiguió—. Si uno reúne las tres, puede llegar a ser un verdadero *Klaviertiger* —hizo una pausa y tocó otra nota—. La sensibilidad es fácil de conquistar. Se trata simplemente de actuar: verter una lágrima, hacer una mueca, mover la cabeza, inclinarse hacia atrás —eso hizo: echó el cuerpo hacia atrás, levantó la mano derecha y, en un gesto dramático, la dejó suspendida en el aire—. En cuanto a la pericia, sí, soy capaz de interpretar cualquier cosa... Las piezas más difíciles. Ahora bien, la rapidez... Antes tocaba muy rápido —dijo mientras flexionaba los dedos de la mano derecha—, pero ahora me duele la mano, el brazo y el hombro.

Ejecutó una serie de arpeggios con la mano derecha, remontando el teclado, con sus dedos moviéndose hasta desdibujarse, y luego se volvió hacia Brodie. Hizo una mueca de dolor.

—Ya me duele. Y estoy perdiendo velocidad —se quedó callado unos instantes—. Y cuando empiezo a perder velocidad, la dificultad de la pieza se convierte en un problema. Por eso ahora hago mis propias adaptaciones: paráfrasis, variaciones, fantasías. Pueden parecer difíciles, pero no lo son. Por lo menos para mí.

—Eso lo puedo arreglar —dijo Brodie con arrojo—. A la hora de afinar y regular su piano Channon puedo hacer una serie de cosas que supondrán para usted una enorme diferencia.

Kilbarron parecía escéptico.

—¿Es usted capaz de ajustar el piano para que yo no sienta dolor?

—Creo que sí —dijo Brodie—. Puedo afinarlo de manera que le sea mucho más fácil tocarlo, eso desde luego. No se asemejará a ninguno de los pianos que ha tocado. Utilizo pesas, diminutas láminas de plomo, lubricantes secos. El contacto con las teclas parecerá mínimo: casi no tendrá que hacer presión con los dedos.

—Como pompas de jabón.

—Exacto.

Kilbarron le sonrió como solía: enseñando las dos filas de dientes.

—En fin, si lo consigue, muchacho, le contrataré como ángel de la guarda.

—Pensé que ese puesto era mío.

Los dos se dieron la vuelta. Malachi entró sin prisa en el salón.

—Entonces será ángel de la guarda auxiliar. Brodie dice que va a hacer maravillas con nuestro nuevo piano.

Brodie se levantó.

—Me tengo que marchar —dijo.

Malachi le tocó la mejilla en un gesto afectuoso, apretándola con fuerza.

—¿Va usted a ser nuestro salvador, señor Moncur?

—Depende de lo que entienda por salvador, supongo.

—Tiene usted que serlo —dijo Malachi, y acto seguido soltó su típica risa ronca y miró a su hermano—. A nosotros nos gustan los salvadores, ¿verdad, John?

—Sin duda. Bienvenido sea cualquiera que nos facilite la vida.

Hubo más risas fraternales.

El criado somnoliento acompañó a Brodie a la puerta y la mantuvo abierta. Como de costumbre, Brodie miró hacia las escaleras con la esperanza de ver a Lydia/Lika. Pero esta no apareció.

—¿Está mademoiselle Blum en París?

—No, señor. Se ha ido a Dresde a cantar en una ópera.

El almacén y los talleres nuevos de Channon estaban en el centro de Saint-Cloud, en la Rue Gounod. Brodie y Kilbarron se encontraron en la estación de Saint-Lazare, donde cogieron un tren con destino a esa ciudad, que estaba a quince kilómetros de distancia, y luego caminaron por el extremo norte del gigantesco parque hasta llegar al almacén.

Kilbarron parecía asombrado de hallarse en un edificio que contenía más de un centenar de pianos, dispuestos todos en perfectas hileras con pasillos entre ellas. Mientras recorría con Brodie el laberinto que formaban los pianos verticales, iba mirando fascinado a su alrededor.

—Esto es un negocio, ¿verdad? —le dijo—. Los pianistas solemos olvidarlo. Una fábrica de pianos. Y en el mundo hay otras, fabricando cientos y cientos más. Cubos de hierro galvanizado, producidos como quien hace salchichas.

—Yo no diría eso —objetó Brodie—. Los veo más bien como cronómetros suizos, máquinas complejísimas que producen sonidos melodiosos. No son cubos. De ninguna manera.

Habían llegado a la hilera de pianos de cola. Brodie se apresuró a quitar los guardapolvos. Allí había una docena de pianos, con sus tres sólidas patas: anchos, impolutos, lustrosos.

—¿Miramos el último modelo? —preguntó Kilbarron.

—Permítame que le recomiende este otro —dijo Brodie. Se acercó a un piano más antiguo y posó la mano en él. Había rozaduras en las patas, y la tapa chirrió cuando la levantó—. Este piano tiene doce años y fue uno de los últimos que proyectó y fabricó y cuya producción supervisó mi maestro, Findlay Lanhire, el hombre que me enseñó todo lo que sé —tocó el acorde de do mayor—. Es una maravilla. Lo mejor que hizo Findlay Lanhire. Le daré unos pequeños retoques. Lo adaptaré a sus necesidades.

Kilbarron se inclinó sobre el teclado y tocó unos cuantos compases de la *Sonata para piano n.º 9 en re mayor* de Mozart.

—El registro agudo. Cuando toco las teclas del registro agudo me golpea el dolor. La mano izquierda la tengo bien —ejecutó un trémolo continuo con cinco dedos y en las octavas más altas—. Puedo sentirlo —dijo—. Ya. El dolor se empieza a extender por el brazo.

Hizo una pausa para flexionar los dedos y frotarse la palma de la mano.

—La gente se cree que basta con sentarse en el taburete y mover los dedos, y la música surge enseguida. En realidad intervienen todos los músculos del cuerpo. Para tocar como yo hay que hacer un enorme esfuerzo físico. La espalda, los hombros, los muslos, los pies al apretar los pedales —se calló un instante—. Por no hablar de los nervios y las entrañas —miró el teclado—. Llevo haciendo esto desde los seis años —hizo crujir los nudillos de las dos manos—. Casi todos los días, durante décadas... Hay un desgaste. Hay un

peaje que pagar.

—Puedo aligerar mucho esas teclas —dijo Brodie.

—Ah, sí. Como pompas de jabón.

—Como plumas de ganso.

—O dientes de león.

—Como el aire que respiramos.

Kilbarron se inclinó hacia delante y tocó una serie de acordes fuertes (bang, bang, bang), que resonaron en las vigas de acero del almacén.

—Está bien, joven Brodie. Me quedo con este. ¿Hay algún sitio donde se coma bien en este pueblo dejado de la mano de Dios?

En la Place d'Armes encontraron un restaurante que se llamaba Le Pavillon Bleu. Kilbarron quiso sentarse al fondo, y después de consultar la carta dijo que solo quería un *plat du jour*. Se encendió un purito y pidió un coñac y agua con hielo, insistiendo en que los dos brindaran por el nuevo piano. Llevaba un traje de *tweed* gris oscuro, una camisa blanca con el cuello almidonado y una corbata azul cobalto. Con el pelo largo peinado hacia atrás y cayéndole por los hombros, tenía aspecto de hombre ilustre, se dijo Brodie, aunque uno no supiese quién era. Notó que otros clientes los miraban con curiosidad. ¿Quién será ese hombre?, se estarían preguntando. Una mujer se acercó con timidez y preguntó si monsieur Kilbarron podía firmarle el menú. El maestro dejó el puro e hizo gustosamente lo que le pedía. Estuvo encantador con ella.

Había pedido riñones de ternera, pero apenas comió nada: parecía más interesado en el vino. Brodie se tomó unas aletas de raya con salsa de mantequilla negra y, cuando Kilbarron pidió otra botella, supo que faltaba poco para que perdiera la compostura. Aprovechando que aún estaba sobrio, le preguntó por mademoiselle Blum.

—Está en Dresde —respondió Kilbarron—. Hace el papel de Inès en *L'Africaine*.

—Tiene una... —Brodie eligió las palabras con cuidado—, una voz muy pura.

—Sí, tiene buena voz. Ese no es el problema. El problema es su estatura: es demasiado alta.

—¿Demasiado alta?

—Les saca la cabeza a casi todos los tenores, lo cual no les hace mucha gracia, y la voz será todo lo pura que quiera, pero no se oye al fondo.

Se llevó un trozo de riñón a la boca, lo masticó y después de beberse un

trago de vino relleno su copa y la de Brodie hasta el borde.

—Todavía le puedo conseguir trabajos, pero eso no durará mucho — Kilbarron apartó el plato, que estaba a medio comer—. Se acabará imponiendo la ley de los rendimientos decrecientes.

—¿De verdad? No me había dado cuenta...

—¿Por qué está usted tan interesado en la señorita Blum, señor Moncur?

—No lo estoy. No —Brodie, que se había ruborizado de repente, intentó ocultarlo, pero notó cómo le ardían las mejillas—. La he oído cantar, así que siento cierta curiosidad, eso es todo.

—Ya. Si usted lo dice, me lo creeré por ahora —le miró con aire sagaz—. ¿Está usted casado, amigo Brodie?

—No.

—Manténgase bien lejos de ello, es un consejo gratuito. El matrimonio no vale la pena: es una pérdida de tiempo..., un desperdicio de todo. Además, en la época en que vivimos, no hace falta casarse.

—Supongo que no, pero ¿qué ocurre si uno se enamora?

—¿Enamorarse? —preguntó Kilbarron con gesto impávido—. ¿Y eso qué es? El amor ¿se puede comer? ¿Se puede beber? ¿De qué le sirve a un hombre o a un animal enamorarse?

Brodie pidió la cuenta.

—¿Sabe ya qué conciertos va a dar esta temporada? —inquirió, intentando reconducir la conversación al trabajo—. ¿Cuándo empieza?

—De eso se ocupa Malachi. Yo solo voy a donde me dice y toco.

—¿Está pensando en tocar con una orquesta... o usted solo?

—Esas cosas las decide Malachi. Y también la sala, por supuesto. Ellos saben cómo atraer a la gente.

—Está bien. Entonces esperaré a ver qué me dice.

—Aunque le diré algo, joven Brodie.

—¿Sí?

Brodie tuvo un mal presentimiento.

—Le quiero a mi lado todo el tiempo. No es solo el piano, ese maravilloso piano regulado según mis necesidades... Usted tiene que estar disponible siempre.

—No sé si podré...

—Oh, ya lo creo que podrá. Quiero verle ahí, afinando mi complejo mecanismo.

Hôtel de l'Europe
Rue Auguste Bottin
Ginebra
Suiza

15 de mayo de 1897

Querido Casado, Callumius Rex, Imperator:

La vida conyugal ¿sigue siendo tan feliz como dicen? Kilbarron cree que hoy en día no es necesario casarse, aunque para él es muy fácil decirlo, porque después de cada concierto le esperan en el camerino cuarenta estupendas damas, todas embelesadas. Una vez que se hayan calmado las aguas volveré a casa y conoceré a la esposa de Callum Moncur; pero, para ser franco, no sé bien cuándo será. Como verás por el membrete, estoy en Ginebra, la última ciudad de la gira de cinco países. Ya hemos pasado por Bruselas, Berlín, Viena, Milán y Roma. Los hermanos Kilbarron están ganando una pequeña fortuna, pero nosotros también. Nos cuentan desde París que las ventas se han duplicado: parece que el plan del insigne Brodie Moncur está prosperando. Lo único que me preocupa es el transporte del piano de acá para allá. Tengo que contratar una cuadrilla y alquilar un carro para llevarlo a la estación y cargarlo en el tren, y luego, cuando llegamos a la ciudad, otra cuadrilla y otro carro para transportarlo hasta la sala de conciertos. Una vez allí, hay que pagar a unos tramoyistas para que lo descarguen e instalen. Y he de afinarlo otra vez, por supuesto. Así que ando muy ocupado todos los días, y casi no he tenido tiempo para ver las preciosas ciudades a las que hemos viajado. En cualquier caso, Kilbarron parece satisfecho. Está tocando bien y con gran éxito de público. No le duelen apenas la mano ni el brazo, y eso le pone de buen humor. Como

compañero de viaje es más agradable que su hermano Malachi, que siempre se está quejando de algo —que si el compartimento, que si el hotel, que si la comida, que si el tiempo que hace—, aunque procuro no prestarle mucha atención.

Esta noche es el último concierto. Después de embalar el piano y enviarlo a París veré cómo andan las cosas. Malachi Kilbarron ya está programando otra gira para el verano. Creo que intuye que queda poco tiempo: el contrato se puede renovar al cabo de seis meses, pero sospecho que, si considera que hemos logrado nuestro objetivo (ganar mucho dinero), Ainsley Channon dará por terminada nuestra colaboración con los Kilbarron.

Dale un beso decoroso a tu encantadora mujer de parte de su cuñado.

Te saluda con afecto, como siempre, tu hermano,

Brodie el Errante

Brodie cerró el sobre y escribió las señas de Callum, sintiendo una punzada de nostalgia al escribir la palabra *Écosse* (Escocia). Ya llevaba casi tres años en el extranjero. Nunca había pensado que llegaría a sentir ganas de volver al valle del Liethen. Puede que este fugaz ataque de añoranza se debiera a que estaba viajando mucho. Miró el reloj: las cinco y media. Iba siendo hora de que se marchara al teatro para hacer las últimas comprobaciones. Se puso el abrigo, cogió el sombrero y el maletín Gladstone, salió de la habitación y recorrió el pasillo hasta llegar a la suite de Kilbarron. Llamó a la puerta.

—Adelante. No, espere. Un minuto.

Brodie aguardó hasta oír la llave en el picaporte y Kilbarron le dejó pasar. Se había quitado la chaqueta y la manga derecha de la camisa la tenía levantada hasta el bíceps. En la mesa había un platillo, una tira de cuero y una jeringuilla.

—¿En qué le puedo servir, amigo Brodie?

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó Brodie, señalando la jeringuilla.

—Es solo un analgésico. Extraordinariamente eficaz. Sí, estoy bien. Estupendamente, de hecho.

—¿Le ha vuelto el dolor?

—Un poco. Pensé que más valía combatirlo ahora.

—De acuerdo... Me voy al teatro. Tengo que asegurarme de que todo esté bien.

—Me parece que Malachi quiere hablar con usted después del concierto.

—Sí, cómo no. Nos vemos hacia las seis y media.

Brodie se dirigió al Théâtre des Ducs de Savoie, que estaba a diez minutos a pie del hotel, por unas callejuelas tranquilas. Cuando llegó, el gerente le condujo al escenario. El Channon de Findlay Lanhire estaba abierto y listo para el concierto.

A Brodie le gustaban los auditorios vacíos. Había afinado el piano por la mañana, pero se sentó a interpretar para los asientos vacíos la tonada que siempre tocaba para cerciorarse de que se encontraba en excelente estado. Era una cancioncilla tradicional que solía cantarle su madre, y él había adaptado y embellecido la melodía para incorporar todas las octavas y casi todas las notas. El Channon estaba perfectamente afinado. Una vez más, comprobó lo bien que funcionaban sus pequeños trucos. Las teclas del registro agudo las notó extraordinariamente ligeras: bastaba un levísimo toque para que la nota sonara limpia. Había pegado unas láminas de plomo muy finas debajo de la parte frontal de las teclas (así no se veían), reduciendo el contrapeso a menos de ciento cincuenta gramos: dos tercios del normal. Findlay Lanhire habría estado orgulloso de él. Brodie extrajo el mecanismo, cogió papel de lija y se puso a pulir con esmero las cabezas de los macillos que correspondían a las dos octavas más agudas. Acto seguido tocó de nuevo la cancioncilla en esas notas, y, como era el último concierto y la gira había ido muy bien desde el punto de vista musical, lo comprobó todo otra vez. Sabía que Kilbarron iba a terminar el recital con una pieza enormemente difícil: «Mazeppa», uno de los Estudios Trascendentales de Liszt. Había mirado la partitura, con esas notas apretadísimas que colgaban de los pentagramas como racimos de uvas maduras, e intentado tocar unos cuantos compases, pero pronto había desistido: habría necesitado cuatro manos para producir esos sonidos, y alguna más para interpretar esa composición con destreza y elegancia. Volvió a pensar en lo ocurrido en el hotel. Puede que fuera la dificultad de la pieza lo que había llevado a Kilbarron a inyectarse un analgésico. Sabía que esa noche sus manos iban a hacer un esfuerzo descomunal.

Brodie se quedó a escuchar el concierto, como había hecho cada noche de la gira. Kilbarron interpretó el *Concierto para piano n.º 3* de Beethoven, y después del intermedio hizo sus «numeritos»: así llamaba a las *fantaisies* y paráfrasis que había escrito él mismo, y que le permitían desplegar su prodigiosa técnica. Brodie cerró los ojos y escuchó la pieza final de Liszt. Una

interpretación impecable, pensó. Mientras la música inundaba el enorme auditorio, notó la riqueza sonora del Channon. El público se puso en pie para ovacionar a Kilbarron, que hizo una reverencia profunda y, después de dar las gracias al director de orquesta y estrechar la mano al primer violín, abandonó el escenario. La gira había terminado.

Brodie se fue corriendo al camerino y llamó a la puerta.

Le abrió Lika Blum.

Silencio. Perplejidad. Sonrisa de bienvenida por parte de ella.

—Cuánto me alegro de verle, señor Moncur. Pase, pase.

Brodie, que empezó a notar el sudor en la cara y tenía la mente en blanco, entró en un saloncito con paneles de roble. Era una habitación algo pobre, aunque la luz tenue que emitían los candelabros de las paredes lo disimulaba un poco. Una puerta daba al camerino. En la mesa del centro, una cubitera con una botella de champán y media docena de copas. Ni rastro de Kilbarron. A veces, después de los conciertos, se echaba a dormir en un diván.

—¿Le importaría abrirla? —dijo Lika, levantando la botella—. Me he roto una uña.

A Brodie le alegró poder ocuparse en una tarea sencilla.

—No sabía que fuera usted a venir —dijo—. No la he visto en la sala.

—Estaba en un palco. Vengo de *Nizza*... De Niza, quiero decir. ¿Conoce la ciudad? Está llena de rusos... y de ingleses, por supuesto. El caso es que decidí venir a ultimísima hora y acompañar a John de vuelta a París. Tengo entendido que la gira ha sido un éxito espectacular.

Brodie lo confirmó y, mientras servía el champán, le contó la gira a grandes rasgos. Los dos brindaron.

— *Za vashe zdrovie* —dijo ella en ruso.

— *Slangevar* —respondió él en escocés.

Lika iba de negro de la cabeza a los pies. Llevaba un vestido con cuentas de azabache relucientes, una pequeña estola negra y un collar de perlas de cinco vueltas. El pelo lo tenía recogido con dos peinetas de ébano con joyas incrustadas. Estaba deslumbrante. Y tenía un aire vagamente español, pensó Brodie, sin demasiado tino.

—¡Ah, sí! —dijo ella—. Tiene que conocer a César.

Lika se fue a buscar el bolso, que estaba en el otro extremo del salón, y volvió con un perrito en los brazos: un cachorro blanco con manchas marrones que parpadeó al ver a Brodie y se puso a relamerse. Era diminuto: del tamaño

de un gazapo, pensó Brodie.

—Me lo ha regalado John —explicó ella—. ¿A que es adorable?

—¿De qué tipo es? —preguntó él, fingiendo curiosidad. En realidad, no le interesaban nada los perros—. De qué raza, quiero decir.

—Es inglés. Un Jack Russell. ¿Lo he pronunciado bien?

—Russell..., no Roussell.

—Gracias. He decidido llamarle César, vaya usted a saber por qué. Le he puesto ese nombre sin pensar. No tiene nada que ver con César Franck, al que John no soporta.

—Es un buen nombre... para un perro —dijo Brodie sin convicción.

Para alivio suyo, Lika metió de nuevo a César en el bolso y cogió la copa de champán.

—¿Están planeando ustedes otra gira? —preguntó ella—. ¿Tiene tabaco?

Brodie encontró la pitillera en el bolsillo de la chaqueta, sacó un cigarrillo para Lika y se lo encendió.

—Sí, ya están hablando de otra... para el verano. El señor Malachi quiere aprovechar el éxito que ha tenido esta.

Se preguntó por qué estaba hablando en un tono tan ridículamente formal: parecía un funcionario al que se le estuviese entrevistando para un ascenso. Puede que fuera por la turbación que sentía —además, el champán le estaba dando ardor de estómago—. Tal era el efecto que le causaba quedarse a solas con Lika Blum.

Sin embargo, la situación no duró mucho. De pronto llamaron a la puerta y apareció Malachi Kilbarron, corpulento y sonrojado, puro en mano.

—Hablando del rey de Roma —dijo Lika—. Voy a ver qué hace John.

Entró en el camerino y cerró la puerta con cuidado.

—¿Así que estaban hablando de mí? —dijo Malachi mientras se servía champán.

—Le estaba contando a la señorita Blum lo bien que ha ido la gira... y las ganas que tienen de hacer otra.

—Me alegra que lo mencione, Brodie, porque de eso quería hablar con usted en privado..., para que luego le susurre al oído al granuja de Ainsley Channon. Quiero que le exponga la situación con toda claridad.

—Está bien.

—Queremos hacer otra gira, sí, pero en otras condiciones. Cien guineas por concierto. Guineas, ojo.

Brodie sabía que un aumento tan considerable de los honorarios supondría el fin de la colaboración entre los Channon y los Kilbarron, pero se limitó a decir que transmitiría esa información.

—Hablando de información —dijo Malachi, acercándose a Brodie—, tenemos la nuestra. Nos consta que están vendiendo muchos pianos, por eso hemos optado por renegociar el contrato.

—Entonces sabe usted más que yo. No estoy al corriente de las ventas.

—Ni tiene por qué estarlo. Solo quiero que le diga a Ainsley, a ese viejo pájaro, que estamos al tanto de todo.

Malachi sonrió y se alejó de Brodie. En ese instante salieron Lika y Kilbarron del camerino.

—Ah, Brodie —dijo John Kilbarron—. Creo que esta noche el viejo Channon estaba muy bien afinado.

Parecía rendido; felizmente, la gira había terminado.

—Un concierto perfecto —dijo Brodie—. Su interpretación de la «Mazeppa» ha sido clamorosa —sabía que a Kilbarron le gustaban los elogios—. Le aseguro que nunca había oído a nadie tocarla tan bien.

Kilbarron le dio la razón, asintiendo con la cabeza.

—Sí... ¿Ya ha tenido esa charla en privado con Malachi?

—Sí. Me ha informado de todo.

—Estupendo. Quería encomendarle una última tarea para esta noche. ¿Podría acompañar a esta joven dama a nuestro hotel? Debo despachar otros asuntos con Malachi.

Brodie y Lika decidieron volver al hotel bordeando el lago. Era una noche fresca y, mientras caminaban por el Quai des Eaux-Vives, la luz de las farolas rielaba en las aguas quietas del lago. Brodie iba pensando en una serie de frases para trabar conversación con Lika, pero ninguna acababa de convencerle. Parecía como si el ruido de sus pisadas bastara para romper el silencio que reinaba en la orilla. Además, la vastedad del cielo nocturno invitaba al mutismo. Lika estaba pendiente del perrito que llevaba en el bolso y al que le decía cosas en ruso. Finalmente, el cachorro se serenó y ella cogió a Brodie del brazo. Él pensó que iba a desmayarse. Entonces se acordó de una de las frases que había considerado antes:

—¿Cómo fue la prueba? —le preguntó.

Sabía que Lika se había presentado a una audición para el papel de Laura en la ópera *Luisa Miller*, que se iba a montar en el Palais des Beaux-Arts, en

Montecarlo: por eso había viajado a Niza.

—He recibido elogios, pero sé que quedará en nada.

—¿Por qué dice eso?

Ella le pidió otro cigarrillo, y los dos se pararon a encender sus respectivos pitillos. Lika, que temía que se le fuera a escapar el perro, movió el bolso y de pronto se le cayó al suelo. Logró agarrar al cachorro, pero el bolso golpeó el adoquinado. Se oyó un ruido metálico.

—Vaya, parece que se ha roto algo —dijo Brodie. Recogió el bolso y se lo dio.

En el bolso había un pequeño monedero de terciopelo granate con cordón. Lika metió la mano y sacó una pistola diminuta con dos cañones superpuestos de menos de ocho centímetros de largo y una empuñadura curva de nácar que parecía un cuerno de chivo.

—Es mi pistola de hotel, así la llama John. Me la dio él.

Se la pasó para que la viera. Era pequeña, sí, pero sorprendentemente pesada, lo que parecía confirmar su potencial mortífero. Brodie se la devolvió a Lika, que la guardó de nuevo en el bolso, y los dos encendieron al fin los cigarrillos.

—¿Por qué cree que le daría él una pistola?

—Para protegerme cuando me voy sola de gira. Por si acaso alguien me roba o echa la puerta abajo e intenta violarme.

—¿Está cargada?

—Naturalmente. Dos cañones, dos balas, dos gatillos. Es una Derringer.

Lika se puso el cigarrillo en los labios, acomodó al perro en el bolso y echó una bocanada de humo hacia el cielo nocturno. Los dos reanudaron la marcha.

—Sé que está muy mal visto que una señorita vaya fumando por la calle —dijo ella—. Pero dudo que nadie me reconozca.

—Estaba diciendo antes que no creía que le fueran a dar el papel. ¿Por qué?
—Brodie sintió en el codo el calor de la palma de su mano—. Tiene usted una voz maravillosa —añadió galante.

—Dicen que soy demasiado alta para cantante de ópera. Los tenores son todos bajos: no quieren a una soprano alta a su lado, empequeñeciéndolos aún más.

—Pero eso es ridículo, señorita Blum —protestó Brodie.

—Llámeme Lika, Brodie..., pero solo cuando no haya nadie más, si no le importa. No creo que a John le haga gracia que nos tratemos con familiaridad.

—Gracias..., Lika —cuánto placer le daba decir su nombre en voz alta—. Le decía, Lika, que me parece un disparate. ¿Qué tendrá que ver su estatura con la calidad de su voz? Es como decir que un hombre con barba no puede tocar el piano.

—Pero usted es alto, Brodie. Si fuese un tenor bajito y vanidoso no pensaría lo mismo. Es usted más alto que yo, así que no entiende lo humillante que le resulta a un tenor bajito cantar al lado de una gigante rusa.

No pudieron evitar reírse. A él le invadió una felicidad que no creía haber sentido nunca. ¿Cómo describir la experiencia de pasear por la orilla del lago de Ginebra con esa mujer tan guapa, tan fascinante (y tan alta), los dos del brazo y hablando como iguales, como amigos? Notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Ojalá fuese usted tenor, Brodie —dijo ella—. Podríamos cantar juntos.

Habían llegado al Hôtel de l'Europe. Lika tiró el pitillo, que estaba a medio fumar, se separó de su brazo y entró con Brodie. Los dos saludaron al portero, que se quitó el sombrero con familiaridad.

Una hora más tarde, Brodie estaba en la cama, con las luces apagadas, pensando en Lydia Blum. Lika Blum. Lika. ¿Por qué estaría con un tipo como Kilbarron? Quizá creía que podía ayudarla en su carrera, supuso, pero luego se reprochó haber pensado mal de ella. Era imposible saber lo que atraía a una persona de otra. Era un misterio, algo totalmente individual. ¿Qué habría visto su madre en Malky Moncur? Puede que John Kilbarron tuviese ciertas cualidades que solo revelaba a su amante. El observador externo no podía saber nada: sus conjeturas sobraban. El amor, la atracción mutua y las obsesiones sexuales eran fenómenos esencialmente subjetivos, manifestaciones privadas de los deseos más íntimos de una persona. Él debía saberlo mejor que nadie: a Lika Blum solo la había visto tres veces, pero ¡cómo la deseaba!

La imaginó desnuda. Se imaginó a sí mismo acostándose con ella, desnudo, penetrándola, mirando esa cara rodeada por el cabello rubio, revuelto. Esos labios. Esos ojos somnolientos, de párpados caídos.

Extendió el brazo hacia abajo y se tocó. Con fuerza. Miró al techo, luego cerró los ojos y pensó en Lika.

Ainsley Channon se había recortado las patillas a lo Dundreary y ahora parecía diez años más joven, pensó Brodie. Desaparecidas esas matas de pelo entrecano, se podían apreciar bien sus facciones y quedaba claro lo mucho que se le parecía Calder. A Brodie le era fácil comparar a padre e hijo, porque los dos estaban sentados enfrente de él, al otro lado de la enorme mesa de Calder.

—Ha sido un éxito rotundo, espectacular —dijo Ainsley, radiante—. Y nunca olvidaremos que fue idea tuya. La brillante idea de Brodie... —se puso a mirar unos papeles—. Las ventas han aumentado un doscientos setenta y ocho por ciento respecto al año pasado. Estamos pensando en abrir otra sucursal de Channon en Viena. Se trata de competir con Steinway y Bösendorfer en su terreno. ¿Por qué no? Si podemos hacerlo en París...

—Es solo una posibilidad —le interrumpió Calder en tono frío—. No hemos decidido nada.

Ainsley no le hizo caso y continuó:

—Door, Julius y unos cuantos más se han puesto en contacto con nosotros. Quieren tocar pianos Channon.

—¡Lo que quieren es forrarse! —dijo Calder con sorna.

Ainsley seguía sin hacerle caso.

—Las cosas no podían haber ido mejor, Brodie. *Bravissimo* .

—Gracias —respondió Brodie—. La otra noticia que tengo es que los hermanos Kilbarron quieren hacer otra gira lo antes posible. Diez ciudades, veinte conciertos, quizá.

Calder soltó una carcajada incrédula. Ainsley asintió juiciosamente con la cabeza.

—El señor Kilbarron puede dar todos los conciertos que quiera y cuando quiera —dijo—. Pero lo cierto es que... —parpadeó varias veces—, parece increíble, pero, si contratamos a Julius, Door, Stimmer y otros pianistas así, ya no necesitaremos a John Kilbarron. Él está algo..., ¿cuál es la palabra

francesa?

— *Passé* —dijo Calder—. *Fini* .

—No. *Vieux jeu* es la expresión que andaba buscando. ¿Cómo la traducirías, Brodie?

—Anticuado.

—Exacto. John Kilbarron está algo anticuado.

Brodie, que había tenido ese mal presentimiento que conocía tan bien, entrelazó los dedos y se inclinó hacia delante, como si fuera a rezar. Quería subrayar la importancia de lo que iba a decir.

—El caso es que he hablado con Malachi Kilbarron: él lleva los asuntos económicos, como sabe, así que sus palabras cuentan más que los juicios de John Kilbarron. Dice que le encantaría seguir colaborando con Channon... a condición de que aumentemos los honorarios por concierto.

—¿Ah, sí? ¿Eso dice? —replicó Calder. La indignación tiñó de rojo su gorda cara.

—Cien guineas es lo que pide. Insistió en que tenían que ser guineas.

Ainsley sonrió con aire triste.

—A eso lo llamo yo matar la gallina de los huevos de oro. ¿Recuerdas que hablamos de eso, Brodie? Nos preocupaba que pudiera pasar, y ahora va Kilbarron y se pone el cuchillo en la garganta.

Se levantó, fue a buscar la licorera con coñac y después de llenar tres copas brindó por Brodie.

—Ha sido una jugada brillante, Brodie. Enhorabuena. Costó mucho dinero, pero ha dado excelentes resultados. Ya verás como los otros fabricantes de pianos se apresuran a imitarnos... —se quedó pensativo unos instantes—. Calder y yo queremos recompensarte creando un nuevo departamento en la empresa, contigo al frente. Seguirás haciendo lo mismo: reclutar a virtuosos para que toquen pianos Channon. Tú lo dirigirás todo: supervisarás las giras y el transporte de los pianos, organizarás los viajes... y afinarás los pianos siempre que haga falta, claro está —hizo una pausa—. Ganarás mucho dinero, por supuesto.

Brodie sonrió como si estuviera plenamente conforme. Se dio cuenta de que Ainsley no había dicho la cantidad exacta que pensaba pagarle por dirigir ese nuevo departamento. Su vida iba a dar un giro que nunca había imaginado, pensó, pero no estaba seguro de que tuviera que congratularse por ello.

—¿Qué le digo a Malachi Kilbarron? —preguntó con aire despreocupado.

Ainsley frunció el ceño y se rascó sus nuevas y bien recortadas patillas mientras meditaba la respuesta.

—Muy sencillo —dijo al fin, en tono firme—. Puede seguir con nosotros seis meses más, pero con los mismos honorarios. Es una oferta innegociable. Estaría feo que prescindiéramos de él de golpe. Pasados esos meses, se acabó.

Calder alcanzó la licorera.

—Y le dices a Malachi Kilbarron que se chupe esa.

Brodie evitó a los Kilbarron durante una semana, pero finalmente llegó a la tienda una nota pidiéndole que fuera a afinar el piano de la casa del bulevar Saint-Germain. No podía negarse.

Le abrió la puerta John Kilbarron. Estaba aún más desaliñado que de costumbre, sin afeitado, y mostraba una pequeña llaga en un extremo del labio inferior. En la mano tenía uno de sus puritos. Con todo, parecía contento de ver a Brodie, al que confirmó que lo único que quería era que le afinara el maldito piano.

—Lo sé, lo sé. Lleva usted meses diciéndome que está hecho un desastre, pero ahora lo necesito: estoy intentando componer una obra muy ambiciosa, ¡maldita sea!, y noto lo desafinado que está.

Le condujo al salón y Brodie depositó el maletín Gladstone, abrió el piano y se puso manos a la obra. A la hora del almuerzo, el criado somnoliento le comunicó que se iba a servir la comida en el comedor. Al entrar en la sala, Brodie vio que había un solo plato. ¿Dónde estaba Lika? ¿Y Kilbarron, para el caso? El criado le sirvió sopa de coliflor y tortilla de setas y le ofreció vino, pero Brodie lo rehusó.

Después del almuerzo siguió trabajando, y al cabo de dos horas terminó de afinar el piano. Una vez guardado el mecanismo, interpretó varias veces, y en diferentes notas, la cancioncilla escocesa que tenía por costumbre tocar cuando concluía la tarea. Aguzó el oído para comprobar que los macillos y las sordinas funcionaban bien.

De pronto sintió cómo alguien le ponía la mano en el hombro con suavidad y se dio la vuelta para descubrir allí a Lika, muda y con una lágrima deslizándosele por la mejilla.

—¡Lika! —dijo él, levantándose de un salto—. Dios mío, ¿se encuentra usted bien?

—Esa música. Esa melodía... —dijo ella con aire pensativo—. ¿Qué es? Estaba escuchándola desde la puerta y me he puesto a llorar. Mire —se secó las lágrimas. Estaba sonriente—. Qué raro. Ha sido una reacción instintiva, automática. Le he oído tocar y enseguida se me han llenado los ojos de lágrimas.

—Es una canción tradicional escocesa —explicó Brodie—. Mi madre me la solía cantar cuando era niño. He introducido unos cuantos cambios... Me es útil a la hora de afinar. La toco al final para cerciorarme de que todo esté bien, para saber si el piano está listo.

—Es preciosa. ¿Le importaría tocarla otra vez?

—No faltaba más.

Brodie se sentó de nuevo y tocó la canción entera. Duraba dos minutos.

—¿Cómo se llama?

—«My Bonny Boy» —dijo el título en inglés y luego lo tradujo al francés: *Mon beau garçon* —. La canción tiene letra. Son solo tres estrofas.

Lika frunció el ceño.

—Es extraordinaria. Hay un momento en la pieza..., una transición. ¿Qué es, un cambio de tono? El caso es que me hace llorar al momento. ¿Cómo es posible?

En ese instante oyeron que se abría la puerta principal y apareció John Kilbarron, que le dio el sombrero y el abrigo al criado.

—Bueno, bueno, bueno, ¿qué tal? ¿Ha terminado ya, maestro Brodie? —miró a Lika—. ¿Estás bien, cariño?

Lika, que estaba algo nerviosa, le explicó el efecto que le había producido la canción tradicional interpretada por Brodie: una pieza musical que no había oído nunca y que parecía atacar de frente sus conductos lacrimales.

—Dios mío —dijo Kilbarron—. ¿Y cuál es esa pieza tan milagrosa?

Brodie repitió lo que le había contado a Lika.

—Es una vieja tonada popular escocesa que me he permitido adaptar.

Kilbarron, intrigado, le pidió que la interpretara de nuevo. Así que Brodie se sentó y la volvió a tocar entera. El maestro escuchó con atención.

—¿Ves? ¡Ahí está! —exclamó Lika—. Ese momento, esos pocos compases. ¿No sientes la emoción?

—Sí..., en cierto modo —contestó Kilbarron, y le pidió a Brodie que la tocara una vez más—. Efectivamente —dijo cuando hubo terminado—. Muy sencillo, pero eficaz. Cadencia interrumpida en una escala ascendente... Notas

de paso acentuadas. Repita esa parte, si no le importa.

Brodie hizo lo que le pedía.

—Uno espera la tónica. El instinto le dice a uno por dónde va a ir la música —Kilbarron parecía estar explicándoselo a sí mismo—. Pero queda irresoluta, y de ahí brota la emoción —sonrió—. Es un viejo truco, pero los viejos trucos son los mejores.

Hizo que Brodie se levantara del taburete y se sentó a tocar la canción.

—¿Lo ves? —le dijo a Lika—. Séptimas ascendentes, cuartas descendentes... Suspensiones, notas de paso... ¡Ahí está! Una sexta descendente, una novena ascendente —apartó las manos del teclado—. De sol bemol mayor a re bemol mayor, y luego, de repente, re bemol menor. El acorde inesperado...

Ejecutó los tres acordes, y de pronto se quedó pensativo, cosa rara en él.

—Así que es una canción tradicional —se levantó y se alejó del piano.

—Para mí ha sido un ejercicio de memoria —explicó Brodie—, pero a lo largo de los años he hecho infinidad de arreglos. A estas alturas debo de haberme inventado la mitad. Tenía que incorporar más notas... Mi madre me la solía cantar. Murió cuando yo tenía catorce años. Así que...

Kilbarron, que estaba de pie al lado de la chimenea, frunció el ceño.

—Muy eficaz, en cualquier caso. Y tiene una bonita melodía. Eso es importante... porque le permite a uno hacer arreglos, como usted dice —abrió una caja de plata, sacó un purito y lo encendió—. ¿Sabe quién la compuso?

—Nadie lo sabe. Es una canción tradicional. Alguien le añadió palabras a la vieja tonada, y así se incorporó al repertorio popular. Yo me acordaba de la melodía, así que la cogí prestada e hice unos cuantos...

—En Irlanda tenemos canciones así —dijo Kilbarron—. Esas viejas canciones celtas se valen de los mismos trucos. Uno espera una resolución sobre la tónica, pero nunca llega. El acorde inesperado —repitió, y a continuación apuntó a Lika con el purito—. Pero a ti te hizo llorar. Asombroso. No tiene nada que ver con la inteligencia: pura emotividad. Ahí entran en juego los conductos lacrimales.

Brodie dio un paso hacia delante, cerró la tapa del piano y le dio una palmadita.

—Bueno, el piano ya está afinado. Ya iba siendo hora.

—Se lo agradezco mucho —dijo Kilbarron con aire distraído. Parecía estar pensando en otra cosa—. Cóbrelas a *père et fils* Channon.

Brodie entró en el taller y colgó el canotier en la percha que había al lado de su mesa. Se sonó la nariz por enésima vez ese día: tenía un resfriado que le estaba durando más de lo normal. Sí, un día soleado y caluroso, y él, acatarrado. Venía del almacén de Saint-Cloud, donde había ayudado a Karl-Heinz Nagel a escoger un piano. Nagel era el tercer virtuoso que firmaba un contrato con Channon desde la llegada de John Kilbarron. Ernst Sauter había sido el segundo (había cambiado de idea repentinamente). Kilbarron, luego Sauter y ahora Nagel. Había otros pianistas que también estaban interesados, pero el gran fichaje era Nagel. Luego vendrían los demás.

Nagel era un hombre bajito de cincuenta y pico años y con el pelo canoso. Encantador y reservado, parecía satisfecho con el piano que le había recomendado Brodie, y había insistido, como Kilbarron, en que el joven afinador le acompañase en las giras. Tenía grandes ambiciones: estaba pensando en tocar en varias ciudades alemanas y escandinavas en 1898, y, en el último año del siglo, dar una serie de conciertos en Berlín. Brodie había evitado comprometerse. Ahora todos los pianistas contratados por Channon querían que les afinara sus flamantes pianos, como si él fuese una especie de accesorio que acompañaba al instrumento: un taburete o un atril.

Brodie encendió un pitillo y sintió cómo su vida desaparecía bajo un alud de tareas. Organizar todos los conciertos y recitales ya era bastante trabajo para una persona; pero además tenía que encargarse del embalaje de los pianos, del transporte, de las gestiones administrativas y de la formación de los nuevos afinadores, con los que era muy exigente. No iba a dar abasto, pensó. Ainsley le había aumentado el salario mensual en cinco libras: le parecía poco, de hecho...

Dmitri llamó a la puerta.

—Ha venido alguien a verte —dijo.

Además de tocar el piano en el escaparate, Dmitri trabajaba ahora tres días

a la semana como encargado adjunto de la tienda. Brodie apagó el cigarrillo y se dirigió a la sala de muestras.

Lika Blum estaba examinando un Channon Phoenix con incrustaciones de carey. Llevaba el perrito atado con correa. ¿Cómo se llamaba? Brodie sintió un espasmo en el estómago, como siempre que la veía.

—Lika —dijo sonriendo con timidez—. Buenas tardes. Cuánto me alegro de verla. ¿En qué le puedo servir?

Ella se le acercó tirando del cachorro.

—Brodie... ¿Hay algún café o salón de té cerca de aquí? Debo pedirle consejo.

La Loge des Dames Légendaires era un pequeño salón de té a unos cincuenta metros de la tienda, en la esquina de la Avenue de l'Alma con la Rue Pierre Charron. En el establecimiento había vidrio por todas partes: paneles de vidrio ahumado, mesas metálicas con cubiertas de vidrio y una enorme araña de vidrio veneciano. El saloncito daba impresión de fragilidad: había que entrar con cuidado, pensó Brodie, que se sentía demasiado grande y torpe. Se servían más de cien tipos de té, además de tisanas e infusiones.

Brodie y Lika encontraron una mesa con vistas a la calle. Un niño iba correteando por la acera, dándole vueltas a un aro de metal con un palo que hacía un ruido molesto. Brodie corrió la cortina de muselina para que se oyera menos. Se sonó la nariz.

—Discúlpeme —dijo—. Estoy resfriado. Un té caliente me hará bien.

Los dos pidieron té —una infusión de pétalos de rosa para Lika y un Darjeeling con miel para Brodie— y un plato de pastelitos. Lika llevaba un traje gris marengo muy serio, con una falda ceñida que le llegaba a los botines, solapas de color verde botella y un gran número de botones plateados. Tenía un aire vagamente alemán, militar. Luego estaba el sombrero de paja, con una cinta a la que había atada una pluma verde. Lika se puso a hablar. A Brodie, como siempre, le pareció de una belleza subyugadora, casi insoportable. Estaba muy agitada, era evidente que le preocupaba algo. A él le alegraba y conmovía que quisiera pedirle consejo.

Llegaron los tés y los pastelitos. Ella se tomó un *éclair* de chocolate del tamaño de su dedo meñique; él dijo que no tenía apetito y se fue bebiendo a sorbos el té con miel, sintiendo cómo su dulce calor se le extendía por el pecho, aliviando la congestión. Sentado allí con Lika, empezó a sentir un bienestar insólito, y pareció olvidarse por completo de sí mismo como

persona con ciertas necesidades, funciones corporales y un trabajo absorbente. Le entraron ganas de quedarse para siempre con ella en ese salón de té.

—... porque creo que podrá usted ayudarme, Brodie —estaba diciendo Lika.

—Sí, pídamme cualquier cosa.

Ella le contó que iba a presentarse a una prueba para un oratorio en inglés, *El triunfo del tiempo y del desengaño*, de Händel. Aspiraba al papel de Desengaño.

—El papel es más bien para una *mezzosoprano*, pero John dice que lo puedo hacer fácilmente. De hecho, siempre estoy interpretando papeles de *mezzo*.

—Creo que no conozco esa ópera —dijo Brodie—. El *Mesías* sí, por supuesto, y también *El festín de Alejandro*. Pero esa que dice...

—He pensado que sería bueno cantarles algo en inglés. En la audición.

—Excelente idea.

—Así que he pensado en esa canción tradicional escocesa que suele tocar.

—Sí... Sí, puede que sea la idónea. Es muy corta y fácil de aprender.

—Exacto —dijo ella—. Mi inglés no es muy bueno —añadió en este idioma.

—Es una canción muy sencilla. No le costará nada.

—¿Conoce usted la letra?

—Sí, creo que me acuerdo. Son tres estrofas. Mi madre me la cantaba todo el tiempo.

—¿Me la podría escribir?

—No faltaba más.

—Podríamos ensayar juntos. Me la tengo que aprender muy bien.

Brodie dijo que sí a todo. Lika le propuso un día para el ensayo: el martes por la tarde.

—Allí estaré.

—¿Y la música? —preguntó ella—. ¿Le importaría transcribirla? Tendría que darle algo al acompañante.

—Sí, apuntaré algo, y lo repasaremos juntos.

—¡Ojalá les haga llorar, Brodie! ¿Lo comprende? Se trata de conmoverlos. Y no tendrán más remedio que darme el papel.

—¡Ajá! Muy astuta. Ya entiendo el plan.

Siguieron hablando. Lika se quejó de los continuos escollos a los que se enfrentaba en la profesión que había elegido, preguntándose si habría alguna

manera de disimular su estatura. Brodie la escuchaba con atención, y de vez en cuando hacía algún comentario. Mientras ella se lamentaba y gesticulaba, él la miraba a la cara fascinado. ¿Eran los labios o los ojos? Puede que su rostro cumpliera cierta ecuación: la distancia entre los ojos igual a la que separaba la nariz del labio superior. O puede que el secreto estuviese en el lugar exacto que ocupaban los labios entre la nariz y el mentón... ¿Cómo se explicaba esa seducción tan irresistible? Uno debía de ver miles de rostros femeninos cada mes. ¿Por qué se veían los ojos (el corazón, las entrañas) atraídos hacia uno en particular?

Era principios de verano, pero hacía más calor de lo normal, pensó Brodie, lamentando no haberse puesto un traje más ligero. Notó cómo sudaba, y temió que fuera a oler mal. En las calles de París flotaba el hedor de los excrementos de caballo que se descomponían bajo el sol ardiente. En todos los cruces había que esquivar una nube de moscas negras. Brodie pensó en el calor que estaría haciendo en todas las grandes ciudades europeas, con los cientos de miles de caballos defecando en la calle. Un océano de mierda. Así que fue un alivio para él cruzar la puerta del *hôtel* donde vivía Kilbarron y entrar en ese patio tan tranquilo. Mientras se dirigía a la puerta principal por el camino de grava, se cercioró de que llevaba la partitura.

Le abrió la puerta Lika, que ofrecía una imagen virginal vestida de algodón blanco y puntilla. Una blusa blanca y vaporosa, un chal de encaje, una falda amplia de franela color crema y el pelo recogido con un nudo flojo. Brodie apreció por primera vez lo que tenía de rusa.

—¡Qué calor! —dijo ella—. He hecho limonada.

Pasaron al salón. Estaban abiertas las puertas que daban al jardincillo, así que se oía el murmullo de la fuente con la estatua de Cupido. En una mesa redonda había una jarra de limonada y un plato con galletas. Lika llenó dos vasos, y Brodie le preguntó por John Kilbarron.

—Se ha ido a Dublín con Malachi. Tenía que atender un asunto familiar, algo de una casa. Vuelve la semana que viene. ¡Ah, sí! Los dos quieren hablar con usted de la nueva gira. Tienen muchos planes.

Brodie se puso a masticar una galleta para calmarse: de pronto, al oír esas palabras («Tienen muchos planes»), le había entrado miedo. No tenía idea de cómo iba a lidiar con John Kilbarron, ni mucho menos con su hermano, ese

tipo tan siniestro y desaprensivo. Céntrate en lo que tienes que hacer aquí y ahora, se dijo. Sacó un fajo de papeles. La letra y la música de la canción las había escrito en una única hoja de papel pautado. La sencillez de la melodía permitía tocarla de oído y con una sola mano, pero él había incorporado suficientes notas para que un pianista mínimamente competente hiciera un acompañamiento con la izquierda. Le dio la letra a Lika, que procedió a leerla despacio y con su fuerte acento ruso. A Brodie le resultó extraño y encantador escuchar cómo se entrecruzaban el folclore de su país y una cultura foránea.

«My Bonny Boy»

Adaptada por Brodie Moncur

*My bonny boy has gone tae sleep
He dreams of worlds he cannae know
I watch him and I want tae weep...
He has a journey far to go.*

*My bonny lad has gone tae sleep
Our bairns are sleeping too,
We live our lives and try to keep
Our bearings as we journey through.*

*My bonny man has gone tae sleep,
His journey o'er... he's heard the call.
Birth tae death is the shortest leap,
The grave is waiting for one and all. [\[5\]](#)*

Le explicó a Lika el significado de las palabras dialectales escocesas: *bonny*, *tae*, *canna*, *bairns*. De la tonada que solía cantarle su madre no guardaba más que un recuerdo vago, así que escribir la letra le había supuesto un esfuerzo de memoria. Algunos versos eran sin duda de su cosecha, y lo mismo cabía decir de la melodía. La transición melódica decisiva —el acorde inesperado, como lo llamaba Kilbarron— se producía entre el tercer y cuarto versos de cada estrofa. Ese momento era el que la hacía llorar.

—¿Lo intentamos? —dijo él.

Lika se puso a su lado, de pie y con una mano apoyada en el piano y la otra

sosteniendo la partitura. Brodie tocó la canción despacio, y ella fue cantando las tres estrofas con la misma lentitud. Tenía una voz muy suave y de una gran pureza, aunque sin ninguna proyección: apropiada para el salón de una casa, pero no para un auditorio de cierto tamaño. Él se preguntó si esos empresarios operísticos que se quejaban de su estatura no lo dirían por delicadeza.

Después de tres intentos parecía desanimada.

—Puede que no sea tan buena idea. Mi inglés es pésimo. Tengo un acento muy ruso y lo noto.

—Tonterías —dijo Brodie—. Solo debe practicar. Puede hacerlo conmigo. Estoy disponible cuando quiera.

Ella se sentó a su lado en el taburete e interpretó la melodía con la mano derecha.

—Sí, es este momento. Este cambio. Entre el verso tercero y el cuarto.

—¿Qué es lo que decía John? Uno espera una resolución...

—La tónica.

—Y entonces suena otro acorde. El acorde inesperado. Una novena en re bemol menor.

Entonces tocó re bemol mayor, seguido por un acorde de novena en re bemol menor.

—Eso es lo que la hace triste —dijo Lika—. Por eso me pongo a llorar.

—La canción cuenta una historia triste, si lo piensa. Triste pero verdadera, por desgracia.

—La vida es triste —susurró ella, pensativa—. Y complicada.

Brodie sintió un calor a su izquierda, muy cerca, donde Lika estaba sentada, como si ella ejerciese una especie de fuerza (eléctrica, magnética). Le recordó a esos rayos X sobre los que había leído algún artículo. Nunca la había tenido tan cerca, a excepción de aquella noche en que habían paseado por la orilla del lago de Ginebra, y ella le había cogido del brazo y él había sentido en el codo el calor de la palma de su mano.

—Quítese las gafas, Brodie.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Quiero ver qué aspecto tiene sin ellas.

Él la obedeció, y en ese instante notó un nudo en la garganta. Tragó saliva.

—La veo muy borrosa.

—Cierre los ojos.

Brodie los cerró. Entonces sintió cómo la cara de Lika tocaba la suya con

suavidad, como una mano colocada delicadamente sobre una mejilla. Un gesto suave, pero muy deliberado. El encuentro de dos rostros. La nariz de ella estaba a la izquierda de la suya, y los ojos tan cerca de los suyos que notaba cómo parpadeaba. Las barbillas estaban en contacto. Y también los labios.

Brodie se quedó paralizado, sin aliento. El contacto físico: no había mayor proximidad que esa. Una proximidad que encerraba infinidad de posibilidades. Y ese momento táctil tan gozoso parecía que fuera a durar para siempre.

Más tarde se preguntaría cuánto tiempo habían estado así, las caras juntas, los labios juntos. ¿Diez segundos? ¿Veinte? Oyó a Lika aspirar aire y expulsarlo despacio, tranquilamente. Sus labios carnosos seguían tocando los de Brodie con suavidad. Entonces ella los contrajo, y él respondió. La presión aumentó. Brodie respiró hondo y sintió cómo ella le exploraba con la punta de la lengua. Abrió la boca: el beso fue concebido y completado. Ella le rodeó el cuello con los brazos y él la cogió por la cintura con el brazo que tenía libre y la atrajo hacia sí.

Se separaron, y él se puso las gafas. Ahora veía con claridad a Lika, que estaba sonriendo. Sus preciosos labios relucían.

—¿Le ha gustado? —dijo ella.

—Sí, mucho.

—Es un invento mío. El beso Lika, lo llamo.

—Pues la verdad es que me parece un invento extraordinario. Eso creo, sí.

Ella le cogió la mano y se puso de pie.

—¿Subimos?

Brodie decidió volver a casa andando después de las tres horas que había pasado en la cama con Lika Blum. Mientras caminaba por el bulevar Saint-Germain empezó a oscurecer. Dobló una esquina para cruzar el Sena por el puente de Sully. Andaba sin pensar, como un autómatas, y con una leve sonrisa en la cara. Estaba exultante y asombrado por lo que acababa de ocurrir. Por fin, en mitad del puente, se paró para reflexionar. Miró río abajo, hacia Notre Dame, y luego hacia el Pont d'Austerlitz y el Jardin des Plantes.

Sin embargo, no era capaz de ver nada de París, solo imágenes de Lika. El cabello suelto, los rizos enmarañados. Los pechos pequeños pero pesados, y los pezones rosas casi invisibles. El cuerpo largo y ágil contorsionándose

debajo del suyo. La manera en que se había agarrado las rodillas y las había atraído hacia sí para que pudiera penetrarla mejor. Cómo se había levantado de la cama y había atravesado desnuda el dormitorio para buscar la pitillera y el encendedor de Brodie en su chaqueta, que estaba tirada en el suelo: de pie en medio de la habitación, con la cadera ladeada, se había debatido con el mechero (clic, clic, clic) hasta encenderlo.

Más tarde había bajado a coger la botella de vino, y los dos se habían puesto a fumar, beber y hablar hasta excitarse de nuevo. En el momento del orgasmo, ella le había mordido el hombro, no precisamente con delicadeza. Luego se habían quedado en la cama descansando, mientras el sol de la tarde se colaba por la rendija que había entre las cortinas, proyectando en la pared de al lado de la cama una barra dorada que iba girando poco a poco en sentido horario. Él no había hecho preguntas. ¿Dónde andaban los sirvientes? ¿Estaba todo planeado? ¿Hacía cuánto sabía que Kilbarron iba a estar fuera? Aférrate a esos momentos extraordinarios, se dijo mientras veía anochecer desde el puente que cruzaba el Sena. Atesóralos en la memoria. Era posible, pensó, que no fuera a vivirlos de nuevo.

10

—Lo que ocurre —le dijo Brodie a Malachi Kilbarron en el tono más persuasivo del que era capaz— es que es usted víctima de su propio éxito.

Estaban en el despacho de Thibault Dieulafoy, el contable de la empresa, que se había ido a Vichy a visitar a su anciana madre. Brodie se había sentado en la silla de Dieulafoy. La mesa estaba immaculada. Había tres abrecartas dispuestos en paralelo al borde, un rectángulo de papel secante blanquísimo colocado sobre un vade de cuero, varias plumas estilográficas con el plumín de acero y alineadas como soldados en un desfile, y un tintero vacío y reluciente. Brodie no se atrevía a tocar nada.

Malachi reflexionó sobre lo que acababa de decir Brodie y frunció el ceño. Entonces se levantó y se dirigió a los tres archivadores de madera que había pegados a la pared. Intentó abrir los cajones de arriba como con aire distraído, pero estaban cerrados con llave.

—¿Lo ve usted? —dijo con su voz áspera—. Lo que ocurre, amigo Brodie, es que no quiero ser víctima de mi éxito, sino beneficiario. ¿Para qué sirve el éxito si no? Así funciona el mundo: uno tiene éxito y se beneficia de ello.

—El problema es que está teniendo demasiado para nosotros —insistió Brodie. Se sentía débil—. Nosotros no nos lo podemos permitir.

—Pero ustedes también están teniendo éxito. Tanto éxito como nosotros. Han vendido cientos de pianos desde que empezó la gira en febrero. Doscientos veintitrés, para ser exactos.

—¿Cómo lo sabe?

—Da lo mismo, señor Moncur. Lo sé. Lo que quiero decirle es que nos gustaría seguir cosechando éxitos con ustedes. Otra gira: cuarenta conciertos, diez ciudades. ¿No comprende que saldremos todos ganando?

—Hay otro problema: como consecuencia directa de su éxito hemos firmado contratos con tres pianistas más. Los tres van a tocar pianos Channon y están pensando en hacer largas giras... y no nos piden unos honorarios tan

altos.

—¿Me está usted diciendo que a nosotros, los Kilbarron, los impulsores de este negocio tan lucrativo, se nos debería penalizar por haberle hecho ganar tanto dinero a la empresa?

—Una empresa no puede cargar con esos costes.

—Les puedo demandar.

Brodie cerró los ojos un instante. La entrevista estaba yendo tan mal como había temido. A Malachi le notaba cada vez más hostil.

—Esto es un negocio, señor Kilbarron —dijo—. Tenemos un contrato. Le sugiero que lo lea con detenimiento. Hay una cláusula que dice que se puede renegociar todo al cabo de seis meses. Estamos en nuestro derecho. Un pleito sería inútil y costoso, y al final saldrían perdiendo usted y su hermano.

Malachi se volvió a sentar delante de él, cogió distraídamente uno de los abrecartas de monsieur Dieulafoy y se puso a toquetearlo mientras reflexionaba. Es capaz de clavármelo, pensó Brodie.

—No tenemos ningún inconveniente en renovar el contrato seis meses más, pero sin cambiar nada. Esa es la mejor oferta que puedo hacerle —dijo Brodie.

—Me parece inaceptable.

—En tal caso...

—¿Qué me quiere decir? —preguntó Malachi en voz baja.

—Si la rechaza, rescindiremos el contrato. Les hemos pagado todo lo que les debíamos, y hemos sido generosos. Se pueden quedar con el piano. Es gratis.

—Cabrón escocés hijo de puta.

—No hace falta hablar así, señor Kilbarron.

—Después de todo lo que hemos hecho por ustedes.

—Era un acuerdo comercial, no un favor.

—Mire, Moncur. Ha viajado usted con nosotros durante semanas, meses. Éramos todos un equipo. Contábamos con usted. Ha visto lo que dice la prensa, los elogios. La marca Channon se ha hecho famosa en toda Europa gracias a nosotros.

—Comprenderá que, en última instancia, no es decisión mía —dijo Brodie.

De pronto le entraron ganas de defecar. La situación se le estaba yendo de las manos.

Malachi dejó el abrecartas.

—Se arrepentirán de esto, usted y los putos usureros escoceses.

—Acepte el contrato, señor Kilbarron —dijo Brodie en tono casi suplicante—. Seguirán colaborando con nosotros seis meses más. Las condiciones son muy generosas. Ganarán ustedes mucho dinero.

—Cuando las ranas críen pelo —respondió Malachi.

Entonces le escupió. El gargajo dio en la solapa izquierda de su chaqueta y se quedó pegado allí, como una pequeña insignia. Sin mediar palabra, Malachi Kilbarron se marchó.

Brodie arrancó un trozo del papel secante de monsieur Dieulafoy y se limpió la solapa. Estaba agobiado, tembloroso, casi con ganas de llorar.

Se abrió la puerta trasera del despacho y apareció Calder Channon.

—¿Cómo ha ido la cosa? —preguntó—. ¿Se ha marchado ya de la tienda?

Brodie estaba en el taller, sentado en el pequeño cubículo acristalado que le servía de despacho. Tenía la luz eléctrica apagada (se agradecía la penumbra) y estaba fumándose un cigarrillo Margarita e intentando calmarse. Posiblemente aquella había sido la media hora más desagradable de su vida. Brodie sintió cómo su indignación iba en aumento. ¿Por qué no se había encargado Calder de hablar con Kilbarron? Él era el puñetero gerente, y el contrato lo había firmado su padre, no Brodie, que al parecer se había convertido en el chivo expiatorio de la empresa.

También tenía otras preocupaciones rondándole la cabeza, preocupaciones de índole personal. Cayó en la cuenta de que quizá su ruptura con los hermanos Kilbarron le hiciera imposible volver a ver a Lika. No había sabido nada de ella desde aquella tarde inolvidable... Golpeó el pitillo contra el cenicero. Quizá debía escribirle. Se esforzó por visualizarla, por recordar con detalle los momentos íntimos del encuentro, por recordarlo todo, lo que se habían dicho y lo que habían hecho, su cuerpo desnudo. Sí, le escribiría para explicarle lo ocurrido y aclararle que no era culpa suya. Dio una calada al cigarrillo y se puso a toser violentamente. El catarro no se le había pasado del todo. Cogió la pluma.

Fue una sensación de ahogo, según recordaría más tarde. La garganta se le llenó de fluido, luego la boca. Separó los labios y notó cómo lo expulsaba a borbotones. Pero no era vómito, sino sangre oscura, una catarata de sangre que salpicó la mesa y hasta los libros que había en un extremo, pegados a la pared,

como un rompeolas contra el que se estrellara ese torrente sanguíneo.

Se levantó y se echó hacia atrás. La sangre le chorreaba por la barbilla hasta el suelo. Vio que en la mesa iba formándose poco a poco un charco desde cuyos bordes goteaba la sangre. Brodie se tambaleó, y al desplomarse sintió una nueva oleada en la boca: esta vez, la sangre empapó la tarima y un trozo de alfombra. Una cascada violenta, incontrolable. Se encontraba ahora a gatas, escupiendo. En la boca notaba el sabor de la sangre: tenía un gusto entre salado y metálico. Cálmate, se dijo. Debía de ser una úlcera, algo que había comido y que estaba envenenándole las tripas, pudriéndolas. Escupió otra vez.

Maldita sea... Tuvo la sensación de que aquello ya se le había pasado, ese acceso, ese ataque. Se levantó a duras penas, apoyándose en el respaldo de su silla. Cuánta sangre. Estaba jadeando, como si hubiese hecho un kilómetro corriendo, y notó cómo sudaba. Tenía la cara y las axilas empapadas. Dios santo, ¿qué le estaba pasando? Se dirigió a una cesta de mimbre donde se tiraban los trozos de algodón sobrante, cogió unos cuantos e intentó quitar esos espantosos charcos de sangre reluciente que estaban cuajando en la mesa y en el suelo. Estaba aturdido y horrorizado. ¿Y si le volvía a ocurrir? Tenía que ir al médico y tomarse un día o dos de descanso. Había estado trabajando demasiado —como un perro, como un esclavo—, y la decisión de rescindir el contrato con los Kilbarron le estaba creando una tensión enorme. No era justo.

11

El doctor Maisonfort consultó las pocas páginas del historial de Brodie con el ceño fruncido. Era un hombrecillo calvo y llevaba quevedos.

—Está claro. Lamento comunicarle que ha contraído la tuberculosis.

Brodie estaba en pijama y bata sentado en una silla enfrente del médico, al otro lado de su mesa. De pronto tuvo la sensación de encogerse, como si de repente se hubiese convertido en una persona más pequeña.

—¿Voy a morir?

El doctor Maisonfort se rio con aire despreocupado.

—Morir vamos a morir todos, monsieur Moncur. Lo que no sabemos es dónde ni cuándo ni cómo. Tiene usted un francés excelente, por cierto. Lo habla con un acento encantador.

—Gracias. Se lo preguntaré de otra manera: ¿voy a morir pronto?

—No, en absoluto. No, no, no. Existen multitud de tratamientos.

Brodie sintió cómo recobraba su tamaño normal. Relajó el esfínter, soltando una ventosidad silenciosa.

—Me llevé un susto terrible —dijo—. No sabe cuánta sangre eché. Parecía una fuente.

—Sí, lo llamamos hemoptisis. Puede causar una gran impresión.

El doctor Maisonfort se lo fue explicando todo, aunque a Brodie le asaltaba de vez en cuando la sospecha de que no estaba totalmente seguro de haber acertado con el diagnóstico.

—Tiene usted un tubérculo en el pulmón, quizá varios. Es como un pequeño absceso que va creciendo poco a poco, llenándose de células necróticas.

—¿Y eso qué es?

—Células muertas. El término exacto es necrosis caseosa. Van poco a poco...

—¿Caseosa?

—Como «queso», digamos. El tejido muerto se asemeja, en efecto, a un

trozo de requesón que se deshace. El cáseum alcanza la rama de la arteria y la va consumiendo. Entonces se produce una hemorragia como la que usted ha sufrido.

—¿Dice usted que tengo un tubérculo?

—Puede que tenga varios, de hecho.

—¿De verdad?

—Creo que sí. En fin, le decía que el cáseum va destruyendo de manera paulatina el tejido pulmonar. Se reduce la capacidad pulmonar. Por eso la enfermedad a veces recibe el nombre de «consunción».

—¿Por qué tanta sangre?

—El tubérculo se ha extendido hasta alcanzar una rama de la arteria pulmonar... o una vena. Entonces se rompe y sobreviene la hemorragia: la sangre llena la cavidad y tiene que salir forzosamente, rebosar, por decirlo así. Puede ser muy desagradable. Depende del tamaño de la vena o la rama, del aneurisma que se haya formado, y también de la presión sanguínea, por supuesto. Hay motivos para suponer que la rotura viene producida por un súbito aumento de la presión.

Brodie se acordó de su entrevista con Malachi. La tensión; la presión sanguínea.

—¿Cuál es la causa? De la tuberculosis, quiero decir.

—Hay nuevas teorías al respecto. Creemos que es una bacteria, un microbio que se aloja en los pulmones o en otras partes del cuerpo, como los intestinos, la columna o el cerebro. En su caso han sido los pulmones, y creo que eso es bueno.

Brodie le escuchaba distraído. Tenía veintisiete años y, a pesar del susto que se había llevado con la hemorragia, ya no debía preocuparse más: le había bastado con oír la respuesta del médico —«No, en absoluto»— a la pregunta clave. La tuberculosis era un revés, una contrariedad, pero él estaba tranquilo; era cuestión de tiempo, se tomaría la medicación indicada y seguro que se volvería a sentir como siempre.

Un camillero le condujo de vuelta a su habitación. Brodie estaba ingresado en la Maison Municipale de Santé, un hospital del tercer *arrondissement*, en la Rue du Faubourg Saint-Denis. Habían pasado diez días desde el incidente. Fue Dmitri quien le encontró inconsciente en el suelo de su despacho, que tenía sangre por todas partes. Luego le habían llevado al hospital en un carruaje. Los días siguientes había tenido fiebre y se había sentido muy débil. El médico

le había prohibido terminantemente levantarse de la cama: el orinal y la escupidera le evitaban ir al cuarto de baño. Llevaba una dieta a base de lácteos: le servían una especie de papilla o un pescado guisado en leche, y luego un pudín o una gelatina de leche o una crema de maicena. Ya iba teniendo ganas de comer carne, lo que le parecía buena señal.

Había tenido muchas visitas. No había faltado ninguno de los pianistas que trabajaban para él en la tienda —Dmitri iba al hospital todos los días—, y hasta Calder había estado en su habitación, aunque solo diez minutos, y además se había preocupado mucho de que supiera que había tenido que contratar a una empresa de limpieza para que quitara las manchas de sangre del suelo del despacho. Mientras esperaba las visitas, Brodie se dedicaba a leer la prensa: así se había enterado de las últimas noticias sobre el caso Dreyfus, de los festejos que se estaban preparando para celebrar el sexagésimo aniversario de la subida al trono de la reina Victoria y de la crisis económica a la que se enfrentaba el presidente McKinley. También había leído la crítica de una novela escandalosa que acababa de publicarse y que se titulaba *Drácula*. Por lo demás, dormía mucho, se tomaba sus tres comidas diarias y escribía cartas. Al cabo de una semana se distanciaron las visitas, aunque Benoît, el recadero de la tienda, pasaba todos los días por el hospital para saber si necesitaba algo. Dmitri parecía tener bien organizadas todas las giras que estaban a punto de comenzar. Cuando empezó a sentirse mejor, más fuerte, Brodie se puso a pensar en Lika.

Un día le escribió una nota contándole que estaba en el hospital y le pidió a Benoît que se la entregase, insistiendo en que se apostara delante del *hôtel* de Saint-Germain y esperara a que estuviera sola para dársela. Le hizo repetir las instrucciones varias veces: «No soy tonto, señor», protestó Benoît. Brodie quería evitar a toda costa que nadie interceptara la carta. Al día siguiente, el muchacho le comunicó que había cumplido el encargo y que, en el momento de recibir la nota, *mademoiselle* no tenía más compañía que la de un cachorrito. Brodie se relajó un poco: por lo menos Lika sabía dónde estaba y lo que le había ocurrido. Soñó con que ella le visitaba. Se la imaginó deslizando la mano debajo de la sábana y...

Sin embargo, tres días después de que Benoît entregara la carta, y para gran sorpresa de Brodie, John Kilbarron se presentó en su habitación. El maestro llamó a la puerta y entró, y un segundo después apareció Lika, haciendo gestos ininteligibles detrás de él.

Los dos desdoblaron unas sillas de madera plegables y se sentaron al lado de la cama. Brodie se abrochó el primer botón de la chaqueta del pijama.

—En fin, ¿se puede saber qué diablos le ocurre? —preguntó Kilbarron en tono jovial.

—Creen que es una úlcera, algún tipo de lesión —mintió Brodie.

No sabía por qué, pero prefería no decirle el verdadero diagnóstico a Kilbarron. A Lika ya se lo contaría en el momento indicado.

—¿Ha escupido sangre?

—Sí, mucha. Ha sido muy desagradable.

Miró a Lika, y en ese instante oyó una especie de lamento interior. Era doloroso verla allí, en su habitación, con Kilbarron. No pudo evitar acordarse de la última vez que había estado a solas con ella.

—Se habrá enterado de que hemos roto con Channon —dijo Kilbarron—. No queremos saber nada de esa empresa tan tacaña en la que usted trabaja.

—No lo sabía —respondió Brodie—. Lo lamento. Pensaba que teníamos muy buena...

—Estamos negociando con Pate y Bösendorfer para la próxima gira.

—Como le dije a su hermano...

—Me ha pedido que le transmita sus mejores deseos —Kilbarron se inclinó hacia delante, como si le estuviera contando algo confidencial—. No tenemos nada contra usted, muchacho. Con nosotros siempre ha sido cabal.

—Gracias.

—Puede que siga requiriendo sus servicios... a título personal. ¿Puede usted afinar un Pate o un Bösendorfer, como hacía con el Channon?

—Naturalmente. Sé afinar cualquier piano.

—Es una facultad poco común. Es usted afortunado. ¿Se puede fumar aquí?

—Sí. Coja uno de los míos.

Kilbarron sacó la pitillera de Brodie de la mesita que había al lado de la cama y encendió un cigarrillo. Mientras tanto, Brodie y Lika se cruzaban multitud de mensajes con la mirada. De pronto, ella contrajo los labios y le lanzó un beso. Brodie pensó que iba a desmayarse.

Kilbarron echó el humo hacia el techo.

—Ya conoce todas mis manías. Le agradecería que siguiese sin contárselas a nadie. ¿Lo comprende? No les diga nada a los Channon; no hay necesidad de que esos capullos se enteren.

—Lo comprendo, señor Kilbarron. Haré todo lo que esté en mi mano para

ayudarle.

Kilbarron se puso de pie y le dio una palmada en el hombro.

—Haga el favor de mejorarse rápido.

Lika dio un paso al frente y le tendió la mano a Brodie.

—Me alegra mucho ver que se está restableciendo, señor Moncur.

—Gracias, señorita Blum.

Brodie se guardó a toda prisa debajo de la sábana la nota que Lika le había deslizado en la mano. Kilbarron se marchó, y ella, que iba detrás, se dio la vuelta antes de salir de la habitación y sonrió. Ya estaban conspirando de nuevo.

Querido Brodie:

No paro de pensar en ti. Si deseas escribirme tienes que tener mucho cuidado. Te ruego que no envíes más notas a la casa de Saint-Germain: pon como dirección Poste Restante, París VI. Nos veremos pronto.

Con todo mi afecto,

Lika Blum

Brodie se recostó sobre la pila de almohadas. Estaba llorando. De alegría, pensó. Estaba enamorado, y ella le correspondía. ¿Puede que con eso fuera suficiente? Tal vez esa fuera la dicha más grande a la que podía uno aspirar en la vida. Le bastaba con saber que Lika estaba en este mundo, que pensaba en él con cariño y deseaba verle... Dobló la nota con cuidado y la guardó entre las páginas del ejemplar de *Poemas y baladas*, de Algernon Swinburne, que le había regalado lady Dalcastle.

El doctor Maisonfort miró al paciente a través de los quevedos. Brodie, que se había puesto traje y corbata, estaba de pie en medio de la sala. El médico se levantó de la silla y dio dos vueltas a su alrededor.

—¿Sabe que ha adelgazado más de cuatro kilos? Está usted muy flaco.

—No me siento demasiado mal.

—Ahí está el peligro. Como no se siente «demasiado mal», cree que puede volver a vivir como antes, retomar sus viejas costumbres. No, de ninguna manera: con tuberculosis no se lo puede permitir. Le aconsejo como mínimo seis meses de convalecencia. Como mínimo. Usted es joven y fuerte. Si

tuviese cuarenta y pico años le diría que un año o más.

—Entiendo.

—Reanudar su vida normal después de haber sufrido una hemorragia así sería muy, muy peligroso. Sería suicida.

—Quizá podría trabajar una hora o dos al día... hasta que recupere fuerzas.

—Sería una catástrofe.

El doctor Maisonfort se sentó y se puso a escribir.

—He hablado con su jefe y lo comprende perfectamente.

—¿De verdad?

—Le dará permiso para ausentarse una temporada. Será una baja no remunerada, claro.

—Claro.

Le dio a Brodie una hoja de papel donde había anotado una dirección de Niza (Alpes Marítimos).

—Allí mando a todos mis enfermos de tuberculosis. Es un espacio estupendo, un balneario. Llevan una dieta correcta, están bajo supervisión médica y se controlan sus avances. Todas las semanas recibo un informe —el doctor Maisonfort sonrió y se quitó los quevedos—. Puede considerarlas unas vacaciones forzosas, un descanso obligatorio. Allí comerá, descansará y no tendrá que hacer nada. Hace buen tiempo, y el balneario está al lado del Mediterráneo. Le aseguro que dentro de unos seis meses tendrá la sensación de haber superado todo esto.

—Supongo que la estancia no es gratis.

—Su jefe se ha ofrecido a sufragar la mitad de los gastos. ¿Puede usted cubrir la otra mitad?

—Creo que sí —dijo Brodie, optimista.

—Entonces le deseo un buen viaje —dijo el médico—. ¿Ha estado alguna vez en Niza?

—No, pero sé la fama que tiene.

—Es una ciudad con mucho encanto. Falta poco para que empiece la temporada alta, pero tendrá usted tranquilidad. Hay muchos inválidos, y también ingleses. Venga a verme en primavera.

Calder Channon parecía aún más hosco que de costumbre. Brodie estaba sentado enfrente de él, al otro lado de su gigantesca mesa, aguardando con

paciencia. A Calder le costó encender su pequeña pipa, pero finalmente lo logró y se arrellanó en la butaca. El humazo le salió por la nariz, se quedó momentáneamente atrapado en su tupido bigote y luego se alejó, impulsado por una bocanada enérgica. A Brodie le dio bastante asco: fumar en pipa no le atraía nada.

—Debo decirte que no fue idea mía —dijo Calder.

—No me sorprende.

—Fue idea de mi padre. Parece tener debilidad por ti, no sé por qué.

—En cualquier caso, se lo agradezco.

—No te pagaremos el sueldo hasta que vuelvas.

—Por supuesto. Me parece totalmente razonable —Brodie mantenía una leve sonrisa en los labios, pero no cesaba de maldecir en silencio a Calder por su falta de humanidad. Qué pedazo de mierda horrible, feo, gordo y vanidoso, qué gordo cabrón puto cabrón gordo hijo de puta—. Os estoy muy agradecido por todo —dijo sin perder la sonrisa—. Tengo ahorros, por suerte.

—Nos dejás en una situación delicada. Sauter empieza la gira dentro de una semana y Julius, dentro de un mes.

—Dmitri lo tiene todo controlado. Capacidad no le falta. Además, tenemos seis afinadores. En caso de emergencia, me puede escribir o poner un telegrama. Voy a estar en el mismo país, no en Tombuctú.

—No me lo tienes que decir con retintín.

—Estoy hablando en el mismo tono que tú. No hay retintín que valga.

Calder se quedó mudo. Dejó la pipa en el cenicero grande de cristal que tenía en la mesa y reflexionó unos instantes.

—¿Has visto a los Kilbarron últimamente?

—John Kilbarron me visitó en el hospital. Estuvo cinco minutos.

—Tuve un encuentro muy desagradable con Malachi Kilbarron. En un momento dado pensé en llamar a la policía.

—Es un tipo violento, creo.

—Estaba empeñado en que le pagáramos a su hermano doscientas guineas por concierto. Le mandé al diablo.

—Por lo visto, han llegado a un acuerdo con Pate.

—Pues que les vaya bien. Y a la empresa también. En cualquier caso, ya no necesitamos a John Kilbarron. Que le parta un rayo.

Pensión Deladier
Rue Dante, 73
Niza (Alpes Marítimos)
Francia

19 de febrero de 1898

Querida lady Dalcastle:

Llevo aquí unos cuantos meses, y ya conozco la ciudad tan bien que me siento un poco nizardo. Ayer fui a un *marché aux cochons* que se organizaba en un pueblo que hay al norte de Niza, me apetecía cambiar de aires. Al cabo de unas semanas, el sol y el horizonte le empiezan a estimular a uno cada vez menos.

El contraste con la ciudad no podía ser más fuerte. En la placita había heno esparcido por todas partes; los cerdos se recostaban y gruñían, y los campesinos, con sus trajes negros, iban de aquí para allá, mirando el género. Esos animales son mucho más grandes de lo que imagina uno, y había más de doscientos, todos limpios y rozagantes, sin una mancha de barro. Entre los campesinos (hombres y mujeres) que vendían sus cerdos había muchos que iban descalzos, y unos cuantos llevaban pesados zuecos de madera. Todos hablaban un dialecto que yo no entendía, y eso que ya tengo muy buen francés. El caso es que tuve la sensación de haber viajado en el tiempo hasta mediados de siglo, o incluso más atrás. Después de mi pequeña aventura fue un alivio coger la diligencia de vuelta a Niza, una ciudad pequeña y agradable de casi cien mil habitantes, y con todas las comodidades de la vida moderna: hoteles y casinos estupendos, museos, salas de baños y tranvías. Además, en temporada alta se llena de extranjeros refinados. En la Promenade des Anglais, frente a la ancha Baie

des Anges, se ven multitud de turistas ricos y elegantísimos. Al parecer, la ciudad se queda desierta en los meses estivales. Lo único decepcionante que tiene es la «playa»: así llaman a unos pocos metros de terreno con guijarros y sin apenas arena.

Llevo una vida tranquila, aunque no faltan distracciones. He hecho amistad con unos cuantos huéspedes de la pensión. Todos tenemos alguna enfermedad, lo que hace las conversaciones algo deprimentes, porque enseguida nos ponemos a hablar de los síntomas. Salgo de la pensión después del desayuno y me voy a pasear por la Promenade des Anglais, y hasta la hora de comer me dedico a leer el periódico y mirar el Mediterráneo y a la gente que pasa. Por la tarde me echo una siesta y doy otro paseo para hacer tiempo hasta la cena (que se sirve a las seis en punto). Luego leo un rato más en el salón de la pensión, una estancia cómoda y bien iluminada, y me acuesto temprano. Tengo la sensación de haber pasado años durmiendo, pero esta vida me está haciendo bien: me siento mejor, más fuerte, y he recuperado casi todo el peso que había perdido. Dentro de un mes o así volveré a París y a la vida normal, aunque mi puesta en libertad depende del doctor Maisonfort: se nos ha condenado a una especie de reclusión benigna. Le escribiré en cuanto regrese.

Le envío mis mejores y más sinceros deseos y un saludo afectuoso,
Brodie Moncur

La pensión Deladier era ideal para Brodie: le gustaban la ubicación del establecimiento, la comida, el servicio y su espacioso cuarto. Los otros huéspedes eran discretos —al fin y al cabo, estaban allí para recuperarse de sus enfermedades—, a excepción de cierto caballero inglés. La pensión solía estar llena de franceses inválidos —tísicos en su mayoría—, pero monsieur Deladier había optado por poner anuncios en periódicos ingleses como *Illustrated London News*, *Athenaeum* y *Bart's Weekly*: se trataba de aprovechar el amor de los ingleses por Niza y la Costa Azul. Parecía, sin embargo, que quisiera fastidiar a Brodie, porque la publicidad había atraído a la pensión a un tipo que se llamaba Cuthbert Leache y que, como era de esperar, buscaba hacer amistad con el otro anglófono. Leache —antiguo topógrafo del cuerpo de ingenieros del ejército— también padecía tuberculosis. Tenía cuarenta y pico años, y al parecer se ganaba la vida alquilando una serie de fincas que poseía su familia en Londres, Birmingham y Cornualles. «No soy arrendador —

insistía—. Me limito a administrar las propiedades que he heredado. ¿Qué otra cosa voy a hacer?». No parecía enfermo: tenía la cara cuadrada, la nariz grande y el cuello fuerte, como de toro. Se peinaba con raya al medio el pelo canoso y rizado. Siempre andaba tocándoselo suavemente con la punta de los dedos, como si llevara tupé y se le hubiera movido. La otra manía que tenía era la de deletrear su apellido cuando le presentaban a alguien: «¿Cómo está usted? Me llamo Cuthbert Leache. L, E, A, C, H, E. Encantado de conocerle». Parecía como si quisiera aclarar enseguida que la familia Leache no tenía nada que ver con cierto parásito cuyo nombre se pronunciaba igual. [6]

Brodie se esforzó por rehuirle, pero al cabo de unas semanas se hizo inevitable que se trataran. Cuando estaba en el salón, leyendo tranquilamente el último número de *Hearth and Home* o *Savoy*, solía oír una tos educada: era Leache. «¿Me puedo sentar con usted, amigo?», decía.

Así era una conversación típica:

—¿Ha estado alguna vez en Mánchester, Moncur?

—No.

—Yo viajo allí muy a menudo, y siempre me hospedo en el mismo hotel. El encargado es un tipo fascinante. Se llama Jack... No, James. Bueno, se hace llamar Jimmie. No, espere, puede que sea Johnnie... Llamémosle James. El caso es que James, un tipo extraordinario, como le digo, me contó una anécdota sobre un viaje que había hecho a Stoke-on-Trent. No, a Stoke no, creo que fue a Macclesfield. En fin, no recuerdo bien qué sitio era, pero él estaba allí por un asunto de negocios, y antes de volver a Mánchester se compró una... ¿Cómo se llaman esas cosas? Ah, ya me acuerdo: adonde viajó fue a Stockport. El caso es que quería comer algo y se compró... No era un sándwich, ni tampoco una empanada. Bueno, sí, una empanada, pero doblada y con forma de media luna. Como las que se hacen en Cornualles. ¿Cómo las llaman? Cornualles es un sitio precioso, por cierto. En fin, resumiendo: el tipo se compró algo para comer en el viaje de vuelta. Decidió ir en tren, pero al consultar el horario se dio cuenta de que le salía más barato hacer transbordo en... ¿Cómo se llama ese sitio que está entre Mánchester y Stockport y donde fabrican unos objetos de cerámica? ¿Doncaster? No, Derby. ¿Sería Derby entonces? En cualquier caso, el viaje duró el doble de lo previsto, pero le costó la mitad. ¿Se lo puede creer? ¿No le parece asombroso? Un tipo interesantísimo, James. Tiene miles de historias así. A usted le caería bien, Moncur.

A raíz de estos encuentros, Brodie empezó a evitar el salón después del desayuno y del almuerzo, y llegó a dar propina a los empleados para que le avisaran cuando monsieur Leache estuviese cerca, otorgándole así tiempo para escaparse a su habitación. Por las mañanas se iba a la Promenade des Anglais con su libro o el periódico, se sentaba en un banco frente al Mediterráneo y se ponía a leer sin que nadie le molestara, interrumpiendo de vez en cuando la lectura para observar a las multitudes que pasaban. Niza estaba muy concurrida en esa época del año (entre los meses de octubre y marzo), así que siempre se veía a gente curiosa paseando por la Promenade: hombres mayores con mujeres jóvenes; mujeres mayores con hombres jóvenes; ancianos y ancianas con un pie en la tumba y acompañados por sus criados, que solían llevar turbante o fez y se encargaban de empujar la silla de ruedas. Y no faltaban los regatistas, con sus gorros y abrigos típicos, y que andaban buscando una aventura amorosa; ni tampoco esas damas tan arregladas que los acechaban. Brodie se dio cuenta de que allí, en la Promenade des Anglais, se podía observar la desconcertante diversidad del mundo. Qué contento estaba de haberse librado de Cuthbert Leache.

Al cabo de una semana, más o menos, empezó a fijarse en un hombre que se enfrascaba en la lectura de la prensa y las revistas y solía sentarse en un banco a pocos metros del suyo. Es curioso, pensó: en la Promenade había cientos de bancos libres, pero a uno le daba por sentarse siempre en el mismo. Las pocas veces que había encontrado «su» banco ocupado, Brodie se había sentido ofendido.

Esas mañanas tan tranquilas —en que brillaba un sol tibio y las débiles olas, al llegar a la orilla, iban revolviendo los guijarros que cubrían la estrecha playa—, Brodie y el desconocido coincidían tan a menudo en el paseo marítimo que al cabo de un tiempo empezaron a saludarse con una sonrisa o una leve inclinación de la cabeza, o tocando con un dedo el ala de sus sombreros: gestos casi imperceptibles. Sí, aquí estamos otra vez los dos —parecían decirse—, pero cada uno respeta mucho la privacidad del otro, así que nunca pasaremos de este pequeño saludo formal. Brodie comprendía y estaba plenamente conforme con esta regla tácita, y el desconocido también. Ojalá el insufrible Leache fuese igual de discreto, pensó.

Un día de marzo el tipo dejó de pronto el periódico en el banco y el sombrero encima del periódico, y (con paso bastante enérgico) bajó por las escaleras de hormigón que llevaban a la playa. Brodie no le veía bien, pero

tuvo la impresión de que había reconocido a alguien y se había acercado a saludarle.

De repente, sopló una ráfaga de viento que derribó el sombrero del banco, y el periódico salió volando. Brodie corrió a recoger las hojas antes de que se escaparan; las juntó y las dobló. Entonces se fijó en que el periódico era ruso. También recuperó el sombrero (era de fieltro y color gris perla), que había empezado a rodar por el paseo. Se dirigió al banco, y estaba a punto de dejar ambas cosas discretamente cuando volvió el desconocido de la playa.

—Discúlpeme —dijo Brodie en francés—, el viento se ha llevado su sombrero y el periódico. Los he recuperado justo a tiempo.

—Cuánto se lo agradezco —respondió el hombre.

Hablaba francés con un acento ruso mucho más fuerte que el de Lika. Era mayor que Brodie —treinta y muchos años, pensó, o quizá cuarenta y pocos—, bastante alto y delgado, con barba poblada y puntiaguda, e iba bien vestido: traje oscuro con chaqueta larga y cuello almidonado. Cogió el sombrero y el periódico y le preguntó a Brodie si le podía invitar a un café como recompensa por haber recuperado sus cosas.

Los dos cruzaron la Promenade en dirección al Hôtel West-End, que tenía un café amplio y acristalado en la parte delantera. Encontraron una mesa libre y pidieron café con leche caliente. Brodie se presentó, y luego lo hizo el ruso, que tenía, sin embargo, un acento tan fuerte que Brodie no entendió bien el nombre. También le debió de decir el patronímico, pero Brodie no oyó más que un montón de sílabas revueltas. El nombre era similar a Archibald, aunque resultaba obvio que no se llamaba así.

Les sirvieron el café, y ambos añadieron leche y azúcar.

—¿Está usted de vacaciones? —preguntó el ruso en un francés algo vacilante.

—Me estoy restableciendo de una enfermedad. El doctor insistió en que guardara reposo durante seis meses como mínimo, y en un sitio cálido.

—Yo igual. ¿Le puedo preguntar qué enfermedad es?

—Tuberculosis.

—La misma que tengo yo —dijo el ruso con una sonrisa triste—. ¿Y le puedo preguntar qué edad tiene?

—Veintisiete.

—¿Cuántas hemorragias?

—Una sola, pero muy grave.

—Yo sufrí la primera con veintitrés años, y ahora tengo treinta y ocho. Tiene usted una larga vida por delante —el ruso le miró con ojos de miope—. ¿A qué se dedica?

—Soy afinador de pianos.

La palabra francesa, *accordeur*, era bastante rara, así que se lo tuvo que explicar.

—Fascinante —dijo el ruso—. Estoy seguro de que tendrá muchas historias interesantes que contar.

—Oh, sí, sin duda. ¿Y usted? ¿A qué se dedica?

—Soy médico —contestó el ruso—. Y ahora el médico está enfermo. ¿Dónde se hospeda?

—En la pensión Deladier.

—Tengo entendido que está muy bien. Yo me alojo en la pensión Russe, claro. Está llena de rusos, enfermos rusos, gente muy molesta.

Siguieron hablando de la enfermedad que tenían los dos, y el médico mencionó un tratamiento ideado en Rusia. Se trataba de alimentarse a base de *kumis*, es decir, leche de yegua fermentada. Él la había probado una vez y conocía su efecto.

—Parece leche, pero sabe un poco rara. La ventaja que tiene es que engorda mucho, por lo visto. Y al ganar peso se siente uno mejor, claro. Parece que funciona: ¿cómo me voy a morir si estoy engordando?, piensa uno —se encogió de hombros—. Todos nos morimos antes o después; ¿quién sabe cuándo le va a tocar?

—Eso es justamente lo que me dijo el médico en París.

—Así que vive en París. Un inglés en París.

—Soy escocés.

—Un escocés. Me gustaría viajar a Escocia algún día, pero dudo que lo consiga.

Hablaron un poco de París (el médico había estado una vez), y a Brodie se le ocurrió entonces una idea.

—¿Sería tan amable de escribirme algo en ruso? —le pidió al médico, que se sacó del bolsillo una estilográfica y una libreta pequeña y arrancó una hoja—. Es un tanto personal, pero ¿podría escribir «La echo de menos y la amo»?

El médico escribió la frase y le pasó la hoja.

—Tengo muy mala letra, pero se lo he escrito lo más claro que he podido.

Brodie se quedó mirando esos caracteres tan raros: « Скучаю по тебе

ПЮБПЮ ТЕБЯ ».

—No soy detective —dijo el médico—, pero me imagino que el mensaje no es para su abuela.

—No... Yo... —después de pensarlo un instante, Brodie se le confió—: Me he enamorado de una joven rusa, una cantante de ópera.

—¡Dios santo! ¡Actriz! ¡Y para colmo rusa! Guárdese de las actrices rusas, se lo ruego.

—Pero esto es distinto. Estoy muy enamorado de ella.

—Sí, claro que es distinto. Yo siempre me decía lo mismo: «Pero esta vez es distinto». Por lo menos con las diez primeras actrices que conocí... Luego ya no.

—Reconozco que hay ciertas complicaciones.

—Naturalmente: ella es actriz —soltó una risita burlona—. Complicaciones. Oh, sí —reflexionó unos instantes—. Siempre he pensado que una vida sin complicaciones no es realmente una vida. En la vida se tuercen las cosas, todo cambia, y no puedes hacer nada para remediarlo. Los amigos te traicionan, la familia te hace sufrir y los amores duran poco. Esa es la norma, ¿no cree? —sonrió como si se acordara de algo que venía al caso—. ¿Se imagina un mundo donde nada se torciera ni cambiara y la vida siguiera un camino prefijado: una familia adorable, y amigos y amantes fieles? —hizo una pausa—. Creo que no me gustaría vivir en un mundo así. Los humanos estamos hechos para tener complicaciones. En cualquier caso, ese mundo tan perfecto no existirá nunca, no al menos en este pequeño planeta.

A Brodie, curiosamente, le entraron ganas de desahogarse con ese médico tan amable, y a la vez tan melancólico y cínico. Tenía una mirada simpática, pero también cansada.

—¿Qué me aconseja? Entre esa joven cantante y yo se interponen muchos obstáculos. ¿Estoy perdiendo el tiempo?

—¿La puede ver con libertad?

—Emm... Ella vive con otro hombre.

El médico asintió con la cabeza y sonrió.

—Le podría dar infinidad de consejos basados en mi larga experiencia, pero ¿de qué serviría? Usted acabará haciendo lo que le parezca. No tendrá en cuenta nada de lo que le diga.

Los dos se quedaron callados y bebieron el café a sorbos. Brodie pensó que el médico tenía toda la razón. Necesitaba a Lika. Ella era la mujer de su vida.

Al diablo con Kilbarron: estaba claro que Lika y él ya no se querían.

— *S'il vous plaît, monsieur* .

Brodie se dio la vuelta. Una joven se había acercado a la mesa y estaba mirando fijamente al médico. Era joven y bastante guapa y llevaba un sencillo vestido de color rosa y un chal con flecos de un tono algo más oscuro. Tenía la cara pequeña y ovalada y la nariz respingona. Una *gamine*, diría un francés. ¿Qué edad tendría? ¿Diecinueve? ¿Veinte? Brodie se fijó en la pobreza del vestido y en que el chal tenía una mancha. Puede que fuese una criada disfrutando de su día libre. El médico clavó la mirada en ella. Parecía casi furioso. Se puso a rascarse la barba y a tirar de los pelos con la mano derecha. La muchacha tenía los ojos enrojecidos, como si hubiese estado llorando.

Brodie sintió la necesidad de hacer algo, así que se puso de pie y se presentó. Antes de que ella pudiera decir nada, el médico se levantó.

—Le presento a Margot —dijo—. Se va a marchar ahora.

Entonces se la llevó: Brodie vio que se alejaba con ella unos pasos y se ponía a darle órdenes con brusquedad. El médico revolvió en el bolsillo, sacó varios billetes y monedas y se los pasó disimuladamente. Ella le hizo una leve reverencia a Brodie y salió del café a toda prisa.

El médico se sentó de nuevo.

—Habla usted de complicaciones —dijo con una vaga sonrisa—. Yo tengo una buena cantidad de ellas. Soy un experto.

Pensión Deladier
Rue Dante, 73
Niza (Alpes Marítimos)
Francia

23 de marzo de 1898

¡Hermano!:

Bonjour! ¿Sigues vivo? Esta es la cuarta vez que te escribo y sigo sin noticias tuyas. No seas vago y contesta. Piensa en tu pobre hermano, que está pudriéndose en esta ciudad preciosa y soleada a orillas del Mediterráneo, y sin nada que hacer aparte de pasear junto al mar, leer el periódico, comer estupendamente, beber vino, dormir la siesta y salir en

busca de un café donde tomar un aperitivo, todo ello antes de degustar otra excelente cena. ¡Qué suplicio! Sabes lo mucho que estoy sufriendo, pero no me escribes.

La semana pasada me aburría tanto que me escapé a Montecarlo, al casino. Fui en carruaje por la Grande Corniche (el viaje me costó diez francos, es decir, ocho chelines); las vistas de la costa eran espectaculares. Hicimos un alto para comer en Beaulieu y llegamos a Montecarlo por la tarde. Solo jugué a la ruleta, ya sabes lo pésimo jugador que soy. Seguí la sencilla estrategia de la martingala, doblando la apuesta (dos francos) cuando perdía, y embolsándome el dinero cuando ganaba. La estrategia solo vale con apuestas del tipo dos a uno. Rojo o negro, par o impar. Por la ley de las probabilidades siempre acabas ganando. El único inconveniente de doblar la apuesta después de cada derrota es que a veces apuestas cuarenta francos y ganas dos, así que tienes que andar bien de fondos. Yo gané cincuenta, pero en ningún momento me hicieron falta más de diez: fue un día de suerte. Para mi sorpresa, al cabo de hora y media (cambiaba de mesa de vez en cuando), ya había ganado ciento ochenta francos, que equivale a algo más de siete libras. De pronto se me ocurrió que podría quedarme a vivir aquí, al lado del Mediterráneo: jugaría un par de horas al día, siguiendo la misma estrategia, y me hospedaría en un hotel modesto. Apostando fuerte se pueden ganar unas veinte libras a la semana, según mis cálculos; pero, si jugara dos horas al día y cinco días a la semana (los casinos están abiertos casi todo el año), creo que llegaría a superar las doscientas. Jugar así no es muy emocionante: nunca ganas mucho dinero de una vez, porque se trata de ir acumulando ganancias de dos francos. De este modo, sin embargo, podría ganarme la vida sin depender de nadie, y además no pagaría impuestos. Solo tendría que dar propina de vez en cuando al crupier. Vale la pena pensárselo. Cuando salí del casino y me puse a caminar por la calle, respirando el cálido aire del Mediterráneo, me sentí libre. Me permití el lujo de cenar en Les Frères Provinciaux, un restaurante estupendo, y me gasté dos libras en una botella de vino. Volví a Niza con el resto de las ganancias y en un vagón de tren de primera clase.

¡Escríbeme, hermano, o no heredarás nada!

Con afecto,

Brodie (*le gagnant*)

Brodie estaba en la consulta del doctor Roissansac. Se había quitado la camisa e iba inspirando y espirando según las indicaciones del médico, sintiendo sucesivamente el frío y el calor del acero del estetoscopio que le recorría la espalda y escuchando los sonidos de sus pulmones. El doctor Roissansac —un hombre joven y serio con bigote en forma de cepillo de dientes— venía recomendado por su colega, el doctor Maisonfort. Brodie sospechaba que tenían un acuerdo económico.

El paciente se puso la camisa mientras el médico hacía sus anotaciones.

—Bueno, ha recuperado el peso que había perdido, lo cual es buena señal. Y apenas he detectado congestión.

—Me siento bien —dijo Brodie—. Con mucha energía.

—Olvídese de eso. Cuando se tiene tuberculosis hay que ser muy prudente. Ándese con cuidado.

—Lo sé, doctor. Seré prudente.

—Creo que ya está en condiciones de volver a París, monsieur Moncur.

La amplia sonrisa del doctor Roissansac le erizó por unos instantes los pelos del bigote, que le rozaron la nariz.

Brodie fue caminando por la Rue Halévy rumbo al paseo marítimo que desembocaba en la Jetée Promenade, ese edificio gigantesco que alojaba un pequeño casino. Cuando llegó al local tuvo la tentación de entrar: acababa de recibir excelentes noticias sobre su salud, y quería ver si su buena suerte se extendía al juego. Pero luego pensó que no era el momento. Siguió paseando en dirección oeste. Brillaba un sol débil, y había unos cuantos valientes bañándose en el mar. Brodie se sentía feliz. Ya puedo volver a casa, se dijo; ya puedo volver a París, donde veré otra vez a Lika. Se esforzó por recordarla, como hacía continuamente, y lamentó no tener ninguna fotografía suya. ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Y dónde andaría Kilbarron? Dmitri había escrito a Brodie contándole que Julius había empezado su gira y que ya estaban preparando la de Door. Las ventas iban muy bien. Los «recitales Channon» se habían hecho famosos en las principales ciudades europeas, donde daba la impresión de que se celebraban desde hacía años. Ainsley Channon había autorizado un incremento del presupuesto publicitario en prensa. René se ocupaba de Sauter, y Romain iba a viajar con Door. Sí, todo iba como la seda.

A Brodie le alegraba que su ausencia de varios meses no hubiese paralizado

a los Channon, pero al mismo tiempo le dolía un poco observar que no era tan indispensable para la empresa como había pensado. A pesar de las bravatas de Malachi, no entendía cómo su hermano podía negarse a colaborar con Channon otros seis meses, como se le había propuesto. Renunciar a ganar tanto dinero, y con tanta facilidad, parecía un gesto de soberbia por su parte... Al diablo con Kilbarron, pensó mientras se subía al tranvía eléctrico que le iba a dejar cerca de la Rue Dante. Lika era la única persona que le importaba en el mundo.

Pensión Deladier
Rue Dante, 73
Niza

28 de marzo de 1898

Queridísima Lika:

Espero que te hayan llegado mis cartas y postales. Te escribo por lo menos una vez a la semana, poniendo siempre como dirección «Poste Restante». Descuida: sé lo difícil que debe de ser contestar.

Tengo una buena noticia: mi estado de salud es estable y, según mi médico de Niza —el doctor Roissansac—, ya me encuentro en condiciones de volver a París. Si va todo bien, estaré allí la semana que viene, dispuesto a reincorporarme a mi trabajo en la tienda de Channon. No hace falta decir que quiero verte lo antes posible. ¿Dónde podemos encontrarnos, y cómo? Tiene que haber alguna manera.

Скучаю по тебе, люблю тебя .

Un médico ruso al que he conocido aquí me ha escrito la frase. Espero haberla copiado bien. El mensaje es del todo sincero. Tengo muchas ganas de verte y tenerte entre mis brazos.

Tu Brodie Moncur

Brodie le envió la última carta a Lika desde la oficina de correos del centro de la ciudad, en la Place de la Liberté, como si de este modo fuera a tardar menos en llegarle que si la hubiera echado en una oficina de las afueras. En el momento de meter el sobre por la ranura del buzón se sintió eufórico: la

extraordinaria alegría del enamorado le llenó de vigor durante unos segundos y le estremeció. El amor era, en efecto, una especie de locura, pensó; un sentimiento contrario a la lógica, una llamarada de insensatez cuya intensidad bastaba para justificarla. Llevaba meses sin ver a Lika Blum, pero sabía con absoluta certeza que la amaba y que eso era lo único que tenía significado en su vida.

Entonces se acordó de un fragmento de un poema de Algernon Swinburne que figuraba en el libro que le había dado lady Dalcastle, y que se había aprendido de memoria. Aquellos versos concordaban muy bien con su estado de ánimo:

*We shone as the stars shone, and moved
As the moon moved, twain halves of a perfect heart.
Soul to soul. You loved me, as I thee loved,
And our dreams began, dreaming our life would start.* [7]

Fue caminando de vuelta a la pensión y repitiendo los versos para sus adentros como si fueran un conjuro. Hacía sol, y las calles estaban llenas de gente. Faltaba poco para que terminara la temporada alta en Niza. La cena fue a las seis en punto, como de costumbre. A Brodie siempre le había irritado que la cena se sirviera tan temprano, pero esa tarde se alegró de ver a los otros comensales (entre los que, felizmente, no estaba Leache), porque (a) al día siguiente regresaría a París, y también porque (b) no volvería a ver a Cuthbert Leache en su vida. Este se iba a quedar tres meses más: le habían ingresado en la Clinique Sturge, un hospital privado vinculado con la pensión, por una hemorragia leve. Brodie se dio cuenta una vez más de cómo funcionaba el engranaje: la gente sana sacaba provecho económico de las enfermedades de los otros. Sintió lástima del pobre Leache, pero por otro lado estaba contento de no tener que verlo en la última noche que iba a pasar como inválido.

Se tomó un filete de rodaballo con salsa de alcaparras, seguido de una *île flottante*, y, para beber, varios vasos de agua mineral (la pensión Deladier era un establecimiento abstemio). Cuando estaba esperando el café, madame Deladier atravesó el comedor en dirección a su mesa. Tenía el ceño fruncido, lo que hacía su cara aún más adusta de lo que ya era.

—Tiene usted visita, monsieur Moncur —dijo con gesto de desaprobación—. El mensaje que he de transmitirle es que guarda relación con «un médico

ruso», si es que tal cosa tiene sentido.

—Sí, lo tiene —respondió Brodie, y acto seguido se dirigió a toda prisa a una gran sala contigua a la puerta principal de la pensión, donde se recibía a las visitas.

No había vuelto a ver al médico ruso desde que se tomara un café con él en el Hôtel West-End. ¿Qué le habría traído a la pensión Deladier?

Pero quien le aguardaba en el vestíbulo no era el médico, sino la muchacha francesa que los había abordado aquel día. ¿Cómo se llamaba? ¿Marie? No, Margot. Brodie la saludó desconcertado. Estaba cambiada: se había teñido el pelo de un castaño rojizo algo chillón, y llevaba un traje negro ribeteado con cordoncillo dorado y un casquete de paja coquetamente prendido con alfileres a un lado de la cabeza. A Brodie le pareció todo estridente, de mal gusto. Luego estaba su perfume, un olor muy fuerte y como harinoso (nardo, quizá, o almizcle) que invadía el vestíbulo de la pensión; casi se podía paladear.

—¿Se acuerda de mí? —preguntó, visiblemente nerviosa.

—Sí. Se llama Margot, ¿verdad? Nos presentó el médico ruso. ¿Cómo me ha encontrado?

—Mi amigo, el médico ruso, me contó que se hospedaba en la pensión Deladier.

—¿Ah, sí? Está bien. ¿Necesita él mi ayuda para algo?

—No, soy yo quien la necesita o..., para ser exactos, quien le podría ayudar a usted llevándole la casa. Soy buena cocinera. Sé coser y lavar la ropa. Y, por supuesto... —se miró las botas de cuero, que tenía rajadas—, me quedaría... por la noche.

Brodie se notó la boca seca.

—¿No se lo puede pedir a su amigo, el médico?

—Tiene que volver a Rusia. Dice que no le puedo acompañar.

—Entiendo.

—Así que pensó que igual usted... —la muchacha no terminó la frase.

—¿Qué edad tiene, Margot?

—Diecinueve.

—¿De dónde es usted? ¿De Niza?

—De Biarritz. Cuando el médico decidió instalarse en Niza, me vine con él desde Biarritz.

—Creo que debería volver a Biarritz, regresar con su familia.

—Mi familia no quiere saber nada de mí —dijo ella—. No, no puedo

volver —añadió muy seria, como si él le hubiese pedido que escalara el Mont Blanc.

—Lo lamento mucho, pero no puedo ayudarla —dijo Brodie—. Mañana regreso a París.

Margot abrió mucho los ojos y se puso tiesa, como con alegría contenida.

—¡Qué ganas tengo de ir a París! Puedo acompañarle. Le serviré en todo lo que haga falta.

Brodie se hurgó los bolsillos, donde encontró un par de monedas —una de oro de veinte francos y otra de plata de cinco— y se las ofreció. La muchacha las cogió.

—Imposible, Margot. Estoy prometido. Me voy a París a casarme con la mujer que amo.

Brodie notó el respingo que dio ella al oír sus palabras —su mentira—, como si fuese la noticia más cruel que podía recibir, y luego las lágrimas que le asomaban a los ojos: sus vagas esperanzas se habían esfumado. Margot cerró la mano con fuerza y los nudillos se le pusieron blancos.

—Les deseo a usted y a su prometida toda la felicidad del mundo —dijo, y añadió en voz baja—: Es usted un hombre muy afortunado.

A Brodie le parecía que esos meses de convalecencia en Niza no habían tenido lugar. Se sentía bien, sin apenas fatiga. Al reincorporarse a Channon & Cie. tuvo la impresión de haber estado unos pocos días de vacaciones.

Nada más llegar a París fue a ver al doctor Maisonfort. El médico le hizo quitarse toda la ropa menos la camiseta y los calzoncillos, y luego le pesó, le pidió que se tocara los dedos de los pies, comprobó los reflejos con un martillo de goma y le auscultó el corazón y los pulmones.

—Ha ganado doscientos gramos más —observó—. No ha perdido peso: eso es buena señal.

Brodie le dijo que se sentía muy bien.

—Hemos acertado con el tratamiento —dijo el doctor Maisonfort—. Reposo inmediato, una buena dieta, un sitio cálido y soleado, tranquilo. Mientras usted estaba en Niza, aquí en París ha hecho mucho frío. ¿No ha habido más hemorragias? ¿No ha vuelto a escupir sangre?

—Nada.

—Perfecto. Tengo otro paciente con tuberculosis que acaba de cumplir setenta y ocho años.

—Eso es muy alentador.

—Pero luego está ese poeta inglés. ¿Cómo se llama, Kaytes?

—Keats. John Keats.

—Murió de tuberculosis a los veinticinco. Así que es impredecible.

—Sí. Por lo menos soy mayor de lo que él era cuando murió.

El doctor Maisonfort le recetó una tintura de alcanfor que tenía que tomarse diluida una vez al día. Era fundamental que no trabajase demasiado ni hiciese grandes esfuerzos físicos, y convenía que durmiera diez horas al día y se echara la siesta siempre que pudiese. Brodie le prometió que tendría mucho cuidado, y el médico le dio una cita para el mes siguiente. En cierto sentido, Brodie se sentía curado (aunque sabía que no lo estaba). Podía empezar a

vivir de nuevo.

Dos días después de la consulta fue al Théâtre du Châtelet a regular y afinar el piano para el recital de Karl-Heinz Nagel. Al contrario que la mayoría de los virtuosos, Nagel parecía verdaderamente interesado en lo que hacía Brodie con el nuevo Channon, y le observó casi con asombro mientras pulía las cabezas de los macillos con papel de esmeril.

—Les ha quitado usted menos de medio milímetro —dijo—. ¿Se va a notar alguna diferencia?

—La notará en cuanto empiece a tocar —contestó Brodie—. Esto que hago con los macillos es un truco especial mío. Tiene suerte de que le haya dejado verlo —Brodie cogió la aguja, aflojó el fieltro y lo alisó levemente.

Nagel se rio entre dientes.

—Conque trucos de magia, ¿eh?

—Algo así.

Terminada la tarea, Nagel invitó a Brodie a acompañarle en la gira que iba a dar por Escandinavia en el verano. Brodie se sintió halagado, pero tuvo la prudencia de decir que tendría que consultarlo con el señor Channon, y que la decisión dependería en todo caso de las necesidades de la empresa. Debía organizar muchas giras y no estaba seguro de poder marcharse con Nagel.

—¿Sigue usted afinando para Kilbarron?

—No. El señor Kilbarron ha roto con Channon —contestó Brodie—. No renovaron el contrato.

—Qué lástima —dijo Nagel sonriente—. Considere mi oferta, señor Moncur. Haré que le merezca la pena.

Brodie cogió un carruaje de vuelta a la tienda y, una vez allí, mandó buscar al recadero.

—¿Y bien? —dijo impaciente cuando vio a Benoît: le había pedido que se pasase por la casa de Kilbarron, en Saint-Germain.

—Estaba vacía —le contó Benoît—. No había nadie aparte de los criados. Monsieur Kilbarron está en Alemania, al parecer, pero no estaban seguros.

—¿Y mademoiselle Blum? ¿Dónde está?

—No he preguntado.

Lika no había contestado a su última carta —en la que le declaraba su amor en ruso— y Brodie temía haber ido demasiado lejos. En cuanto cerraron la tienda se fue a Saint-Germain en un tranvía de caballos.

Le abrió la puerta el criado somnoliento, que se le quedó mirando con cara

inexpresiva y al cabo de unos segundos le reconoció. Brodie le explicó que en su última visita se había dejado una carpeta verde con unas partituras, y le preguntó si estaba guardada en un sitio seguro. Le hacían falta, dijo.

El criado no sabía nada de ninguna partitura ni había recibido instrucciones concretas.

—En una casa así hay partituras por todas partes, como comprenderá, señor.

—Puede que la tenga mademoiselle Blum.

—Mademoiselle Blum está en Weimar, actuando en *El rey de Ys*.

De pronto se oyó un ladrido y un perrito apareció en el vestíbulo. Brodie lo reconoció —era el perro de Lika— y se animó enseguida: si su mascota estaba en la casa, era obvio que Lika pensaba volver a París cuando terminara su compromiso en Weimar. Se agachó, y el perrito se acercó y se puso a olisquearle los dedos. En cuanto le rascó las orejas, el cachorro se dio la vuelta, quedándose patas arriba. Brodie se puso de pie.

—Este es el perro de mademoiselle Blum, ¿verdad? —le preguntó al criado.

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—César. Es un buen perro.

—César, eso es.

El perro César ya se había enderezado y estaba meneando con brío la cola corta y curvada.

—¿Cuándo vuelve mademoiselle Blum?

—No lo sé, señor.

—¿Está bien?

—Muy bien.

—Dele saludos de mi parte cuando regrese. Dígale que he preguntado por ella.

—Por supuesto, señor. ¿Cómo se llama usted?

—Monsieur Moncur.

Lo único raro que había notado Brodie desde que se reincorporó a Channon & Cie. era que a Calder Channon ya no se le veía apenas. Una mañana se lo había encontrado por casualidad en la escalera, y Calder le había saludado con un enérgico apretón de manos. «Me alegra mucho que estés de vuelta con

nosotros, Brodie», había dicho falsamente. Por lo demás, Brodie le había visto por la tienda unas cuantas veces, y siempre de manera fugaz. Si no le conociera, habría pensado que le estaba evitando.

Un día, sin embargo, salió de su despacho y allí estaba Calder, que se dio la vuelta al instante y se escabulló por las escaleras. Esto es ridículo, pensó Brodie; ¿qué está pasando? Subió al primer piso y llamó a su puerta. Hubo un silencio y, al cabo de unos instantes, Calder le dijo que pasara. Parecía tenso y casi avergonzado. Después de ofrecerle un vermú (que Brodie aceptó), le hizo una serie de preguntas. ¿Cómo estaba de salud? ¿Le había gustado Niza? ¿Había hecho buen tiempo? ¿Había allí algún hotel que le pudiera recomendar? Brodie le fue informando de todo hasta que se agotaron las preguntas. Entonces se quedaron los dos callados, y Brodie se bebió el vermú a sorbos.

—Así que ya la has pasado —dijo Calder al fin—. La enfermedad, quiero decir.

—No. Por desgracia, la tuberculosis nunca se cura del todo. Lo más que puede hacer uno es mantenerla a raya.

—Madre mía —dijo Calder, que parecía verdaderamente sorprendido—. Esa es una pesada carga.

—No es como la gripe —explicó Brodie—. Esos nódulos siguen allí, en los pulmones, creciendo muy despacio, y puede que un día uno de ellos reviente una arteria o una vena. O puede que no: es una lotería.

—Mal asunto —dijo Calder con aire distraído, mientras alargaba el brazo para coger su espantosa pequeña pipa.

—¿Va todo bien, Calder? —preguntó Brodie sin rodeos.

—Sí... Dmitri ha hecho un buen trabajo en tu ausencia. La gira de Nagel ya está organizada, y la de Sauter va como la seda. En cuanto a la afinación, no paramos de recibir encargos.

—¿Y las ventas?

—Las ventas se han disparado.

—¿Por qué tengo entonces la impresión de que algo va mal? —preguntó Brodie, envalentonado—. ¿Por qué tengo la impresión de que me estás evitando?

Calder le rehuyó la mirada, concentrándose en la tarea de meter el tabaco en la cazoleta de la pipa.

—Mi padre viene pasado mañana. Él te lo explicará todo.

Brodie faltó al trabajo al día siguiente: envió una nota a la tienda diciendo que le dolían las muelas y tenía que ir al dentista. Después de almorzar solo en la pensión, le entraron unas ganas repentinas de abandonar la ciudad e irse al campo, así que cogió un tren a Saint-Denis. Una vez allí, se alejó del pueblo y descubrió que los campos, las aldeas y los bosques de los alrededores de París estaban llenos de baluartes: sólidas fortificaciones de piedra de baja altura y provistas de cañoneras y torres de vigilancia. Las llamaban Les Forts Détachés. Siguió paseando y vio otras construcciones idénticas, separadas a intervalos regulares: sí, la capital se hallaba rodeada de muros gigantescos y fortalezas. Allí estaban, amenazadoras, con sus fosos, glacis, escarpas y cordones. Habían sido destruidas en la guerra de 1870-1871 y luego levantadas otra vez, rodeando la ciudad por el norte, el sur, el este y el oeste. Aquellas fortificaciones cambiaron ligeramente la idea que tenía de París: la Ciudad de la Luz, del placer, de la belleza, de los artistas y la vanidad se estaba preparando para las guerras futuras. Su excursión campestre no le animó mucho. Además, se puso a llover de repente.

Esa tarde, Brodie fue a la Gare de l'Est a preguntar cuánto costaba un billete para Weimar. Durante unos minutos tuvo la insensata idea de viajar en tren a esa ciudad alemana y buscar el teatro de la ópera para darle una sorpresa a Lika; pero luego pensó que tal vez estuviese Kilbarron con ella... De vuelta en su barrio, entró en el Café Américain, donde se excedió con el coñac. No podía quitarse de la cabeza a Ainsley Channon. ¿Qué tendría que decirle su jefe? ¿Y por qué estaba Calder tan raro? ¿Cómo explicar sus evasivas? A medida que especulaba se iba desalentando. No sabía bien lo que pasaba, pero estaba seguro de que no era bueno. De camino hacia su casa, sintió lástima de sí mismo. Le deprimía pensar en el inminente encuentro con Ainsley, la ausencia y el silencio de Lika y la persistencia de la tuberculosis. ¿Qué era lo que le había dicho el médico ruso en Niza? Una vida sin complicaciones no es realmente una vida.

Desde su última entrevista con Brodie, Ainsley Channon había vuelto a cambiar de aspecto. Tenía el pelo cortado *en brosse*, como un oficial prusiano, y las patillas habían desaparecido. El bigote era más ancho y se lo había encerado y recortado mucho. Llevaba, como de costumbre, un traje, una camisa y una corbata azules, pero el chaleco y los botines eran de colores

cereza y mostaza, respectivamente. No cabía duda de que los viajes a París le seguían transformando.

Estaban en el despacho de Calder, al que, sin embargo, no se le veía por ninguna parte. Ainsley había traído de Edimburgo una botella de whisky de malta, y después de servirle un poco a Brodie se sentó en la butaca de su hijo. Tenía un aire tranquilo y pensativo: nada que ver con la campechanía y jovialidad que le caracterizaban. Empezaron hablando educadamente de la salud de Brodie, de los placeres de Niza y Montecarlo y los mejores hoteles de allí; pero los dos eran conscientes de no estar haciendo otra cosa que aplazar el momento decisivo.

Ainsley juntó los dedos.

—Esto me resulta muy difícil, Brodie. Espero que lo sepas.

—No sé a qué se refiere, señor.

—Ya, pero yo sí. Estoy al tanto de todo —dijo Ainsley, y acto seguido abrió un cajón, del que sacó un fajo de papeles con columnas de cifras—. Thibault Dieulafoy ha averiguado tu pequeña artimaña.

—¿Qué artimaña?

—¿Cómo lo llamamos? ¿«Reparaciones efectuadas en tránsito»? ¿«Deterioro causado por el transporte»? ¿O prefieres «Daños derivados del transporte»? Se han utilizado muchas frases así de vagas e inocentes... De los... —Ainsley consultó los papeles—, de los cuatrocientos ochenta y tres pianos que hemos vendido y enviado desde que Channon abrió la filial de París, ha habido que reparar doscientos sesenta y tres por «daños derivados del transporte», o como quieras llamarlos. Una cifra extraordinaria.

—Con el debido respeto, señor, no sé de qué me habla. Esto es completamente...

Ainsley levantó una mano para indicarle que se callara, y luego prosiguió:

—A veces son solo unas libras o unos chelines: arreglar un barniz agrietado, reponer unas ruedecillas de latón. En otros casos, las reparaciones son más costosas: reponer la tabla armónica o la lira, o todas las cuerdas o las teclas de ébano. Estamos hablando de diez, veinte, treinta, a veces cientos de libras. El coste total es de dos mil cuatrocientas treinta y cinco libras —dio una palmada en los documentos—. Así se han esfumado nuestros beneficios: ¡por culpa de esas reparaciones imaginarias, esos pianos misteriosamente dañados!

—Y eso ¿qué tiene que ver conmigo? —dijo Brodie mientras notaba cómo

rompía a sudar.

—Todas esas reparaciones las has autorizado tú —Ainsley hablaba ahora en tono destemplado—. Todos los resguardos del almacén de Saint-Cloud, que tú nos aconsejaste montar, llevan tus iniciales. B. M.

—¿Quién me acusa?

—Thibault Dieulafoy y Calder. Los dos se han dedicado a examinar las cuentas mientras tú estabas fuera, convaleciente; y ¡qué sorpresa!, resulta que, en ese período, ninguno de los pianos que hemos despachado ha sufrido daños, y del almacén de Saint-Cloud no ha salido una sola factura por reparación. Eso les hizo sospechar. Ha sido muy astuto por tu parte, Brodie: cantidades modestas, aleatorias, ninguna llamativa; desfalcos pequeños, pero continuos. Sin embargo tu enfermedad ha acabado delatándote, desenmascarando al culpable. Ironías de la vida.

Brodie cerró los ojos. Sabía lo que iba a ocurrir.

—Eso que dicen es una gravísima calumnia —dijo, procurando que no le temblara la voz—. ¿Dónde están las cifras correspondientes a los afinadores y al taller? ¿Dónde figura el dinero que se ha ahorrado la empresa con el almacén de Saint-Cloud? ¿Cuántos pianos se han vendido gracias a los recitales Channon, que fueron idea mía? No le he robado dinero a esta empresa, señor. Todo lo contrario: le he hecho ganar miles de libras. Miles. Y creo que en el fondo usted lo sabe. Ha sido otra persona la que le ha estado robando... y le ha hecho creer que soy el culpable. ¡Es una gigantesca mentira, un puro infundio!

—No hace falta gritar, Brodie. Tengo delante las pruebas.

—Tendrá las pruebas, pero yo no soy el culpable. Le sugiero que lo busque en otra parte.

—El culpable está sentado delante de mí —dijo Ainsley sin demasiada convicción.

—Llame a la policía entonces —respondió confiado Brodie—. Que vengan unos cuantos abogados y lo investiguen todo a fondo. Yo no acepto esta farsa de juicio. He sido falsamente acusado, y conozco mis derechos.

—No hay por qué llevar las cosas a ese extremo —dijo Ainsley, que de pronto había perdido todo su aplomo y parecía aturullado—. Por tu bien, correré un tupido velo sobre este asunto. Te agradezco algunas de las cosas que has hecho por esta empresa; te lo digo de verdad, Brodie. Justamente por eso... —buscó las palabras justas— prefiero que este lamentable asunto no

salga de aquí. No le diré nada a nadie, y espero que tú tampoco —abrió otra vez el cajón y sacó un cheque—. Aquí tienes el sueldo de un año. Te lo pago como indemnización por falta de preaviso. Estás despedido.

Empujó el cheque hacia el otro extremo de la mesa. Brodie vio que le temblaba la mano.

Durante unos instantes pensó en cogerlo, romperlo en pedazos y tirárselos a Ainsley Channon a la cara; pero luego se dio cuenta de que ese gesto tan teatral y temerario solo le podía perjudicar. Así que cogió el cheque y no hizo nada con él.

—¿Le puedo hablar con franqueza, señor Channon?

—Naturalmente, Brodie. Naturalmente.

—Espero que nadie nos esté oyendo.

—No, por supuesto que no.

—Bien, en tal caso, usted sabe tan bien como yo quién es el ladrón o, mejor dicho, los ladrones, que son Calder y Dieulafoy. Son ellos los de las manos en la masa, no yo.

Se hizo un silencio. Ainsley respiró ruidosamente y se miró las manos; luego levantó la vista hacia el techo y, por último, miró a Brodie, compungido y avergonzado. Permaneció en silencio unos segundos más y con el ceño fruncido, como meditando las consecuencias de lo que iba a decir. Suspiró y esbozó una sonrisa a modo de disculpa.

—Sí, tienes toda la razón. Calder lleva poniéndose las botas desde que le trasladé a la sucursal de aquí.

—Entonces ¿por qué me despide? Me parece una injusticia que...

—Brodie, Brodie... Nadie te ha despedido: vas a renunciar a tu puesto.

—¿Ah, sí? Qué amable de su parte.

—Piénsalo bien... Calder es mi único hijo y el padre del pequeño Ainsley, mi único nieto. Dadas las circunstancias, ¿qué quieres que haga? Él me viene con «pruebas» irrefutables de tu culpabilidad y me jura por su hijo que no ha hecho nada y que has sido tú: Brodie Moncur, ladino, ladrón. Entonces me entrega una pila de resguardos con tus iniciales.

—Creo que no es muy difícil falsificar unas iniciales.

—No soy tonto, Brodie. Me di cuenta de que había gato encerrado, así que desde Edimburgo le pedí a George McIver, que trabaja aquí en el banco, que viniera a investigar el asunto. Fue mientras tú estabas en Niza. Antes de que se pusiera a trabajar apareció Calder con las pruebas —Ainsley agitó los

papeles—. Un padre no puede llamar gordo canalla descarado a su único hijo a la cara sin que se rompa para siempre la relación que los une. ¿Entiendes mi situación? —abrió los brazos con aire impotente—. Calder o tú: uno de los dos tenía que marcharse. Fue una decisión lamentable e injusta, pero no tuve que pensármelo mucho —sonrió con amargura—. Calder no me volverá a robar, evidentemente. Y a Thibault Dieulafoy le despediré muy pronto. Pero dudo que eso te vaya a servir de consuelo a ti, que has tenido que cargar con el muerto.

—No, no es ningún consuelo. Me gusta mi trabajo. Y vivir en París.

—Vaya. Pero lo bueno que tiene tu trabajo, Brodie, es que puedes hacerlo en cualquier sitio. Tienes el sueldo de un año; puedes empezar una nueva andadura donde quieras. Te irá bien, estoy seguro.

—Le agradezco su confianza.

Brodie se levantó. Ya no había nada más que decir. Ainsley le acompañó a la puerta y le rodeó los hombros con el brazo.

—Has sido como un hijo para mí, Brodie. Has estado muchos años en la empresa y trabajado muy duro, y se te han ocurrido cantidad de ideas brillantes. Sin embargo, hijo solo tengo uno: tú eres un empleado al que aprecio mucho pero al que tengo que sacrificar por el bien de mi maldito hijo, el único real. Siento de veras que las cosas hayan acabado así. En cualquier caso, ¿por qué no dejas pasar un par de años y luego vienes a verme y nos entrevistamos discretamente? Ya veremos cómo tantear el terreno.

—Gracias, señor Channon.

Ainsley le dio un fuerte apretón de manos y cerró la puerta. Así terminó para Brodie su época como empleado de Channon.

Pensión Bensinger
París

2 de mayo de 1898

Queridísima Lika:

¿Has regresado ya? ¿Estás en París? Necesito verte. Me han despedido de Channon: he sido objeto de una acusación falsa, pero no puedo hacer nada. Es un escándalo, sí. El verdadero culpable es un miembro de la familia Channon, y por eso está a salvo y a mí me han convertido en chivo expiatorio. Me han pagado el sueldo de un año; por lo menos, el dinero me alcanzará para vivir una temporada. Me puedes escribir a la dirección de siempre (la que figura arriba) o incluso a Channon, en cuyo caso lo más prudente, quizá, sería remitirle la carta a Dmitri o Benoît: cualquiera de los dos me la hará llegar. Espero que hayas recibido la que te envié desde Niza. Te ruego que me escribas contándome tus planes.

Se despide de ti, besando tu preciosa mano,
Brodie

Brodie fue cayendo poco a poco en una especie de desaliento. Estaba apático, aburrido, sin encontrar demasiado placer en nada. Ni siquiera le agradaba pensar en el dinero que le había pagado Ainsley, y que estaba produciendo intereses en el banco: le parecía una minucia en comparación con la gravísima injusticia que había sufrido. Consideró la idea de apostarse delante de la casa de Calder y abordarle una mañana, cuando se dirigiese al trabajo. Quería que se avergonzara de lo que había hecho, pensó, y que acabara confesando. Pero se dio cuenta de que, en el caso de encararse con él,

las cosas solo podían acabar mal. Y luego estaba su cómplice semiinvisible, Dieulafoy, que se había encargado, sin duda, de falsificar los documentos alevosos (los resguardos y las facturas por reparación) para hacerle daño. ¿Había alguna forma de desenmascararlo? ¿Existía alguna corporación profesional de contables, alguna asociación ante la cual pudiera denunciarle por malas prácticas con la esperanza de que le inhabilitaran? Sin embargo, todos estos planes e interrogantes los acabó desechando por pura desidia. Brodie llegó a la conclusión de que todo intento de reparar la injusticia que había sufrido seguramente le traería aún más problemas. Y el hecho de aceptar el cheque de Ainsley podía interpretarse como prueba de su culpabilidad. Quizá debía haberlo rechazado. Puede que lo mejor hubiese sido marcharse de allí sin cogerlo y organizar una campaña para vengarse de la empresa. Así habría salvaguardado su integridad... Pero no, lo cierto es que no había tenido más remedio que aceptar el cheque. ¿Cómo iba a vivir si no? Por lo demás, siempre tenía presente el asunto más importante de todos: su relación con Lika. Lika y Brodie. Brodie y Lika.

Pese a su estado de ánimo, procuraba hacer cosas. Así, se dedicaba a dar paseos en ómnibus y tranvía, como un turista: se sentaba en el piso de arriba y el vehículo le llevaba a la Madeleine, a la Bastilla, a los Jardines de Luxemburgo, al Panteón. Un día hizo un recorrido completo por los «nuevos bulevares», proyectados y construidos hacía menos de cincuenta años por el barón Haussmann: Strasbourg, Sébastopol, Saint-Michel, Magenta, Voltaire. El de Saint-Germain lo evitaba. A veces, cuando había mucho tráfico, se apeaba para tomar un *petit café* en alguno de los establecimientos que había en las avenidas en que desembocaban las calles principales, y luego iba caminando hasta coger otro ómnibus y continuaba su viaje sin rumbo por la ciudad. Así ocupaba sus días, aunque continuaba con el mismo ánimo.

Unos diez días después de su «dimisión» —a él le parecía que hubiese pasado más de un mes— se presentó Benoît en la pensión con una nota para él. Brodie le dio dos francos de propina y abrió el sobre. El mensaje estaba sin firmar.

Ve el lunes al Grand Hôtel des Étrangers, en la Rue Racine, 6, y reserva una habitación a nombre de Beaufils. Lleva una maleta. Me reuniré contigo por la tarde.

El día indicado en la nota, Brodie hizo una reserva como monsieur Beaufile en el Grand Hôtel des Étrangers, en la Rue Racine. El establecimiento tenía cuatro pisos estrechos y doce habitaciones, y a él le dieron la única que quedaba libre en el último, justo debajo del tejado. El colchón lo notó algo hundido por la mitad, pero la ropa de cama estaba limpia. Después de dejar la maleta vacía detrás de la puerta, y la petaca con coñac en la mesilla de noche, Brodie se puso cómodo y empezó a leer *Sur l'eau*, de Guy de Maupassant, una crónica de su viaje por el litoral mediterráneo.

A las seis de la tarde oyó unos golpecitos enérgicos en la puerta y la recepcionista hizo pasar a Lika, que llevaba, como él, una maleta vacía y entró en la habitación con aire confiado. Alta, ágil. Al levantarse, Brodie notó cómo se le revolvían las entrañas.

—Aquí tiene a madame Beaufile —dijo la recepcionista, intentando contener la sonrisa.

—Hola, cariño —dijo Brodie—. ¿Se ha retrasado el tren?

La recepcionista cerró la puerta, y Brodie y Lika se quedaron mirándose unos instantes. Él sentía una emoción casi incontenible —tuvo ganas de llorar, y el pecho se le contrajo y luego se le hinchó: una sensación de enorme vigor, luego un desfallecimiento—, habían pasado muchas cosas desde la última vez que estuvieron a solas. Se puso derecho, se acercó a Lika y la abrazó. Ella le ajustó la corbata y le escudriñó la cara.

—No pareces enfermo —dijo—. Estoy sorprendida.

—No lo estoy. Ya me he curado.

Lika llevaba una chaqueta corta de terciopelo beis arrugado, una falda larga de color negro y con un pliegue delantero, unos borceguíes blancos y un elegante sombrero de estilo seudomilitar, con una visera de cuero negro. Se quitó el sombrero y lo tiró a la cama, liberando un grueso mechón de pelo. Brodie se moría de deseo.

—¿Me das el beso estilo Lika? —preguntó mientras se quitaba las gafas—. Llevo meses soñando con él.

—Por supuesto, cariño —dijo ella, y acto seguido apretó su cara contra la de Brodie, las narices juntas, los labios juntos, las barbillas juntas, y se quedó quieta, sin moverla, hasta que empezó a explorarle con la lengua.

Los dos estaban tendidos en la cama, abrazándose desnudos, cómodos, calientes. Brodie le cubrió un pecho con la mano, inclinó la cabeza y le lamó el pezón con ansia. Lika le besó en la frente, y él a ella en el cuello. Le asombraba que estuviesen otra vez juntos, después de tantos meses... Las dudas que le habían atormentado durante todo ese tiempo —el temor a no volver a verla a solas, a que su relación se apagara demasiado pronto— se disiparon enseguida. Brodie alargó el brazo, pasó los dedos por la aulaga rubia y espesa del pubis y luego la abarcó con la palma de la mano. Estaba muy excitado de nuevo, y lleno de vigor.

—¿Brodie?

—¿Sí?

—Si me muero, ¿vendrás a mi funeral? Si me muero antes que tú, claro.

—¡Tú no te vas a morir! Eres joven; estás llena de vida.

—Pero, si se diera el caso, ¿vendrías o no?

—No pienso responder a esa pregunta.

—Me gusta pensar que vendrías.

—No digas esas cosas, Lika.

—¿Hablarías en mi funeral?

—No va a haber ningún funeral.

—Yo iría al tuyo, si murieras. Y hablaría, si me dejaran.

—¡Lika, por favor! No sigas.

Brodie se incorporó y se sirvió coñac de la petaca en el vasito del lavabo. Dio un sorbo y le pasó el vaso a Lika.

—¿Por qué elegiste este hotel? —preguntó, impaciente por cambiar de tema. Había perdido todo el vigor.

—Es el primero en el que me hospedé cuando llegué a París. Me gustaba el nombre. Está lleno de extranjeros. No nos distinguen bien, y por eso son muy discretos. Rusos, alemanes, suizos, italianos: somos todos iguales para ellos. El caso es que echaba de menos el hotel.

—Entiendo.

—Además, John Kilbarron nunca viene al Barrio Latino, así que estamos a salvo.

—¿Qué hace ahora? ¿Dónde está?

—En Rusia, con Malachi. Hablando de giras con algún empresario, supongo.

Brodie reflexionó sobre sus palabras.

—¿Por qué en Rusia precisamente? ¿Y en qué ciudad está?

—No quiso decírmelo. Salieron en tren hace dos días. Es un viaje largo, lo he hecho muchas veces.

—Pero ¿por qué Rusia? No tiene sentido. El dinero no está allí, sino aquí. Alemania, Austria.

—Te equivocas. En Rusia hay mucho dinero, y él lo necesita.

—¿De verdad?

—Sí. Anda muy apurado. Me parece que vamos a tener que irnos de Saint-Germain.

—Debería haber seguido con Channon seis meses más. Habría ganado miles de libras.

Lika alargó el brazo por encima de Brodie para alcanzar la mesilla de su lado de la cama, donde estaba su pitillera, y los pechos le colgaron libres un instante. Brodie cogió el mechero y le encendió el cigarrillo. En un repentino gesto de pudor, ella se tapó con la sábana hasta la barbilla.

—Él sabe de sobra que debería haber firmado —dijo—, y eso le da rabia. Creo que te echa la culpa a ti.

—¿Por qué? Yo le aconsejé que firmara.

—Siempre tiene que echarle la culpa a otra persona.

—Pues que se la eche a Malachi: fue él quien decidió rechazar la oferta.

—Imposible. Él jamás culparía a Malachi de nada.

—¿Por qué? Malachi a veces se comporta como un majadero.

—No lo sé. Deben de compartir algún secreto de infancia. O puede que sea un pacto que tienen. Están muy unidos, unidísimos, incluso para ser hermanos. Se me hace raro.

—No quiero hablar de John Kilbarron —dijo Brodie, mientras le quitaba el cigarrillo de los dedos y lo apagaba en el cenicero—. De hecho, no quiero hablar de nada.

Alargó el brazo para alcanzar su cuerpo y la besó.

Las semanas siguientes, Brodie aguardó con paciencia las notas que Lika le enviaba directamente a la pensión Bensinger. La vida la tenía organizada alrededor de los encuentros con su amante, con la que siempre se citaba en el Grand Hôtel des Étrangers. Ambos llegaban con sus maletas vacías, fingiendo en vano que tenían que dormir unas horas antes de que saliera su tren. El

encargado, las recepcionistas y los botones, que parecían disfrutar con la farsa, empezaron a saludarlos con cordialidad: «¡Bienvenidos de nuevo, monsieur y madame Beaufiles! ¿Han tenido un buen viaje? Me alegro mucho de verlos». En dos ocasiones pasaron toda la noche juntos. Sin embargo, cuando volvió John Kilbarron de Rusia, dejaron de verse una temporada y Brodie retomó la costumbre de dar largos paseos por París y sus alrededores. Le gustaba la época por la que estaba pasando: un agradable paréntesis en su vida. No tenía trabajo, pero estaba enamorado y disfrutaba de una relación clandestina con la mujer a la que adoraba. En las horas que lograban pasar juntos hacían el amor con entusiasmo constante. Él era feliz, pero sabía que esa dicha no podía durar para siempre, que acabaría ocurriendo algo que lo cambiaría todo..., posiblemente para mejor. Con suerte, incluso podrían pasar más tiempo juntos. Brodie comprendió con estupor que eso era lo único que le importaba de verdad en la vida.

Después de pasar mucho tiempo sin verla, recibió una nota que decía simplemente «Beaufiles. 10 de julio».

Ese día Brodie cogió un tranvía al Barrio Latino y se dirigió al Grand Hôtel.

—Cuánto me alegro de verle, monsieur Beaufiles. Lleva mucho tiempo sin venir, pero me complace decirle que le tenemos reservada la habitación de siempre.

—Estupendo.

—¿Y cómo está madame Beaufiles?

—Muy bien, gracias.

—¿Va a venir más tarde?

—Sí. Llega en tren desde... —Brodie pensó en un sitio al azar— Poitiers.

—Una ciudad preciosa.

—Eso he oído. Ella tiene una prima que vive allí —improvisó Brodie.

Pagó por adelantado y cogió las llaves. Después de decirle al botones que no necesitaba ayuda con la maleta, subió por las escaleras a «su» habitación.

Esta vez, la maleta no estaba vacía: Brodie había metido comida y bebida por si surgía la oportunidad de prolongar la estancia. Sacó una botella de vino tinto, dos vasos, un trapo de cocina, un *saucisson sec*, una navaja, un pequeño tarro de pepinillos y una barrita de pan, y lo colocó todo sobre el trapo.

Lika llegó media hora después. Los dos se besaron, y ella se sentó en la cama y partió la barrita de pan en dos.

—Estoy hambrienta —dijo. Brodie se puso a cortar el salchichón en rodajas —. Pero solo me puedo quedar una hora —añadió ella mientras masticaba—. Es complicado ahora que John ha vuelto. Él cree que he ido a una audición.

Brodie empezó a desnudarse. Tiró las botas por la habitación, ayudó a Lika a quitarse la chaqueta y se puso a desabrocharle los botones de atrás de la falda.

—Ah, sí —dijo ella con la boca llena—. Y quiere verte. Eso ha dicho.

—¿Quién quiere verme?

—John.

Alarmado, Brodie dejó los botones y se envaró. Ella se despojó por fin de la falda.

—No te pongas tan serio. No hay por qué preocuparse.

—¿Y por qué quiere verme?

—No lo sé. Fue a Channon y le dijeron que ya no trabajabas allí.

—No sospechará de nosotros, ¿verdad?

—No, qué va. Le he contado que un día me encontré contigo en la calle (por pura casualidad, le dije), y que me diste tu tarjeta.

—¿Y no se olió nada?

—Brodie... Se supone que te conozco. Él lo sabe. Fue una casualidad: en esta ciudad es fácil tropezarse con conocidos.

—Pero no pudo ser una casualidad.

—Él cree que lo fue. Cuando llegues a la pensión encontrarás una nota, estoy segura.

Lika ya estaba desnuda. Se pasó los dedos por debajo de los pechos y se frotó la mano en la colcha para quitarse el sudor.

—Ufff. Qué calor hace en esta habitación: estamos justo debajo del tejado. Quítate la ropa, anda. Date prisa.

John Kilbarron le sirvió una copa de champán.

—¿Qué hay que celebrar? —preguntó, cauteloso, Brodie.

Estaban solos en el salón de la casa de Saint-Germain.

—Que haya encontrado una solución a nuestros problemas. Al menos eso espero —contestó Kilbarron, y a continuación chocó su copa con la de Brodie.

Estaba de buen humor. Las arrugas de su cara parecían más profundas, más evidentes: recordaban a las de la camisa de lino sucia que llevaba. Había una

expresión francesa que describía muy bien su aspecto: *visage buriné* .

—Tengo entendido que ha roto usted con Channon.

—Así es. Fue un... malentendido, pero no podía seguir con la empresa. Han sido muy generosos, eso sí.

—Apuesto a que tiene algo que ver con ese tipo gordo, borracho y gandul. Calder, me refiero.

—En efecto.

—Pues tanto mejor para mí... y para usted, muchacho. ¡Está usted de suerte!

Kilbarron fue a buscar sus puritos y unas cerillas. Brodie —que tenía plena conciencia de su doblez, de sus fingimientos— se sintió muy incómodo. Ojalá no aparezca Lika, pensó. Kilbarron volvió echando bocanadas de humo.

—Siéntese, siéntese. Le contaré lo que ha ocurrido.

Brodie se sentó y Kilbarron comenzó a deambular por el salón mientras fumaba, bebía y se lo iba explicando todo. Al parecer tenía un nuevo mecenas: una mujer rusa muy rica, una filántropa, que quería que se instalara en San Petersburgo y ejerciera de virtuoso, compositor y director de orquesta en un teatro del que era dueña.

—Tiene mucho dinero, montañas de dinero. No sabe qué hacer con él. Pero... —se dio la vuelta bruscamente— es amante de la música, que Dios la bendiga. El caso es que quiere hacer algo por la música en Rusia y ha pensado que soy la persona indicada para ayudarla.

—Enhorabuena.

—Se trataría de dar conciertos, componer unas cuantas obras y organizar una temporada o dos de música rusa para la gente bien de San Petersburgo. Ella nos pagaría a todos —dijo sonriente—, incluido mi séquito: Malachi, Lika y usted, Brodie, si alberga una pizca de sensatez en ese enorme cuerpo desgarbado.

—San Petersburgo... —dijo Brodie para ganar tiempo.

—Tendríamos que irnos todos a vivir allí... una temporada: un año o dos, simplemente para poner las cosas en marcha. ¿Qué me dice usted, muchacho?

—¿Cómo se llama la señora?

—Elisaveta Nosequeovna Vadimova. Su difunto marido (que ahora está sentado a la diestra de Dios Todopoderoso) era el cuarto hombre más rico de Rusia, por lo que he oído. O puede que el tercero... En fin, ¿qué más da? El caso es que poseía una fortuna como la del zar. Era un magnate del hierro y del carbón; tenía barcos... Ya se hace usted una idea. La vieja señora Vadimova

heredó la fortuna familiar y, como es tan aficionada a la música, quiere convertirse en mecenas. Ya ha construido su teatro y contratado a su orquesta: solo le falta una auténtica estrella de las salas de conciertos europeas — Kilbarron hizo una leve reverencia—. Un toque final para acabar de labrarse un prestigio.

—¿Y qué haría yo... en su séquito?

Kilbarron le enseñó la mano derecha. Tenía un temblor.

—Va a peor. Necesito que haga sus famosos trucos Moncur con el piano que tendré que tocar, querido muchacho. Insistí en que usted formaba parte del *équipe*. Insistí mucho, sí. Si no viene, no podré tocar más de veinte minutos: el dolor se está... agudizando —flexionó los dedos y cerró los ojos con fuerza, recordando el dolor—. Es una puta pesadilla.

Se apartó de Brodie y atravesó el salón para rellenar de coñac la copa de champán. Por algún motivo, solo entonces advirtió Brodie que en realidad Kilbarron estaba bastante borracho.

—Pero si el Channon estaba perfectamente adaptado a sus necesidades — dijo—. Lo regulé con precisión. Estaba hecho a su medida.

—Tuve que venderlo, por desgracia. Fue una lástima..., pero le alegrará saber que me pagaron mucho por él. Estaba pasando apuros, por así decir. Se trataba de elegir entre el piano y yo; usted ya me entiende —Kilbarron caminó despacio hacia él, y en el camino cogió la botella de champán—. En fin, ¿se apunta o no?

—Supongo que estoy libre, pero...

—Le pagaré el doble de lo que estuviese ganando en Channon. Bueno, le pagará madame Vadimova, para ser exactos. Y el alojamiento le saldrá gratis. Todos cobrarán un sueldo: Malachi, Lika, usted. Luego están los honorarios por los conciertos. Es la gallina de los huevos de oro, Brodie, créame.

Kilbarron se detuvo a rellenarle la copa de champán. Brodie había notado cómo el acento irlandés se iba fortaleciendo conforme se emborrachaba. Otra vez la gallina de los huevos de oro... Brodie pensó en lo recurrente que era esta fábula en su vida. El hecho de oír hablar tanto de ella no era un buen augurio. En cualquier caso, no tenía que reflexionar mucho sobre la propuesta. Si Kilbarron se iba a San Petersburgo, Lika le acompañaría. Y Brodie iría adondequiera que fuese ella: era así de sencillo.

—Cuenta conmigo, señor Kilbarron. Le agradezco que me lo haya pedido.

Entonces, como llamada a escena, Lika entró en el salón. Llevaba uno de

esos vestidos que estaban tan de moda: amplio, vaporoso, con mucho vuelo, de un tono albaricoque y bordado con flores escarlatas.

Brodie se puso de pie. Estaba tenso.

—Cuánto me alegro de verla, señorita Blum.

—Tanto gusto, señor Moncur.

Se dieron la mano. Brodie se la estrechó con fuerza. Notó cómo el rubor se le subía del cuello a las mejillas, como si llevase su traición a Kilbarron escrita en la frente. Se acordó de su último encuentro, de lo que Lika le había hecho y lo que le había pedido que le hiciera a ella. Y allí, delante de él, estaba la misma mujer, aceptando tranquila una copa de champán.

—Brodie se viene con nosotros a San Petersburgo —le anunció Kilbarron—. He logrado convencerle.

—Qué gran noticia —dijo ella, alzando la copa—. Brindo por nuestra nueva vida en Piter.

Dio una vuelta hasta situarse a la espalda de Kilbarron y se señaló a sí misma con el dedo para indicarle a Brodie que había sido idea suya: «*Mon idée*», dijo moviendo mudamente los labios.

Brodie se alejó de ella y se forzó a escuchar a Kilbarron, que andaba quejándose de que además de actuar tuviese que componer. Madame Vadimova quería un «estreno mundial» —una sinfonía, un concierto—, menuda lata. Brodie asintió con la cabeza, pero no pensaba más que en una cosa: que se iba a marchar a San Petersburgo con Lika y que allí, pasara lo que pasara, continuarían su relación clandestina. Sin embargo, mientras los tres —el cornudo, el amante y la amada— bebían y hablaban con entusiasmo del porvenir en el salón de la casa de Saint-Germain, Brodie tuvo el repentino presentimiento de que su vida en San Petersburgo sería más peligrosa que en París.

Tercera parte
SAN PETERSBURGO
1899

1

Apartamento 4b
Malaya Morskaya, 57
San Petersburgo
Rusia

17 de mayo de 1899

Querida lady Dalcastle:

Le ruego que disculpe el silencio epistolar, pero don Brodie Moncur continúa su picaresco periplo por el mundo. He dejado Channon (la ruptura ha sido bastante amistosa, pero sería muy largo de contar), y también París, y ahora ejerzo de «secretario» del maestro John Kilbarron, el célebre pianista, que ha aceptado un trabajo en San Petersburgo. Su contrato dura cinco años. Así que aquí estoy, y aquí me quedaré una temporada.

Kilbarron tiene dos mecenas: una señora y su hija (las Vadimovas). Herederas de una inmensa fortuna, han construido un teatro en una isla de la bahía de San Petersburgo (o «Piter», como la llaman aquí), y tienen pensado ofrecer una temporada de conciertos de música rusa organizados por John Kilbarron, que también actuará a menudo. El repertorio lo elige él, pero en la ciudad se palpa la expectación. La gente espera conciertos memorables. Mi trabajo consiste en asesorarle (aunque no le hagan mucha falta mis consejos) y afinarle el piano (tarea fundamental). Me da pudor decirlo, pero me pagan extraordinariamente bien.

Además —sí, la munificencia rusa no tiene límites—, han puesto a mi disposición un piso enorme propiedad de la familia Vadimova y que se encuentra en una bocacalle de Vosnesenski Prospekt, una de las principales avenidas de la ciudad. Imagínese Princes Street, pero en Rusia en vez de en Edimburgo y el doble de ancha. Tiendas, apartamentos, grandes hoteles..., y

ese gran bulevar es solo uno de los tres que parten del complejo de edificios del Almirantazgo, en la orilla sur del río Nevá. Piense en los Campos Elíseos trasladados a Piter y quizá se haga una idea más exacta del tamaño de esas calles. Mi piso tiene siete habitaciones, y un matrimonio (Nikanor y Fyolka) se encarga de cocinar y de todas las demás labores de la casa. Por lo demás, he de acompañar a John Kilbarron cuando da conciertos en Rusia y en el extranjero: desde que llegué aquí hace unos meses he viajado con él a Estocolmo, Moscú, Kiev, Berlín y Praga. Pero este piso es mi residencia habitual y lo seguirá siendo mientras esté en San Petersburgo.

Piter es una ciudad impresionante, con un gran río que la atraviesa y que forma una especie de delta lleno de islas comunicadas por infinidad de puentes. Dice mi guía turística que sus enormes edificios tienen un estilo algo «monótono». No estoy de acuerdo: las fachadas son de colores muy vivos (amarillo, rosa, verde y azul claros, ocre, terracota). Imagínese que los edificios de Edimburgo (¡jo de Peebles!) estuviesen pintados de colores así: sería todo distinto.

La ciudad tiene más de dos millones de habitantes, y lo asombroso es que entre ellos hay diez mil alemanes y dos mil británicos. En casi todos los ambientes burgueses o intelectuales se puede uno desenvolver hablando en francés. En general, la gente de aquí sabe un poco de alemán o francés, pero no habla una palabra de inglés, así que estoy tratando de aprender unas cuantas frases sencillas en ruso para comunicarme con Nikanor y Fyolka. El idioma es endiabladamente difícil: tenga en cuenta que manejan otro alfabeto, el cirílico (con treinta y tres letras), y que los sustantivos se declinan, como en latín. Voy progresando despacio. Menos mal que hablo francés.

Por cierto, lo mejor sería que me escribiese a la dirección de mi banco: Banco Anglorruso, Nevski, 28, S. P.

Le deseo mucha salud, riqueza y felicidad (como dicen en Rusia).

Un saludo afectuoso,

Brodie Moncur

Brodie se dirigió al comedor en bata y con una bufanda al cuello. Como se había afeitado, notó que se estaba acatarrando: tenía picor en la garganta y algo de congestión en el pecho, y estos síntomas siempre le alarmaban. Ya

había sobrevivido un invierno entero en San Petersburgo sin pasar ningún resfriado, ni mucho menos una hemorragia. Ni en el más recóndito valle escocés había sentido un frío como el ruso: a uno se le entumecía la cara y le lloraban los ojos, aparte del continuo moqueo. Un frío que parecía vibrar, que casi se oía, como si hubiese sonado un gigantesco gong de hielo, congelando toda la tierra. Brodie había conseguido explicarle a Nikanor que necesitaba calor, así que el sirviente había encendido la estufa en todas las habitaciones, creando un aire viciado y caliente que Fyolka mantenía con diligencia todo el día, y que había durado el invierno entero. De este modo, Brodie disfrutaba en casa de un ambiente casi de invernadero, y muchas veces tenía que quitarse la chaqueta para estar más cómodo. Por lo demás, no necesitaba preocuparse por el gasto en carbón que suponía calentar el piso: la generosidad de las Vadimovas parecía infinita. Ahora, sin embargo, se aproximaba el verano y las estufas estaban apagadas, por lo que Brodie sentía un frío al que no estaba acostumbrado, y que posiblemente le había causado esa irritante tosecilla. Y también notó de pronto la humedad: el piso era muy antiguo y él sospechaba que no había tenido ningún inquilino en muchos años. Nikanor y Fyolka, desde luego, parecían encantados de que se hubiese instalado en la casa, y de tener así a alguien a quien servir.

Al abrir la puerta del comedor, Brodie vio que le habían puesto el plato en un extremo de la larguísima mesa, en la que podían sentarse veinte personas con facilidad. En un rincón de la sala, leyendo el periódico en un sillón de madera, estaba Kyrill, un anciano de sesenta y tantos años casi calvo, con la cara enjuta, bien afeitado y siempre sonriente. Llevaba un traje elegante pero raído, una camisa blanca limpia y corbata. Kyrill hablaba algo de francés, por lo que era útil como intérprete. Brodie no tenía idea de quién era ni de qué función desempeñaba, pero le daba la impresión de que vivía en las dependencias del servicio. Solía verlo en diferentes habitaciones leyendo o jugando a una complicada forma de solitario con dos barajas. Era una presencia totalmente inofensiva, apacible. Como una planta que se iba moviendo de una habitación a otra, pensó Brodie.

— *Bonjour*, monsieur Kyrill —le dijo, y se sentó a la mesa.

— *Bonjour*, monsieur Moncur —respondió Kyrill, y enseguida reanudó la lectura del periódico.

Fyolka salió de la cocina con una bandeja, se puso a charlatanear en ruso con Brodie y se marchó después de servirle un vaso de leche y un plato de

arenques fríos. ¿Por qué me habrá servido leche hoy?, pensó. Ella siempre le había dado té con el desayuno. Brodie no quería leche, sino una bebida caliente para la garganta.

—¿Fyolka? —la llamó desde la puerta que daba a la cocina y las dependencias del servicio, y que nunca había cruzado—. *Du thé?*

Kyrill le había asegurado que ella entendía unas pocas palabras en francés y alemán. Fyolka le dijo algo en ruso. Estaba claro que no conocía la palabra *thé*. Brodie se dio la vuelta para pedir ayuda a Kyrill, pero el anciano había desaparecido de la habitación sin hacer ruido. ¿Cómo se decía *té* en alemán? Tenía un diccionario bilingüe inglés-ruso con las palabras transliteradas, pero se lo había dejado en su habitación y le daba pereza ir a buscarlo. Entonces se acordó de la palabra alemana:

— *Eine Tasse Tee, bitte* .

No hubo reacción por parte de Fyolka. ¿Por qué tenía que irse Kyrill justo cuando le necesitaba? Brodie procedió a imitar con gestos la operación de servir el té de la tetera, removerlo en la taza y beberse. La sirvienta desapareció, y al cabo de un minuto volvió con una taza de café. Por lo menos estaba caliente. Él le pidió pan y mermelada en francés y alemán y le dio el plato de arenques fríos para que se lo llevara. Fyolka regresó con un panecillo y un poco de mermelada de grosella: es un avance, pensó él. Después de desayunar se tropezó con Kyrill, que se dirigía otra vez al comedor para coger el periódico, y luego entró en su habitación y se vistió. Finalmente salió a la calle y echó a andar hacia la oficina.

A Brodie siempre le estimulaba y hacía ilusión caminar por las calles de Piter en dirección al trabajo: parecía mentira que fuese él, Brodie Moncur, oriundo de Liethen Manor, quien recorría esas avenidas que bordeaban el ancho Nevá, que se había deshelado hacía poco, pasando junto a las coloridas fachadas de esos edificios enormes y ornamentados con cúpulas y agujas e infinidad de banderas que ondeaban al viento, y abriéndose camino entre centenares de transeúntes, dos tercios de los cuales parecían llevar algún uniforme. Algunos eran militares; otros, marinos, pero daba la impresión de que todos los rusos soñaban con un trabajo que requiriese uniforme. Además, la mayoría de la gente llevaba el mismo tipo de gorro: una especie de quepis que parecía hecho de fieltro y con la visera de cuero. Brodie se sentía muy extranjero: su ropa, sus zapatos, su sombrero y abrigo parecían gritar: «¡No soy ruso!». En la calle sabía reconocer a los otros extranjeros, y ellos a él

también: se creaba así una extraña camaradería entre desconocidos. San Petersburgo pretendía ser la ciudad más europea de Rusia, pero a sus ojos tenía un aire muy ruso. Él, que tan a gusto se había sentido en París, recorriendo la ciudad y disfrutando de ella como un parisino más, dudaba que fuese a experimentar nada parecido en San Petersburgo.

Brodie cruzó el puente Nikoláievski y luego el de Tuchkov, y al llegar a lo que se conocía como el Lado de Petrogrado dobló a la izquierda y enfiló hacia el parque Petrovski, donde estaba el Teatro Nueva Rusia. Allí, en el edificio mismo, tenía su despacho. En el teatro, construido apenas dos años antes, había un auditorio para quinientas localidades y dos galerías, hecho todo de madera (pintada de blanco) y provisto de luz eléctrica. Al despacho, que se encontraba en el último piso, no se lo podía considerar como tal: era un cuarto minúsculo con un tragaluz, una mesa, una silla y un archivador de madera de pino. En la puerta figuraba su nombre en inglés y ruso. Brodie sospechaba que la decisión de poner a su disposición ese local tan modesto había sido resultado de las negociaciones de Kilbarron con las Vadimovas. En realidad no era su secretario, sino solo el encargado de afinarle el piano, pero tenía que parecerlo para justificar su sueldo, y de ahí la necesidad de proporcionarle unas dependencias mínimas.

Como muchos melómanos adinerados residentes en San Petersburgo —entre ellos el conde Sheremetyev, Borís Liskov y Mijaíl Berkesh—, Elisaveta Ivánovna Vadimova tenía su teatro y su orquesta, y estaba por tanto en condiciones de dictar gustos y promocionar a artistas, siempre con el fin último de celebrar la grandeza de la música rusa. Brodie sabía que había escuchado el recital ofrecido por Kilbarron en la *soirée russe* del Théâtre de la République, y que su interpretación del concierto de Rimski-Kórsakov y, más tarde, sus «paráfrasis» de Borodín la habían conmovido tanto que, a pesar de que el maestro era irlandés y su prestigio estaba decayendo un poco, había visto en él a la persona idónea para desempeñar el triple papel de artista, director y compositor invitado en el Teatro Nueva Rusia, la sala de conciertos que había construido en el parque Petrovski de San Petersburgo. El dinero era lo de menos para ella: a Kilbarron le concedía al instante todo lo que pedía. Brodie se preguntaba si no habrían sido las negociaciones con las Vadimovas las que habían llevado a Kilbarron a mostrarse tan cerril con Ainsley Channon: si el pianista se había obcecado en exigirle al empresario doscientas guineas por concierto era seguramente porque había en San Petersburgo una

dama, Elisaveta Vadimova, dispuesta a darle todo lo que quería.

Brodie cerró la puerta de su despacho, se sentó a la mesa, se quitó las gafas, limpió las lentes, se las volvió a poner y sacó del cajón la novela que estaba leyendo: *El señor de Ballantrae*, de Robert Louis Stevenson. Desde su llegada a San Petersburgo había leído mucho porque apenas había nada que hacer hasta que se aproximaba un nuevo concierto. El piano del Teatro Nueva Rusia era un Zollmeyer fabricado tres años antes, y, si bien no lo consideraba de primera categoría, Brodie lo había afinado y regulado con el mismo método que había aplicado en el Channon, es decir, cargando meticulosamente las octavas sextas para aliviarle al pianista el dolor que sentía en la mano derecha. Terminada la tarea, se quedaba ocioso, esperando a que Kilbarron le avisara de que era hora de marcharse a Kiev, Praga, Berlín o dondequiera que tuviese que dar un concierto o un recital. El maestro, mientras tanto, andaba preparando la temporada musical con que se iba a inaugurar el Teatro Nueva Rusia. Tan aburrida y lánguida era la vida que llevaba Brodie que en circunstancias normales habría dimitido al cabo de unos meses. Pero no podía hacerlo: si se marchaba de San Petersburgo, le sería imposible ver a Lika. Así que tenía que quedarse por mucho que se aburriera; nunca la dejaría.

Ella vivía con Kilbarron (y Malachi) en la Nevski Prospekt, en un cuasipalacio con caballerizas y cocinas en la planta baja y una espléndida escalera que partía de un vestíbulo separado y llevaba a los salones y las dependencias privadas, distribuidas entre los cuatro pisos de la mansión. Malachi disponía de una serie de habitaciones para él en el tercero. En el *piano nobile* había dos salones (uno pequeño y el otro grande), una sala de billar, un comedor (con capacidad para cuarenta personas) y una pequeña sala de baile con una galería de trovadores. En el segundo piso estaban las espaciosas dependencias de Lika y John Kilbarron: dos dormitorios, vestidores, un cuarto de estar y un baño. Tenían muchos sirvientes: porteros, doncellas, un cochero y varios mozos de cuadra, un mayordomo y una cocinera con multitud de ayudantes..., todos por cortesía de Elisaveta Vadimova. Kilbarron gozaba con este alarde de lujo y esplendor, que para Brodie tenía, sin embargo, el inconveniente de que casi nunca podía estar a solas con Lika.

No se habían instalado todos en San Petersburgo hasta el mes de septiembre del año anterior: si habían aplazado el viaje desde París era porque los hermanos Kilbarron habían tenido que ir muchas veces a la ciudad rusa a entrevistarse con la señora Vadimova y su hija y pactar los pormenores del

espléndido trabajo que aguardaba al pianista en el nuevo teatro. Mientras tanto, Brodie y Lika habían aprovechado la ausencia de Kilbarron para gozar de la libertad que les ofrecía el Grand Hôtel des Étrangers. Ese periodo, en el que habían podido verse sin ningún temor a que los sorprendieran, había sido quizá el más feliz de su relación. En una ocasión habían pasado juntos tres días consecutivos. Pero ahora, en San Petersburgo, las cosas se habían vuelto a complicar mucho. Brodie se dedicaba a hacer cálculos: entre los meses de septiembre de 1898 y mayo de 1899 no habían hecho el amor una sola vez. De cuando en cuando había habido besos impetuosos y manoseos en los camerinos del teatro y en pasillos, pero nada más. Además, Brodie tenía que acompañar a Kilbarron en sus frecuentes giras. Cuando estaba en la ciudad veía a Lika varias veces a la semana, pero siempre en presencia del pianista. Así que se iba sintiendo cada vez más frustrado. La masturbación le ofrecía solo un consuelo fugaz. Ya encontrarían alguna manera de salir del *impasse*, se decía, pero Petersburgo no era como París. Todo era distinto, más difícil.

En cierta ocasión, él le había pasado a escondidas una nota que decía: «Ve mañana al Hôtel d'Angleterre, habitación 113. Estaré allí todo el día». La esperó, pasó allí la noche, pero ella no apareció. Los pocos ratos en que se quedaban a solas, él le decía entre susurros que tuviesen paciencia, que ya se le ocurriría algo: estaba pensando, haciendo planes. Apenas le consolaba que ella también le echase de menos. Cuando Kilbarron se marchaba de San Petersburgo, Brodie se iba con él y Lika permanecía en la ciudad. Era un rompecabezas desesperante. Si habían creído que en San Petersburgo hallarían la solución perfecta —la posibilidad de pasar mucho tiempo juntos—, su estancia en la ciudad estaba siendo muy desalentadora.

A mediodía, Brodie dejó la novela y salió a comer algo.

El Restaurant Français Dominique tenía, al menos, un *maître* francés: a Brodie le gustaba ir aunque solo fuese para hablar el idioma y tomarse un vino francés caro, con un lucio cocinado al estilo judío, anguila rellena o besugo hervido con salsa de rábano —el Dominique estaba especializado en pescados—. En la parte trasera del establecimiento había un jardincillo donde se colocaban mesas cuando empezaba a hacer más calor. El *maître* —que se llamaba Zéphyr Dommeq— le saludó con familiaridad y le informó de que acababa de llegar un Chablis estupendo. Brodie pidió una botella sin preguntar siquiera el precio. Y es que disponía de más dinero que nunca. El alojamiento le salía gratis, y además estaba ganando el doble que en Channon... aunque

apenas tenía nada en que gastárselo. En París, los días y las noches que había pasado en el Grand Hôtel habían mermado considerablemente sus ahorros. Ahora, en cambio, tenía cientos de libras en su cuenta del Banco Anglorruso, pero nunca los tocaba.

Se sentó en el jardín y echó un vistazo a su alrededor al tiempo que encendía un cigarrillo. Al oír hablar a los ocupantes de las otras dos mesas supo que eran alemanes. El sol de mayo le calentaba un muslo, y notó el Chablis todo lo frío que deseaba. Allí estaba Brodie, almorzando en un restaurante caro de San Petersburgo, y con una botella de vino entera para él. Vivo bien, pensó, pero ocurre que... Mientras esperaba a que llegase el primer plato —sopa de cerezas y trigo sarraceno—, cayó en la cuenta de lo efímera y frágil que era la felicidad personal. Tendría que ser feliz, pero era desdichado, porque no podía estar con la mujer a la que amaba con pasión. Sin embargo, dejar Piter y a Lika le habría hecho aún más desdichado. Profundamente desdichado. Así pues, mejor ser menos desdichado, por muy desdichado que eso le hiciese. Estaba atrapado en el extraño círculo vicioso de la desdicha.

Se tomó la sopa, y Zéphyr enseguida le sirvió la carpa hervida en vino tinto que había pedido y le rellenó la copa de Chablis.

—De postre le recomiendo la tarta de crema agria —dijo—. Está deliciosa.

Después de comer, paseó de regreso al teatro. Estaba lleno y un poco amodorrado por el vino. Quizá una botella entera de Chablis fuera un tanto excesivo, daba igual lo infeliz que estuviera.

Al acceder al teatro por la entrada de artistas vio que estaba atestado de mujeres jóvenes y diminutas: eran las integrantes del *corps de ballet*, que habían acudido a un ensayo. Enseguida se apartaron para que pasara ese gigante tan raro que acababa de entrar, y se quedaron calladas. Nada más abandonar el vestíbulo, Brodie oyó cómo estallaban en risitas tontas y parloteaban en una jerigonza como de pájaros cantores. Faltaba poco para que comenzara la temporada de ballet en el Teatro Nueva Rusia, así que él iba a estar aún más ocioso que de costumbre. Más tiempo para leer a Stevenson.

En la mesa de su despacho, sin embargo, encontró dos notas: una de su doctora, recordándole la cita de ese día, y la otra de Malachi Kilbarron, que le convocaba a una reunión a las seis de la tarde en la casa de la Nevski Prospekt. Brodie se animó al instante: de pronto tenía todo el día ocupado, y seguramente viese, cuando menos de pasada, a Lika.

2

La doctora Varia Aleksándrovna Sampsoniyevskaya se sentó en su mesa y le dio permiso a Brodie para que se pusiera la camisa. Tenía treinta y muchos años —eso calculaba él, que solo había acudido a su consulta otras dos veces—, una cara angulosa pero agradable y la nariz ganchuda. Su gesto era adusto: la doctora Sampson, como la llamaba Brodie, no daba la impresión de disfrutar de la vida. Puede que fuese algo infeliz, como él. Por lo demás, hablaba muy buen francés: había estudiado un año en Francia bajo la tutela de Théophile Roguin. Encima del traje llevaba una bata blanca de algodón que le llegaba a las rodillas, y el pelo lo tenía recogido en un moño despeinado y sujeto con muchas horquillas.

—Tiene algo de congestión en el pulmón derecho —le dijo—. Creo que es solo un resfriado. Le daré un inhalante de alcanfor para que se descongestione la garganta y la nariz. Abríguese bien —la doctora anotó algo en una libreta, y luego se recostó en la silla y le observó mientras se abrochaba la camisa—. ¿Así que no ha tenido problemas de salud este último invierno?

—No, me he sentido bien. Ahora que es primavera me vuelvo a encontrar mal.

—Ha tenido mucha suerte. El próximo invierno le aconsejo que se vaya de Piter. Márchese al sur de Europa... o incluso al norte de África. Lisboa, Sevilla, Marrakech, Argel, Biarritz, Niza. No vuelva hasta el deshielo del Nevá.

—Ya he estado en Niza. Fui por recomendación de mi médico francés.

—Bueno, si conoce algún sitio agradable, le aconsejaría que reservara una habitación y se quedase allí desde diciembre hasta mayo.

—No creo que mi jefe me permita ausentarme tanto tiempo.

Ella se encogió de hombros.

—Entonces tendrá que encomendarse a la suerte —estas últimas palabras las dijo en inglés—. ¿Se dice así?

—Sí, lo ha dicho bien. Pero ¿acaso no consiste en eso la vida? ¿En encomendarse a la suerte?

—Siempre puede uno ayudar a la suerte —dijo ella, y acto seguido abrió un cajón, sacó una pitillera y le ofreció un cigarrillo.

Brodie se fijó en que los cigarrillos eran rusos: papel amarillo y un filtro de cartón largo.

—Preferiría uno de los míos, si no le importa.

—¿Qué fuma usted? —preguntó la doctora Sampson.

—Cigarrillos Margarita, importados de los Estados Unidos de América.

—¿Puedo probar?

La doctora y el paciente encendieron los pitillos y se pusieron a degustar el peculiar sabor del tabaco americano. Brodie percibió un leve cambio de actitud: de la severidad profesional a una especie de curiosidad amable.

—Es la primera vez que fumo tabaco americano —dijo ella.

—Es el mejor.

—¿Está usted a gusto en Piter? ¿Le gusta la ciudad? —preguntó la doctora Sampson mientras se quitaba una hebra de tabaco de la punta de la lengua.

—Sí, me encanta. Aunque tiene sus inconvenientes, como todas las ciudades.

—Y es usted músico.

—Soy el secretario de un gran pianista..., John Kilbarron.

—¡John Kilbarron! Sí, he oído hablar de él. El Liszt irlandés.

—El mismo —Brodie le contó su traslado de París a San Petersburgo—. ¿Es usted aficionada a la música? —le preguntó.

—Naturalmente. Soy rusa.

—Entonces debe asistir como invitada mía a un recital de Kilbarron. Es extraordinario. Empieza a actuar al final del verano.

—Gracias. Es usted muy amable. Me encantaría.

Por un segundo cambió de expresión: se permitió una sonrisa sincera.

La doctora Sampson era extrañamente cautivadora, pensó Brodie mientras ella le acompañaba a la farmacia. Puede que en otra vida (en una vida sin Lika) se hubiese visto atraído por su encantadora melancolía y su circunspección, y hubiese disfrutado tratando de vencerlas. Ella se despidió en la farmacia, donde el boticario estaba midiendo la dosis de alcanfor en polvo, y le agradeció de nuevo la invitación.

Cuando llegó a la mansión de la Nevski Prospekt, el mayordomo, Serguéi, le condujo al salón principal, que estaba en el primer piso. Kilbarron lo había redecorado en diferentes tonos de rojo, añadiéndole cortinas de terciopelo rojo, una alfombra granate y varios sofás Chesterfield escarlatas. Además, había colgado en las paredes una amplia colección de armas antiguas y exóticas: espadas y sables, bracamartes y cimitarras, *claymores* y hachas, escudos, alabardas, picas y lanzas, manguales y mazas. Había timones y yelmos expuestos en varias mesas. Brodie siempre había pensado que era difícil sentirse a gusto en una sala así: en esa colección de armas, de hojas pulidas y relucientes, se adivinaba una ira contenida, y, por extraño que pareciese, los diversos matices de rojo le ponían a uno los nervios de punta. No había ningún piano, ni tampoco cuadros. Parecía un museo militar. Brodie no había tenido ocasión de preguntarle a Lika qué opinaba.

Le recibió Malachi Kilbarron. A Brodie, que llevaba varias semanas sin verlo, le pareció más grande de lo habitual. No es que estuviese más corpulento: simplemente daba la impresión de pesar más y ocupar más espacio que la mayoría de los hombres. Un bloque macizo de carne. Le ofreció un vodka, pero Brodie, que aún notaba los efectos del Chablis que se había tomado con la comida, lo rehusó.

—Es extraordinario —dijo Malachi mientras se servía una copita—. Te lo puedes tomar a cualquier hora.

—Eso mismo he oído decir del whisky —respondió Brodie; cuando se tenía mucha afición a la bebida, pensó, era fácil encontrar un pretexto para beber cualquier cosa en cualquier momento del día.

Entonces apareció John Kilbarron. Brodie enseguida notó que no estaba sobrio. El maestro atravesó el salón con paso firme, pero parecía incapaz de fijar los ojos en nada, como si sus pensamientos fueran más interesantes que lo que podía encontrar en esa estancia.

Le dio a Brodie un caluroso y vigoroso apretón de manos y una palmada en el hombro, y después de aceptar la copa de cristal tallado que le ofrecía Malachi se sentó con cuidado. Brodie se fijó en las manchas de comida que tenía en la parte delantera de la chaqueta.

—Mañana nos vamos de viaje —anunció—. Elisaveta Vadimova me ha regalado una dacha.

—Te la ha prestado —le corrigió Malachi.

—¡Vamos a ser *dachniki* ! —exclamó entusiasmado Kilbarron. Estaba casi gritando—. ¿No bebe usted nada, Brodie? Dale un poco de vodka, Malachi. En esta casa no aceptamos un «no» por respuesta.

Malachi le pasó una copa con un par de centímetros de vodka. Brodie de pronto necesitaba más alcohol. Había un ambiente febril. Al beberse un sorbo sintió cómo le ardían los labios.

—¡Tendrá su propia habitación, Brodie! —gritó Kilbarron—. Se acerca el verano, y vamos a tener una casa en el campo. ¡Vamos a ser terratenientes!

Se levantó a duras penas y fue a rellenarse la copa. Mientras buscaba sus puritos, Malachi se acercó sigilosamente a Brodie.

—Tenemos que hablar del programa del Nueva Rusia.

—Por supuesto.

—John dice que no quiere tocar: solo dirigir.

—Creo que debe tocar —dijo Brodie—. Se han agotado las entradas.

—Pues más le vale a usted hacer maravillas con el piano —dijo Malachi—. Casi no aguanta ni cinco minutos.

Quizá debería dejar de beber tanto, pensó Brodie. Y también le convenía dejar de inyectarse ese «analgésico». En cualquier caso, faltaban todavía unos meses para que empezara la temporada de conciertos. Puede que la solución fuera vivir en el campo: allí tendría paz y tranquilidad, y tiempo de sobra para ensayar con el piano. Brodie cesó de pensar en el plan: al fin y al cabo, no era asunto suyo, sino de Malachi.

Entonces apareció Lika.

—Cuánto me alegro de verle, señor Moncur.

—Lo mismo digo, señorita Blum.

Se dieron la mano. Brodie se atrevió a estrechársela con fuerza. Notó cómo se le aceleraba el pulso, la falta de oxígeno. Eran sorprendentes los efectos físicos que le causaba su presencia.

—¿Podría servirme otra copa, Malachi? Tiene razón: es extraordinario.

—Mañana nos vamos todos a la dacha —anunció solemne Kilbarron—. A las diez en punto, en la estación de Varsovia.

Lika les dio la espalda a Kilbarron y Malachi. «Tienes que venir», le dijo a Brodie tan solo moviendo los labios. Luego se dio la vuelta otra vez.

—¡Qué divertido! —dijo—. Una casa de campo para nosotros.

3

Desde la estación de Varsovia se tardaba apenas media hora en llegar a Dubechnia, la parada más cercana a Nikolskoe; así se llamaba la finca que tenía la familia Vadimov al sur de San Petersburgo.

Un viaje corto, pensó Brodie: es una ventaja. Después de la euforia del día anterior, Kilbarron parecía taciturno y malhumorado, y además tenía mal aspecto. En el tren, Brodie iba sentado enfrente de Lika, y de vez en cuando la pisaba, haciendo al mismo tiempo que miraba por la ventanilla u observaba las caladas que Malachi le daba al puro. El compartimento se llenó de humo enseguida. Kilbarron salió de su ensimismamiento y encendió uno de sus puritos. Brodie le ofreció un cigarrillo a Lika, y los dos prendieron sus respectivos pitillos. Nada mejor para combatir el humo que echar más humo.

El tren redujo la marcha: ese día estaba claro que el viaje iba a durar más de media hora. Brodie sacó del bolso su *Guía azul* y se puso a leer lo que decía de Dubechnia. La estación —de tercera clase, y con una cantina— estaba a algo más de una versta de la pequeña ciudad, que tenía cinco hoteles —de los cuales dos eran «muy malos» y uno estaba regentado por polacos, según contaba la guía—, seis iglesias, ocho escuelas, un convento de monjas y una biblioteca con sala de lectura. Llegaron a la estación veinte minutos tarde, y resultó que aún quedaba otra hora de trayecto en coche de caballos hasta la finca. Había ido a recogerlos el administrador, Philipp Philippovitch Lvov, un tipo con barba poblada y aire reservado. Llegó con un carruaje de cuatro caballos que, una vez colocadas las maletas en el techo, los condujo por la calle principal de la ciudad, que estaba sin pavimentar. Dejaron atrás sucesivamente varias casas de piedra y muchas de madera, un molino harinero a vapor y otro con cuerda, un matadero, una curtiduría y multitud de almacenes, y por fin salieron a campo abierto.

Viajaron con bastante comodidad por caminos de tierra, atravesando campos de centeno, hasta llegar a un lugar llamado Maloe Nikolskoe —o el

Nikolskoe «Menor»—, la dacha que Elisaveta Vadimova le había prestado a Kilbarron. El maestro se había ido animando a lo largo del viaje, según Malachi pasaba la petaca con vodka. Era un día soleado de mayo y en el cielo había unas cuantas nubes ralas que se movían veloces, impulsadas por la brisa. Por la ventanilla abierta del carruaje entraba una corriente de aire cálido. Las rodillas de Brodie chocaban de cuando en cuando con las de Lika —él la tenía enfrente otra vez— y, cuando los hermanos estaban distraídos conversando, los dos aprovechaban para mirarse. Quiero yacer desnudo contigo, decía Brodie con los ojos. Lika se toqueteaba el pelo de manera provocativa, y llegó a pasar un minuto acariciándose los labios con el dedo meñique y lamiéndoselos cada cierto tiempo. Brodie estaba loco de deseo, con el pene erecto apretándose furioso contra la bragueta de botones.

—¿Dónde está César? —logró preguntar en cierto momento. Lo dijo en el tono más inocente del que era capaz.

—Lo he dejado en San Petersburgo —contestó ella—. Tengo que ver cómo son los perros que tienen aquí. Podrían comérselo vivo. Conozco a los perros de granja. Son auténticos monstruos —se volvió hacia Philipp Lvov y le habló en ruso—. Sí, dice que hay media docena de perros en la granja —le explicó a Brodie—. Un perro de ciudad como César no sobreviviría ni por asomo.

Hacía calor y, mientras el carruaje avanzaba por el campo, Lika y Kilbarron se adormilaron. Al mirar por la ventanilla, Brodie tuvo la impresión de viajar por los Borders escoceses: campos de centeno, valles, sotos, puentes de madera sobre riachuelos que discurrían entre matorrales y árboles frondosos. Solo cuando pasaban por un pueblo, el paisaje se volvía exótico de nuevo; se volvía ruso. Brodie veía las cabañas de madera cubiertas de paja, los jardincillos cercados con estacas puntiagudas y alguna que otra iglesia con la fachada de estuco y la cúpula bulbosa, y entonces se acordaba de que estaba a más de mil kilómetros de su tierra..., pero a apenas un metro de la mujer a la que amaba.

Malachi le estaba hablando.

—Perdón, ¿cómo ha dicho?

—¿Qué es lo que fuma usted, Brodie? Siempre he querido preguntárselo.

Brodie se lo explicó, y luego le ofreció un cigarrillo. Malachi lo encendió.

—Muy agradable. Muy suave —dijo—. No quema. Podría uno estar todo el día fumándose estos cigarrillos.

Brodie le habló de la tienda de Edimburgo: Hoskings, en el Grassmarket. El

señor Hoskings enviaba los cigarrillos a cualquier sitio del mundo, aunque había que pagar al contado. Malachi se sacó una pequeña libreta del bolsillo, desenroscó la pluma y lo apuntó todo.

—Es usted una mina de información útil, Brodie Moncur. Le voy a hacer un encargo al señor Hoskings —miró por la ventanilla—. Ya casi estamos, creo. No me gustaría ir por este camino en invierno. Madre mía, te lo digo en serio.

Maloe Nikolskoe resultó ser bastante grande. Construida con tablones de madera pintados de verde, la casa tenía un tejado de chapa ondulada comido por el orín y un amplio porche con cuatro pilares, una cenefa de color jengibre en el alero de la cubierta y, justo encima, una entreplanta con las ventanas asimismo recargadas y una veleta desproporcionadamente grande. Philipp les contó en su titubeante francés que en la dacha había vivido el antiguo administrador de la finca, y que había sido reformada. Detrás había un corral grande rodeado de graneros de madera, almacenes y establos en los que, además de encerrar al ganado, dormían los sirvientes. Esa parte de la propiedad estaba cercada con estacas muy altas para que no se viese desde la casa.

Cuando se apearon del coche, Philipp llamó a unos criados, que salieron de la casa a coger el equipaje. Brodie se estiró y luego fue caminando hasta el borde del sendero de grava. Allí vio un riachuelo que había sido represado para crear un gran estanque —o más bien un cuasilago— de cerca de cincuenta metros de largo, una caseta y un embarcadero con una barca amarrada. En el otro extremo del estanque había un bosquecillo de abedules plateados, y más allá se divisaban los tejados de los edificios de una aldea que estaba a casi un kilómetro de distancia. Brodie se dio la vuelta y detrás de la casa vio el frondoso bosque desde el que fluía el riachuelo. Oyó el ladrido de los perros, el mugido de las vacas y el inútil cacareo de los gallos. El sol pegaba fuerte. Sorprendentemente, se sentía como en casa. Entonces se dio cuenta de que, por mucho que le gustara la vida urbana, en el fondo seguía siendo un muchacho de campo.

Junto al lago, no muy lejos de la caseta, había una cabaña de madera de dos pisos hecha de tablones verdes, como la casa principal. Philipp Lvov les contó que Nikolskoe, o la «casa grande», como la llamaba, estaba a unas dos verstas de distancia, más allá del bosque. Después de echar un vistazo

alrededor entraron todos en la dacha.

Las habitaciones eran sencillas y espaciosas y tenían pocos muebles. Había alfombras sobre suelos de madera encerados, sofás y sillones, así como paredes con revestimientos de madera y por lo demás desnudas, exceptuando los pequeños iconos que colgaban en los rincones. Lo importante es que está limpia, sentenció Lika. No se veían chinches ni cucarachas. Se le dio una habitación a cada uno..., o por lo menos a Brodie y a Malachi, pues resultó que Lika y Kilbarron iban a dormir en la cabaña que había al lado del estanque.

—Me van a enviar un piano —le anunció Kilbarron a Brodie—. Necesito que me lo regule. Tengo muchísimo trabajo.

—¿Qué es lo que tiene que hacer? —preguntó Brodie sin pensar.

—Tengo tres meses para escribir una puñetera sinfonía. Está en el contrato, ¿no se acuerda? —Kilbarron esbozó una sonrisa inexpresiva—. Voy a estar muy ocupado este verano.

Philipp les presentó al servicio: el ama de llaves, la cocinera y su ayudante, dos criadas y otros tantos criados, y un cochero que los llevaría de un sitio a otro. Afuera estaban los jardineros y los peones de la granja. En Maloe Nikolskoe no les iba a faltar de nada.

—Y ahora se servirá el almuerzo —dijo Philipp antes de abrir la puerta del comedor.

Brodie se dio cuenta de que la irrupción de Maloe Nikolskoe en la vida de John Kilbarron y su séquito había empeorado las cosas para él en un aspecto importante. Para disgusto suyo, Kilbarron decidió quedarse a vivir con Lika allí, y no en Piter. A Brodie, Malachi y otros amigos y allegados se les invitaba a la casa los fines de semana, y entonces se organizaba una especie de fiesta de *dachniki* que duraba varios días, y en la que todos comían y bebían en abundancia, hacían charadas, practicaban deportes —había un campo de cróquet y una pista de tenis—, daban paseos y se bañaban en el estanque. Brodie confiaba en que esos fines de semana distrajesen a Kilbarron y le diesen a él la oportunidad de estar con Lika, pero era muy difícil verla a solas: siempre había alguien sentado o rondando cerca, o abriendo alguna puerta. El temor a ser descubiertos los hacía exageradamente prudentes: se daban besos aislados y de apenas segundos, una lengua enredada en otra; o se cogían las manos de manera impetuosa. Por lo demás, Brodie tenía que contentarse con

mirar a Lika, que solía estar en el extremo opuesto de una habitación llena de gente envuelta en una animada charla, y con rozarla al cruzarse con ella en la pista de cróquet. Así que estaba empezando a desesperarse. Un día, sin embargo, se le ocurrió una idea.

Fue durante el tercer fin de semana que pasó en Maloe Nikolskoe. Esos fines de semana en realidad no eran tales: es cierto que empezaban el viernes por la tarde, cuando los invitados procedentes de Piter llegaban a la dacha en el carruaje que los había recogido en Dubechnia, pero su estancia solía prolongarse hasta el martes o el miércoles. Lo irritante era que Kilbarron nunca quería marcharse con ellos... y siempre insistía en que Lika se quedase con él. En las semanas que faltaban para que diese comienzo la temporada de conciertos del Nueva Rusia no pensaba irse del campo, donde hallaba inspiración y tenía menos distracciones.

A Brodie se le ocurrió la idea una tarde de viernes en la que hacía bochorno. Ese día, después de encontrar unas cañas de pescar en el «cuarto de juegos» de la dacha, preparó la caña y el carrete, ató tres anzuelos, sacó unas lombrices del estercolero que había en el corral y fue caminando por un sendero con zarzas que bordeaba el río, en busca de una charca donde le fuera posible pescar. Estaba contento de poder alejarse de la casa y del alboroto que organizaban los invitados.

El río —tenía que preguntar cómo se llamaba, pensó— era poco profundo y sus aguas corrían lentas: nada que ver con el raudal burbujeante del Liethen. En cuanto dejó atrás las tierras de labranza, la vegetación empezó a espesarse: los álamos y abedules, las hierbas altas y los cardos crecían profusamente en las riberas, dificultando el paso. Las moscas le zumbaban alrededor de la cabeza y el sol le daba de lleno en la cara, pero a Brodie le invadió esa felicidad que conocía tan bien. Estaba en un mundo que le era familiar y le sosegaba. Al cabo de media hora encontró un lugar en el que el río viraba de forma brusca y había formado una charca profunda. En ese tramo, el agua dejaba de discurrir lánguida y caía a raudales desde unas rocas. No había ningún sauce, pero sí un fresno alto que se inclinaba sobre las turbias aguas de la charca, proyectando sombras muy útiles para la pesca. Brodie procedió a cebar los pequeños anzuelos. Corría una leve brisa, y las monedas coloreadas que el sol dibujaba en la superficie del agua se movían y solapaban. Brodie caminó hacia la cabecera de la charca, donde el agua se hacía más lenta y honda, lanzó la caña y dejó que la corriente se llevara el sedal y los gusanos

río abajo, hasta la charca. Entonces giró el carrete para alargar el sedal, balanceando la caña en la mano, y las lombrices fueron flotando hasta la sombra proyectada por el fresno. Había caballitos del diablo azules revoloteando por encima del berro y de los helechos que bordeaban la charca. De pronto lo notó: ¡un pez había mordido el anzuelo! Nada más tirar del sedal y girar el carrete supo que no había pescado un pez grande: resultó ser un gobio diminuto, o eso pensaba. Se mojó las manos en la corriente, lo desenganchó y lo tiró al agua.

Dejó la caña, encendió un pitillo y se puso a pasear por la orilla para orientarse. Cerca del río crecían matorrales y árboles, casi todos jóvenes, pero debajo del fresno había una zona con hierba donde pensó que se podía extender una sábana y hacer un picnic. O extender una sábana y hacer el amor...

Esa noche, en la cena, le pasó a Lika a escondidas una nota con un pequeño mapa que indicaba la ruta que había seguido a lo largo del río. La charca con el fresno aparecía destacada. «Yo iré por un camino, y tú, media hora más tarde, por otro. Nos encontraremos en la charca del fresno.»

Al día siguiente, después del almuerzo —los otros invitados estaban jugando al cróquet, o tumbados en hamacas leyendo, o sentados en el porche fumando y bebiendo—, Brodie cogió la caña de pescar y la cesta y anunció que se iba a capturar la cena. Nadie le prestó atención, pero, en cualquier caso, Kilbarron se había excedido con el vino y retirado a su cabaña para dormir la mona. Brodie supuso que, al cabo de unos veinte minutos, Lika saldría de paseo con César, al que ahora se le permitía visitar Maloe Nikolskoe: los perros de la granja casi siempre estaban confinados en el corral y, por lo demás, no mostraban interés por el cachorro de Lika.

Brodie llevaba en la cesta un mantel de algodón que había birlado de un armario de la cocina. Al llegar a la charca del fresno lo extendió sobre la hierba que había debajo del árbol, se sentó y esperó. Media hora después vio llegar a Lika, que, para su sorpresa, venía de la parte alta del río. La vio salir de un bosquecillo de abedules plateados y, mientras ella avanzaba a través de las matas de hierba amarilla, se puso de pie. Lika llevaba unas gafas de sol con los cristales azules y, conforme se aproximaba a Brodie, las espinas de los cardos iban brincando a su paso. Para él fue una aparición numinosa. Era

extraordinario estar allí, en la orilla de ese riachuelo, rodeado de una vegetación frondosa, un caluroso día de junio, observando cómo su amada se abría camino entre las cardenchas con el sombrero de paja en la mano, el pelo suelto y ondeando en la cálida y errática brisa, con César tirando de la correa.

—Hola —dijo ella—. Qué casualidad encontrarle a usted aquí.

Se dieron un beso estilo Lika, y luego se arrancaron la ropa con furia —ella se levantó la falda de algodón, y él se bajó los pantalones y los calzoncillos, liberando el falo erecto— y se pusieron a ello. César, que estaba atado con la correa a una rama baja del fresno, observó jadeante y desconcertado cómo hacían el amor.

Más tarde Brodie y Lika terminaron de desnudarse y se bañaron en la charca. Luego desplazaron el mantel a donde daba el sol y se quedaron tumbados, secándose, hasta que les entraron ganas de hacerlo otra vez.

—Somos como Adán y Eva —dijo él—. Y esto es el Jardín del Paraíso.

—¿Dónde está la serpiente?

—Flotando en los vapores del alcohol, adormecida por el vino de la comida —Brodie le tocó la cara y ella le besó las yemas de los dedos—. De verdad estamos solos, Lika, ¿te lo puedes creer? —Podemos venir aquí todos los días, todas las tardes.

—¡No, no! Hay que andarse con cuidado. Yo te diré cuándo. No podemos levantar sospechas. Tú no puedes irte todos los días de paseo con César. Se supone que yo estoy pescando..., así que tú tienes que hacer algo: dibujar, hacer acuarelas. Coleccionar flores silvestres.

—Tienes razón —dijo ella con el ceño fruncido, pensativa—. Malachi nos estará observando.

—¿Malachi? ¿Por qué iba a estar observándonos?

—Porque... él es así por naturaleza. Le gusta vigilarme.

Brodie abrazó su cuerpo blanquísimo y húmedo y le besó los pechos. Estar desnudo con Lika en la orilla del río le daba un placer oscuro, insondable. Parecía más audaz y excitante que yacer con ella en una habitación de un hotel de poca monta. Lika apoyó el cuerpo en su costado y le cogió con suavidad el pene, que se estaba poniendo duro.

—Me has echado de menos, ¿verdad?

Más tarde, mientras se vestían, hicieron planes. Si Kilbarron estaba realmente borracho, no tenían que preocuparse; pero, en el caso de que siguiese en la mesa después del almuerzo, cuando Brodie se fuera a pescar,

habría que tomar más precauciones: Brodie se marcharía con su caña y Lika tendría que esperar una hora. Y luego volverían cada uno por su lado, con un intervalo igualmente largo.

Lika se levantó y, antes de que echara a andar con César hacia la casa, Brodie le dio un beso de despedida. Le dijo que iba a quedarse media hora más pescando, y que procuraría volver con un pez grande para no levantar sospechas.

—Por cierto, no llegué a preguntártelo: ¿cómo fue la prueba? —le dijo. Se había acordado de pronto, después de mucho tiempo.

—¿Qué prueba?

—La que hiciste para la ópera de Händel. *El triunfo del tiempo y del desengaño*, o como se llame.

—Ah..., sí. Un desastre. No supe cantar.

—¿Ni siquiera nuestra pequeña canción?

—Me salió todo fatal. Estaba nerviosísima.

—Es igual. Lo importante es que estamos aquí.

—Creo que me dio pavor... cantar en inglés.

—¿Conservas la letra?

—¿Qué letra?

—La letra de la canción. Te la escribí.

—No... No, me dejé la hoja en el teatro. Estaba muy distraída. Por el amor de Dios, ¿por qué me lo preguntas ahora? Ha pasado mucho tiempo.

—No sé, me acabo de acordar. En cualquier caso, no tiene importancia. Me ha venido a la memoria de repente, no sé por qué. Si quieres, un día de estos te escribo la canción otra vez.

—Creo que mi carrera va languideciendo. No vale la pena tratar de resucitar el cadáver.

Ella le besó de nuevo y le tocó la nariz con un dedo, y luego inició el camino de vuelta a la dacha. Antes de desaparecer entre los abedules se dio la vuelta dos veces para mirarle.

Brodie cogió la caña de pescar y, al mirar hacia el río, vio una nube de tricópteros vibrando alrededor de un rayo de sol. Se puso a temblar. En ese instante sintió cómo se llenaba de alegría: una especie de licor fuerte, una ambrosía, un tónico afrodisíaco que le iba invadiendo todas las venas y los capilares. Notaba un hormigueo en la piel. Era una sensación de bienestar total, una felicidad táctil que parecía imposible de superar.

4

Como todos los amantes avezados, Brodie y Lika fueron refinando sus ardides a medida que avanzaba el verano. Ella volvió de un viaje a Piter con cuadernos de dibujo y acuarelas, y él pagó cincuenta kopeks a un mozo de cocina, Piotr, para que le metiera cuatro o cinco peces frescos en la cesta cada vez que se fuese a pescar: así nunca volvería de sus citas con las manos vacías. En su habitación, Lika se dedicaba a dibujar o esbozar ríos, bosques, flores y helechos imaginarios. No tenía ningún talento para el dibujo, y su torpeza hacía todos los dibujos indistinguibles e igual de malos. Kilbarron le pidió una vez que se los enseñara —ese día, ella había vuelto más tarde que Brodie, como habían planeado—. «Son encantadores..., pero te queda mucho por aprender, cariño», le dijo después de echarles un vistazo. Lo importante era que las excursiones de pesca y la costumbre de dibujar *en plein air* parecían del todo creíbles.

Cuando junio dio paso al mes de julio, se las ingeniaron para verse una vez cada fin de semana, a veces dos, y siempre procuraban marcharse y regresar en el momento indicado. Volvieron así a hacer el amor con regularidad (como en la época del Grand Hôtel des Étrangers), acostumbrándose cada uno al cuerpo del otro y descubriendo de nuevo todos los matices eróticos. Ella a veces se negaba (no, hoy no): tenía mucho miedo de quedarse embarazada. Su ciclo menstrual era extraordinariamente regular. Decía saber con exactitud qué días había que evitar y, cuando no podían hacerlo, le masturbaba con especial esmero y dedicación, parando cada cierto tiempo y volviendo a empezar. Así podían estar más de diez minutos —o todo el tiempo que él fuera capaz de contenerse—, los dos desnudos sobre la sábana; ya no utilizaban el mantel.

—Si quieres puedo conseguir una *capote* —dijo un día Brodie—. Por si acaso.

—Tengo unas cuantas —dijo ella—. Me parece buena idea. Traeré una la próxima vez.

Tenía unas cuantas... A Brodie le dio que pensar.

—¿Follas con Kilbarron?

—No, ya no. Hace más o menos dos años que no. Él bebe demasiado. Lo intenta, pero siempre se queda dormido. Ahora, además, le da por inyectarse eso... La coca.

—Pero dormís en la misma cama, ¿no?

—Tenemos una cama para los dos..., pero hay otro dormitorio. ¡Él ronca tan fuerte que se cae el yeso del techo! Me acuesto con él, pero en cuanto se duerme me voy al otro.

A Brodie le consoló saberlo, aunque no estaba seguro de que fuese verdad.

—Entonces ¿por qué sigues con él? —le preguntó otro día, no sin cierta crueldad.

Ella se quedó pensativa, se tomó la pregunta en serio.

—Al principio no estaba tan mal. Y tengo que reconocer que, de no haber sido por John, yo no habría hecho carrera como cantante. Él me ayudó mucho: me consiguió los primeros trabajos. Malachi me dijo que esperara, que ya vería todo lo que John podía hacer por mí.

—¿Malachi?

—Sí... Le conocí a él antes que a John. Fue Malachi quien me lo presentó. ¿No te lo había contado?

Lika, a la que el recuerdo de esa época parecía incomodar de repente, se puso a hablar de otras cosas. Brodie no siguió interrogándola, pero tomó nota del hecho de que Malachi llevara más tiempo que Kilbarron en la vida de Lika. ¿Qué significaría eso? ¿Cómo se habrían conocido?

Un día, cuando volvía del río, atravesando la hierba alta de la vega por la que se llegaba a Maloe Nikolskoe, vio a Malachi, que andaba con una escopeta y dos de los perros del corral tendiendo trampas a las aves.

Se acercaron el uno al otro. Malachi llevaba un abrigo largo de color beis claro que hacía que abultara aún más de lo normal y que su presencia y su peso fueran más palpables, como si desplazara un mayor volumen de aire. Abrió la escopeta, sacó los cartuchos y se los guardó en el bolsillo.

—Quería ver si podía atrapar una agachadiza o una perdiz —le dijo—. Imposible. ¿Y usted? ¿Ha tenido más suerte?

Dio una palmada en la cesta de mimbre que Brodie llevaba colgada del hombro. Brodie desabrochó las hebillas y le enseñó cuatro peces relucientes: Piotr se había ganado los cincuenta kopeks.

—Parecen tencas —dijo Malachi.

—Son gobios —le corrigió Brodie.

—Si usted lo dice, será verdad.

—Río arriba siempre pican. Debo de ser el único que pesca en este río.

Brodie sonrió pese a tener la boca seca. Se la ensalivó con la lengua.

—¿Ha visto a Lika? —preguntó Malachi con aire despreocupado—. Me parece que iba en la misma dirección que usted. Se fue a hacer esos dibujos tan horribles.

—No —contestó Brodie—. No me he apartado del río —Malachi se le quedó mirando—. ¿Qué ocurre?

—Le agradecería que se pasase a ver a John si tiene un momento. Creo que quiere hablar con usted.

—Está bien. Voy para allá entonces.

—Le acompaño —dijo Malachi—. Estos perros son una birria.

Echaron a andar por la vega rumbo a Maloe Nikolskoe. Los perros iban dando brincos a su alrededor. Malachi estaba taciturno y pensativo, y Brodie no sabía qué decirle. Entonces se recordó a sí mismo caminando con Callum de vuelta a Liethen Manor: había pasado su última tarde allí pescando en el río Liethen. Parecía que hubiese ocurrido en otro mundo, en otra vida. Cerró los ojos un segundo e intentó rescatar las imágenes de aquel día y recordar el sosiego que había sentido. Malachi le estaba diciendo algo.

—¿Perdón?

—Me estaba preguntando... ¿Qué opina de Lika? Como persona, quiero decir.

La pregunta le puso en guardia de repente.

—Me parece muy agradable —contestó, satisfecho de haber encontrado un adjetivo tan insípido—. De trato muy fácil.

—Es una persona muy especial —replicó Malachi casi airado, como si Brodie hubiese dicho algo poco halagüeño—. Muy valiosa.

—¿Valiosa?

—Para John, me refiero. Él depende de ella más de lo que imagina, creo.

—Entiendo.

—Ella le da seguridad en sí mismo.

—No creo que a John le falte de eso —dijo Brodie, conteniendo la risa.

—No, lo que quiero decir es que tenerla en su vida le permite concentrarse en su trabajo. Su presencia le tranquiliza, ¿lo comprende? Sin ella se vendría

abajo. Y eso sería un desastre para él y para mí también. Yo se lo debo todo a John. Todo.

—Entiendo —repitió Brodie.

Para él lo que decía Malachi en realidad no tenía ningún sentido. Parecía como si esa conversación tan rara le sirviera al hermano de Kilbarron para construir mentalmente cierto argumento.

—Tengo entendido que usted conoció a Lika antes que John —dijo Brodie, bajando la guardia.

Malachi se paró.

—¿Quién se lo ha contado?

—John debió de comentármelo de pasada.

Malachi se miró los pies.

—Sí, yo ya la conocía... un poco —dijo Malachi. Su voz se había hecho casi inaudible de repente—. Ella era muy joven; tendría dieciocho o diecinueve años. Más tarde, John la oyó cantar y descubrió su talento. Fue él quien se dio cuenta de que prometía.

—Tiene una voz preciosa —dijo Brodie, impaciente por cambiar de tema.

Malachi parecía agitado, y Brodie se preguntó si no sospecharía algo. Puede que estuviese intentando cogerlo en una mentira, o hacerle revelar un detalle que lo delatase.

—Tenemos pescado para cenar —dijo patéticamente.

—¿Cómo? —Malachi levantó la vista—. ¿Qué está parlotando? —preguntó: el viejo Malachi estaba de vuelta.

—Cena. Pescado. He capturado la cena.

—Así que sabe pescar y también afinar pianos. No es usted un inútil, Moncur.

Bordearon un bosquecillo y Maloe Nikolskoe surgió ante sus ojos.

De vuelta en la casa, Brodie guardó la caña de pescar, llevó los peces a la cocina y se metió en su dormitorio, donde se fumó un cigarrillo para tranquilizarse antes de ir a la cabaña de Kilbarron. Le alegró ver que no había rastro de Lika: aún seguiría fuera, dibujando.

Kilbarron había hecho que le enviaran un piano de cola a Maloe Nikolskoe —un Bösendorfer— y lo había colocado en el centro del salón, una habitación modesta pero con el techo alto que comunicaba con dos dormitorios y un pequeño despacho. Faltaba poco para que diera los primeros conciertos de la temporada, así que andaba ensayando más que de costumbre. Se le oía tocar

desde el porche de la casa principal.

Sin embargo, cuando Brodie llamó a la puerta y la abrió, la cabaña estaba en silencio.

—¿Señor K.? ¿Está usted ahí?

Entró en el salón. Kilbarron estaba repantigado en un sillón, con los pies apoyados en un taburete. En la mesa de al lado había un vaso con vodka.

—El piano está desafinado —dijo con voz ronca y arrastrando las palabras.

Brodie se dirigió al piano y ejecutó las octavas de rigor. Estaba perfectamente afinado. Entonces vio unas hojas manuscritas en el atril y se fijó en un título: *Der Tränensee*. ¿Qué querría decir? Se lo tenía que preguntar a Lika.

—¿Ha escrito usted esto para los conciertos? —preguntó—. ¿Qué es? ¿Una sonata?

Kilbarron se irguió, se paró a pensar un instante y fue espabilándose poco a poco. Reflexionó unos instantes.

—Es un poema sinfónico —dijo—. Voy a ir por lo moderno —se puso de pie, se acercó tambaleante al piano y cogió bruscamente las hojas del atril—. Estoy en ello.

—Afinaré el piano más tarde —dijo, diplomático, Brodie—. Me ha dicho Malachi que quería usted hablar conmigo.

—El lunes volvemos a Piter..., usted y yo. Tenemos que instalar el piano del Nueva Rusia. Me voy a deshacer del Zollmeyer. Quiero uno nuevo... y usted tendrá que afinarlo hasta dejarlo perfecto. Totalmente perfecto. Creo que ya sé lo que voy a tocar. Y quiero bordarlo, por supuesto —Kilbarron flexionó la mano derecha y luego se la enseñó. Le temblaba—. Pero esta hija de puta ya no hace lo que se le ordena.

—Yo le arreglaré el piano, señor —dijo Brodie—. Usted no se preocupe.

—Como pompas de jabón.

—Ligeras como plumas.

—Como copos de nieve.

—Sutiles como el aire.

Kilbarron se echó a reír y le rodeó los hombros a Brodie con un brazo.

—¿Qué haría yo sin usted, Brodie?

Brodie percibió —cosa nada habitual— el afecto que Kilbarron le tenía, y era en momentos así cuando sentía una punzada de remordimiento por su traición. Esta vez procuró no pensar en lo que había hecho con Lika apenas

dos horas antes.

—Se va usted a tomar una copa conmigo, amigo Brodie —dijo Kilbarron mientras se daba la vuelta para buscar la botella de vodka—. Por cierto, el domingo nos vamos todos a la gran mansión. Nuestra benefactora nos ha invitado.

Ese día, un carruaje los llevó a los cuatro —Kilbarron, Malachi, Lika y Brodie— a Nikolskoe, que estaba a un kilómetro de la dacha. Era media tarde y, mientras atravesaban los bosques de hayas y abedules, una luz dorada lo inundaba todo. El coche dobló una esquina y se adentró en el parque, y entonces divisaron la mansión, que se alzaba sobre un pequeño risco, detrás de la extensión cristalina del reflectante lago. Palacios especulares. Nikolskoe tenía un pórtico alto con columnas dóricas de tres metros y medio de ancho, que sostenían un tímpano poblado de figuras mitológicas esculpidas en bajorrelieve. A los lados del pórtico se extendían las dos alas —largas y simétricas— del edificio. La fachada era de estuco blanco, y los alféizares de madera de las ventanas estaban pintados de verde como contraste. Era una casa imponente y a la vez irreal, como un escenario teatral emplazado en medio de un campo limpio y bien cuidado. Malachi les contó que detrás estaba la aldea que formaban las construcciones anexas, tan frecuentes en fincas así: los establos, las cocinas, las dependencias del servicio. En este caso también había un pabellón chino, una gruta situada al pie de una serie de cascadas artificiales, una capilla neogótica y un mausoleo familiar, de mayor tamaño que la capilla.

El carruaje se paró delante de la casa y unos criados de librea se acercaron a abrir las puertas. Al pie de los veinte escalones anchos que conducían al vestíbulo había varios braseros altos en los que ardían llamas pálidas. Era como entrar en una catedral, pensó Brodie. De pronto tuvo la sensación de retroceder en el tiempo —hasta la época de Catalina la Grande, o incluso la de Pedro el Grande—, aunque sabía que Nikolskoe tenía apenas cincuenta años. En la mansión, con sus extravagantes edificios anexas y los millares de hectáreas de bosques y tierras de labranza, se había realizado el sueño de un burgués millonario que quería proclamar ante el mundo entero que él, Nikolái Serguéievich Vadimov, había triunfado en la vida.

Brodie siguió a los demás hasta el espléndido vestíbulo, que tenía dos

alturas y un techo abovedado. Había mármol por todas partes y de diversos tipos: blanco, negro, beis y rosa, vetado y puro. Debían de haberse vaciado varias canteras para construir aquella sala. Brodie miró a derecha e izquierda y vio una serie de estancias consecutivas que se perdían en sus propias perspectivas.

Otros criados de librea los condujeron al salón principal por una escalera curva de mármol blanco. En la puerta había varios camareros con bandejas sirviendo champán. En el salón se habían reunido unos veinte invitados más: terratenientes locales, vecinos, un pintor importante y varios abogados y banqueros, que habían llegado desde Piter con sus consortes. Kilbarron era el invitado de honor: cuando entró el maestro, los demás le recibieron con un breve aplauso. Brodie, que se sentía asfixiado por la corbata y el cuello almidonado de la camisa, se quedó atrás y echó una ojeada a su alrededor, buscando a Lika, en la que tenía la esperanza de encontrar una mirada comprensiva y cómplice. Pero alguien a quien daba la impresión de conocer se la había llevado aparte y mantenía con ella una animada charla. Estaba guapísima, pensó Brodie; iba de nuevo de blanco, en una variación más de su estilo, con la cintura muy ceñida y el cabello sujeto con horquillas adornadas con piedras preciosas. El escote estaba justo en el límite entre lo decoroso y lo provocativo.

Había gente fumando, así que Brodie sacó la pitillera y encendió un cigarrillo Margarita. Después de apurar la copa de champán, miró a su alrededor para ver si había algún camarero cerca. Puede que la mejor manera de afrontar la velada fuera pasársela achispado.

—Siento molestarle. ¿Tiene usted un cigarrillo?

Se lo habían preguntado en inglés y con un fuerte acento ruso.

Brodie se dio la vuelta. Era una mujer joven, menuda y esbelta. Vestía un traje de noche azul oscuro y llevaba gafas.

Él le ofreció la pitillera y le habló de los cigarrillos extranjeros.

—¿Habla usted francés? —preguntó ella.

Brodie repitió en ese idioma lo que había dicho, y acto seguido le encendió el pitillo a la mujer menuda.

—Me llamo Varvara Nikoláievna Vadimova. Usted debe de ser el secretario de monsieur Kilbarron.

—Me llamo Brodie Moncur.

Se estrecharon la mano. Ella tenía los ojos diminutos y muy juntos —

extrañamente contrarrestados por unos labios gruesos y pintados— y un aire circunspecto, pensó Brodie. Tomadme en serio, parecía decir: no os dejéis engañar por el carmín de los labios, porque yo valgo mucho. Llevaba unos pendientes largos con esmeraldas. Dinero e inteligencia.

—Venga conmigo —dijo ella—. Quiero presentarle a mi madre.

Brodie la siguió a través del salón. La joven le condujo hasta una mujer gorda de cincuenta y pico años con el pelo negro azulado y un mechón canoso muy efectista. Era Elisaveta Ivánovna Vadimova, la mecenas que sufragaba todos los gastos. Brodie le hizo una leve reverencia y sonrió mientras Varvara se la presentaba. Madame Vadimova estuvo educada, pero no tardó en apartarse: era obvio que sus empleados no le interesaban en exceso.

—No es usted lo bastante importante para ella —dijo Varvara en un arranque de franqueza—. ¿Por qué va a hablar con el secretario de Kilbarron si puede hacerlo con Kilbarron?

—Lógico —respondió Brodie. En cualquier caso, le traía sin cuidado.

—Por lo menos puede decir que la ha saludado.

—Sí, ya tengo algo que contar a mis nietos.

Varvara sonrió.

—Yo prefiero hablar con usted antes que con él. Los «grandes» hombres suelen decepcionarme. ¡Son tan previsibles! ¿Conoce a Tolstói?

—No, todavía no.

—No se pierde usted nada, se lo aseguro. No, a mí me interesa más la gente de la que se rodean los próceres. Con ella se aprende más. Se va a sentar a mi lado en la cena, por cierto. Ya hablaremos entonces.

Ella le apuntó agitando el dedo, sonrió y luego se fue a charlar con otro invitado. Brodie dejó la copa vacía en una bandeja que pasaba y cogió otra. Sí, la única solución era estar todo el rato borracho.

El comedor estaba cubierto con una bóveda de cañón e iluminado por multitud de candelabros, y las paredes, llenas de retratos de antepasados de la familia Vadimov, personajes legendarios que habían vivido hacía siglos. El techo estaba decorado con angelotes que retozaban entre nubes rosáceas. Se sirvieron varios platos: *pirozki* relleno de pescado ahumado para empezar, colas de cangrejo en gelatina, agachadizas fritas, venado asado, ensalada de berros y, de postre, crema *plombir*. Para beber, además de vino, les ofrecieron vodka con diversos sabores: diente de ajo, anís, canela y alcaravea. Brodie, que lo probó todo, fue animándose cada vez más, al tiempo que se esforzaba

por seguir lo que estaba diciendo Varvara. Ella parecía interesada en una conversación seria:

—¿Sabe que esta casa la construyó mi abuelo? No es tan antigua.

—Sí, eso he oído.

—Es de la década de 1850. A mí me parece pretenciosa.

—Bueno, supongo que cuando se tiene tanto...

—Él era un simple ingeniero, un ingeniero con talento, eso sí. Construía puentes, esa era su especialidad. Llegó a construir más de cuatrocientos, repartidos por toda Rusia. Fue en la época de la expansión del ferrocarril.

—Válgame Dios.

—Ganó mucho dinero, y entonces se dedicó a comprar minas de carbón, con las que ganó otra fortuna, y así acabó comprando esta finca. Derruyó la antigua mansión y construyó Nikolskoe.

—Una especie de monumento a su éxito.

—Luego compró barcos y se hizo aún más rico.

—Asombroso.

—Antes de la emancipación de los siervos había dos mil sirvientes en esta casa. Dos mil «almas». Él construyó un teatro y se montaron funciones. Increíble, ¿verdad? Y han pasado apenas cuarenta años. Pensar que antes se vivía así...

—Todo cambia.

—Ahora solo tenemos doscientos sirvientes.

El vodka con sabor a canela había animado tanto a Brodie que enseguida se le ocurrieron cinco réplicas ingeniosas; pero aún estaba lo bastante sobrio para decir algo soso:

—Aun así han conservado ustedes el esplendor de aquellos tiempos. Extraordinario. Debo decir que...

—¿Ha trabajado usted con muchos virtuosos como Kilbarron?

—Oh, sí —dijo Brodie, y mencionó una serie de nombres: Firmin, Sauter, Nagel.

—Fascinante. ¿Podría venir a dar una charla en mi salón? Eso es lo que me fascina, la mirada oblicua; mirar las cosas no de frente, sino de soslayo. No lo que la gente cree ver, ni la visión que se nos impone, la oficial. A mí no me interesa la visión «oficial» de nada.

—Sí.

—La otra visión es mucho más reveladora. A mis invitados les fascinará.

Ojalá dejase de decir esa palabra, pensó Brodie. La fascinación no figuraba en su repertorio.

—Nunca he hablado en un salón —dijo—. No sé si podré...

—Será una charla muy informal. Usted se presenta y los invitados (gente amable e inteligente) le hacen preguntas. En francés, naturalmente; y usted lo habla muy bien, permítame que le felicite. Considérelo una conversación. Una conversación sobre un único tema: usted —Varvara apoyó un instante la mano en su brazo—. Nos reuniremos en mi casa de Piter. Será después del verano, claro. El ambiente es muy agradable.

—Me encantaría, sí —dijo Brodie sin demasiada convicción.

—Seguiré en contacto con usted.

—Permítame darle mi tarjeta.

—Ya tengo todos sus datos, monsieur Moncur, no se preocupe —le apretó el antebrazo—. Me gustaría mucho que consolidásemos nuestra nueva amistad.

Tres días más tarde, Philipp Philippovitch Lvov le dejó en la estación de Dubechnia. Brodie estaba seguro de que aún no se le habían pasado los efectos de la cena en Nikolskoe. Seguía con una resaca espantosa. Después de cenar, los invitados habían pasado a otro salón más pequeño, donde se les había servido café, acompañado por más vodkas de diversos sabores — incluido uno conocido como vodka crimeo—, ginebra holandesa, coñac y arak. Brodie lo había probado todo, y luego había sufrido las consecuencias. Aún tenía la boca extrañamente seca y algo de fotofobia: el sol brillaba débil, pero a él le parecía que pegaba más de lo normal. Volvía a San Petersburgo para regular el nuevo piano que había llegado al teatro: un Steingraeber que había que preparar para Kilbarron y su temporada de conciertos. Lika le había pasado una nota a escondidas cuando se estaban despidiendo formalmente (no habían tenido oportunidad de verse una vez más en la charca del fresno). Mientras el carruaje se alejaba del camino de entrada a Maloe Nikolskoe, Brodie desdobló la hoja. La nota estaba en ruso: « Как я хочу , чтоб ты всуну в меня твой бопышой хуй ».

—¿Podría traducirme esto, Philipp? —le preguntó mientras se la pasaba.

Philipp, que tenía un francés aceptable, leyó el mensaje, apartó la mirada de la hoja y luego lo volvió a leer. Se vio cómo detrás de la barba se estaba sonrojando.

—Le están gastando una broma, señor.

—No, por favor... Solo le pido que me lo traduzca.

—Es muy indecoroso, señor.

—Pedí que lo copiaran de un libro —dijo Brodie, improvisando—. Alguien me contó que era un viejo refrán ruso.

—Oh, no, dudo que lo sea. Es muy... —Philipp hizo una pausa—, muy gráfico. Debe de ser una broma.

—Somos hombres, Philipp, y estamos solos. No tenemos por qué

avergonzarnos.

—Está bien, señor. Si usted insiste, se lo traduciré. Dice... —se concentró en la frase. Tosió dos veces—. Dice lo siguiente: «Quiero sentir tu gigantesco pene dentro de mí lo antes posible».

Philipp se aclaró la garganta y miró al cielo. Brodie cogió la nota y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Los dos pasaron el resto del trayecto sin hablar, aunque Brodie no podía evitar sonreír de vez en cuando. Si amaba tanto a Lika Blum, era justamente por su impetuosidad.

En la estación se enteró de que el tren con destino a San Petersburgo llevaba dos horas de retraso por unas obras de reparación en las vías. Así que decidió dar una vuelta por Dubechnia —que estaba a casi un kilómetro de la estación— para ver cómo era la ciudad.

Fue paseando por la calle principal. Las casas eran bajas, y algunas tenían un pequeño entresuelo con lucernas. En la parte delantera siempre había un jardín cercado con estacas blancas, a veces sujetas con alambre, o vallas de mimbre o de sauce, o postes delgados atravesados por troncos dispuestos irregularmente y en diagonal. A Brodie le sorprendió que una pequeña ciudad rusa exhibiera tal variedad de cercas. Iba por un camino de tierra bordeado de álamos y lilas y azotado por el sol estival. Menos mal que llevaba el sombrero de paja. Cerca de la encrucijada creada por la modesta plaza que había en el centro de la ciudad, la tierra empezaba a cubrirse con tablones de roble que retumbaban al paso de los carruajes.

Allí, en la encrucijada, había una pequeña iglesia de madera pintada de blanco y con una cúpula de color azul claro. También estaban el ayuntamiento y el mejor hotel de la ciudad (en las afueras, al lado de la carretera que llevaba a Piter, había otra posada, que la guía de Brodie calificaba de «pasable»). Brodie leyó despacio el nombre del hotel, descifrando los caracteres cirílicos: Hotel de la Sociedad Evangélica. Por fin estaba progresando con el ruso, pero ¿no lo habría leído mal? Por fuera, el establecimiento parecía bien cuidado —en las ventanas del primer piso se veían jardineras llenas de flores de lino azules—, pero el interior era menos atractivo. En todas partes flotaba un olor a fritanga y, para colmo, todo era marrón: las paredes, las alfombras, las tablas del suelo y hasta un oso disecado que había junto al mostrador de la recepción, aunque el paso del tiempo había dejado manchas de otros colores en su piel.

Brodie entró en el comedor contiguo al vestíbulo marrón, donde había

media docena de lugareños con sombreros de diferentes clases bebiendo, charlando y jugando al dominó. Encontró una mesa al lado de la ventana y, después de pedirle a un mozo que le trajera pan, pepinillos y vodka, echó un vistazo a su alrededor. En otra mesa vio un samovar enorme, y detrás, una serie de iconos pequeños. Había ramos de flores secas atados a la cornisa de la ventana, que estaba pintada de negro como contraste con el omnipresente marrón. Para sorpresa de Brodie, la comida llegó muy pronto, acompañada por un platito con biscotes y galletas saladas. Puede que el hotel estuviese mejor de lo que había pensado al principio. Masticó una galleta y tomó un sorbo de vodka; se le estaba ocurriendo una idea. Se levantó y volvió a la recepción. Detrás del mostrador había una hilera de llaves con los llaveros en forma de pera. Seis habitaciones; alguna debía de estar bien, pensó. Entonces apareció el recepcionista. Brodie le habló en francés, pero no hubo suerte, así que echó mano de su rudimentario alemán:

— *Das beste Zimmer, bitte* —dijo, y el empleado le entendió.

El tipo le condujo por unas escaleras que crujían hasta el primer piso, donde le enseñó una habitación con tres ventanas: eran las que tenían jardineras. Había una cama ancha de madera con un edredón suave y grueso. Las paredes eran de madera de pino pulida, y en el suelo de tarima había alfombras tártaras. La habitación parecía bastante limpia. El plan iba tomando forma: Brodie empezó a ver en el Hotel de la Sociedad Evangélica de Dubechnia el equivalente ruso del Grand Hôtel des Étrangers de París...

Regresó al bar, donde se terminó el vodka y los pepinillos y pagó, mientras comenzaba a invadirle la euforia. Estaba convencido de que la idea le parecería bien a Lika. Lo importante era que iban a estar más seguros, al abrigo de las miradas indiscretas, lejos de Kilbarron y Malachi. Todo encajaba.

Brodie cruzó el puente Dvortsovi en dirección a la casa de Varvara Vadimova, que estaba en la Nevski Prospekt. Llegaba un poco tarde: le habían entretenido en el teatro. Había una gran multitud congregada delante del Almirantazgo, no sabía por qué, así que bajó al canal y fue por la calle Moika. La casa de Varvara estaba hacia la mitad de la avenida, tardaría diez minutos en llegar.

De repente, un cordón policial le cerró el paso. Al parecer había habido un

incidente. Brodie miró por encima de las cabezas de los curiosos y vio un *droski* volcado, una rueda destrozada y el caballo tendido en el suelo, inmóvil. Había un olor raro, como a tela quemada, y cerca se oía a unas mujeres gimiendo.

Dio con un hombre —un oficial con uniforme y sombrero de copa— que hablaba francés, y se enteró de que alguien le había lanzado una bomba a un ministro que acababa de salir del Ministerio de Finanzas. Había salvado la vida, pero estaba gravemente herido, junto con varios transeúntes inocentes. Al responsable del atentado lo habían detenido.

Brodie volvió sobre sus pasos y atajó por la plaza Mijáilovskaia hasta llegar al canal de Fontanka, y luego salió otra vez a la Nevski Prospekt. Los vehículos circulaban despacio por el bulevar, como si no hubiera pasado nada: otro día, otra bomba. Buscó el número de la casa de Varvara y vio que estaba enfrente de la biblioteca pública. Después de arreglarse un poco, llamó al timbre de la puerta principal. No tenía ni idea de lo que le aguardaba.

Varvara le saludó mientras un criado le cogía el abrigo. Brodie la notó muy distinta: llevaba el pelo suelto, voluminoso, de un castaño brillante, y vestía una blusa de un color amarillo muy vivo y una falda negra. Los zapatos rojos de tacón alto (parecía bastante más alta) completaban el conjunto. La blusa amarilla era de satén, muy ceñida, como una segunda piel: él enseguida se fijó en el contorno de sus pechos, y le entró vergüenza. Se apresuró a mirarla a los ojos y sonrió.

—Llego tarde, lo sé. Discúlpeme. Ha habido un incidente al lado del Almirantazgo. Por lo visto, ha estallado una bomba.

—No ha llegado tarde, porque esta noche las horas las marca usted —dijo ella—. Ya están todos aquí, señor Moncur, bebiendo, comiendo, divirtiéndose mucho —añadió en inglés.

Le condujo por un pasillo oscuro hasta un salón grande donde había unas treinta personas. Él observó al instante que la mayoría eran mujeres y jóvenes: de veintitantos o treinta y tantos años, calculó. También se fijó en un anciano con un mechón de pelo blanco que estaba fumando en pipa.

—¿Ha venido su madre? —preguntó Brodie.

—¡No, por Dios! A ella no le gustan estas *soirées*... Le parecen decadentes.

¿Decadentes? ¿Qué querría decir?, pensó él mientras Varvara le agarraba del codo y le conducía hacia una mesa con una ponchera. Un camarero con chaqueta blanca le sirvió una copa y, después de beber un sorbo, Brodie se dio

la vuelta y vio —para su repentino abatimiento— que al fondo del salón había una silla colocada sobre una tarima y, al lado, una mesa con una jarra de agua y un vaso. Los sofás y los sillones estaban todos pegados a la pared y enfrente del estrado había varias sillas de madera dispuestas en semicírculo. Varvara le fue presentando a una serie de personas, todas ellas sonrientes y entusiasmadas —todo el mundo parecía hablar francés—, aunque Brodie no se enteraba de nada: estaba como aturdido por el pánico, intentando olvidar los presagios del desastre y de la humillación, y maldiciéndose a sí mismo por haber aceptado someterse a un suplicio así.

Brodie apuró la copa de ponche, la dejó y luego se fumó un cigarrillo Margarita lo más rápido posible. Mientras tanto, no paraba de musitar frases amables, ni de asentir con la cabeza, ni de sonreír a esa gente que parecía tan deseosa de conocerle. Debió de estrecharle la mano a una docena de personas antes de que Varvara le dejara y se acercara a la tarima mientras batía palmas para pedir silencio. Habló un minuto o dos en ruso y muy deprisa: las únicas palabras que entendió Brodie fueron su nombre y el de Kilbarron. Entonces ella se volvió hacia él y alargó la mano.

— *Je vous présente monsieur Brodie Moncur!*

Brodie subió a la tarima en medio de una salva de aplausos y se sentó. Después de rezar a los dioses de la improvisación, y a ruego de Varvara, empezó a contarle a un público que no perdía detalle de sus palabras lo que suponía trabajar para un genio indiscutible como John Kilbarron. Logró hacerlo durante unos cinco minutos, y entonces notó cómo se iba quedando sin palabras, así que se puso a hablar del misterioso arte de afinar pianos, de su época como aprendiz y de su trayectoria posterior, nombrando a todos los maestros cuyos pianos había afinado en Edimburgo y París.

Alguien levantó la mano entre el público y Brodie sintió un gran alivio por la distracción.

Una mujer con el cabello tan rubio que casi podía pasar por blanco le preguntó qué hacía exactamente para afinarle el piano a un maestro como Kilbarron o Karl-Heinz Nagel. Que Dios te bendiga, mujer rubia, pensó él mientras hacía una breve descripción de su oficio.

A partir de ese momento se multiplicaron las preguntas y Brodie empezó a relajarse. Además, los concurrentes se pusieron a discutir entre ellos. Lo que más les intrigaba era lo que él no había querido revelar.

—Así que tiene usted facultades mágicas —dijo, burlona, la mujer

cuasialbina.

—Digamos que tengo unos cuantos trucos especiales que no conoce nadie —respondió Brodie, utilizando la palabra *astuces*—. Si se los contara, me copiaría todo el mundo... y yo me quedaría sin trabajo.

El público se echó a reír y a Brodie se le notó más relajado, así que el ambiente se distendió, como si ya hubiese pasado la parte seria o intelectual de la velada y se pudieran dedicar a divertirse. Tras unas cuantas preguntas más, Varvara batió de nuevo las palmas para pedir silencio y le dio las gracias a Brodie por su fascinante disquisición. Fascinante: otra vez esa palabra...

Él bajó del estrado y agradeció los aplausos. Se notó la camisa húmeda, pegada a la espalda, y se acercó a la ponchera. Ahora, además, se estaban sirviendo varios tipos de vodka y canapés de blinis y caviar. Mientras todo el mundo le iba felicitando, Brodie bebió un poco de vodka con sabor a naranja y se fumó otro cigarrillo. A Varvara la tenía todo el rato a su lado, como si él fuera propiedad suya. Oyó cómo la felicitaban a ella también.

—Ha sido una charla ideal, monsieur Moncur: relajada, informal y muy interesante —le dijo Varvara en un aparte—. No estamos acostumbrados a escuchar algo tan íntimo, tan personal. Nuestras veladas suelen ser muy serias y formales.

—Espero no haber rebajado el nivel —replicó él.

Ahora, terminada la charla, Brodie notó cómo el ambiente iba cambiando. Íntimo era la palabra justa. De pronto, le dio la impresión de que había más hombres —¿habrían llegado tarde?— y más ruido, y de que la gente se reía más. Era una risa muy particular: lasciva, pícara. Se veía a los hombres cogerles la mano a las mujeres y besársela, rodearles la cintura con el brazo y susurrarles al oído. Era contagioso.

Varvara se apartó un instante y él se dio la vuelta para mirar un cuadro que tenía detrás y en el que se veía un río en invierno. Las riberas estaban inundadas, y los árboles desnudos se recortaban en medio de una luz plateada. Brodie se acordó de Maloe Nikolskoe y del río en el que había pescado y en cuya orilla había follado con Lika. Puede que en invierno tuviese ese mismo aspecto... El fresno desnudo. De pronto la echó mucho de menos. Su ausencia le causaba un dolor casi físico. ¿Cómo podría él ingeniárselas para volver a Maloe Nikolskoe? Tenían que poner en marcha el plan.

Varvara volvió a su lado.

—¿Le gusta este cuadro? —preguntó.

—Mucho.

—Es de un pintor que se llama Levitan. Un genio. Tengo otro suyo en la biblioteca que es aún mejor. ¿Le gustaría verlo?

—Bueno, si no es mucha molestia...

—Venga conmigo.

Varvara le condujo a través de la multitud de invitados, que se iban apartando a su paso, y luego por el pasillo oscuro hasta llegar a una habitación contigua al vestíbulo y en la que había una serie de estanterías acristaladas, una mesa y un canapé. En las paredes, empapeladas en color crema, colgaban muchos cuadros. Varvara le señaló uno. Brodie se acercó al lienzo, en el que se veía una llanura muy extensa y un camino de carros estrecho y blancuzco que desaparecía en la lejanía. La lluvia teñía de azul negruzco el horizonte, en el que se amontonaban unas nubes abultadas, y unos cuantos grajos sobrevolaban a poca altura las praderas amarillentas. Brodie casi oía sus graznidos.

—Impresionante —dijo.

—Se llama *La tormenta que se avecina*.

—Qué maravilla. Está muy logrado. Tengo que...

Varvara se lanzó hacia él, le agarró la cabeza, apretó los labios contra los suyos y metió bruscamente la lengua entre sus dientes, buscando la suya. Los dos pares de gafas chocaron tan fuerte que las de Brodie salieron volando. Se besaron con furia durante un minuto entero, y luego se separaron jadeantes. Al mirarla, Brodie solo veía un neblinoso borrón de satén amarillo.

—Mis gafas —dijo Brodie—. No veo nada. Disculpe.

Varvara las encontró y se las dio. Volvió la nitidez. Y llegó la turbación.

—Va a pensar mal de mí —dijo ella con una sonrisa tímida e impasible.

—Mire... Es... Hay momentos en los que... A veces...

—¿Está usted prometido?

—Sí —contestó él enseguida. Estaba inspirado—. Hay alguien. En Escocia.

—Entonces no importa. Usted está aquí, en Rusia, y ella, lejísimos. Es como si estuviese en la luna.

Varvara le cogió las dos manos y se le arrimó, levantando la vista para mirarle. Entonces se llevó las manos de Brodie a los pechos y las retuvo allí. Él notó cómo el satén amarillo cedía un poco ante la presión de sus senos.

—Venga mañana —susurró ella—. A las ocho. Cenaremos aquí los dos solos.

—Debe saber algo, señorita Vadimova...

—Llámeme Varvara.

—Varvara. Estoy enfermo. Tengo tuberculosis.

Varvara, sorprendida, le soltó las manos. Él las dejó caer a los lados, aprovechando la oportunidad con audacia.

—Me está tratando una doctora aquí, en Piter. Ella es muy optimista. Estoy en buenas manos.

—Conozco a los mejores médicos. Hablaremos de ello cuando nos veamos. Le puedo ayudar.

El ardor se había disipado con la misma rapidez con que había aparecido. Varvara ahora le miraba distinto: fija, intensamente.

—Hay una línea en sus lentes.

—Las gafas se llaman Franklin. Tienen dos lentes de diferente potencia. Una para ver de cerca, y la otra para ver de lejos.

—Qué interesante. Creo que me vendrían bien unas gafas así —ella se dirigió a la puerta y Brodie la siguió—. ¿Tomamos un poco más de vodka mientras hablamos de óptica?

—Me parece una idea estupenda.

Recorrieron el pasillo oscuro en silencio, aproximándose al bullicio del salón. El vocerío era casi estridente. Para sorpresa de Brodie, parecía haber más invitados. ¿De dónde habrían venido? Él sospechaba ahora que la charla y el salón habían sido meros pretextos para iniciar una velada totalmente distinta. Varvara le miró con aire triste, le dio un apretón en el brazo y se fue a charlar con otras personas. Brodie sintió caer sobre él un enorme cansancio. Si Lika estuviera allí; si de algún modo pudiese hacerla venir en un segundo desde Maloe Nikolskoe. Procuró apartar de su mente lo ocurrido y se acercó a la ponchera, abriéndose paso entre la multitud.

—Una charla muy interesante.

El cumplido se lo habían hecho en inglés. Brodie se dio la vuelta.

Era un hombre joven, larguirucho y parcialmente calvo, con la barbilla hundida, un bigote rubio bien recortado y los ojos risueños y centelleantes.

—Me llamo George Vere —dijo, tendiéndole la mano—. Trabajo en la embajada, aquí en Piter. Soy un viejo amigo de la impetuosa Varvara, o sea, que la conozco desde hace poco —se estrecharon la mano—. ¿Se le ha tirado encima? —le preguntó.

—No. En absoluto.

—Es usted afortunado. Yo tuve que decirle que tenía una mujer y cuatro hijos en Inglaterra.

—¿Es verdad?

—No, por Dios. Soltero empedernido. Pero ya sabe: en un trance así, la necesidad es la madre del ingenio.

—Un salón muy animado —observó Brodie—. Si se le puede llamar así.

—En cualquier caso, ha sabido usted imprimir a la reunión el tono que hacía falta —dijo Vere—. Estas veladas suelen ser muy serias. Soporíferas. Pero mire cómo se está divirtiendo la gente esta noche. ¿Le podría invitar a almorzar un día de estos? Podemos ir al Club Náutico Imperial, si no le importa comer rodeado de diplomáticos. El chef es francés.

—Se lo agradezco. Sí, me gustaría.

Vere sacó una tarjeta de una cajita de plata muy fina y se la dio.

—Siempre me puede localizar en la embajada, en Dvortsóvaya. Si no, ellos sabrán dónde encontrarme.

Nevski Prospekt, 23 (1a)
San Petersburgo

Estimado señor Brodie:

Le ruego disculpe mi pésimo inglés. Gracias por la velada de anoche. La suya ha sido sin duda la mejor charla que hemos tenido en los dos años de vida del salón. Y me gustó nuestro beso. ¿A usted no? A donde puede llevar un beso más vale no ir. ¿No es así el dicho inglés? Le ruego que venga a cenar a mi casa el domingo 16. Habrá seis u ocho invitados. *Sehr gemütlich*

Con afecto,

V. N. Vadimova

Brodie se excusó a vuelta de correo. Tenía que irse a Maloe Nikolskoe, porque Kilbarron le necesitaba: acepte mis más sentidas disculpas, le decía. Era verdad que, a medida que avanzaba el mes de julio, el pianista parecía cada vez más reacio a abandonar la finca. Todos los días ensayaba por lo menos cuatro horas, como si de pronto se hubiese dado cuenta del trabajo que requería preparar los primeros conciertos de la temporada Kilbarron, a primeros de septiembre. Cuando pasaba al lado de la cabaña, Brodie le oía

tocar a Rimski-Kórsakov, Balákirev, Músorgski, Borodín, Chaikovski. Kilbarron de vez en cuando le pedía que afinara el piano. La mano derecha le estaba suponiendo un lastre. «Gracias a Dios que tengo analgésicos», le decía, cerrando los ojos.

Una tarde, Philipp Lvov volvió de Dubechnia con un paquete para Kilbarron. Él estaba solo en el porche, y no había ni rastro de Malachi. Brodie sabía que eran partituras enviadas desde Piter: en contra de lo que le había asegurado, Kilbarron seguía dándole vueltas en la cabeza al programa del concierto inaugural.

Brodie atravesó el descuidado césped en dirección a la cabaña. No se oía música. Como de costumbre, Kilbarron había bebido demasiado en el almuerzo; seguro que está durmiendo la mona, pensó. Sin embargo, la puerta principal estaba entornada y, al asomarse por la rendija, Brodie vio que la tapa del piano estaba cerrada. Abrió la puerta, entró y, después de dejar el paquete con las partituras en el taburete del piano, cuando estaba a punto de marcharse de puntillas, oyó una voz:

—Eres idiota. Joven e idiota. ¿Por qué tendría que hacer nada por ti?

Brodie se detuvo, creyendo que se estaba dirigiendo a él, pero entonces oyó a Lika, que tuvo el valor de responder:

—Siempre has dicho que soy idiota. ¿Qué novedad hay ahora?

Brodie se quedó inmóvil. Acababa de caer en la cuenta de que Kilbarron y Lika estaban en el dormitorio. Le entraron náuseas.

—Tengo trabajo que hacer, una tarea descomunal por delante, y no puedo andar preocupándome por ti y esos estúpidos sueños.

—Tengo que cantar algo, lo que sea, me da igual. Llevo más de un año sin cantar. Necesito...

—¿Y qué? —gritó él de repente—. A nadie le importa un carajo lo que hagas o dejes de hacer. Eres una cantante de tercera, ideal para un coro de tercera. Vete a cantar en una iglesia, si lo que quieres es ejercitar las cuerdas vocales. Yo no tengo tiempo para buscarte un trabajo. Además, ¿para qué lo quieres? Ya tienes un sueldo. Eres mi ayudante musical. ¡Hay que joderse! Una ayudante musical muy bien pagada. ¡Lo que daría mucha gente por tener un trabajo así! Se cortarían la mano derecha con tal de trabajar conmigo, con John Kilbarron. Pero solo piensas en yo, yo, yo. Que si Lika tal, que si Lika cual. ¿Nunca se te ha ocurrido pensar en mis responsabilidades, en lo que represento para la gente de este país? No..., estás tan enamorada de ti misma y

de tu vocecita chillona.

Brodie oyó cómo Lika empezaba a sollozar, impotente. Pensó que se iba a desmayar. Se acercó de puntillas a la puerta. No debería haberse quedado escuchando. Oír esa conversación tan cruda, tan imprudente, tan íntima y personal, le había causado una terrible impresión. Abrió la puerta despacio, escuchando el chirrido de los goznes. En ese instante, y para su sorpresa, oyó a Kilbarron hablar en tono suplicante, zalamero, con una voz casi infantil:

—Lika, cariño, cariño, no llores, mi amor. Soy un tipo despreciable, un canalla. Un viejo borracho y abyecto. Te quiero, mi preciosa Lika. Ven conmigo. Lo siento. No debería haberte dicho eso. Te conseguiré un trabajo. Te conseguiré un papel, lo que quieras. Una ópera, un oratorio... o un recital solo para ti. Así el mundo verá lo extraordinaria que eres y esa voz tan preciosa que tienes... Cuidaré de ti, cariño.

Brodie cerró la puerta y se alejó de la cabaña a toda prisa. Notó cómo se estremecía de asco. Se forzó a pensar en Lika, en la pobre Lika, en lo que tenía que soportar, lo que tenía que sufrir. Nadie se merecía sufrir una humillación semejante. Estaba cada vez más decidido a encontrar una manera de librar a Lika de John Kilbarron. Tenían que huir, los dos juntos, fuese como fuese.

Esa tarde, antes de la cena, consiguió estar un rato a solas con ella. Lika tenía los ojos rojos y la cabeza caída de tanto llorar.

—¿Cuál es el problema? —le susurró él—. ¿Qué ha pasado?

—Mi madre no está bien. Me ha llegado una carta. Me he puesto triste, estúpidamente triste.

—Ya —dijo Brodie, consciente de que ella prefería guardar ciertos secretos.

—Estaré bien. No es grave. Me preocupo demasiado.

—¿Estás segura? ¿Hay algo más que...?

—Ya va siendo hora de que entremos.

Los dos convinieron en que tenían que andar con más cautela a la hora de citarse en la orilla del río. Brodie intuía que Malachi tenía sospechas de que se tramaba algo. Así que había días en que él se iba a pescar como de costumbre y Lika se quedaba en la casa jugando al cróquet o leyendo. Otras veces ella salía a dibujar y Brodie procuraba que Malachi le viese paseando alrededor del estanque o practicando con el palo de cróquet en el césped. En

cualquier caso, los dos tenían la sensación de que la época de los encuentros a la orilla del río, de hacer el amor bajo el sol, estaba llegando a su fin. Por lo demás, el tiempo iba empeorando según avanzaba el verano: a veces se desataba una tormenta y se empapaban, los días siguientes hacía un frío impropio de la estación y luego reaparecía, tímido, el sol.

Un día hubo un incidente que confirmó lo acertado de su decisión. Brodie volvía de la caseta después de bañarse en el estanque y de pronto vio a Malachi y a Lika conversando al lado del vergel: ella llevaba colgada del brazo una cesta llena de fruta caída, y Malachi (que parecía muy serio) alargó el brazo de repente y le cogió la mano que tenía libre. Lika la apartó enseguida y le habló con aspereza. Malachi dio media vuelta y se alejó rumbo a la casa con la mirada fija al frente, como si las palabras de Lika le hubiesen apocado. Brodie oyó cómo la puerta de su habitación se cerraba con un golpe. ¿Qué había pasado en el huerto? ¿Qué le había dicho él, y por qué le había cogido la mano así? ¿La habría acusado de algo y ella se había indignado? Brodie sospechaba que no lograría sonsacárselo a Lika, que siempre se resistía a revelar nada sobre su relación con los hermanos Kilbarron.

Brodie ya había concretado su nuevo plan, y ella conocía todos los pormenores. Le había pedido al gerente del Teatro Nueva Rusia que un día concreto, una semana después, le enviara un telegrama diciendo que le necesitaban con urgencia para reponer las cuerdas de la sección de bajos del nuevo piano. El telegrama llegó el día indicado, y Brodie anunció en Maloe Nikolskoe que tenía que volver unos días a Piter. A la mañana siguiente, un carruaje ligero de dos ruedas tirado por un poni le llevó a la estación de Dubechnia, y de ahí fue andando a la ciudad y se registró en el Hotel de la Sociedad Evangélica, donde le condujeron a la *beste Zimmer*, en el primer piso. Le dijo al encargado, con su titubeante alemán, que su mujer llegaría al día siguiente.

Tenía unas horas para él solo, así que al atardecer salió a dar una vuelta por Dubechnia. Se alejó de la calle principal torciendo en una esquina al azar. Pasó por delante de un club —oyó el entrecuchar de las bolas de billar, risas y música—, una sombrerería y una tienda de *bagels*. Entonces llegó a un parque sorprendentemente bien cuidado, con un riachuelo que lo atravesaba veloz y árboles jóvenes, de aspecto enfermizo y bien sujetos con estacas gruesas. En un extremo del parque, detrás de un muro alto, había una mansión de piedra bastante grande: le dijeron que era la residencia del gobernador. Un vendedor

ambulante que ofrecía escobas y plumeros de diversas clases entabló conversación con él, pero no lograron comunicarse. Brodie intentó entrar en la iglesia más grande de Dubechnia —la así llamada «catedral»—, pero estaba cerrada. Afuera, junto a la entrada principal, dormía un mendigo.

Brodie se alejó del templo y tomó al azar otra calle que, como vio enseguida, llevaba al límite de la ciudad. El camino de tierra estaba lleno de baches y flanqueado por misérrimas chozas con el tejado de paja hundido y casuchas cuadradas cubiertas con tablones y hierba, y de cuya fachada sobresalía el tubo ennegrecido de una estufa. Había animales —perros, gallinas, cerdos— olisqueando, escarbando y revolviendo en montones de basura humeantes, y los pocos vecinos que vio parecían aborígenes, con la piel oscurecida por el sol o la mugre acumulada y ropa que hacía mucho bulto y parecía hecha de una especie de cuero o fieltro grueso. Unos niños medio desnudos se le quedaron mirando —el blanco de los ojos y su contraste con el bronce de la piel— como si fuera un visitante de otro planeta lejano, desconcertados por su traje y su corbata y sus lustrosos zapatos. Brodie hizo un leve gesto con la mano a modo de saludo —a fin de cuentas, eran seres humanos como él— y enseguida volvió sobre sus pasos. Una anciana harapienta y contrahecha le enseñó su boca desdentada y trató de agarrarlo por la manga de la chaqueta. Él tiró unas monedas al suelo y se alejó a grandes zancadas; logró encontrar el camino de vuelta al hotel, donde cenó unas chuletas de cordero con una salsa de alcaravea, y de postre, un *kissel* de manzana: una especie de pudín con hojaldre espesado con fécula de patata. Le pareció delicioso. Después de la cena se fue a la cama y soñó con Lika.

Por parte de Lika, el engaño empezaba veinticuatro horas más tarde, de manera que su marcha no pareciese guardar relación con la de Brodie. En su caso, el pretexto fue un acuciante dolor de muelas, así que se iba a ver a su dentista, en Piter. A ella también la llevaron en carruaje a Dubechnia y la dejaron en la estación. En cuanto salió el tren a San Petersburgo, se dirigió a pie a la ciudad y, una vez allí, fue al Hotel de la Sociedad Evangélica, donde su amante la aguardaba impaciente.

Brodie le dijo al recepcionista que su mujer se encontraba indispuesta y preguntó si les podían llevar algo de comida a la habitación. Al cabo de un rato les trajeron capón asado, ensalada de alubias blancas y verdes y unos

panecillos. Pidieron vino, pero solo había champán ucraniano. Comieron desnudos en la cama, cada uno a un lado de la toalla en la que lo habían colocado todo, y brindaron y se felicitaron por el brillante plan. Qué distinto era estar en una habitación de hotel, en una cama (como en París), y pasar toda la noche juntos.

—¿Qué vamos a hacer, Brodie?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué va a ser de nosotros?

—No pensemos en nada hasta que termine la primera temporada de conciertos. Kilbarron sabe que no me puedo quedar aquí para siempre: no tengo casi nada que hacer.

—¿Y luego qué?

—Nos marcharemos... a París, a donde sea. Podríamos irnos a América. Tú podrías cantar, y yo, afinar pianos.

—Para ti es fácil decirlo —dijo ella mientras alcanzaba la botella—. Yo lo de marcharme lo tengo más difícil.

—Dile que se acabó lo vuestro. Esas cosas pasan. El amor muere, ya sabes.

—Además, será otro siglo —dijo ella con el ceño fruncido, pensativa, como si la idea la inquietara de algún modo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Lika arrancó un trozo suave del centro de un panecillo y se puso a masticarlo.

—Quiero decir... ¿Cómo será el siglo XX ? ¿Lo notaremos en algo? ¿O tendremos la impresión de que nada ha cambiado, de que no es más que una fecha en el calendario?

—Los automóviles —dijo Brodie, pensando en el siglo XX —. Dentro de unos años ya no habrá caballos, ya verás. Ni carruajes de caballos ni cabriolés. A nuestros hijos les parecerá increíble que necesitémos caballos para ir de un sitio a otro. Millones de caballos. Se quedarán estupefactos cuando les contemos que las ciudades más grandes y más ricas del mundo apestaban a mierda de caballo. Les parecerá pura fábula.

—Y ya no habrá más guerras —dijo Lika—. Ni enfermedades.

—No estoy tan seguro de eso —dijo Brodie, y siguió reflexionando—: La gente viajará por el mundo en globo, unos globos gigantescos: he leído artículos sobre ellos en el periódico.

Ella se tumbó y recostó la cabeza en su rodilla. Él se inclinó y la besó en la frente.

—Hay algo que seguro que ocurrirá en el nuevo siglo —dijo ella en voz baja.

—¿Qué?

—Moriremos. Moriremos en el siglo XX, Brodie, te das cuenta, ¿verdad?

—¡No digas esas cosas, por favor!

—Es la pura verdad. Los dos moriremos en el siglo XX.

—Todos moriremos antes o después. Todo muere: los árboles, los animales, las estrellas —Brodie rodeó con las manos el precioso y atribulado rostro de Lika—. No pienses en eso. Piensa en nosotros, en esta habitación, en este momento. Este es nuestro mundo. El tiempo se ha detenido. Eso es lo único que importa.

—Quedémonos aquí una noche más —dijo Lika a la mañana siguiente—. No quiero salir en todo el día.

Brodie reflexionó.

—Puede ser arriesgado.

—Pondré un telegrama diciendo que me tienen que sacar una muela.

—¿Cómo vas a mandar un telegrama a Dubechnia desde Dubechnia?

Brodie, sin embargo, lo estaba pensando seriamente: tenía que haber alguna manera...

Se vistió y fue a la oficina de correos. En el formulario del telegrama puso lo siguiente: «*Complications avec dent. Revenir demain. L. V. Blum*». Le preguntó al administrador de correos si había en Dubechnia algún ordenanza que pudiese entregar el telegrama en Maloe Nikolskoe. El administrador, un tipo flaco con un mostacho gigantesco, le miró con aire triste.

—Esto no es San Petersburgo, señor. Aquí no hay ordenanzas.

—Estoy dispuesto a pagarle un rublo a cualquiera que lleve esto a Maloe Nikolskoe.

—Hay un mozo que podría hacerlo. Hablaré con él.

—¿Podría usted sellar el telegrama?

El administrador alcanzó la estampilla y golpeó el impreso. Brodie le dio el rublo y dobló el telegrama. «J. Kilbarron, Maloe Nikolskoe», escribió.

Entonces le dio otro rublo.

—Le agradezco que se haya tomado la molestia.

Fue caminando despacio de vuelta al hotel mientras pensaba en el ardid que habían tramado. Una noche más... estarían a salvo, y Lika volvería a Maloe Nikolskoe, ya sin dolor de muelas. Él esperaría un día y medio, y luego aparecería en la dacha. Nadie tenía por qué sospechar nada. Sería solo una más de entre las muchas idas y venidas de la gente a la casa. Además, el fin de semana siguiente iban a llegar invitados. Brodie subió de dos en dos las escaleras que llevaban a su habitación.

Se quedaron allí todo el día, como quería ella. Para comer encargaron *pirog* rellenos de carne picada y una botella de vodka. Bebieron demasiado y fumaron. Hacían el amor cada vez que se excitaban. Persegúan a las moscas por la habitación. Se asomaban a la ventana y veían pasar a la gente bien de Dubechnia, y se dedicaban a especular sobre sus vidas, inventar historias sobre los lugareños. Al atardecer les volvió a entrar hambre, así que pidieron blinis, caviar prensado y champán ucraniano. Luego apagaron las lámparas de petróleo y se quedaron tumbados en la cama, abrazados en medio de la oscuridad.

—Nunca olvidaré estas horas aquí —dijo Brodie—. Jamás.

—Yo tampoco.

—Los días que pasamos en el Hotel de la Sociedad Evangélica.

—Ha sido... —se quedó pensativa— algo mágico.

Brodie creyó que había llegado el momento de decírselo.

—Tú sabes que te amo, Lika.

—Sí. Sí, lo sé, cariño.

—Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Ya no puedo estar sin ti. No puedo imaginarme estar sin ti. Tenemos que encontrar una manera de...

—¡No sigas! No digas nada más, Brodie. Mi situación es muy complicada... No te haces idea. Nuestra situación también lo es. Habrá veces que no podamos estar juntos..., lo sabes de sobra.

—Entonces tendremos que hacerla menos complicada. Será difícil. Habrá rencor, y nunca nos lo perdonarán. Pero piensa en cómo han sido estos dos días que hemos pasado juntos, e imagínate que fuese así siempre y que no tuviésemos que escondernos ni mentir. Solo tú y yo. Libres por fin.

—Es muy bonito lo que dices, Brodie. Deja que lo sueñe.

Se durmieron abrazados debajo del edredón, uno frente al otro, la cabeza de Lika apoyada en el hombro de Brodie, las rodillas tocándose.

En mitad de la noche, él sintió frío y fue a taparse con el edredón, pero no

lo encontró. Abrió los ojos y vio una llama ardiendo. Detrás del círculo de luz anaranjada estaba Malachi Kilbarron.

Brodie supo que no era un sueño. Se incorporó, tapándose enseguida con las manos las partes pudendas. Malachi dio una patada a la cama y Lika se despertó, lanzó un grito sordo y se cubrió los pechos con los brazos.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Malachi con tono desagradable—. La parejita feliz.

Clavó los ojos en Lika, pero ella rehuyó su mirada.

—Estás tan mona como siempre, cielo. Esas preciosas tetitas.

Lika cogió la sabana bajera y se envolvió con ella. Malachi se volvió hacia Brodie.

—A usted le veré abajo, Moncur. Dentro de dos minutos. Cúbrase la polla y los huevos con unos pantalones. Adecéntese.

Y salió de la habitación.

Lika casi no podía hablar. Parecía conmocionada. Se vistió a toda prisa, basqueando y tosiendo todo el rato. Antes de que Brodie bajara a hablar con Malachi, los dos se abrazaron.

—Puede que esto sea bueno —dijo él en tono dulce, intentando tranquilizarla—. A partir de ahora todo tendrá que cambiar.

—No —dijo ella con voz tenue—. No conoces a Malachi. Todo irá a peor a partir de ahora. Todo va a salir mal.

Brodie la besó y bajó al encuentro de Malachi Kilbarron.

6

Lika tenía razón. Todo empeoró desde aquel momento, aunque no siempre se notaba; a veces, durante un minuto o dos, parecía como si nada hubiese cambiado, pero entonces alguien hacía cierto comentario en una conversación o rehuía una mirada, y Brodie se acordaba de lo bien que habían ido las cosas antes del terrible incidente.

Aquella noche, en el bar del Hotel de la Sociedad Evangélica, Malachi había estado sorprendentemente razonable mientras exponía sus términos, sus condiciones para guardar silencio. Estaba bebiendo vodka, pero no le ofreció nada. Brodie era consciente todo el rato de que también Philipp Lvov andaba por el vestíbulo. Malachi dijo que no iba a contarle a Kilbarron —a su pobre hermano John— su traición, porque le destrozaría, y sobre todo en un momento así, cuando estaba preparando los conciertos con los que se estrenaría la temporada inaugural del teatro —que tantos beneficios podía reportarle—, una revelación de ese tipo sería demoledora. Así que, dijo Malachi, primera condición: el *affaire* entre Brodie y Lika se había acabado. Segunda condición: los dos harían todo lo que les ordenase Malachi. No tendrían ninguna autonomía ni iniciativa propia; habría que consultarlo todo con él.

—Sois títeres míos —dijo Malachi sin rodeos—. ¿Está claro? De ahora en adelante haréis lo que os diga, y así hasta que decida daros la libertad. ¿Entendido?

Brodie no tuvo más remedio que aceptar, y antes de irse Malachi le dio instrucciones. Lika volvería a Maloe Nikolskoe por la mañana, mientras que Brodie esperaría todo el día y regresaría por la noche.

Brodie sintió la necesidad de preguntarle algo.

—¿Cómo lo supo? ¿Cómo supo que estábamos aquí?

Malachi sonrió.

—Reconocí su letra en el telegrama: su manera de trazar la C y la R. Más claro, agua, pensé. Brodie Moncur nos pone un telegrama desde Piter

hablándonos de Lika y sus muelas. Curioso. Entonces me fijé en el sello. Dubechnia. No me costó localizarle.

Qué sencillo todo, pensó Brodie. Ojalá le hubiese pedido al administrador que lo escribiese él...

Lo que sí cambió fue la actitud de John Kilbarron. Malachi le había asegurado a Brodie que no le iba a decir nada, pero Kilbarron de pronto empezó a mostrarse más frío con él. Cuando se encontraban, apenas le saludaba con un gesto de la cabeza. Parecía querer guardar las distancias. Entre Kilbarron y Lika, sin embargo, daba la impresión de que las cosas seguían igual. Ella se sentaba a su lado en las comidas y dormía en su cama por la noche, o eso suponía Brodie, que por lo demás sospechaba que Malachi le había insinuado a su hermano algo sobre él —tal vez le hubiese comentado que Brodie no era de fiar—, y de ahí la *froidueur* de Kilbarron. Los días siguientes, mientras los invitados iban y venían, Brodie estuvo al margen de lo que ocurría en Maloe Nikolskoe. Hubo otra cena en la casa principal, pero esta vez a él no le invitaron: solo a Kilbarron, Malachi y Lika.

Dada la presión a la que estaban sometidos, Brodie no se atrevía a hablar a solas con Lika más que muy de tarde en tarde. Ella parecía más tranquila.

—Él no sabe nada —le dijo—. Estoy convencida. Tiene los nervios de punta por los conciertos, pero conmigo está bastante cariñoso.

Por primera vez desde que empezaran su relación, Brodie lamentó que tuviesen que comunicarse en una segunda lengua. Su francés era bueno, pero no lo bastante para permitirle explicar sus sospechas con precisión. Seguro que has intuido algo, le dijo. ¿No ha dicho nada de mí? No, contestó ella: «*Il est absolument comme d'habitude*». A Brodie no le bastó con eso. Lika lo había dicho sin demasiada convicción. «Ya le he visto así otras veces. Siempre le pasa cuando se está preparando para un concierto importante.» Sus palabras no le tranquilizaron. Había discrepancias en su idioma compartido.

Tres días después del incidente con Malachi, al pasar por delante de la cabaña, Brodie oyó a Kilbarron practicar. Reconoció la pieza: era una de las *Paganini Variationen* de Brahms. Su técnica era irreprochable, pero Brodie enseguida notó que el piano estaba algo desafinado. Se lo comentó antes de la cena, mientras se reunían todos en el comedor.

—No pasa nada —respondió Kilbarron—. El piano cumple su función. A mí no me preocupa —le miró inquisitivo, y Brodie se preguntó una vez más lo que le habría contado Malachi. Intuía que Kilbarron, con sus palabras, estaba

orquestando su animadversión por él—. ¿Se encuentra usted bien, Brodie? Espero que esté en plena forma.

Kilbarron no parecía preocupado por él: en su pregunta había un matiz burlón.

—Sí, estoy muy bien, gracias.

—Estupendo. Quiero que regrese usted a Piter mañana. Ya sé lo que voy a tocar. Yo volveré pronto, para los primeros ensayos. Las teclas las noto ligerísimas en las octavas sextas. Ligeras como una pluma.

—Por supuesto. Pero mañana... ¿Está seguro?

—Sí. A primera hora. Quiero que lo tenga todo listo. Apúrese.

Kilbarron se dio la vuelta bruscamente y se alejó. Lika acababa de entrar en el comedor y él la cogió de la mano y la condujo afuera. Para Brodie, el comportamiento de Kilbarron confirmaba sus sospechas: Malachi se habría inventado una historia y se la había contado a su hermano para desacreditarle. Brodie Moncur ya no pertenecía al círculo de sus allegados. Había sido expulsado de Maloe Nikolskoe.

Brodie no pudo dormir esa noche, que suponía que era la última que iba a pasar en Maloe Nikolskoe, atrapado como estaba entre la indecisión y la desconfianza. No paraba de darle vueltas a la cabeza, pensando en el porvenir, considerando diferentes posibilidades. ¿Qué iba a hacer? ¿Y cuál era su destino y el de Lika? Poco antes del alba se levantó, se vistió y recogió sus pocas pertenencias.

Salió de la casa. No se oía ningún ruido, ni siquiera en la cocina, y la chimenea de ladrillo del corral no echaba humo. Fue caminando por la orilla del lago, por un sendero bañado en una luz nacarada y que Lika siempre tomaba para ir a la charca del fresno. El camino, que no se veía desde la casa, trazaba una curva para bordear los edificios de la granja y luego se perdía en un bosque de abedules plateados. Allí, en el sendero oscurecido por el follaje, había ahora un silencio inquietante, como si Brodie fuera el único ser vivo. Al salir del bosque se encontró con la luz de encaje del amanecer y los contornos ondulados de un campo de trigo segado. Al lado del campo había una segadora-atadora de dos caballos con las cuchillas cubiertas de rocío. Brodie miró el engranaje, las ruedas y las cadenas, asombrado por la solidez y firmeza del metal agrícola. No sabía cómo, pero la máquina cortaba el trigo y

luego dejaba los tallos detrás, atados en gavillas. Parecía un milagro. Brodie había visto máquinas así en funcionamiento en las grandes granjas del valle del Liethen.

Miró a su alrededor; se hallaba solo en medio del campo bajo la débil claridad del alba y tuvo la sensación de estar en un cuadro de..., ¿cómo se llamaba el pintor?, ese que había visto en el piso de Varvara Vadimova. *El amanecer en Nikolskoe*. El trigal segado se extendía hasta la linde del bosque. Los campesinos habían cortado el trigo y puesto las gavillas en tresnales, y luego las habían cargado en carretas y se las habían llevado para aventar el grano, y con la paja habían formado un almiar en algún sitio. Los rastrojos relucían bajo la luz sesgada del amanecer, como si estuviesen salpicados de escarcha. Puede que los campesinos trajeran otras máquinas mágicas para allanar la tierra, se dijo. Luego la dejarían descansar, y finalmente volverían a ararla antes de que las heladas invernales la endureciesen y...

Brodie se quedó petrificado.

A unos cien metros, un ciervo joven comía los brotes verdes que asomaban entre los rastrojos. Era un animal delicado, nervioso; masticaba la hierba durante un segundo o dos, y luego levantaba la cabeza y recorría el campo con la mirada, momentáneamente alarmado. Si no había ningún peligro, seguía comiendo... y a continuación repetía el proceso. Brodie estaba quieto. El ciervo alzó la cabeza, la giró y miró hacia él. Si no se movía ni hacía ningún ruido, el ciervo lo consideraría otro elemento inmóvil del paisaje. Los dos pasaron un buen rato sin moverse. El ciervo levantaba la mirada sin cesar y daba la impresión de fijarla en Brodie, que se mantenía rígido y le miraba a su vez. Era una criatura de una belleza absoluta, perfecta, pensó, un ser temblorosamente vivo, ágil y a la vez delicado, con las patas delgadas y una piel que relucía como el caramelo conforme los primeros rayos de sol daban en el campo de trigo. ¿Quién querría matar a un animal tan bello?, pensó Brodie. Una paloma torcaz zureó en el bosque de los abedules, y el ciervo se alejó de repente —como si la brisa le hubiera traído un olor humano—, dando grandes saltos hasta desaparecer en el refugio de los árboles. A Brodie el encuentro con aquella criatura le inquietó mucho, sin que supiese bien por qué. Se había quedado muy quieto, pero el ciervo había intuido que pasaba algo y había salido corriendo. Ese instante parecía cargado de simbolismo, pero un simbolismo que se le escapaba. Puede que fuese un augurio, pues; un mal augurio.

Brodie se dio la vuelta y caminó con gravedad de regreso a la dacha. Los sirvientes ya andaban trajinando: de la cocina del patio llegaba el ruido de las sartenes y el entrecuchar de un cazo y una olla. Los gallos cacareaban, y los perros les ladraban. En el comedor, que estaba vacío, Brodie le pidió a una criada somnolienta que le trajera café y confirmó que en media hora llegaría el coche que había encargado para que le acercase a la estación de Dubechnia, donde cogería el tren a San Petersburgo. Se dio cuenta, con un súbito arrebató de desilusión, de que no iba a poder despedirse de Lika.

Brodie hizo exactamente lo que le había pedido Kilbarron. Pasó un día entero trabajando con el nuevo piano de cola (el Steingraeber), que ahora, terminada la temporada de ballet, estaba colocado en el centro del escenario. Después de afinarlo otra vez, se puso a manipular las cabezas de los macillos con sus agujas y planchas y a cargar las octavas sextas con sus finas láminas de plomo —operación que requería gran meticulosidad y precisión—, de manera que el roce de un dedo bastara para producir una nota nítida, limpia. Sirviéndose de su diminuto fuelle de goma india y del lubricante seco que había inventado —una mezcla de talco, grafito y (su toque personal) un polvo de molibdenita muy fino procedente de Noruega—, quitó el polvo a los rodillos y al travesero del teclado. El piano ya estaba listo, perfectamente adaptado a los dedos de Kilbarron. No era el instrumento ideal para él, como lo había sido el Channon, pero casi. Brodie confiaba en que le gustase.

Justo antes de que se marchara, el gerente del teatro le enseñó el cartel con el que pensaban anunciar la temporada Kilbarron, y en el que figuraban los detalles del concierto inaugural. Primero interpretaría la pieza que él mismo había compuesto —*Der Tränensee: Tondichtung für grosses Orchester*—; luego, el *Concierto para piano n.º 3* de Chaikovski, y finalmente, *Islamey*, de Balákirev. Un recital ambicioso que le permitiría desplegar su virtuosismo, pero del que saldría rendido. Estaba claramente pensado para dejar en el público un recuerdo imborrable. A Brodie se le ocurrió que quizá tuviese que afinar otra vez el piano en el intermedio. Kilbarron había pedido ensayar tres días enteros con la orquesta: se jugaba mucho.

Brodie almorzó con George Vere en el Club Náutico Imperial. Las paredes estaban atestadas de trofeos, banderines y fotos de barcos y regatistas. El restaurante, que estaba muy concurrido, era de estilo francés: mantelería blanca almidonada, camareros de frac y ostentosamente serviciales. En el almuerzo, Brodie se dio cuenta de que Vere en verdad le resultaba simpático:

sonreía con facilidad, y además tenía esa elegante y afectada actitud inglesa, en la que se mezclaban la capacidad para reírse de sí mismo y un aire despistado, y que no lograba ocultar del todo su perspicacia.

—¿Se encuentra usted bien, Moncur? —dijo después del primer plato—. ¿Un poco pachucho, quizá?

Brodie sintió, no sabía por qué, la necesidad de contarle sus cuitas.

—Es un asunto sentimental. Estoy enamorado, y las cosas no van bien.

—¿Conozco a la joven? No tiene por qué decírmelo si no le apetece.

—No es Varvara Vadimova, si es en ella en quien está pensando.

—Eso es bueno. Pero en ese aspecto no le soy de ayuda —dijo Vere.

—Me asaltan presentimientos de un inminente desastre —dijo Brodie—. Tengo la horrible, la creciente convicción de que todo va a acabar muy mal, y no sé qué hacer para evitarlo.

—Es curioso: eso mismo siento yo al levantarme cada mañana.

Brodie no pudo evitar reírse.

—Me imagino que estará casada —dijo Vere.

—No, pero hay otro hombre.

—Ahora en serio: lo que sea que pueda hacer para ayudarle... —dijo, amable, Vere, y no lo decía por decir—. Si usted quiere, avíseme si las cosas se ponen realmente feas.

Llamaron quedamente a la puerta de su dormitorio. Brodie estaba leyendo el libro de poemas de Swinburne que le había regalado lady Dalcastle, dando vueltas en la cabeza a los versos. El lenguaje de Swinburne le parecía algo florido y ampuloso; puede que esos poemas fueran un plato demasiado empalagoso para su estado de ánimo. Cerró el libro, dijo, «Adelante» y la cara sonriente de Kyrill apareció en la puerta.

—Un mozo ha traído una nota para usted, señor.

Brodie la cogió. Era de Lika. «Volvemos a San Petersburgo —decía—. Escríbeme a Poste Restante, Oficina de Correos General, ventanilla 43». Estaba sin firmar.

—¿Le doy alguna respuesta al mozo? —preguntó Kyrill.

Brodie hurgó en el bolsillo, en busca de unos kopeks, y le tendió varias monedas.

—Con el debido respeto, señor, me parece demasiado generoso. Diez

kopeks son más que suficientes para un mozo.

—Lo dejo a su criterio, Kyrill. Tómese un trago con lo que sobre.

—Es usted muy amable, señor —estaba a punto de salir de la habitación cuando se detuvo—. Nos alegra tenerle aquí, señor.

—Gracias, Kyrill.

Brodie escribió a Lika enseguida.

Malaya Morskaya, 57

23 de agosto de 1899

Mi querida Lika:

Verse ahora tal vez sea demasiado arriesgado, pero hemos de hacer planes para marcharnos de Piter lo antes posible, quizá después del primer concierto. Tengo mucho dinero: lo sacaré del banco para que estemos en condiciones de viajar. Podemos irnos a cualquier sitio: París, Buenos Aires, Nueva York. Avísame y lo organizaré todo. Cuando haya pasado el concierto (y empiece a ganar mucho dinero), Kilbarron se olvidará de nosotros.

Te quiero, cariño.

Tu Brodie

El lunes siguiente, como de costumbre, fue al despacho que tenía en el teatro y vio cómo iba llegando la orquesta, presumiblemente para el primer ensayo. ¿Habría vuelto Kilbarron ya? Eran músicos profesionales, contratados como miembros de la Orquesta Sinfónica Nueva Rusia, el nuevo conjunto del que hablaban los anuncios. Debía de haber más de un centenar, calculó Brodie: al parecer, Kilbarron quería un volumen altísimo. Al maestro, sin embargo, no le vio, aunque de todos modos supuso que estaría en alguna parte. Una hora más tarde oyó desde su despacho a los músicos afinar sus instrumentos: Kilbarron tenía que estar allí, dirigiendo a la orquesta desde el piano. Brodie fue por detrás del escenario, pero encontró la puerta del anfiteatro cerrada. Fue a abrir otra, pero tampoco hubo suerte. Buscó al gerente —un tipo amable que se llamaba Ardéiev—, al que informó de que, por alguna razón misteriosa, todas las puertas del teatro estaban cerradas. El tipo parecía avergonzado.

—En efecto, señor. Son órdenes del maestro Kilbarron.

—Entiendo. Pero yo trabajo para él. Me va a necesitar para que le afine el piano.

—Me parece que han contratado a un nuevo afinador, señor.

Brodie asimiló la noticia. Su exclusión del círculo de Kilbarron ya era casi total.

—En cualquier caso, quiero ver el ensayo.

Ardéiev miró al suelo. Se puso a mover los dedos, abochornado.

—Me temo que le está prohibido, señor. Las puertas están cerradas justamente para que no entre usted. Órdenes expresas.

Brodie volvió a su despacho, esperó diez minutos y luego recorrió a paso lento el pasillo y subió unas escaleras estrechas hasta llegar a una puerta baja (tuvo que agachar la cabeza para cruzarla) que estaba abierta, y que daba al torreón de tramoya. Cerró la puerta con cuidado. Allí, en la galería alta, todo estaba en penumbras: la única luz venía de abajo, y los telones de fondo instalados para la temporada de ballet colgaban como cortinas enormes, acrecentando la negrura. Brodie se quedó quieto y dejó que sus ojos se acostumbraran a la cuasioscuridad. Una red de cuerdas de cáñamo sujetas con abrazaderas sostenía los telones, que parecían prendas colgadas en un armario gigantesco. En ese momento distinguió delante de él una pasarela estrecha que atravesaba una cubierta llena de tablones de madera que no se estaban utilizando.

Avanzó despacio por la pasarela y, poco a poco, a sus pies, se fueron revelando el escenario y la orquesta. Podía ver a Kilbarron sentado al piano con un intérprete al lado. Estaba hablando, pero Brodie no oía nada. El cáñamo de las cuerdas despedía un olor muy fuerte, Brodie tenía la impresión de encontrarse en la jarcia del mástil de un gran velero mirando hacia abajo, hacia la cubierta.

Al llegar a la mitad de la pasarela se detuvo y se puso de rodillas. Kilbarron, que estaba otra vez al piano, indicó a la orquesta que comenzara. La música se elevó hacia la galería: un sonido prodigioso, palpable, rico y romántico. Brodie no reconoció la pieza, por lo que supuso que estaban ensayando el poema sinfónico compuesto por Kilbarron. Sonaba un poco a Richard Strauss, pensó, o incluso a Wagner. Se acordó de las palabras de Kilbarron: «No soy compositor, sino arreglista».

En ese instante, la sección de cuerda y las trompas atacaron la melodía central; el estribillo.

Era «My Bonny Boy».

Entonces se mantuvo solo la cuerda, y luego se le unió el piano, que tomó la melodía en el momento decisivo. Brodie sintió la picazón en los ojos: se le estaban llenando de lágrimas. Lágrimas de estupor y de consternación por la injusticia, por la infame traición. Y también notó una especie de odio dulzón que le iba cuajando en la garganta. Quería escupir pero sabía que no podría. Cerró los ojos y tragó bilis.

Permaneció en el torreón de la tramoya unos cuarenta minutos, escuchando el ensayo, en el que el director fue conduciendo a la orquesta por su poema sinfónico, parándose de vez en cuando y volviendo a empezar desde el principio, destacando ciertos pasajes. Brodie tuvo que admitirse a sí mismo que la ejecutaba con maestría —la adaptación, la transfiguración—: Kilbarron apuraba todas las pausas emotivas, y los minutos finales fueron un marcado *decrescendo* que llevó a la última repetición de la sencilla melodía de la balada —piano, cuerda, trompas— y de ahí a la conclusión, al *morendo*: la secuencia de notas decisiva, que el pianista tocó solo. De sol bemol mayor a re bemol mayor y, luego, la sorprendente transición a la novena en re bemol menor. Plañidero, conmovedor, abrumador. Brodie estaba seguro de que no habría en el público nadie capaz de contener las lágrimas.

Vio cómo Kilbarron interrumpía el ensayo y abandonaba el escenario, e intuyó que había llegado la hora de encararse con él. Fue a su despacho y recogió a toda prisa sus escasas pertenencias —el papel secante con el membrete del teatro, la pluma, la novela—, las metió en el maletín Gladstone, donde guardaba las herramientas de afinar, y bajó por las escaleras hasta llegar a los camerinos. Estaba sorprendentemente sereno, pero sabía que ese aplomo le iba a durar poco tiempo.

— *Oui, entrez* —dijo Kilbarron cuando llamó a la puerta.

Brodie la abrió y encontró al pianista tumbado en el diván con una botella de coñac en la mesa de al lado. Se sorprendió mucho al ver a Brodie.

—¿Qué hace aquí, Moncur? —se incorporó, retirando las piernas del diván—. No tengo tiempo para hablar con usted.

—No tardaré mucho —dijo Brodie—. Acabo de escuchar su poema sinfónico..., pese a su empeño en impedírmelo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué le ha parecido? —no estaba sonriendo.

—Le felicito. Ha sido extraordinario. Solo hay un problema. Un gran problema.

—¿Cuál?

—La pieza es mía. Me la ha robado.

—No diga tonterías.

—Es mi canción: «My Bonny Boy». Me la oyó tocar en París. Se sentó a mi lado en su piano y la tocó usted mismo.

—No me acuerdo de eso, lo siento.

—Escribí la letra y la música para Lika.

Al oírle nombrarla, Kilbarron se irritó mucho.

—Puede que oyera a Lika cantar la canción —enseguida se dio cuenta de que no debía haberlo dicho—. O puede que no —se apresuró a añadir—. De hecho, se basa en una tonada tradicional irlandesa, por si no lo sabe: «Cailín fionn». No me hace falta robarle nada a alguien como usted, Moncur —miró a Brodie. La rabia que sentía por haber sido descubierto le estaba empezando a demudar la cara. Se puso de pie—. Mon Cur. Mi *cur*. [8] Es usted un perro. Un mísero chucho. ¿Cómo coño se atreve? ¡Lárguese de aquí!

—No puede tocar sin mí —dijo Brodie con voz temblorosa—. Necesita a su perro. Sin él será un pianista manco dentro de un mes.

—Usted, Moncur, no es más que un afinador de pianos. Los hay a montones. Tengo uno nuevo, un ruso que ha hecho un trabajo excepcional con el piano. Comparado con él es usted un aprendiz.

—Imposible. No hay nadie que afine mejor que yo. Nadie.

—¿Qué presunción! —gritó Kilbarron—. ¡Cretino vanidoso! ¡El mundo está lleno de afinadores, pero John Kilbarron solo hay uno! —se acercó a Brodie, que notó cómo le olía el aliento a coñac—. Desaparece de mi vida, perro asqueroso. Insecto. Que te den por saco. Lárgate, y que tengas una muerte miserable.

Brodie cerró los ojos, los abrió.

—Cuando me venga luego quejándose de que tiene la mano inútil y suplicándome, *suplicándome* que le afine y regule el piano, ¿sabe lo que voy a hacer, Kilbarron? Le escupiré a la cara.

—Eso ya me trae sin cuidado, porque después de este concierto voy a dejar de tocar. ¡Pedazo de imbécil! —ahora gritaba, ufano—. Me voy a dedicar a dirigir —se puso a hacer gestos grotescos que imitaban los de un director de orquesta; pero daba la impresión de estar dirigiendo una banda de marcha—.

¡Uno y dos y tres y cuatro! Sí, voy a dirigir como Mahler y Weingartner y Bülow. Cualquier idiota puede hacerlo, y además te forras. Este va a ser mi último concierto, ¡y usted no está invitado!

Kilbarron alargó la mano para agarrar a Brodie, que enseguida dio un paso hacia atrás, se tambaleó y luego recuperó el equilibrio. Brodie se dio la vuelta y salió del camerino dando un portazo. Cuando se marchó del Teatro Nueva Rusia, estaba lloviznando. Sabía que no iba a volver nunca.

Brodie estaba tan confuso que decidió volver a casa andando para despejar la mente. Iba pensando: ¿había robado Kilbarron la hoja con la partitura que había escrito para Lika o había ocurrido otra cosa? Se acordó de la curiosidad que él había mostrado por la canción aquella tarde, en la casa de Saint-Germain, y de la perspicacia con que había analizado cómo creaba ciertos efectos. «Soy arreglista, no compositor», decía siempre, y al escuchar la canción debía de haber visto una oportunidad. Brodie le había ofrecido sin saberlo la clave de su poema sinfónico. *Der Tränensee*: «El lago de las lágrimas». Ahora se daba cuenta. La prueba estaba en el título, claro. Tenía el terrible presentimiento de que esa composición iba a hacer a Kilbarron aún más famoso.

Brodie cruzó el Nevá por el puente Nikoláievski. Esa tarde hacía mucho frío para ser finales de agosto. Faltaba poco para que empezase el otoño, y el invierno le seguía muy de cerca. Brodie se detuvo en medio del puente. Notaba un leve temblor en el cuerpo. Debía de ser la fortísima impresión que le había causado el encuentro con Kilbarron, los insultos, las amenazas. Mientras oscurecía, Brodie miró los amplios muelles del Nevá, los espléndidos edificios que se alzaban en la orilla: el Almirantazgo, el Palacio de Invierno, el Hermitage. Entonces vio a lo lejos una bandada de gansos, en torno a doce aves que casi rozaban las grises y agitadas aguas del río, batiendo las alas al unísono y volando hacia él en una amplia uve. Al llegar al puente se elevaron un tanto y luego pasaron veloces y a muy poca distancia de Brodie, que oyó el ruido de las alas (flap, flap). El espectáculo le conmovió profundamente. Se dio la vuelta y vio a las aves alejarse en dirección a la isla Vasílievski hasta que se perdieron en el horizonte, bañado por la luz cobriza del atardecer.

Se apoyó en el pretil del puente y sintió la dureza de la piedra en los codos. Mientras miraba las oscuras aguas del río pensó en su futuro, en lo precario

que era. Todo dependía, en efecto, de Lika.

De pronto notó cómo se le revolvía algo en el pecho y le ascendía por la garganta. Le dio tiempo a coger el pañuelo y llevárselo a la boca. Al toser violentamente sintió que los pulmones se le relajaban. Sabía lo que iba a ver cuando abriese el pañuelo: sangre reluciente. Un tubérculo, al crecer, había erosionado una de las ramas de una arteria y los pulmones se le estaban inundando de sangre. Maldijo a John Kilbarron. Maldito ladrón. Cabronazo. La impúdica exhibición de su malicia y su odio le había causado a Brodie una violenta reacción física. Escupió sangre al Nevá mientras trataba de respirar despacio, con calma, y luego arrojó el pañuelo al agua y observó cómo se lo llevaba la corriente. La hemorragia había durado poco, gracias a Dios. Ahora debería volver a casa, comer algo caliente, irse a la cama y pensar en salir de allí, salir de Petersburgo con Lika.

Malaya Morskaya, 57

28 de agosto de 1899

Mi querida Lika:

He roto mi relación profesional con Kilbarron. Tuvimos una discusión terrible (muy acalorada, muy desagradable) y ya no trabajo para él. El problema es que no tengo ni idea de cuánto tiempo podré quedarme en este piso. No me cabe duda de que, en cuanto caiga, Kilbarron le pedirá a Elisaveta Vadimova que me eche. La buena noticia es que no parece estar al tanto de lo nuestro. Es obvio que Malachi no ha abierto la boca todavía..., aunque me temo que no tardará en contárselo.

Sal de aquí conmigo, mi amor. Deja a Kilbarron. Es un demente que se está destruyendo a sí mismo y acabará destruyéndote a ti también. He sacado todo el dinero del banco. Podemos vivir con holgura durante un año, viajar y estar juntos sin tener que preocuparnos por nada. Libérate, cariño mío. Vente conmigo.

Te amo,
Tu Brodie

Fyolka le puso delante un plato de patas de ternera fritas con salsa marrón.

— *Danke schön* —dijo Brodie.

— *Das ist gut* —dijo ella—. *Wunderbar. Magnifique* .

— *Merci infiniment* .

Fyolka estaba luciéndose como cocinera, deleitándole con platos nuevos cada día desde la hemorragia. Él le había pedido a través de Kyrill que preparara comidas calientes y sustanciosas para que pudiese recuperar fuerzas. Parecía como si ella supiese que Brodie iba a marcharse y quisiera que se llevase un buen recuerdo de la cocina rusa.

Atacó las patas de ternera, que estaban sorprendentemente sabrosas. La salsa era dulce y a la vez agria, por extraño que pareciese. Pero lo más importante era que el plato estaba muy caliente. Brodie corrió a su habitación y, tras servirse un vaso de vodka de la botella que guardaba allí, volvió a la mesa. La comida caliente y el ardor del alcohol ya le estaban haciendo sentirse mejor. Sin embargo, mientras se comía las patas de ternera no paraba de pensar en lo que le había dicho Kilbarron en plena pelea: «Tengo un afinador nuevo, un ruso que ha hecho un trabajo excepcional con el piano. Comparado con él es usted un aprendiz».

¿Qué podía hacer otro afinador que no hubiese hecho él ya? ¿Quién sería ese prodigio ruso? Brodie pensó en el esmero que había puesto en la tarea de regularle el piano a Kilbarron para el concierto inaugural, ajustando con meticulosidad las diminutas pesas a las teclas correspondientes a las octavas sextas y cortando las láminas de plomo de manera que encajasen debajo de las teclas, donde servían de contrapeso. No había en el mundo ningún piano con un mecanismo tan sofisticado. Luego estaban las sordinas, que había colocado con tanta precisión, y las cabezas de los macillos, que había preparado minuciosamente, sirviéndose de las agujas y la plancha para suavizarlos o endurecerlos, según el caso. Y el lubricante seco. ¿Qué podía hacer ningún afinador para mejorar este trabajo? ¿Quién podía superarle en pericia?

Brodie sabía que faltaban apenas unos días para el concierto: era el viernes a las cuatro de la tarde. Aún tenía tiempo para hacer sus pesquisas.

El jueves por la tarde se apostó enfrente del Teatro Nueva Rusia, ocultándose entre las sombras, y vio marcharse a los últimos músicos y tramoyistas. Esperó otra media hora, pero no salió nadie más. Cruzó la calle y se dirigió a la entrada de artistas con el maletín Gladstone en una mano y un

rollo de cuerda de piano en la otra. Conocía a todos los empleados que trabajaban en el mostrador de la recepción, junto a la entrada: Borís, Radislav, Mstislav. Era este último quien estaba de guardia. Brodie entró a toda prisa, blandiendo la cuerda.

—Esto es una catástrofe, ¡una verdadera crisis! —dijo en francés, y luego lo repitió en alemán—: *Katastrophe. Eine echte Krise!*

Nada más ver el rollo de cuerda, Mstislav —un tipo sencillo y circunspecto— comprendió lo que pasaba: le condujo corriendo al anfiteatro y encendió todas las luces. Brodie levantó la tapa del piano, extrajo el mecanismo, abrió el maletín y fue colocando sus herramientas como un cirujano que se dispone a operar.

—Gracias, Mstislav. Estaré media hora.

Mstislav se marchó y Brodie tardó veinte segundos en darse cuenta de que todo estaba igual: nadie había tocado el mecanismo del piano desde que él lo regulara unos días antes. Su obra —todas sus pequeñas *astuces*— seguía allí. En las básculas y la barra todavía brillaba el grafito del polvo lubricante. Brodie ejecutó unas cuantas octavas, varias notas al unísono: todo perfecto. Empezó a sospechar que el genio ruso de la afinación no existía, que Kilbarron se lo había inventado para herirle, como una humillación más, un golpe más.

De pronto le entraron náuseas: tal era su indignación por la puñalada traperera que le había dado el pianista después de todo lo que había hecho por él. Con su inteligencia y destreza como afinador, Brodie había prolongado —quizá hasta salvado— la carrera de Kilbarron como virtuoso de primera fila. De no haber sido por él, habría tenido que retirarse... Estaba devolviendo el mecanismo a su sitio cuando se le ocurrió una idea: se encontraba a solas con el piano, nadie le veía ni seguramente le iba a interrumpir, así que lo volvió a sacar.

Brodie se acordó de algo que le había dicho su antiguo maestro y mentor, Findlay Lanhire: de todos los prodigiosos elementos mecánicos que intervenían en ese artilugio tan ingenioso que era el piano moderno, el más extraordinario era el «mecanismo de repetición», inventado y patentado en 1821. Había un conjunto de palancas que permitía repetir una nota sin que la tecla volviera al estado de reposo. La capacidad para tocar la misma nota repetidamente y a gran velocidad, y de manera que sonase nítida y única cada vez, había transformado de lleno el instrumento. El virtuosismo de pianistas

como Liszt, Thalberg y Kilbarron era tal que podían tocar una nota seis veces en un abrir y cerrar de ojos. Pero era el complicado montaje de los rodillos, tornillos y palancas de escape que había debajo del macillo, y que estaban regulados por la tensión del muelle de la repetición y producían el par de torsión necesario, así como leves movimientos de los componentes, lo que se lo permitía, lo que hacía posible a esos pianistas ejecutar la repetición sin aparente esfuerzo y desplegar su talento y pericia con tanta facilidad.

Brodie cogió un destornillador de precisión y, con la punta, procedió a golpear con suavidad y extender unos dos milímetros el rodillo central del escape de la nota re en la octava quinta, de modo que saliera de su pequeño orificio y rozara la nota contigua. Entonces guardó de nuevo todo el mecanismo y probó a tocar la nota unas cuantas veces (sonaba normal), tras lo cual cerró la tapa del teclado.

La palanca de escape tocaba ahora la báscula del mecanismo de la nota contigua, mi. Las vibraciones producidas por un pasaje *fortissimo* la harían atascarse en esta nota y luego doblarse bajo la presión, de forma que, cuando se tocara la nota re, sonarían re y mi, y al cabo de un instante se atrancarían ambas. Sería imposible continuar.

Brodie calculaba que, cuando John Kilbarron llevase quince o veinte minutos tocando, la presión sobre el rodillo se haría tan fuerte que el piano dejaría de funcionar. Lo bonito de este pequeño acto de sabotaje, pensó, era que no se detectarían indicios de manipulación. Por desgracia, cuando un pianista daba una serie de conciertos en los que tenía que tocar *fortissimo*, resultaba inevitable que a veces se produjeran accidentes así. El piano era una máquina extraordinariamente compleja y, como tal, podía fallar. ¿Por qué se habría aflojado la palanca de escape en el mecanismo de la nota re? Quién sabía. *Force majeure*, maldita mala suerte, se lo tenía merecido.

—Gracias, Mstislav —le dijo Brodie cuando se marchó. Sonrió y se pasó la mano por la frente, fingiéndose aliviado—. *Alles ist in Ordnung* .

Al día siguiente, por la tarde, volvió a apostarse delante del Nueva Rusia. Era un día desapacible, con vientos racheados y chaparrones repentinos, y Brodie, que llevaba impermeable y un sombrero tirolés bien calado, vio la llegada de los carruajes y a los dignatarios entrar corriendo en el teatro. *Le tout* Piter hacía acto de presencia en el concierto con el que John Kilbarron inauguraba su temporada de música clásica rusa, y que iba a empezar con el estreno mundial de la obra que él mismo había compuesto: el poema sinfónico *Der Tränensee*, que tanta expectación había suscitado. Brodie oía las risas alegres y el runrún de las conversaciones desde el otro lado de la calle. La fila de carruajes, calesas y landós llegaba hasta el puente Tuchkov. Una vez que hubo entrado toda la concurrencia, y cuando el concierto estaba a punto de comenzar, Brodie se fue andando a su casa, donde terminó de meter sus pertenencias en dos baúles. No le había llegado ninguna respuesta de Lika a su última carta, así que le escribió otra y la llevó a la ventanilla 43, la de Poste Restante, de la oficina de correos central. En el camino de vuelta esperó una hora delante de la casa de la Nevski Prospekt, y luego se dio cuenta de lo obvio: que Lika estaría en el teatro, con Malachi al lado, sin duda, presenciando la apoteosis de John Kilbarron.

La noticia apareció al día siguiente en la *St. Petersburg Gazette*, un diario en francés.

El concierto inaugural de la temporada Kilbarron tuvo que suspenderse al cabo de diez minutos por un fallo en el piano de cola (fabricado por Steingraeber). El concierto completo se celebrará dentro de una semana. Se invita a quienes hayan adquirido una entrada a acudir a la taquilla si desean un reembolso.

Pero aún había más. Cuando llevaba unos diez minutos tocando *Der Tränensee*, al parecer Kilbarron se había detenido de repente, se había levantado y, tras una breve reverencia, había abandonado el escenario, con gran desconcierto de la orquesta y del público. En medio del revuelo general había aparecido el gerente para anunciar que el concierto no podía continuar por razones técnicas —un defecto del piano— y se aplazaba unos días. Había habido unos cuantos abucheos y la gente había tirado los programas al suelo y se había marchado a regañadientes y muy disgustada. Ni John Kilbarron ni las promotoras del concierto, Elisaveta y Varvara Vadimova, habían hecho declaración alguna.

Brodie leyó la noticia con una mezcla de placer y una honda punzada de alarma. El perro —el chucho errante, Moncur— había ganado. Pero sabía que las cosas no iban a acabar ahí. En otras circunstancias se habría marchado enseguida: habría cogido un tren a París —esa misma noche, si lo hubiese—, pero no podía irse sin ver a Lika. No había ningún plan que no la incluyese a ella. Era Lika Blum quien lo mantenía anclado en San Petersburgo hasta nuevo aviso.

A la mañana siguiente tenía una cita con la doctora Sampsoniyevskaya. Los dos encendieron sendos cigarrillos mientras hablaban de la enfermedad de Brodie y la hemorragia que había sufrido hacía poco.

—Fue más bien un enorme grumo de sangre —dijo él—, no como la hemorragia copiosa que había tenido antes. Escupí algo de sangre, pero venía de muy abajo.

—Me temo que va a escupir más —dijo la doctora Sampson con una sonrisa triste—. Además, se acerca el invierno, así que ya es hora de que se marche al sur, a un sitio soleado —frunció el ceño—. Se lo digo con franqueza, señor Moncur: el único tratamiento (el único en el que creo de verdad, aunque prescribo muchos) consiste en guardar reposo en un lugar cálido. Si ha empezado a escupir sangre, donde menos le conviene estar es en Piter. Me dijo que ya había estado en Niza, ¿verdad?

—Sí, pasé unos meses allí.

—Vuelva en invierno. O váyase a Biarritz. ¿Conoce Biarritz?

—No.

—Es muy frecuentado por potentados rusos y la realeza inglesa. Le puedo recomendar a un médico que conozco allí —la doctora apuntó el nombre y las

señas—. Venga a Piter en verano, y ya nos veremos entonces —dijo, entregándole la hoja de papel.

Se estrecharon la mano y Brodie tuvo el triste presentimiento que a veces traen las despedidas: el de que esa sería la última vez que se verían. Se resistía a dejar pasar ese momento, a despedirse para siempre de la doctora, una mujer seria y sin embargo cálida.

Ella sonrió, le acompañó a la puerta y le dio una confortadora palmadita en la espalda.

—Buena suerte —le dijo—. Todo irá bien.

Brodie fue andando a su casa, abatido. Su optimismo no le convencía. Ella le había advertido de que volvería a escupir sangre: a pesar de las palabras de ánimo y las sonrisas, él intuía que la doctora Sampson había previsto el inevitable progreso de su enfermedad. ¿Cuánto tiempo me queda?, se preguntó. ¿Un año? ¿Dos? ¿Una década, un cuarto de siglo? Le deprimía pensarlo: de pronto, nada pasaba de ser una vaga posibilidad. En su vida ya no había nada seguro, ni tan siquiera probable. ¿Cuándo habían desempeñado un papel importante en la condición humana la probabilidad y la certeza?

Al llegar al piso oyó a un perro ladrar. Qué raro. Era un ladrido agudo. Entró en el cuarto de estar y allí vio a Lika con César, que le saludó muy animado. Nikanor estaba sirviendo té.

—Hola —logró decir Brodie, como si estuviese acostumbrado a ver a Lika en el cuarto de estar de su casa—. No sabes cuánto me alegra que hayas venido.

Nikanor se marchó y los dos se besaron. Él la abrazó. De pronto iba todo bien otra vez. Parecía un milagro...

—Me ha echado de casa —dijo Lika entre el brillo de las lágrimas, luego sollozando. Brodie vio que estaba en un estado febril, muy agitada.

—¿Kilbarron? ¿Por qué?

—Malachi le ha contado la noche en que nos sorprendió juntos en el hotel de Dubechnia.

Brodie estaba exultante, pero dijo:

—Pero ¿por qué? ¿Por qué ahora, por Dios?

—¿Sabes qué pienso? Que se lo ha dicho para distraerle del desastre que ha sido el concierto. Para hacerle pensar en algo distinto. El caso es que John se ha puesto furioso y me ha llamado de todo: los insultos más atroces que te puedas imaginar. Pero lleva todo el día borracho, claro.

—Qué horror...

Brodie estaba pensando.

—He puesto mis baúles, mi equipaje, en tu habitación. Me he dejado muchas cosas en la casa, pero él no me dio apenas tiempo. Tu sirviente, ¿Nikanor?, me ha ayudado mucho —hizo una pausa y le cogió la mano—. Tuve que venir, Brodie. No podía quedarme; no había manera de razonar con ellos.

—Esto es lo mejor que podía pasar —dijo Brodie en tono firme—. Lo mejor. Somos libres, amor mío. Sin ataduras. Se acabó. Él ha desaparecido de tu vida. Abandonémosle a su triste suerte y marchémonos, empecemos una nueva vida juntos.

—Pero... —Lika hizo una pausa— quiere verte. Está empeñado. Eso es lo último que me ha dicho. Tienes que ir a verle esta noche. Te lo ruego.

—No pienso ir. Que se vaya al infierno.

—Si te niegas, él irá a la policía y hará que te detengan.

—¿Que me detengan por qué? ¿Qué he hecho, por el amor de Dios?

—No lo sé. Él no paraba de decirlo —dijo Lika cogiéndole la mano—. Más vale que vayas.

Brodie aguardaba nervioso en el salón de la casa de Kilbarron, esa estancia roja con una colección de armas antiguas en las paredes. Había rehusado la bebida que le había ofrecido el mayordomo y se había puesto a fumar con avidez, inhalando profundamente el humo. Creía estar preparado para todo: insultos, lágrimas, puñetazos. Sería la última vez que viese a John Kilbarron, o eso esperaba. Si estaba allí era por Lika. Había llegado la hora de despedirse de él: una despedida breve y definitiva.

Pero quien apareció fue Malachi. Llegaba sonriente y casi ufano, con un chaleco de color verde esmeralda, como si se fuera a un baile de disfraces. Parecía más pulcro que de costumbre: se había recortado el pelo y la barba, seguramente para el concierto, pensó Brodie. No le tendió la mano.

—En fin, casi me siento obligado a aplaudirle, Moncur —dijo—. No le creía capaz. Pero la verdad es que nos ha jodido a base de bien, nos ha jodido de lo lindo. Menudo granuja está usted hecho.

Brodie no se dejó engañar por el tono guasón: en sus palabras había una violencia latente.

—No sé de qué me habla.

—Lo sabemos todo. El tipo que estaba en la puerta, Mstislav, nos lo ha confirmado. La reparación de emergencia que hizo.

—Simplemente me pasé a comprobar que estaba todo bien. Él no habla apenas alemán. Debe de estar confundido.

—Claro, claro. Fue usted a comprobarlo... y se le fue la mano.

—¿Por qué no le pregunta al nuevo afinador? El portento ruso. Le dirá que esas cosas pasan a veces, hasta con los mejores pianos. El desgaste natural.

—Porque no hay ningún afinador nuevo, pedazo de idiota.

Brodie se dio la vuelta: era Kilbarron quien se lo había dicho. Enseguida se dio cuenta de que estaba borracho perdido, se tambaleaba un poco.

—Quería cabrearle, pedazo de tarugo —dijo con desprecio—, y lo conseguí. ¡Y de qué manera!

—Mire —respondió Brodie en tono frío, envalentonándose—. Sabe de sobra lo que hizo, lo que me robó. Los dos tenemos, ¿cómo decirlo?, motivos para estar ofendidos. Usted no puede...

—¡Motivos para estar ofendidos! —gritó Kilbarron—. Oh, sí. Empecemos por los míos, si no le importa. Se ha estado tirando a Lika Blum en cuanto yo me daba la vuelta, cabrón malnacido. Me imagino que ella se habrá ido corriendo a su lado. La puede seguir disfrutando.

—No meta a Lika en esto. Es un asunto personal.

—Escuche, cretino. Puedo ir a la policía —Kilbarron atravesó el salón hacia él, dando tumbos—. Sabotaje deliberado. Tengo testigos. Causa y efecto. Pruebas —se detuvo al lado de Malachi y apoyó una mano en su hombro para no caerse—. ¿Sabe cuánto nos ha costado su pequeña venganza? Madame Vadimova está muy disgustada. Es el perfecto escándalo petersburgués: todo el mundo anda murmurando y riéndose a sus espaldas, y eso no era precisamente lo que buscaba.

—Siga diciendo lo que le parezca: yo le dejo solo —dijo Brodie con cierta timidez—. A madame Vadimova tampoco le agradará enterarse de su plagio. La noticia podría dañar la reputación del maestro Kilbarron, del que está tan orgullosa. El estreno mundial de su poema sinfónico.

Brodie ahora le tenía muy cerca. Su cara enjuta y macilenta estaba cubierta de sudor. Tenía muy mal aspecto. Ese sudor estaba producido por alguna enfermedad.

Le dio a Brodie una bofetada muy fuerte, que le dejó la cara ardiendo.

—Este es mi desafío, perro escocés. Le exijo que lo acepte. Dígales a sus

padrinos que hablen con Malachi. Tiene veinticuatro horas. De lo contrario, iré a la policía y haré que lo juzguen por haber saboteado mi concierto.

Se alejó tambaleante y, al salir del salón, se dio con la jamba de la puerta.

—¿De qué habla? —preguntó Brodie mientras se frotaba la mejilla dolorida—. ¿Un desafío? ¿Padrinos? ¿Se ha vuelto loco, o es solo el alcohol?

—Le está retando a un duelo —dijo Malachi en tono comedido—. Y lo dice en serio.

10

—Es completamente ridículo —dijo Brodie—. Faltan cuatro meses para que empiece el siglo XX y me está retando a un duelo. Me parece demencial.

George Vere se encogió de hombros e hizo una mueca.

—Me ha contado su hermano que ya ha librado dos duelos, uno en Irlanda y el otro en Alemania, y que a lo largo de los años ha desafiado a doce personas en total. Está obsesionado con todo el ritual. Ya sabe usted: el honor mancillado, el desagravio. De hombre a hombre. *Un vrai bretteur*, como dicen los franceses.

—Pero yo no puedo seguirle la corriente.

Brodie le había pedido a George Vere que fuese su padrino. Le había parecido osado por su parte, pero Vere había aceptado gustosamente y se lo había agradecido mucho. Parecía hacerle mucha ilusión.

—Creo que no tiene por qué preocuparse, Moncur —dijo—. Su hermano..., ¿cómo se llamaba?

—Malachi.

—Eso es. Malachi dice que solo se trata de participar en el entuerto. Así son los duelos hoy en día. Hay dos opciones: pueden hacer las paces «a punta de pistola», por así decir (se estrechan la mano en el último momento y se marchan), o pueden fallar adrede. Por lo visto, esto es lo que ocurrió en los otros duelos en los que participó Kilbarron. Así que disparan los dos al aire, y luego se van cada cual por su camino. Una cosa puramente simbólica.

Estaban en el cuarto de estar de la casa de la calle Morskaya y Vere andaba de un lado para otro de la habitación. Brodie notó las ganas que tenía de presenciar la absurda parodia de duelo.

—Lo que ocurre es que, si no lo he entendido mal, de no aceptar usted el reto, por disparatado que le parezca, él irá a la policía. No me tiene que contar nada más. Solo sé que amenaza con acusarle de sabotaje, de arruinarle un concierto. Imagine la deshonra y la humillación que supondría para todo el

mundo —hizo una pausa para encender un cigarrillo—. Me parece que esa manera tan ceremonial de arreglar cuentas es la única solución. Muy rusa, claro está.

—Y sucede que ni él ni yo somos rusos. Un escocés batiéndose en duelo con un irlandés. Ridículo.

—Pero se baten en duelo en Rusia. Vivimos aquí, y es normal que se nos contagien ciertas cosas.

Brodie siguió reflexionando, abatido. No veía nada claro; no se le ocurría ninguna solución, ninguna alternativa.

Vere estaba hablando de nuevo.

—El otro problema, como le dijo el señor Malachi Kilbarron, está en madame Vadimova. Es una mujer muy poderosa, muy influyente. Si el asunto acabara en manos de las autoridades, si le detuviese la policía y hubiese un juicio, ella podría ponerle las cosas muy difíciles y embarazosas —Vere abrió los brazos—. Acepte el duelo, Moncur. Deje que cumpla su fantasía. Así quedará zanjado el asunto. Kilbarron (Malachi, me refiero) me aseguró que nadie quiere que nadie salga herido.

—Entonces ¿qué ocurre si digo que sí?

—Mañana al amanecer nos encontraremos todos en el parque Yelaginski. Le recogeré aquí a las cinco y media. Tardaremos media hora en llegar.

—¿No debo tener dos padrinos?

—Traeré a alguien de la embajada. También habrá un árbitro, el coronel Nosequé. Todo muy formal; el tipo no descuida un detalle: creo que eso también le divierte —Vere dijo que tenía que marcharse. Brodie le acompañó a la puerta y ambos se estrecharon la mano—. Considérelo una aventura; una aventura rara, eso sí —dijo para animarle—. Algo que contar a los nietos: «En 1899 me batí en duelo en el parque Yelaginski de San Petersburgo». Me cambiaría por usted si pudiese.

Cuando se hubo marchado, Brodie volvió a su habitación. Lika le estaba esperando nerviosa, fumando y con César a sus pies. En cuanto le vio entrar, el cachorro fue corriendo hacia él, y Brodie lo cogió sin pensar.

—A ese perro le gustas —dijo ella—, no sé por qué, si casi no le conoces.

—Igual es porque huelo bien.

—¿Te gustan los perros?

—No lo sé, nunca lo he pensado. Supongo que sí.

Entonces le contó lo que iba a pasar: el simulacro de duelo en el que iba a

participar al amanecer en el parque Yelaginski.

—Huyamos los dos, Brodie.

—En ese caso, él iría a la policía y me detendrían..., como mínimo. No, esta es nuestra parte del trato y la única manera de librarnos de Kilbarron.

—Pero a mí no me gusta. Me preocupa.

—Malachi le ha asegurado a mi padrino, un tipo que trabaja en la embajada británica, que será un acto puramente simbólico. Una especie de fantasía retorcida que Kilbarron tiene que cumplir.

Se sentó a su lado y la besó en la mejilla. Ya empezaba a apreciar las ventajas de todo ese *Sturm und Drang*: estaban juntos por fin, y ahora Lika vivía con él y no con Kilbarron.

—Tus sirvientes me han preparado una cama en la habitación que hay al otro lado del pasillo.

—Está bien. Ya me colaré allí más tarde.

—¿Quién es ese anciano al que veo en todas las habitaciones, sentado en un rincón?

—Se llama Kyrill. No tengo ni idea de por qué vive en la casa.

Lika se fue a su dormitorio con César. Brodie esperó media hora y luego salió del suyo sin hacer ruido.

—Buenas noches, señor —Kyrill iba por el pasillo con el periódico en la mano.

—Buenas noches, Kyrill Denísovich. Voy a ver si la señorita Blum necesita algo.

—Una joven encantadora. Que pase una buena noche, señor.

Más tarde, cuando estaban los dos en la cama, Brodie la notó preocupada.

—¿En qué estás pensando? —preguntó en voz baja—. ¿Ocurre algo?

—Estoy pensando en John Kilbarron y en lo de mañana.

—Es puro teatro, una pantomima para complacerle. Después nos marcharemos y empezaremos una nueva vida juntos.

Lika se apretó contra él.

—No —dijo—. Creo que de verdad quiere matarte.

11

Brodie estaba esperando en la puerta de la casa de la calle Morskaya. Hacía frío. Llevaba abrigo y sombrero, pero ahora lamentaba no haberse puesto bufanda. Eran las cinco y no había dormido nada. Aún era de noche: la luna era una esquirra desvaída, y las farolas brillaban intensamente. No se oía un ruido en la calle. Brodie había pasado la noche muy nervioso, sin poder pegar ojo, y ahora que tenía que estar muy despierto se moría de cansancio. Entonces oyó ruido de cascos y vio aproximarse un landó. El coche se detuvo, y Vere se bajó de un salto, seguido por otro hombre.

—Le presento a su otro padrino —dijo—: Michael Rubenstein, un colega de la embajada.

Brodie le estrechó la mano a Rubenstein y le dio las gracias. Los tres se subieron al landó y se marcharon.

Brodie estaba muy apagado: a Vere y Rubenstein, en cambio, los notó alegres.

—Tolstói describe un duelo en *Guerra y paz* —recordó Rubenstein—. Es un pasaje muy famoso.

—Y Dostoievski... Y también Lérmontov y Turguénev, ahora que lo pienso —añadió Vere—. Y hay un cuento de Chéjov titulado «El duelo». No nos olvidemos tampoco del pobre Pushkin —sonrió a Brodie con aire triste.

—Da la casualidad de que también hay un duelo en la novela que estoy leyendo —dijo Brodie.

—¿Qué novela es? —preguntó Rubenstein.

Mientras hablaba de *El señor de Ballantrae*, de Stevenson, a Brodie le asaltó el temor de que no fuera a terminarla.

—Y el duelo de la novela ¿es con pistolas? —preguntó Vere.

—Con espadas.

—Usted se libra de eso —dijo Rubenstein—. Menos mal.

—Mirando el asunto desde cierto ángulo —observó pensativo Vere—, se

podría decir que va a tener una experiencia muy literaria. De novela rusa.

—Mirando el asunto desde otro ángulo —replicó Brodie—, se podría decir que soy un imbécil por haber aceptado. ¿Qué estoy haciendo? ¿A qué estoy jugando?

—El duelo es una manera de poner fin a esta situación —dijo Vere—. Piénselo. Kilbarron se divierte un poco y así se le quita de la cabeza la idea de ir a la policía. Y deja de amenazarle con pleitos.

—Yo también le podría demandar —dijo Brodie, repentinamente airado—. Por plagio.

—¿A qué se refiere? ¿Qué es lo que ha plagiado?

—Es igual —respondió Brodie, hundiéndose en el asiento—. Todo esto es una farsa. Solo quiero que pase.

Miró por la ventanilla y vio cómo el landó cruzaba el Nevá por el puente Nikoláievski y luego atravesaba el de Tuchkov en dirección a la isla Yelagin y el parque homónimo. Iban por un paraje agreste, hasta donde Brodie veía. Para cuando llegaron a las afueras de la ciudad, el amanecer lo bañaba todo de una luz plateada y no había farolas por la senda de madera por la que el coche avanzaba a duras penas. Vere, que hablaba un excelente ruso, le confirmó la ruta al cochero: al poco rato, el landó se desvió del camino de madera y tomó otro de tierra. Pararon en la linde de una pradera bordeada de hayas maduras y abedules plateados. En el otro extremo se veía una franja de lago y, más allá, un bosque que parecía deshabitado. Brodie tuvo la impresión de encontrarse en el vasto interior de Rusia. Se apeó mareado del landó y se abrochó bien el abrigo: allí, en la isla Yelagin, hacía más frío y había humedad.

Vere había visto a los otros de pie alrededor de una mesa de caballete colocada al lado de unos pinos enormes, y ahora se dirigía hacia ellos acompañado por Rubenstein. Brodie, que los seguía despacio, se quitó las gafas y las limpió mientras se decía por enésima vez que aquello era lo más ridículo que podía hacer nadie en su vida. ¿Qué ganaba Kilbarron con esa astracana, y qué placer podía darle? Dentro de media hora habrá acabado, se repetía. Lika y tú seréis libres. Por fin estarás con la mujer a la que amas y podrás empezar una nueva vida con ella donde quieras. Tienes suficiente dinero y ciertas aptitudes que puedes aprovechar. Tienes veintinueve años y toda la vida por delante. Estos conjuros funcionaron, al parecer. Se puso las gafas y de pronto se sintió lleno de vigor. Vamos a hacer esta tontería de una vez, se dijo, y se acercó al grupo que se había reunido en el borde del prado.

Brodie vio a Kilbarron, Malachi y otro hombre al que no reconoció: el segundo padrino, supuso. Le presentaron a un tipo con bigote y traje oscuro. Era el coronel Vladímir Vladímirovich Ilyichov, el árbitro del duelo.

El coronel le condujo a una mesa donde había unos cofres de madera de castaño y dentro, expuestos en sus moldes de terciopelo, tres juegos de pistolas de cañón largo y un solo tiro. Kilbarron estaba mirándolas fijamente, y Malachi fumaba un puro, cuyo rancio y desagradable olor se notaba sobremanera en el aire frío del amanecer.

—Escoja su arma —le susurró Vere.

Brodie eligió una pistola al azar y le dio un golpecito. Vere la cogió y, tras comprobar que estaba cargada, y el pistón bien puesto, le dijo a Malachi que podían proceder. Acto seguido, le dio el arma a Rubenstein, que le echó un vistazo y se la pasó a Brodie. Entonces eligió Kilbarron la suya.

El coronel Ilyichov, que tenía dos sables, caminó hacia el prado —la hierba le llegaba a las rodillas— y observó la dirección del sol naciente: se trataba de evitar que los duelistas se deslumbraran. Clavó uno de los sables en el suelo, luego dio quince pasos más y fijó el otro.

Llamó a los duelistas.

—Los separará una distancia de quince pasos —les dijo en francés y con un fuerte acento ruso—. Cuando arroje el pañuelo, dispararán ustedes. Tienen una sola bala. ¿Entendido, caballeros?

Brodie asintió. Estaba algo mareado, y abrumado de nuevo por las ridículas formalidades del juego que le había impuesto Kilbarron. ¿Sería la teatralidad lo que le divertía? Puede que se alimentara de la tensión y hostilidad latentes en aquella ceremonia tan arcaica. Pensar que durante siglos se habían resuelto los pleitos y reparado los agravios de ese modo... Parecía increíble, y sin embargo allí estaba, participando en la farsa. Entonces se le ocurrió que haberlo traído hasta esa pradera y obligado a intervenir en un acto tan extravagante —la conciencia de que su enemigo, Brodie Moncur, estaba haciendo lo que él quería— le bastaba a Kilbarron para hacerle sentir que había ganado.

Brodie se dijo que tenía que parar de pensar —basta de preguntas— y actuar como un autómatas. Al cabo de unos minutos habría terminado todo, y él se subiría al landó y volvería a la calle Morskaya. Luego besaría a Lika y los dos se irían a la estación de Varsovia y empezarían una vida juntos.

—¡Tomen posiciones, caballeros! —dijo Ilyichov.

Brodie se dirigió al sable clavado en el suelo que señalaba la suya. Todo parecía un sueño. Era un sable viejo: la hoja estaba oxidada, y el cuero de la empuñadura, mohoso y gastado. Alzó la mirada y vio a Kilbarron acercarse a su sable, que estaba a quince pasos de distancia. El sol destelló en la guarda: un resplandor súbito que le hizo parpadear. Los padrinos conferenciaron por última vez. Vere y Rubenstein se le acercaron y se agruparon junto a él.

—Cuando el coronel tire el pañuelo, lo único que tiene que hacer es levantar la pistola y disparar al aire —le explicó Vere—. Kilbarron hará lo mismo. Luego se estrecharán la mano (si lo desean, no es obligatorio) y nos iremos todos a desayunar al Hotel Astoria. He reservado una mesa —Vere le guiñó el ojo—. Todo irá bien.

—Eso, eso —asintió Rubenstein.

Vere y Rubenstein se alejaron, dejándole a solas con el sable, que se estaba empezando a torcer un poco. La pistola le pareció muy pesada. Qué situación más ridícula y absurda. Qué vergüenza.

Vio al coronel Ilyichov con un pañuelo blanco en la mano, que tenía en alto.

—Contaré hasta tres —dijo—. Uno, dos, tres.

Dejó caer el pañuelo.

Brodie levantó el brazo en vertical y disparó, enviando el proyectil de plomo hacia el vasto cielo azul del amanecer de San Petersburgo. El retroceso del arma le estremeció el codo y el hombro.

Brodie miró hacia su contrincante. Kilbarron aún tenía la pistola baja, al lado del muslo. Entonces le apuntó a la cara.

—¡No, señor! ¡Eso es inaceptable! —le oyó Brodie decir a Vere... un segundo antes de que Kilbarron disparara.

Notó cómo algo le desgarraba la oreja izquierda, y enseguida, en un movimiento reflejo, se apartó y se llevó una mano a ese lado de la cabeza. ¡Tenía la mano empapada de sangre! La oreja estaba goteando como un grifo que se ha dejado abierto, y la sangre no paraba de golpetear la hierba seca y dorada del prado. Le sobrevino un desfallecimiento y cayó de rodillas, y luego apoyó las manos en el suelo. Oyó gritos y el ruido de una refriega. Malachi y el otro padrino de Kilbarron intentaban sujetar a Vere y a Rubenstein, y el coronel Ilyichov gritaba enfurecido en ruso. Brodie meneó la cabeza, derramando más sangre, y miró a su alrededor. Kilbarron se le acercó, se inclinó sobre él, tiró su pistola y metió la mano en el bolsillo del abrigo para sacar otra. La amartilló. Brodie sintió la boca del arma en la parte posterior

de la cabeza. Durante un segundo notó la pistola fría. Trató de apartarse.

—No lo haga —le dijo a Kilbarron, girando la cabeza.

Kilbarron estaba sonriente. Brodie vio las dos filas de dientes.

—Primero me ocuparé de ti, capullo escocés, y luego de esa puta.

A Brodie no le quedó otro remedio. Se apartó rápidamente, se dio la vuelta y disparó a Kilbarron en el pecho con la pistola de hotel de Lika, su pequeño revólver Derringer de dos cañones.

Cuarta parte
BIARRITZ - EDIMBURGO - NIZA
1900-1902

1

— *Bonsoir, monsieur Balfour. A demain .*

Brodie se despidió de madame Grosjean y la oyó cerrar con llave la puerta principal de la tienda. Cruzó la Place de la Liberté en dirección a la oficina de correos central de Biarritz. Era principios de mayo y por fin veía a los obreros quitar las banderitas arrugadas de las farolas, haciendo desaparecer así los últimos vestigios de las festividades para celebrar la llegada del nuevo siglo. Mayo de 1900: todavía se le hacía raro vivir en el siglo XX . Debería haber notado algún cambio, pero no. En realidad, se sentía atrapado en el siglo XIX , no sabía por qué.

Se dirigió a la ventanilla de Poste Restante y, cuando dio su nombre, le entregaron un paquetito envuelto en papel marrón (eso lo esperaba) y, para su sorpresa, una carta. El paquete le cambió totalmente el humor. Sabía, en efecto, que era el medio kilo de tabaco Margarita que había encargado a Hoskings, en Edimburgo. Se había quedado sin tabaco unas semanas antes y, en un acto desesperado que le había hecho sentir cierto asco de sí mismo, se había puesto a hurgar en los bolsillos de la chaqueta y del pantalón por si acaso encontraba unas cuantas hebrillas que le permitiesen liar un cigarrillo finísimo. Había habido suerte. Ni que decir tiene que fumaba cigarrillos de otras marcas, pero tenía predilección por los Margarita.

La carta no se la esperaba. ¡Vaya que si sigo en el siglo XIX !, pensó al ver los sellos rusos. Allí estaba el siglo anterior, persiguiéndole. La carta iba dirigida a «Monsieur B. Balfour, Poste Restante, Biarritz (Pirineos Atlánticos), Francia». Brodie volvió al Café Terminus-Olympia, junto a la estación de ferrocarril, en el centro de la ciudad, y se sentó en una mesa a la sombra. Después de pedir un anisete y liar y encender un cigarrillo, se puso a leer la carta. Era de George Vere.

San Petersburgo

27 de marzo de 1900

Querido Balfour:

Me alegró mucho saber de usted después de varios meses. Disculpe los errores que cometa con la máquina de escribir y que no firme al final. He de tomar ciertas precauciones, como comprenderá.

Le referiré, a petición suya, las consecuencias de lo ocurrido en la pradera de la isla Yelagin. Una vez que se marchó usted con Rubenstein para recibir asistencia médica, les recordé a Malachi Kilbarron y al otro padrino que todos los implicados en el desgraciado incidente eran ciudadanos británicos y yo, su representante en San Petersburgo, por lo que les convenía hacer lo que les dijese. También les indiqué que se trataba de un caso clarísimo de defensa propia, y que Rubenstein, el coronel Ilyichov y yo daríamos fe de ello ante un tribunal. El difunto J. K. había sido culpable de un acto de homicidio en grado de tentativa, de lo cual daríamos fe igualmente. A Malachi le dije que disponía de veinticuatro horas para pensar en una historia que explicase la muerte de su hermano... De lo contrario no me quedaría más remedio que ir a la policía, y Malachi y el otro padrino serían sin duda detenidos como cómplices de la tentativa de homicidio. Estaba claro que habían urdido un enrevesado plan para asesinar al señor Brodie Moncur. Los dos dieron la impresión de haber captado el mensaje, aunque Malachi parecía conmocionado (el cuerpo de John Kilbarron estaba a tres metros de allí, cubierto con un abrigo). El coronel Ilyichov me dio la razón, si bien le noté más indignado por la violación del antiquísimo código del honor de los duelistas que por la muerte de J. K. Estaba desconcertado y furioso.

Malachi y el otro padrino cargaron el cadáver en el carruaje y se las arreglaron, no sé cómo, para llevarlo a la finca de Maloe Nikolskoe, que estaba a unas ochenta verstas de distancia. Dos días más tarde se anunció desde allí la muerte por ataque cardíaco de J. K. La prensa de Piter y la de Moscú se hicieron amplio eco de la noticia, que no apareció, en cambio, en ningún diario británico, que yo sepa. Supongo que desconocía usted la causa oficial del deceso. A todo el mundo le convenía que la muerte de J. K. apareciese descrita así. A los vecinos de San Petersburgo les ha causado (y

sigue causando) tristeza, pero no hay el menor asomo de escándalo, nadie ve nada turbio. J. K. murió prematuramente, esa es la pura y triste verdad. Pero así es nuestra condición mortal. Habrá deducido que, por lo que a usted respecta, el asunto está cerrado.

La gran ironía de todo —a usted no le agradará— es que dos meses después del fallecimiento del compositor hubo un concierto de homenaje en el Teatro Nueva Rusia, en el que se interpretó *Der Tränensee*. Fue un éxito espectacular. La pieza se ha vuelto a ejecutar en otras funciones y se han vendido muchas partituras. Su fama se está extendiendo por toda Europa y se proyectan más conciertos. Las vueltas que da la vida, diría uno.

Creo que la señora Balfour y usted pueden sentirse a salvo. El asunto, insisto, está cerrado. Le ruego que no deje de escribirme. Siempre estaré encantado de ayudarle en lo que pueda.

Un humilde servidor,

G

Brodie lio otro cigarrillo mientras recordaba la mañana aciaga en que había matado a John Kilbarron. Sintió que le asaltaba un horror retrospectivo y se llevó la mano instintivamente a lo que le quedaba de oreja. Morir o ser muerto, se dijo en tono firme, aun cuando veía cómo temblaba la llama al acercarse a la punta del cigarrillo.

Brodie hizo memoria. Se forzó a hacer memoria.

Después de recibir el impacto de las dos balas en el pecho, Kilbarron aún tenía la cara lo bastante animada para expresar sorpresa. Boquiabierto, se tambaleó, soltó la pistola, se cayó de rodillas y luego, poco a poco, de costado, aparentemente sin vida. Brodie se levantó a duras penas y vio a Vere, Rubenstein, al coronel Ilyichov y al segundo padrino de Kilbarron tratando de inmovilizar a Malachi, que daba alaridos ininteligibles. Vio cómo Vere le decía algo al oído: el hermano de Kilbarron se tranquilizó enseguida y el otro padrino se lo llevó. Vere, Rubenstein e Ilyichov se acercaron entonces a ver cómo estaba Brodie, que tenía el cuello y la parte delantera de la camisa empapados de sangre. Le dieron dos pañuelos, que se llevó a la oreja para detener la hemorragia. No sentía apenas dolor. ¿Quién habría imaginado que una oreja humana podía sangrar tanto?, pensó absurdamente.

Le llevaron con paso tembloroso hasta el landó y le preguntaron cómo se llamaba su médico. Más tarde, Brodie y Rubenstein —Vere se había quedado

a arreglar el desaguisado— se presentaron en la consulta de la doctora Sampson.

—Dígame, ¿qué ha ocurrido? —preguntó ella en tono neutro mientras le limpiaba la herida de la oreja.

—Ah. Sí. He tenido un accidente muy tonto cazando conejos al amanecer. Es la mejor hora. He tropezado y me he caído, y el arma se me ha disparado.

—Mmm, ¿de verdad? —dijo la doctora con evidente escepticismo—. Ha tenido suerte entonces, podría haber sido peor.

—Sí, desde luego.

Ella suturó la herida —el lóbulo de la oreja estaba destrozado—, le enrolló una venda alrededor de la cabeza y retrocedió un paso para contemplar su obra.

—Tiene usted un aire sorprendentemente romántico —le dio sus gafas y él se las puso—. No esperaba volver a verle.

—En la vida nunca se sabe —dijo Brodie—. A veces pasan cosas raras.

La doctora le ayudó a ponerse la chaqueta.

Entretanto, Rubenstein había ido a contarle a Lika lo ocurrido en la isla Yelagin. Cuando Brodie llegó a casa, ella seguía llorando aliviada. Se apretó contra él como si quisiera fundirse con su cuerpo.

—¿Está muerto de verdad? —susurró.

—Sí.

—Te avisé. Sabía que quería matarte.

—Gracias a Dios que me diste tu pistola. Me iba a disparar en la nuca, como a un animal.

—Lo sabía. Sabía de lo que era capaz.

Lika se apartó y se enjugó las lágrimas con el pulpejo de la mano. Brodie se preguntó lo que estaría sintiendo. Kilbarron estaba muerto, y lo había matado su amante. ¿Cómo se podían asimilar dos noticias así?

—¿Y Malachi? —preguntó ella sin darse la vuelta.

—¿Qué pasa con él?

—¿Está muerto?

—No, por supuesto que no. Él era el padrino.

Ella retrocedió y se dio la vuelta por fin. Estaba —cosa rara— entre llorosa y sonriente.

—Deberías haberle matado también.

—¿Matarlo? ¿Cómo iba a hacer eso?

Lika adoptó de pronto una actitud enérgica.

—Tenemos que irnos. Tenemos que largarnos de aquí ya.

—¿Irnos adónde? ¿Por qué?

—Porque Malachi vendrá a buscarnos. Tenemos que marcharnos de Piter ahora mismo.

Brodie no quiso discutir con ella. Mientras terminaban de hacer el equipaje, Lika tenía un aire extrañamente decidido.

—¿Adónde nos vamos? —preguntó él.

—A Narva. Allí podemos coger un tren que para en Riga, Varsovia y Berlín.

—¿Por qué Narva?

—Porque él nos buscará en Piter, pero no nos encontrará allí.

—¿Quién es él?

—¡Malachi! Créeme, Brodie: no hay otra escapatoria.

—Escucha, Lika, amor mío. No hay prisa. Todo está bajo control. Me lo ha dicho Vere.

Lika cerró los ojos como si estuviese hablando con un tarugo.

—Tenemos que ir a la comisaría. ¿Tienes el pasaporte? ¿Y el permiso de residencia?

—Por supuesto.

—Pues vámonos entonces. Pagamos el sello, esperamos en la comisaría y luego nos marchamos a Narva. Hazme caso: sé muy bien lo que hago.

Los trámites les ocuparon el resto del día. Una vez visada la documentación, sellados los pasaportes, cumplimentados los formularios y apoquinado el dinero —cincuenta rublos y otros tantos kopeks—, obtuvieron los salvoconductos. A Brodie, como ciudadano británico, se le hacía raro tener que pedir una autorización oficial para abandonar San Petersburgo y volver a su país. Pero estaban en Rusia.

Regresaron al piso de la calle Morskaya con los documentos en regla, y Lika le pidió a Nikanor que les consiguiera una troika para cubrir las tres horas de viaje hasta Narva. Conseguido el trineo, Nikanor, Kyrill y Fyolka los ayudaron a cargar las maletas y los baúles en la parte trasera, y el conductor sujetó el equipaje con una cuerda.

A pesar de todas las bromas y la cháchara, los sirvientes parecían intuir que algo iba mal, muy mal. Kyrill estaba casi lloroso, y Fyolka, muy alarmada por la venda que Brodie llevaba en la cabeza.

—Diles que nos vamos a Riga y que estaremos de vuelta dentro de un mes

—susurró Brodie.

—Buena idea —dijo Lika, y acto seguido les contó lo que sugería él.

Ahora los sirvientes parecían algo más tranquilos, y, por lo demás, los apretones de manos finales y el beso que Fyolka recibió en la mejilla dieron la impresión de normalizar la despedida..., aunque, al ver el gesto que Brodie tuvo con la criada, César se echó a ladrar, pero Lika enseguida le hizo callar con una palmada.

Finalmente se subieron a la troika y el conductor restalló el látigo. El vehículo fue renqueando y así empezó su periplo por Europa, que terminaría en Biarritz.

Biarritz... Brodie pagó el anisete y miró el reloj. Lika aún tardaría una hora en volver a casa, así que él fue paseando hasta la Grande Plage. La marea estaba baja, y la perfecta y pequeña medialuna de arena, todo lo grande que la iba a ver nunca. Brodie bajó a la playa y se acercó a la hilera de casetas que había enfrente de las termas de sal, con su curiosa arquitectura mudéjar. La terraza estaba bastante concurrida y la tricolor ondeaba en todos los mástiles. La Belle France, pensó. La carta de Vere le había consolado. Puede que el siglo XIX hubiese decidido liberar por fin su presa.

El batir de las pesadas olas también contribuyó a tranquilizarle mientras caminaba por la arena suave y blanda hasta llegar a la orilla. Cada vez estaba más convencido de lo importante que era reconocer y apreciar esos momentos en la vida —los momentos de seguridad y sosiego total—, por larga o corta que la vida de uno fuese. Se dio cuenta de que, ahora que Lika y él habían huido de Rusia y los Kilbarron, ahora que vivían como marido y mujer pese a no estar casados, era más feliz que nunca.

Paseó por la playa en dirección al risco sobre el que se alzaba el casino: una fuente de ingresos para los dos, y que además les quedaba muy a mano, a apenas diez minutos andando de su casa. Subió por las escaleras que llevaban al Grand Hôtel y empezó a callejear. Pensando en el duelo se acordó de algo, y dio un rodeo para ir a una tienda que había en la Rue Broquedis, al lado de la iglesia anglicana de San Andrés. El rótulo del establecimiento decía «Rochefoucauld. Chasse-Pêche».

En las paredes había vitrinas llenas de escopetas, y también se veían aquí y

allá trofeos de caza y pesca disecados. Una cabeza de jabalí junto a un tiburón de dos metros de largo. Un caparazón de tortuga junto a una cornamenta de diez puntas. Sobre el mostrador reposaba una mandíbula de ballena: blanca como la tiza, parecía una escultura rara. Monsieur Rochefoucauld se alegró de verle y le comunicó que su pedido había llegado hacía ya más de dos meses. Brodie se disculpó y le pagó lo que le debía —bastante caro, pensó—. Monsieur Rochefoucauld, un tipo alto y serio con una barba gris bien cuidada, desdobló el paño que envolvía la pistola: una Derringer limpia y lubricada. Sacó de un cajón una pequeña caja de cartón y se la dio. Brodie leyó la etiqueta, que estaba en inglés: «*.41 Short Rimfire. Oilless non-Mercuric Cartridge. Navy Arms Company*».

— ¿Cuántos cartuchos hay en la caja? —preguntó Brodie. Monsieur Rochefoucauld señaló el número cincuenta, que figuraba rodeado con un círculo en cada esquina—. No necesito tantos. ¿Me podría vender diez?

— *Hélas*, no —contestó monsieur Rochefoucauld—. Me temo que tendrá que pagar el importe íntegro del pedido —se encogió de hombros—. Además, ¿qué iba a hacer yo con cuarenta balas para una pistola de bolsillo?

Brodie se guardó la pistolita y los cartuchos y fue caminando hacia su casa por la Rue Gambetta, parándose de vez en cuando en los escaparates. Pasó por delante del mercado cubierto y por fin llegó a la esquina de su calle, la Rue Duler. Habían alquilado dos pisos encima de una sombrerería. Tenían una cocina pequeña y un cuarto de baño con retrete, y arriba, en el último piso del edificio, un cuarto de estar y un dormitorio. Lika había decorado las habitaciones con cortinas de fustán de color plátano y colocado macetas con flores y plantas en las repisas de las ventanas y alguna que otra mesa. Brodie empezaba a sentirse como el típico pequeñoburgués, y estaba encantado con su nueva condición.

Nada más oír la llave en la cerradura, César le dedicó su breve ladrido de bienvenida. Brodie abrió la puerta, cogió al excitado perrito y le rascó detrás de las orejas mientras César trataba de lamerle la cara. Lika solía acabar sus clases a las cinco de la tarde, así que estaría de vuelta pronto. Brodie dejó al perro en el suelo, removió las brasas del pequeño fogón y puso la cafetera a calentar. Puede que fuesen al casino esa noche, después de cenar, y gasasen unos francos. Oyó los pasos de Lika subiendo la escalera desde la tienda, y fue a abrirle la puerta.

2

Rue Duler, 17 bis
Biarritz
Pirineos Atlánticos
Francia

15 de enero de 1900

Querido Callum, hermano, silencioso y desesperado compañero de correspondencia:

Debes saber que me he marchado de San Petersburgo y de Rusia y he vuelto a Francia. Estoy viviendo en una ciudad de la costa atlántica llamada Biarritz, no muy lejos de la frontera con España. ¡Ve sacando el atlas! He encontrado un trabajo en una tienda de pianos, y además sigo afinando, por supuesto: poco a poco voy montando mi pequeño negocio. Escíbeme a Poste Restante, Biarritz, Pirineos Atlánticos, Francia..., pero dirige la carta a «Monsieur Balfour»: este es el nombre por el que se me conoce aquí. Te preguntarás por qué. Es una historia larga y enrevesada, pero no te preocupes: si me hago llamar así es solo por precaución.

Estoy enamorado de una joven rusa y vivo con ella. Por decoro y para llevar una vida tranquila fingimos estar casados: si quieres nos puedes llamar señor y señora Balfour. Ella es una chica encantadora. Si la conocieras te caería estupendamente y me envidiarías. Ya nos casaremos algún día, pero de momento y por desgracia nos es imposible por motivos relacionados con su vida anterior.

Espero con impaciencia tus noticias. Sí, lo digo en serio. Dale muchos recuerdos a toda la familia (menos a Malky).

Un saludo afectuoso,
Brodie

Cuando Brodie se despidió de ella y le dijo que ya la vería mañana, *comme d'habitude*, madame Grosjean logró esbozar una sonrisa tenue. Era una mujer adusta que había enviudado dos años antes y pasaba más tiempo del necesario recordándole a la gente que su marido estaba muerto. Dos años después seguía vistiendo de negro, y su amargura por la ausencia de su esposo Norbert (fallecido a los sesenta y siete años) parecía haberle alterado las facciones: daba la impresión de haberse tomado su muerte como una ofensa personal. Casi nunca sonreía, su expresión habitual era la de un sufrimiento estoico. Brodie no había llegado a conocer a monsieur Grosjean, por lo que no sabía calibrar la magnitud de la pérdida. El único hijo de los Grosjean, Fabrice, que ejercía de farmacéutico en Rennes, no deseaba hacerse cargo del negocio familiar de venta y reparación de pianos.

La tienda se encontraba en la Place de la Liberté, y Brodie se había fijado en ella cuando paseaba por Biarritz al poco de llegar a la ciudad, a principios del mes de octubre de 1899. El establecimiento estaba flanqueado por la sastrería Henry —que tenía en el escaparate un letrero que decía escuetamente « INGLÉS »— y una tienda de fotografía. Encima de la pequeña hilera de comercios —también había una *pâtisserie* y un *bureau de tabac*— se hallaba la terraza superior del Café Terminus-Olympia, con una entrada trasera que daba a la estación de ferrocarril. La Place de la Liberté era un rectángulo muy concurrido donde se habían plantado plátanos hacía poco. Desde ciertos ángulos se veía una serie de calles y, al fondo, las espumosas olas del Atlántico, lo que contribuía al particular encanto de la plaza.

Brodie había entrado en la tienda y preguntado por el dueño, y así había conocido a madame Grosjean..., que enseguida le informó de que era viuda y su marido había muerto dos años antes. Él le dio el pésame y, después de contarle que era un afinador y reparador de pianos sobradamente cualificado y que había trabajado para Channon en Edimburgo y París, preguntó si podía emplearle. Ella le pidió que esperara diez minutos, así que Brodie subió a la terraza del Terminus y se tomó un café. Cuando volvió a la tienda, madame Grosjean le dijo que podía empezar al día siguiente. En la parte trasera había un patio con un taller, y ella le contó que tenía una lista de veinticuatro pianos que había que afinar en Biarritz y sus alrededores. Brodie se preguntó qué

habría ocurrido en esos diez minutos para que madame Grosjean hubiese tomado una decisión tan impulsiva. ¿Habría despedido expeditivamente al tipo al que iba a sustituir? Ella daba, desde luego, la impresión de haber desalojado a alguien de repente. ¿Habría consultado con el fantasma de Norbert Grosjean?

Daba lo mismo. Él no se iba a quejar: tenía un trabajo con un salario semanal de cien francos. Ahora, varios meses después, ya estaba fijo en la tienda. No era la primera vez que se congratulaba del carácter universal de su oficio: allí donde hubiese pianos no le faltaría nunca trabajo.

Lika, por su parte, se dio a conocer en la numerosa comunidad rusa de Biarritz. Se hizo una tarjeta de presentación en ruso y francés, ofreciendo sus servicios como «Madame L. V. Balfour, profesora de francés y canto», y puso anuncios en el tablón de la iglesia ortodoxa rusa y el vestíbulo del Club Francorruso, así como en *Russkii Biulleten' Biarritsa*, un semanario en ruso de cuatro páginas que circulaba en esa comunidad en la temporada alta. Enseguida la contrató la princesa Marie Petrovna Stolypina para que les diera clases de francés a sus dos hijos de lunes a viernes, dos horas cada día. Gracias a este contacto aristocrático consiguió más trabajos como profesora particular.

Así que los dos tenían recursos suficientes para vivir con desahogo, y sus emolumentos los complementaban con el dinero que ganaban las noches en que iban al casino de Biarritz, aplicando la técnica de la martingala. La principal fuente de ingresos, y lo que les permitía vivir como pequeñoburgueses, era el trabajo que tenía Brodie en Piano-Grosjean. Él sabía lo valioso que era para madame Grosjean: cada semana traía nuevas responsabilidades, por lo que Brodie se preguntaba cuándo sería el momento oportuno para pedirle un aumento.

Salió de la tienda, compró un ejemplar de *The Times* de hacía una semana, subió a la terraza del Café Terminus-Olympia y se sentó en una mesa que había al lado de la balaustrada, y desde la que se veía a lo lejos la Grande Plage y el pequeño promontorio sobre el que se alzaba el Hôtel du Palais. Biarritz era una ciudad de muchas alturas y llena de calles serpenteantes; a menudo olvidaba uno la cantidad de panorámicas sorprendentes que ofrecía. Brodie pidió un Dubonnet, encendió un cigarrillo y abrió el periódico. En Bélgica, un anarquista había disparado (sin éxito) al príncipe de Gales. En París estaban a punto de empezar los Juegos Olímpicos. El Club Automovilístico de Gran

Bretaña había organizado una carrera de ida y vuelta entre Londres y Edimburgo: mil seiscientos kilómetros en total. De los sesenta y cinco automóviles, cincuenta y uno habían conseguido llegar a la capital escocesa. El Panhard del señor Rolls había alcanzado una velocidad de sesenta kilómetros por hora.

Brodie pensó en Edimburgo, en Channon, en la vida que había llevado en otra época. Se acordó de Liethen Manor y de su familia, pero no sintió nostalgia ni melancolía. Reflexionando sobre su nueva vida —la vida que compartía con Lika—, se convenció de que nunca volvería a su tierra, a Escocia. Pero entonces pensó en sus hermanos y hermanas y el limitado horizonte de su existencia, y se entristeció momentáneamente. Allí estaba él, en la terraza de un café del sur de Francia, mirando el batir de las gigantescas olas del Atlántico. Huir, buscar la libertad: esa era la única salida. Puede que les escribiera animándolos a marcharse.

Apuró la bebida y fue caminando hacia su casa mientras pensaba en la carta que les enviaría. Iría dirigida a Callum, que luego podría pasársela a los demás. Tal vez fuera eso lo que necesitaban: una sacudida, un revulsivo, la perspectiva de una vida más apetecible.

Cuando llegó a casa, Lika ya estaba de vuelta. Él enseguida advirtió que algo iba mal. Ella tenía la cara muy rígida, la barbilla algo tensa, como para intentar contener sus emociones.

—¿Qué ocurre?

Estaba en la mesa de la cocina. Brodie se sentó a su lado y le cogió la mano.

Lika empujó el periódico hacia él (era el *Russkii Biulleten' Biarritsa*, el semanario en ruso) y señaló el anuncio que figuraba en la parte de abajo de la primera página.

—Te lo traduciré —dijo ella, recorriendo la cabecera con el dedo—: «¡Herencia cuantiosa!» —leyó—. «Buscamos a mademoiselle Lydia V. Blum, a quien cierto benefactor ha legado un patrimonio considerable. Ofrecemos una recompensa de 20.000 rublos a quien nos informe de su paradero. Diríjense a monsieur M. Kilbarron, 33 boulevard Beaumarchais, Paris III^{ème} .) Las señas estaban en ruso y francés.

—Malachi Kilbarron —dijo Brodie. Se levantó mareado, se acercó al fregadero, abrió el grifo y bebió agua, haciendo cuenco con las manos. Se dio

la vuelta—. ¿Cómo habrá averiguado que estamos en Biarritz?

—No lo sé. Hemos sido muy discretos. Puede que esté poniendo anuncios en todas partes..., allí donde haya rusos.

Ella se levantó y empezó a pasearse por la cocina, cerrando los puños y abriéndolos luego para mover los dedos, como si le doliesen.

—Sabía que nos iba a acabar encontrando —dijo con voz áspera—. Te lo dije. Te dije que deberías haberle matado a él también.

—Pero ¿cómo nos habrá encontrado? —dijo él, ignorando su último comentario—. Podríamos estar en cualquier sitio de Europa; ¿cómo se le habrá ocurrido buscarnos aquí?

—Hay agencias: expolicías que se dedican a buscar a gente desaparecida. Puede que haya contratado a una.

—No me lo explico. No hemos dejado rastro en ninguna parte. En Francia no necesitas pasaporte. Ni siquiera nos hemos registrado en la Préfecture...

—Da lo mismo —dijo ella mientras cerraba los ojos y flexionaba la espalda—. Tenemos que marcharnos. Muy lejos. Él anda persiguiéndonos como un sabueso infernal. Y si da con nosotros... —se acercó a Brodie, que la abrazó—. Quiere matarnos, Brodie —susurró—. No va a desistir jamás.

3

Brodie miró por la ventanilla del tren. Estaba lloviendo y, en esa parte de los Borders, el paisaje era monótono, árido, desolado. Más allá del páramo se divisaban colinas sin setos ni muros ni ovejas que ascendían hasta encontrarse con el cielo de franela gris. La Escocia más inhóspita. Brodie se sentía débil, como si un Brodie Moncur cobarde y desvalido le parasitase, adueñándose poco a poco de su cuerpo y espíritu. No tiene importancia, se dijo: es solo tu familia, gente a la que puedes abandonar y olvidar si lo deseas.

—¿Falta mucho? —preguntó Lika.

Se estaba tomando un bollo de azúcar, el último de los tres que había comprado en la estación de Waverley.

—Media hora, quizá menos. Pero luego tenemos que llegar al pueblo.

Ella se metió el último trozo en la boca y se chupó los dedos para librarse del pringue. Llevaban cinco meses viviendo en Edimburgo, y Brodie la notaba cambiada físicamente: Lika había ganado peso. Sí, la chica alta y esbelta se estaba poniendo gorda. A él no le desagradaba: seguía siendo muy guapa. De hecho, esa Lika gruesa, carnosa, le parecía aún más sensual y cautivadora que la anterior. Brodie sabía lo que la llevaba a comer tanto: el miedo, la angustia, la incertidumbre.

—¿Eres feliz, cariño? —le preguntó de repente, y aprovechó que ella había dejado de comer para cogerle ambas manos.

—Por supuesto que soy feliz. Estoy contigo.

—No te importa acompañarme en este viaje, ¿no?

—Quería ir contigo. Me apetece conocer a tu familia: a tu padre y a tus hermanos.

—Solo nos quedaremos una noche, dos como mucho.

—Nos quedaremos todo el tiempo que quieras, amor mío. Son tu gente, y llevas años sin verlos.

Sí, pensó Brodie: ahí está el problema. Si era el que era y llevaba la vida

que llevaba era justamente por esa gente, «su gente». Miró otra vez por la ventanilla y vio el yermo encharcado. Había unos cuantos saúcos enanos que el viento había torcido: eran el único elemento que desentonaba en un paisaje gris y amarillento. ¿Cómo era esa expresión? Ah, sí: la falacia patética. En el panorama desolado que había tras la ventanilla estaba la perfecta metáfora de su estado de ánimo.

Habían partido de Biarritz rumbo a Edimburgo en el mes de septiembre. Brodie le había pedido disculpas a madame Grosjean por marcharse tan de repente, y se había inventado la historia de que su mujer tenía que cobrar una herencia en Rusia. A madame Grosjean la marcha de su empleado la reafirmó aún más en la convicción de que la vida era injusta. Por su parte, Lika anunció a la princesa Stolypina que se iba a Rusia, confiando en que se difundiera la noticia. Él pensó con alivio en lo bien que les venía ahora el seudónimo para despistar a Malachi o sus agentes en el caso de que pasaran por Biarritz y empezasen a hacer pesquisas.

Cogieron el tren a La Haya y luego el ferri a Harwich; desde allí, otro viaje en tren hasta Edimburgo. Después de pasar dos noches en el North British Hotel, al final de Princes Street, Brodie encontró un piso aceptable: varias habitaciones amuebladas en el sótano de una casa del barrio de Dean Village. Se registraron como el señor y la señora Moncur: el Balfour lo recuperarían cuando volviesen a casa. Brodie conocía a demasiada gente en Edimburgo, por lo que un nombre falso llamaría mucho la atención. Aun así, se le hizo raro estar de vuelta en la ciudad. Su regreso tenía algo de derrota: volvía a Edimburgo a su pesar, lo que le parecía un símbolo de la facilidad con que podían torcerse las cosas en la vida y de la crueldad del destino, que le zarandeaba a uno sin miramientos, burlándose de sus ridículos proyectos, del sueño de encontrar una vida mejor en otra parte. Procuró ocultarle lo que sentía a Lika, que estaba mal de los nervios. Con el paso de las semanas, y a medida que los dos se iban acostumbrando a su nueva vida —y se iba disipando el temor a que Malachi diera con ellos—, los días se hicieron más tranquilos. Regresó la felicidad: una felicidad prudente, por decirlo así.

El piso de Dean Village tenía un amplio salón con chimenea, una cocina pequeña, un retrete (no había bañera) y un dormitorio con mucha humedad que daba a un patio sombrío. En las grietas del adoquinado crecían pequeños

helechos. Una criada pasaba a limpiar tres días a la semana. Era una muchacha tosca y con mal cutis, pero simpática. Se llamaba Joyce McGillivray. En el patio había una carbonera y otro retrete: era allí adonde llevaban a César cuando tenía que *faire pipi*, pero al perrito, por alguna razón, no le gustaba esta en el patio, y enseguida se ponía a gruñir y agitar la cola y arañar la puerta de atrás de la casa para que le dejasen entrar. Brodie pensó que quizá su comportamiento se debiera a que el perro de un antiguo inquilino había dejado un rastro fétido en los ladrillos y el mortero.

Una vez instalados en Edimburgo, empezaron a llevar una vida anónima — Brodie no se puso en contacto con su familia ni con sus viejos amigos y conocidos—, una versión escocesa de la que habían llevado en Biarritz, exceptuando el casino. Él buscó trabajos de media jornada como afinador, reparador e incluso profesor de piano, y acabó encontrando uno en una escuela privada para niños en Corstorphine.

Lika se incorporó a un orfeón —más que nada para mejorar su inglés—, pero no consiguió trabajo como profesora de idiomas: en Edimburgo había muy poca gente interesada en aprender francés o ruso. Llegó a interpretar el papel de Hélène en una representación no profesional de la ópera *La belle Hélène*, de Offenbach, y el diario *The Scotsman* le dedicó un comentario elogioso: «La señorita Lydia Moncur estuvo extraordinaria en el papel de Hélène. Su talento lírico es poco común en los montajes de ópera contemporánea que se hacen en nuestro país».

Brodie, que andaba bastante ocupado —podía ganarse la vida en cualquier sitio—, notó que Lika, en cambio, pasaba mucho tiempo en casa con César, aburrida. Se esforzaba por aprender inglés, pero le costaba mucho. Cuando Brodie le propuso que practicara en casa con él, tuvieron una conversación titubeante que duró apenas cinco minutos y luego siguieron hablando en francés. Ella empezó a preparar cenas copiosas —estofados y empanadas, compotas y púdines—, y también le dio por hacer pasteles y tartas y galletas. A Brodie, cuando llegaba a casa al final de la jornada, le daba la impresión de que lo primero que tenía que hacer era comer.

—¿Eres feliz, cariño? —le preguntaba de vez en cuando.

—¡Deja de preguntarme si soy feliz! —protestaba ella—. Me siento segura. Me gusta Edimburgo y me gusta ser la señora Moncur.

—¿Por qué no nos casamos entonces?

—¿Por qué tenemos que casarnos, si todo el mundo da por sentado que

somos marido y mujer?

—Porque..., porque así consolidaríamos nuestra unión. Te amo. Quiero que seas mi esposa, mi esposa legal.

—Nuestra unión no hace falta consolidarla, Brodie. Yo no necesito una partida de matrimonio. Con este pequeño anillo de latón me basta.

Él dejó de insistir. Ya se casarían a su debido tiempo, pensaba, una vez que hubiesen decidido dónde se iban a instalar definitivamente y se sintiesen a salvo.

Los dos arrostraron el invierno escocés y, cuando llegó el nuevo año, Brodie escribió a Callum.

Danube Street, 15
Stockbridge
Edimburgo

15 de enero de 1901

Estimado señor Callum Moncur:

¿Tiene usted un hermano que se llama Brodie? En caso afirmativo, él desea comunicarle que está viviendo en Edimburgo con su señora. Su dirección es la indicada arriba. Asimismo, manifiesta su interés en visitar próximamente la casa familiar con el objeto de presentar a su esposa a sus hermanos y a su aterrador padre, Malky. Le ruega a usted que le haga saber si le parece buena idea... o no.

Un saludo cordial de su hermano

Sr. Moncur (Brodie)

En la estación de Peebles, Brodie se quedó estupefacto al ver un automóvil aparcado cerca de las diligencias y los carros de dos ruedas de alquiler. En la rueda de atrás había un letrero apoyado que decía: «Diez veces más veloz... y por la misma tarifa». Brodie y Lika se subieron —entre los abucheos y pitidos de los otros cocheros— y pidieron al conductor que los llevara a Liethen Manor. Brodie preguntó por el nombre del vehículo: era un De Dion-Bouton «Motorette». Se sentó al lado del conductor y Lika frente a ellos, en un pequeño banco acolchado. El automóvil se dirigía mediante una especie de

columna central que tenía una manivela de latón en la parte de arriba. El conductor era un hombre joven con un fuerte acento de Glasgow. Llevaba anteojos especiales y una gorra de *tweed* vuelta del revés. Jamesie (así dijo que se llamaba) puso en marcha el motor tirando de una palanca que había en la parte trasera y se subió al vehículo de un salto. El ruido era soportable. El vehículo se alejó resoplando del patio de la estación y fue cogiendo velocidad mientras avanzaba por la calle principal. Tardó apenas un minuto en salir del pueblo, demostrando así lo que decía el jactancioso letrado.

—¡Le daré mi tarjeta! —gritó Jamesie—. ¿Tiene usted teléfono en su casa?
—Me parece que no —contestó Brodie.

—Si puede conseguir uno, señor, no tiene más que llamar a la estación. El supervisor me conoce. Tardaré una hora o menos en llegar a su casa.

Lika se inclinó hacia delante.

—¿En qué idioma habla? —le preguntó a Brodie en francés.

—¿Son ustedes extranjeros? —preguntó Jamesie.

—Sí, lo somos —dijo Brodie.

Este último, que no pensaba que su ánimo pudiera decaer aún más, se deprimió mientras atravesaban Liethen Manor. El Howden Inn estaba cerrado y las ventanas, entabladas. Una anciana con un delantal sucio se puso a gritar y agitar el puño al paso del De Dion. A excepción de ella, el pueblo parecía desierto.

Lika miraba fascinada a su alrededor.

—Este sitio me recuerda a Rusia —dijo.

—¿De verdad?

—Es como si estuviéramos pasando por una de esas aldeas rusas tan aisladas. El ambiente, el paisaje. Las casitas bajas. La pobreza. Es distinto, claro, pero tengo la sensación de estar de vuelta en mi tierra.

Brodie no hizo ningún comentario. Y es que no acababa de comprender la emoción que sentía ella: su familiaridad con el pueblo le impedía reconocer ese carácter único y peculiar que enseguida se hacía evidente para alguien de fuera. La patria es un lugar que no llega uno nunca a conocer realmente, pensó con tristeza mientras el De Dion tomaba el camino que conducía a la casa del pastor. Brodie tuvo la impresión de volver a una casa abandonada, al escenario, ahora desocupado, de una vida que había vivido otra persona.

—¿Cuántos hermanos y hermanas tienes? —preguntó Lika—.
Recuérdamelo.

—Seis hermanas y dos hermanos.

—¿Ves? Eso también es muy ruso.

—Es muy escocés.

Se bajaron del automóvil, pagaron a Jamesie y se despidieron de él. Brodie miró a su alrededor. Habían pasado años desde la última vez que había estado allí y todo parecía igual, solo habían cambiado la estación y el tiempo. No podía decirse lo mismo de él: pensó en todo cuanto había ocurrido en su vida desde esa última conversación tan desagradable que había tenido con Malky. Había sido allí mismo, en el camino de entrada a la casa. Puede que el jardín estuviese más descuidado: debajo de las coníferas y las araucarias se veían hierbajos. A Brodie, sin embargo, se le agolparon los recuerdos. Parecía que hubiese pasado una semana y no seis años. Uno puede dejar el hogar, pero el hogar nunca le deja a uno, pensó pesimista.

Se abrió la puerta y apareció Doreen, vestida con elegancia y con el pelo encanecido. Besó a Brodie y luego a Lika, y los dos entraron a saludar al resto de la familia.

Brodie notaba muy nerviosa a Lika. ¿Cómo no iba a estarlo? Se habían reunido en el salón antes de cenar, y Brodie sabía que ella necesitaba tanto como él un cigarrillo para tranquilizarse. Allí estaban todos esperando a Malky: Doreen, Ernestine, Aileen, Edith, Alfie, Isabella y Electra. Solo faltaban Callum, su mujer y su hijo. A Brodie le impresionó Electra, que ya tenía casi veinte años: una muchacha guapa, alta, con la cara redonda y expresiva, y de tez más oscura que el resto de la familia, como él. Tenía que irse de casa pronto, pensó, o de lo contrario malograría su vida, como «los Ojos»: prematuramente envejecidas, tres solteras casadas con Malky Moncur, el monarca de la casa. Brodie echó un vistazo a su alrededor. Esta vez tampoco había jerez ni madeira, y la despensa estaba cerrada.

—¿A alguien le apetece un cigarrillo? —preguntó Brodie en tono despreocupado—. Me acabado de abastecer de Margarita... Ya sabéis, mi tabaco preferido.

Toda la familia aceptó gustosa, y él fue pasando la pitillera y encendiendo los cigarrillos uno a uno. Lika se lo agradeció encarecidamente con la mirada.

—Estamos en casa —dijo Doreen, que fue a buscar ceniceros y se puso a repartirlos—. Nosotras dictamos las reglas —añadió, como respondiendo a un

reproche tácito.

—¿Qué tiene de malo fumar? —preguntó Electra.

—Nada. Siempre y cuando no lo hagas en público.

—Sí, porque si no, te tomarán por una fulana —dijo Alfie—. Este tabaco es estupendo, Brodie.

—¡Alfie! —exclamó Ernestine en tono reprobatorio.

—No todas las busconas fuman —dijo Electra—. Y no todas las mujeres que fuman en la calle son busconas.

—¿Podemos cambiar de tema, por favor? —dijo Doreen—. ¿Qué va a pensar Lika de esta conversación?

—No he entendido esa palabra —dijo Lika en inglés y con su fuerte acento ruso: su voz sonaba de lo más exótica en ese salón, como una brisa en un día de verano, pensó Brodie admirativamente.

—Menos mal —dijo Aileen—. Alfie siempre rebaja el nivel de la conversación.

—Ah, sí, tenemos una carta para ti, Brodie —dijo Ernestine—. Llegó hace unas semanas.

Salió corriendo del salón y al cabo de unos instantes volvió con un sobre pequeño. Brodie se lo guardó en un bolsillo.

—¿Por qué no ha venido Callum? —preguntó.

Dos semanas antes había quedado con Callum en un pub de Edimburgo para hablar de su visita a la casa familiar. Callum parecía enfermo: le contó que había tenido gripe. Se tomó tres vasos de ron caliente. Los dos se pusieron de acuerdo para que Callum estuviera presente, aunque solo fuese para atenuar el efecto Malky.

—Tengo un mensaje de su parte. Te invita a cenar mañana.

—Desde que se ha casado tiene ínfulas —dijo Electra—. Los de la casa del pastor no somos lo bastante distinguidos para la señora Moncur.

Brodie notó que nadie la contradecía. El tabaco los había relajado a todos. Edith y Ernestine se pusieron a hablar con Lika. Alfie se acercó a Brodie y le preguntó cómo era París, y Electra se unió a ellos.

—Pero ¿por qué te fuiste de San Petersburgo? —preguntó ella—. Yo mataría por vivir allí.

Brodie tragó saliva y tosió.

—Por motivos profesionales —contestó.

—Callum siempre nos da noticias tuyas —dijo Alfie—. Cuando le vemos,

claro. Te hemos seguido por toda Europa.

—Deja que me vaya contigo, Brodie —dijo Electra en voz baja—. Te lo ruego.

Se oyó un golpetazo en el techo.

—Ese debe de ser padre —dijo Doreen—. Iré a buscarle. Ya está listo para bajar.

A Brodie le alegró ver que todos seguían fumando, y atravesó el salón para estar con Lika. Le cogió la mano detrás de la espalda.

La puerta se abrió de pronto y entró el reverendo Malcolm Moncur.

Brodie se quedó atónito. Su padre estaba consumido, ocupaba la mitad que antes y caminaba con dos bastones. Tenía abultamientos carnosos a ambos lados del bigote, que ahora estaba descuidado y gris. El cuerpo enflaquecido hacía que la cara pareciera mayor, como la de una gárgola. Malky miró a su familia, que formaba un semicírculo delante de él, parpadeó como sorprendido y luego clavó sus ojos llorosos en Brodie.

—Así que has vuelto a casa después de todos estos años, ¿eh, canalla?

—Me alegro mucho de verte, padre. Permíteme que te presente a mi mujer, Lydia.

Malky se les acercó arrastrando los pies.

—Sigues siendo negro como el hollín —se volvió hacia Lika—. No parece hijo mío, señora.

—Todo el mundo la llama Lika.

—¿Por qué se ha casado con el mestizo, mi buena señora? ¿No había en Rusia nadie con la piel más clara?

—Ya está bien, padre —dijo Brodie, interponiéndose entre Malky y Lika.

—Sí, eso digo yo —dijo Doreen mientras cogía a Malky del brazo—. Vamos a cenar —añadió, y a continuación le condujo al comedor.

—Bienvenida a nuestro feliz hogar, Lika —dijo Electra.

Entraron todos en fila en el comedor, siguiendo a Malky y a Doreen.

—Lo siento —le susurró Brodie a Lika—. Por lo menos te avisé.

—Siento como si hubiera vuelto a casa —dijo ella—. Aunque parezca mentira, me alegro mucho de estar aquí —le sonrió—. Y ahora tengo la sensación de conocerte mejor.

Doreen sentó a los dos en un extremo de la mesa, lejos de Malky. El reverendo no necesitaba ayuda para comer, pero Doreen le partió el cordero y sirvió la salsa. Malky se puso a murmurar mientras masticaba con esfuerzo la

carne. Le ordenó a Ernestine que fuera a por agua y coñac para que pudiese digerir mejor la comida.

—¿Qué le ha pasado? —le preguntó Brodie a Electra, que estaba sentada a su izquierda.

—Hace unos dos años tuvo una caída aparatosa y perdió el conocimiento. Lo encontramos arriba, en el rellano de la escalera, tendido en el suelo —le contó deprisa el resto de la historia: le llevaron a su cama, llamaron a un médico y Malky volvió en sí antes de que llegara—. Dijo que había tropezado y se había caído, pero nosotras sospechamos que fue algún tipo de trombo. Desde entonces ya no ha vuelto a ser el mismo.

—Habrá dejado de dar sermones.

—Sí —Electra bajó la voz—. Y me parece que andamos mal de dinero, aunque Doreen no nos cuenta nada.

—Pero si se hizo rico con esos sermones...

—Tendrás que preguntarle a Doreen. Ella lo administra todo —se arrimó a Brodie—. Deja que me vaya contigo, Brodie. Lika me cae muy bien. Es guapísima. Yo podría ser tu ama de llaves, tu secretaria... Lo único que necesitaría es alojamiento y comida.

—Me encantaría que te vinieses —respondió él—, pero yo también tengo mis problemas: económicos y profesionales. Ni siquiera tengo un trabajo de verdad; todo lo que hago es a tiempo parcial.

—¿Qué están susurrando ahí esos dos negritos? —gritó furioso Malky—. ¡En esta casa no tolero los susurros!

Todos se callaron.

—Estábamos hablando de... —dijo titubeante Brodie, y luego improvisó—, de nuestra difunta madre. Tu difunta esposa.

Sabía que así le haría callar. Malky, en efecto, siguió comiendo: se llevó un trozo de cordero a la boca y fijó la mirada en el salero que tenía delante. A todos les asombró la audacia de Brodie y lo eficaz que había sido. Él tuvo de pronto la impresión (nada agradable) de que los demás estaban empezando a verle como el cabeza de familia: el deterioro físico de Malky era tan evidente que le había pasado el testigo a su hijo. Brodie bebió un poco de agua y se serenó. Entonces le pidió coñac a Ernestine, que fue en silencio a buscar la licorera. Malky observó cómo mezclaba el coñac con agua, pero no dijo nada. Brodie había obtenido una pequeña victoria. El volumen de la conversación fue en aumento, y la licorera con coñac pasó de mano en mano. Después del

postre —tarta de manzana—, Doreen condujo a Malky a su dormitorio. Este no dio las buenas noches.

Más tarde, tumbado con Lika en la cama de su viejo cuarto —afuera no paraba de lloviznar—, Brodie pensó en la cena, que empezó a ver como uno de los episodios más raros de su vida, y también uno de los más importantes.

—No tienes idea de lo que es crecer en esta casa, con ese hombre como padre —le dijo—. Ni de lo que es estar aquí ahora, ya casado, en esta habitación, en la cama contigo. Y que él no me pueda decir nada. Es una sensación maravillosa.

—Recuerda que no estamos casados de verdad, Brodie.

—Bueno, no lo estamos oficialmente..., pero para mí es como si ya lo estuviéramos. Mejor así, de hecho.

—Tu padre tiene mucho miedo de algo, Brodie. Se lo noto. Por eso os ataca a todos.

—No es tan sencillo. Nos necesita, pero a la vez está resentido con nosotros. Así que trata de dominarnos, controlar nuestra vida, demostrar que tiene el poder.

—Pero contigo no lo ha logrado.

—No, conmigo no..., y por eso creo que me odia. Porque nunca he hecho lo que él quería. Ahora no es más que un viejo enfermo y rabioso. Se va a morir pronto y lo sabe. Y también sabe que ya nadie le tiene miedo.

Por la mañana, cuando se estaba vistiendo, Brodie se acordó del sobre que se había guardado en el bolsillo la noche anterior. Lo encontró y lo abrió. La carta era de Ainsley Channon. Dado su vínculo con lady Dalcastle, debía de haber enviado la misiva a Liethen Manor, pensó.

Channon & Co.
George Street, 48
Edimburgo

5 de enero de 1901

Querido Brodie:

Del mundo de los afinadores de pianos me ha llegado la noticia de que

estás de vuelta en Edimburgo. Me ofende que aún no hayas venido a la tienda a verme, pero te lo perdonaré si te pasas por George Street en cuanto puedas. Tenemos un asunto importante que tratar.

Un saludo cordial,
Ainsley Channon

La última frase, «un asunto importante que tratar», le alarmó un poco. En París, Ainsley le había dicho adiós con tristeza, pero ahora su tono parecía alegre y despreocupado. ¿Acaso no se daba cuenta de lo mucho que había herido a Brodie despidiéndole injustamente? Puede que lo hubiera olvidado.

Sin parar de pensar en cómo debía responder a la carta, Brodie bajó a desayunar con Lika. Aparte de ella solo estaba Alfie, pero luego llegó Isabella. En el aparador había un calentaplatos con *kedgeree*. Cuando terminaron de comer —también se sirvieron té y panecillos con mermelada y mantequilla—, Brodie fue a la cocina a saludar a la señora Daw, que le besó llorosa en la mejilla.

—Pensaba que ya no le volvería a ver nunca, Brodie. Nunca, nunca. Y ahora me cuentan que se ha casado usted con una mujer rusa.

—Es encantadora. Venga, que se la presento.

—Oh, no, no procede. Pero les deseo toda la felicidad del mundo.

—Le dije que regresaría.

—Sí, pero ¿cuánto tiempo? Es usted muy volandero, Brodie.

Él le aseguró que pensaba quedarse en Edimburgo una buena temporada y visitarlos a menudo, y luego volvió con Lika. Ambos se pusieron el sombrero y el abrigo para recorrer la corta distancia que separaba la casa de Dalcastle Hall. Brodie había mandado una nota nada más llegar, y lady Dalcastle los estaba esperando.

—¿Por qué no vas tú solo? —sugirió Lika—. A mí no me importa quedarme aquí.

—No, quiero que os conozcáis. Para mí es importante.

Pasaron al lado de la casa del guarda, cruzaron la verja y fueron por el camino umbroso que conducía a la mansión. Las hayas ahora estaban desnudas, y la calzada parecía más deteriorada, con más charcos y baches que antes. Cuando divisaron la casa, Brodie observó que en el torreón había más ventanas entabladas. La finca parecía casi abandonada. En el césped vio varias ovejas sueltas pastando.

Cuando llamaron a la puerta, les abrió un muchacho hosco que llevaba un delantal verde y parecía incapaz de cerrar la boca. Los condujo por la escalera hasta el salón pequeño, donde los dejó solos. Brodie vio que en la chimenea, desatendida, ardía una llama muy débil, así que cogió el atizador y avivó el fuego. Luego se quedaron los dos sentados en silencio, esperando a lady Dalcastle.

—¿Y esto no te recuerda a Rusia también? —preguntó Lika—. Esta casa antigua que se cae a pedazos. El muchacho.

—No sé, no puedo verla con los mismos ojos que tú: la conozco demasiado bien.

Entonces entró lady Dalcastle, agarrada del brazo del joven sirviente. Tenía un aspecto muy frágil, como si una ráfaga de viento fuera a llevársela y estamparla contra la pared. Seguía vistiendo en tonos muy vivos: una chaqueta de seda de color azul ultramar, un chal a cuadros escoceses y un vestido de lana granate. Le cogió la cabeza a Brodie con sus manos huesudas y le miró fijamente mientras repetía su nombre en voz baja:

—Brodie, Brodie, Brodie Moncur: dichosos los ojos. Pensé que no iba a volver a verte —se giró hacia Lika, parpadeando—. ¿Y quién es esta señorita?

—Es mi mujer, lady Dalcastle. Lydia..., aunque todos la llamamos Lika. Lika Moncur, *ma femme*.

Lika hizo una leve reverencia y sonrió. Lady Dalcastle se le acercó con aire de estar viendo una especie de fantasma.

— *Enchantée, enchantée* —el francés lo hablaba con un educado acento escocés—. *C'est un très grand plaisir* —se dio la vuelta—. ¿Dónde se habrá metido ese muchacho tan tarugo? Es el sobrino nieto de Broderick. Dile que venga, Brodie, se llama Lennox.

Brodie salió al pasillo. Lennox estaba ahí fuera, sentado en un taburete, mordiéndose las uñas. Brodie le pidió que trajera té y volvió al salón. Lady Dalcastle le estaba hablando a Lika de París.

— *J'adore Paris. Mais elle est dangereuse*.

Lennox entró con una bandeja y sirvió el té, que estaba caliente pero no demasiado: estaba claro que su tío abuelo le había enseñado bien el oficio. Brodie le ofreció a lady Dalcastle un relato abreviado de sus viajes.

—¿Y dónde os casasteis, querido Brodie?

—En Biarritz —contestó enseguida—. Nos casó el cónsul inglés.

—¡Qué romántico! —lady Dalcastle batió las palmas alborozada. Entonces

apareció el joven Lennox—. ¿Qué es lo que quieres?

—Pensé que me había llamado, señora.

—No, pero, aprovechando que estás aquí, querríamos un poco de tarta.

—No hay tarta, señora.

—Entonces tráenos unas galletas de mantequilla.

—No creo que baste con unas galletas de mantequilla, señora.

—No tenemos hambre —dijo Brodie—. Acabamos de desayunar.

Se quedaron veinte minutos más, con el té enfriándose en sus tazas. Lady Dalcastle rememoró sus viajes a París con Hugo, su difunto marido.

—Eso fue en el siglo pasado —le dijo a Lika—. Jamás pensé que llegaría a decir esa frase. Jamás.

Justo antes de que se marcharan, lady Dalcastle se apoyó en el brazo de Brodie —que sintió como si una pluma se le hubiera depositado en la manga de la chaqueta— y le condujo por el pasillo hasta su estudio.

—*J'ai une commission à faire* —le explicó a Lika.

El estudio estaba lleno de estanterías acristaladas, pero no había libros. Aquí y allá, colocados sobre plintos, se veían pequeños animales disecados: un tití, un urogallo, una ardilla roja. La mesa de lady Dalcastle estaba atestada de papeles apilados. La dama rebuscó en un cajón y sacó una chequera.

—He vendido todos los libros de Hugo. Me han dado una suma considerable; no había imaginado que pudiesen valer tanto. Le pedí a un librero de viejo que viniese desde Londres: los de Edimburgo son unos timadores. El caso es que tengo bastante dinero para vivir dos años..., si es que no me muero antes, claro —se rio alegre—. Mi querido Hugo por fin me hizo un favor. El pobre estúpido... ¿Quién me lo habría dicho?

Se sentó en la mesa y extendió un cheque por un importe de cien libras, y se lo dio a Brodie.

—Usted sabe que no puedo aceptarlo —dijo él.

—Es mi regalo de boda. Ve a cobrarlo lo antes posible, aprovechando que todavía tengo dinero en el banco. Los acreedores están al acecho.

Alfie encontró en el pueblo a un tipo con un lustroso coche de dos ruedas y que estaba dispuesto a llevarlos a los dos a Peebles y dejarlos en casa de Callum por un chelín. Brodie y Lika les dijeron adiós a las hermanas. Fue una despedida insólitamente emotiva: se vertieron lágrimas y se secaron

enseguida. Cuando Brodie besó a Electra, ella le susurró al oído: «Manda a buscarme, Brodie, te lo ruego». Él le contestó que lo intentaría, pero notó cómo ella se desanimaba.

Se disponía a subirse al coche con Lika cuando de pronto Brodie preguntó dónde estaba su padre.

—En el jardín —dijo Doreen—. Sale a dar un paseo corto todos los días. Órdenes del médico —sonrió—. No te preocupes, ya me despediré de él de tu parte. No está de muy buen humor.

—Eso nunca me ha disuadido —respondió Brodie. Entonces le pidió a Lika que esperara un segundo y fue a buscarle.

Bordeó el costado de la casa y entró en el jardín, que estaba muy oscuro: las plantas de hoja perenne parecían absorber la escasa luz invernal. Las coníferas estaban combadas y cubiertas de rocío, que seguía goteando, y olía a moho y hojas marchitas. Brodie vio a Malky caminando tambaleante por un sendero de grava, apoyado en sus dos bastones y hablando entre dientes. Llevaba un viejo sombrero de fieltro y un abrigo de *tweed* de color de herrumbre que casi le llegaba a los tobillos.

—¡Padre! —le gritó, y acto seguido atravesó el césped, empapándose las botas—. Nos vamos ya. Vengo a despedirme.

—Pues márchate con tu fulana rusa.

—Es mi mujer —dijo Brodie—. Cuidado con lo que dices, si no te importa.

—Tu mujer... ¡Y me lo voy a creer! ¿Me has tomado por imbécil? Lo noto perfectamente. Sé reconocer la lujuria. Sé reconocer la fornicación. El olor a furcia.

—Por supuesto que lo reconoces, como fornicador veterano que eres.

—¡Cómo te atreves! —Malky levantó un poco el bastón, como si fuera a golpearle, y luego cambió de idea—. No vuelvas a esta casa, cerdo negro, cabrón. Coge a esa fulana tuya pintarrajeada y vete al infierno.

Brodie movió el puño hacia atrás y durante un segundo estuvo dispuesto a darle un puñetazo en la cara a su padre. De pronto, se detuvo y sonrió.

—La cabra siempre tira al monte —dijo en tono sereno, aunque notó cómo le palpitaba el corazón—. Toda tu vida has sido un miserable y seguirás siéndolo hasta que mueras —le dio un puntapié a uno de los bastones y observó cómo Malky caía a cámara lenta sobre el camino de grava—. Espero que no tengas una muerte demasiado dolorosa.

Malky se puso a proferir imprecaciones y le lanzó el otro bastón, que dio en

el tronco de un abeto. Entonces rodó sobre la espalda y trató en vano de levantarse. Brodie se inclinó hacia delante.

—No te volveré a ver vivo —dijo, y se alejó mientras Malky llamaba a gritos a Doreen.

Intentó fijar en la memoria esa última imagen de su padre —tendido en el suelo, bramando impotente— y no se dio la vuelta para mirarle otra vez.

De camino a Peebles le contó a Lika lo ocurrido sin omitir ningún detalle.

—Cielo santo —dijo ella mientras asentía con la cabeza, asimilándolo todo—. No paro de decírtelo, pero es verdad: qué ruso es todo esto.

Danube Street, 15
Stockbridge
Edimburgo

17 de marzo de 1901

Querido Callum:

Espero que esta carta no te ofenda. Soy tu hermano mayor y tu mejor amigo. Lo que voy a decir te lo diría igualmente de palabra.

No imaginas las ganas que tenía de presentarte a Lika, así que encontrarte borracho a las dos de la tarde fue la primera sorpresa desagradable. La segunda fue tu aspecto. Me dijiste que habías estado enfermo: ahora sé que lo que tienes es dipsomanía. Cómo has envejecido desde que me marché. Pareces veinte años mayor.

Sheila me pareció encantadora, y me dio pena que el pequeño Randolph tuviese difteria. Pero es un niño muy mono. Te pido que pienses en lo que ese crío va guardando en la memoria. El pobre ve a su padre desaseado, sin afeitarse, dando tumbos, tropezando con las sillas, blasfemando como un carretero. Los dos crecimos en casa de Malky Moncur y sabemos de sobra qué es un monstruo: me parece que lo más triste de la visita que os hicimos en Edenbrae fue observar que estás siguiendo sus infames pasos y tener el terrible presentimiento de que de tal palo, tal astilla.

Además, ¿cómo puedes hablar así a Sheila delante de desconocidos? ¿Por qué tienes que darle órdenes, como si fuera una sirvienta? ¿Y por qué no paras de decir palabras soeces? Que si joder, que si mierda, que si me

cago en... Sé que es por la bebida, pero eso no justifica la sarta de blasfemias que tuvimos que soportar. Y a Lika y a mí nos indignó que te dirigieras así a esa criada menuda que nos estaba sirviendo. Lika quería conocer a mi querido hermano, mi amigo del alma, del que tanto le he hablado..., y allí estabas, borracho, con el puro encendido al lado del plato, quejándote de la comida, llamando a la cocinera para vituperarla como un tirano medieval. En realidad, fue un alivio que te retiraras tan pronto, con la garrafa en la mano. Sheila estuvo la mar de amable: nos pidió perdón e intentó disculpar tu comportamiento como buenamente pudo. Nos contó que te habían despedido de la oficina del notario y que estabas demasiado deprimido para buscar trabajo. Intentó disculpar tu comportamiento como buenamente pudo. Te has casado con una mujer encantadora y abnegada, Callum. En eso sí has tenido suerte... ¡No lo echas a perder!

Por si fuera poco, cuando bajó a desayunar, Lika se tropezó contigo en la escalera: seguías borracho y solo llevabas puesta la camisa de dormir (¡estabas casi con el culo al aire!), y estabas pidiendo a gritos el orinal. A la criada que te lo trajo la maldijiste con las palabras más atroces.

Te estás convirtiendo en un borracho déspota. Nuestro padre lo es. Acuérdate de lo que le hizo a nuestra madre: si murió prematuramente fue por culpa suya. Y mira cómo sojuzga a nuestras pobres hermanas, a sus hijas, cómo las hace sufrir. Malky Moncur siempre nos ha asqueado. No quiero sentir lo mismo por su hijo, Callum.

Eres divertido, generoso y afable por naturaleza. ¡Vuelve a ser como el viejo Callum y deshazte de ese horrendo doble! No te reconozco en él, hermano, y me angustió mucho ver cómo se comportaba.

En fin, te he dicho lo que pienso. Tengo la conciencia tranquila. Cuando leas esta carta, piensa que te la escribe alguien que te quiere. Contéstame, y dime que has captado el mensaje y que el viejo Callum resucitará y prosperará de nuevo.

Tu fiel hermano,
Brodie Moncur

Brodie y Lika fueron a casa de su vecina, la señora Delmire, que había cuidado a César durante su breve estancia en Peebles. Cuando llegaron, ella soltó la correa y el perro corrió hacia Brodie y dio un brinco para que él no

tuviese más remedio que cogerlo, y luego se retorció en sus brazos, tratando desesperado de lamerle la cara.

—¿Lo ves? Te quiere más que a mí —dijo Lika, riéndose.

Por primera vez desde que se había marchado de la casa de Callum, Brodie se sintió mejor de ánimo.

—Siento que hayas tenido que soportar a mi familia —dijo mientras caminaban de vuelta a casa, con César dando saltitos entre ellos.

—Me parece que ya te has disculpado más de doscientas veces desde que dejamos Peebles.

—Pero es que estoy indignado y avergonzado. Ha sido horrible.

—Tus hermanas son un encanto. Y Alfie es un muchacho estupendo.

—¿Qué es lo que ha pasado? Malky es un tipo repugnante e incorregible, pero ¿qué me dices de Callum?

—Así es la vida, por desgracia —dijo Lika—. Un tío mío se mató de un tiro. Tenía una mujer que le adoraba y cinco hijos, y un buen trabajo como asesor colegiado en la corte, segunda clase. Arruinó e hizo sufrir a todos. Las familias... Lamento decirlo, pero la tuya es más normal de lo que piensas.

Bajaron por las desgastadas escaleras de piedra hasta llegar al pisito del sótano. Al poco rato se avivó el fuego de la chimenea y se difundió por la casa el olor a sopa que venía de la cocina. César se subió de un salto a su sillón preferido y se tumbó boca arriba para que le rascaran la tripa.

—Ya estamos en casa —dijo Lika, al tiempo que entraba con una soperá humeante y la depositaba en la mesita de comer—. Todo va bien ahora.

—La semana que viene iré a ver a Ainsley Channon —anunció Brodie mientras les servía la sopa a los dos—. Me pregunto qué querrá...

Se le hizo raro estar de vuelta en la tienda de Channon, aunque en realidad todo seguía igual. Los mismos retratos de gente ceñuda, la misma multitud de pianos lustrosos en la sala de muestras. Desde su llegada a Edimburgo, Brodie había pasado por delante del establecimiento varias veces, pero siempre caminando por la otra acera de George Street, guardando así una distancia prudencial. Su época como empleado de Channon había sido un capítulo importante de su vida, y había acabado mal, de manera injusta. Y sin embargo allí estaba de nuevo, siguiendo por las escaleras a la nueva secretaria de Channon —la señora Grant se había jubilado—. El propio Ainsley le estaba esperando en la puerta. Se había dejado crecer las patillas (las tenía canosas). Al verle sonrió satisfecho y abrió los brazos en un gesto de bienvenida.

—Brodie Moncur. Brodie, Brodie, Brodie. ¡Cuánto me alegro de verte!

Se dieron un caluroso apretón de manos. Ainsley le hizo pasar, rodeándole los hombros con un brazo, y después de sentarle en la silla se dirigió a la fila de licoreras y escogió el whisky apropiado para celebrar la ocasión. Llenó las copas, las estrechocaron.

—Vuelve el hijo pródigo —dijo Brodie.

—¡No! De ninguna manera. No digas eso. Te acordarás de las circunstancias tan desgraciadas en que ocurrió aquello... Fui muy franco contigo. Aquí no hay culpas. No nos guardamos ningún rencor el uno al otro.

—Por supuesto que no —dijo Brodie; bebió un sorbo de whisky y empezó a sentir esa confortante quemazón en la boca.

—Y eso me trae al asunto en cuestión —dijo Ainsley—. Ha habido unos cuantos cambios.

Se lo fue explicando todo en detalle. Calder había sido «apartado» de París un año antes, y ahora vivía en Perth, donde regentaba la pequeña tienda que Channon había abierto en Mill Street.

—Tu joven amigo, Dmitri, es ahora el gerente en funciones de la de París.

Está haciendo un buen trabajo, pero lo hace sin ganas, ya sabes a lo que me refiero. Además no es de la familia, como tú sí lo eras... Lo eres —Ainsley suspiró—. Calder tiene..., digamos que por fin tiene un trabajo a su medida: encargado de una tienda pequeña en una ciudad de provincias. Jamás debí destinarlo a París. Allí hay demasiadas tentaciones. Fue un error por mi parte... y lo pagué caro —le sonrió con aire bondadoso y Brodie no supo responder—. En fin, Brodie.

—¿Sí, señor Channon?

—¿Estarías dispuesto a volver a París? Esta vez como gerente.

Brodie sintió cómo la cara se le ponía fría... y luego caliente: se estaba sonrojando.

—¡No digas nada! —le rogó Ainsley—. Deja que la idea germine. Piénsatelo. Tómame un día o dos... o una semana si hace falta. El trabajo ya lo tienes. Cobrarías lo mismo que Calder —se levantó y rellenó las copas—. Aparte de los beneficios que le reportaría a la empresa, personalmente vería tu presencia en París como una especie de compensación tardía por la lamentable naturaleza de tu despido. Me harías muy feliz aceptando la oferta.

Brodie se imaginó viviendo en París con Lika: un salario estupendo, solvencia económica, un bonito piso. Pero no quiso ir más allá.

—Necesito veinticuatro horas para pensármelo, señor Channon. Lo tendría que consultar con mi mujer.

—¿Con tu mujer? Así que ahora estás casado, Brodie. Enhorabuena.

Ainsley siguió hablando. Le informó de que el piso en el que había vivido Calder, en el decimosexto *arrondissement*, estaba disponible, y además se habían conservado todas las innovaciones que Brodie había aportado a la filial parisina: allí seguían los afinadores a los que él había formado y todavía se organizaban recitales Channon y giras... Sauter y Nagel continuaban colaborando con la empresa. Dmitri manejaba con enorme habilidad esa parte del negocio.

—Fueron ideas brillantes, Brodie, y se te ocurrieron a ti. Necesitamos más ideas así.

—Sí, creo que...

—Hablando de tus astutas ideas... Qué noticia más terrible la de John Kilbarron. Morirse tan de repente...

—¿Cómo? Ah, sí.

—Un ataque al corazón, según me contó su hermano.

—¿Su hermano?

—Sí, ¿cómo se llamaba? Malachi, eso es. Malachi Kilbarron. Por lo visto se cayó muerto así, de pronto —Ainsley chasqueó los dedos—. Se murió antes de dar contra el suelo.

—¿Ha visto usted a Malachi Kilbarron?

—Vino la semana pasada. Se sentó en esa misma silla, donde estás tú —Ainsley se inclinó hacia delante—. Estuvo muy simpático, todo sonrisas. Pero lo que quería era dinero... Oh, sí. Dijo que yo le debía dinero a su hermano —se echó a reír—. No iba a caer esa breva, y él se dio cuenta —frunció el ceño—. ¿No estabas trabajando para John Kilbarron?

—Sí, pero lo dejé. De hecho, me fui de Rusia antes de que muriera.

—En fin, nunca sabe uno cuándo le va a venir a visitar la parca.

Brodie se miró las manos. Las tenía totalmente quietas.

—¿Le contó usted, a Malachi, me refiero, que nos íbamos a ver?

—Preguntó por ti... en tono muy cordial. Le dije que te había escrito pero aún no habías contestado.

—Pero él sabía que yo estaba en Edimburgo.

—Sí, me parece que sí. Por lo menos daba la impresión de saber que estabas viviendo en la ciudad..., en alguna parte.

Brodie se levantó. Sentía en el pecho ese peso enorme que siempre acompaña a los desengaños y al miedo.

—Ya va siendo hora de que me vaya, señor. Tendrá mi respuesta dentro de veinticuatro horas.

—Espero que sea afirmativa, amigo Brodie. A la encantadora dama que te espera en casa estoy seguro de que le atraerá París, ¿no crees? *Merci beaucoup!*

Brodie le dio la razón, y luego le dijo que iba a bajar al taller a saludar a Lachlan Hood. Le dio la mano a Ainsley, que seguía enumerando las ventajas de trasladarse a París, aunque Brodie ya no le estaba prestando demasiada atención. Al bajar las escaleras sintió un temblor en las piernas. Malachi Kilbarron estaba en Edimburgo... ¿Cómo se habría enterado? ¿Cómo habría conseguido seguirle hasta Biarritz, y desde allí a Edimburgo? Brodie sintió náuseas y se detuvo para frenar el vómito e intentar tranquilizarse. No iba a salir por la puerta principal: estaba convencido de que Malachi había pagado a alguien para que vigilara la tienda. Le habría descrito su aspecto y ordenado que lo siguiera hasta su casa. Ese alguien le habría visto entrar, pero no le

vería salir.

Saltaba a la vista que Lachlan Hood se alegraba de verle, pero trató de disimularlo, haciendo como si Brodie se hubiese ausentado un día y no siete años.

—Tienes buen aspecto, Brodie. ¿Cómo te va? —se fumaron un cigarrillo como en los viejos tiempos y Brodie le contó por encima sus viajes—. Tengo entendido que te dieron la patada en París, que te pillaron con la mano en la caja o algo así.

—Lo que pasó fue que me convirtieron en chivo expiatorio de los tejemanajes del gordo de Calder. En cualquier caso, ya está todo olvidado y perdonado. Escucha, Lachlan: ¿podría salir por la puerta de atrás?

Lachlan le condujo al almacén que había en la parte trasera de la tienda y que daba a una callejuela empedrada. Afuera lloviznaba y hacía viento.

—¿Te persiguen unos alguaciles o qué?

—Algo así. Si pregunta alguien por mí, le dices que no me has visto.

—Soy como una tumba, señor Moncur —Lachlan le guiñó un ojo y luego frunció el ceño—. ¿Te encuentras bien, Brodie? Te has puesto pálido.

Brodie se apoyó contra el muro y vomitó una pinta de sangre caliente, que cayó en los adoquines mojados.

El doctor McDaid miró a Brodie a través de las gruesas lentes de sus gafas. Sus ojos parecían enormes.

—¿Cuántas hemorragias ha tenido? —preguntó.

—Tres. Tres de las gordas. De vez en cuando escupo un poco de sangre.

—Ya, ya, ya. Sí. Hummm. En fin, ya está.

Brodie se movió un poco en la cama. El doctor McDaid estaba sentado demasiado cerca, y le daba calor.

—¿Qué me aconseja?

—Bueno, yo que usted me iría de Edimburgo lo antes posible. Márchese al extranjero. Estamos en pleno invierno escocés. Váyase a un sitio cálido.

Entonces pareció notar la molestia que le estaba causando a Brodie con su proximidad: se puso de pie y se apartó de la cama. Era alto y flaco y Brodie se dijo que andaría por los cuarenta y tantos, con el pelo rubio oscuro, peinado hacia atrás con brillantina, lo que le daba un aspecto metálico, y remetido detrás de las orejas. Era el médico de Ainsley Channon, y por eso estaba

ahora en el piso de Dean Village.

—Le puedo prescribir medicamentos (inhalantes, pomadas), pero no le valdrán de mucho con este frío y esta humedad. Lo que le recomiendo, siguiendo a Keats, es el «tibio Sur». Y también, de vez en cuando, un toque de la «ruborosa Hipocrene» para levantar el ánimo. Muy bien. Ya está. ¿Qué edad tiene?

—Treinta y uno.

—Llegaré a los cuarenta, estoy seguro.

—Gracias, doctor. ¿Cuánto le debo?

—Nada. Ainsley Channon me ha pedido que le mande la factura a él. Está preocupado, como es natural. Ya sé dónde está la puerta. Vaya reservando un billete para irse al Mediterráneo, señor Moncur. Ojalá le pudiese acompañar.

El médico salió de la habitación, Brodie le oyó hablar con Lika en el salón, y luego el ruido de la puerta. No se sentía demasiado mal, dadas las circunstancias. Había sido más que nada el sobresalto causado por Malachi, o eso creía. Había tenido hemorragias peores —lo que tampoco era un gran consuelo—, pero lo que estaba claro era que ya no podía hacerse cargo de la tienda de París. Malachi Kilbarron había destruido de nuevo su porvenir. Brodie vio desaparecer el sueño parisino, como una burbuja brillante que estalla de pronto.

Lika entró con una taza de leche humeante, la dejó en el tocador que había al lado de la cama, se inclinó sobre él y le besó. Él le cogió la mano.

—Ha dicho el médico que no es muy grave. Mucho reposo, dice.

Brodie bebió un sorbo de leche. Había decidido no contarle la oferta de Ainsley.

—Tengo malas noticias. Malachi Kilbarron está en Edimburgo. Y me anda buscando.

Ella dio tal respingo que la leche se agitó en la ancha taza que él sujetaba. Se cubrió la cara con las manos unos instantes. Estaba tratando de asimilar la noticia.

—Oh, no —dijo en voz baja. Se enderezó y bajó las manos—. ¿Cómo supo que estábamos aquí?

—No tengo ni la más remota idea. Primero Biarritz y ahora aquí... Estuvo en Channon la semana pasada.

—Que Dios nos ampare.

—Él tampoco es el diablo, Lika.

—Vaya si lo es. Le conozco mejor que tú.

—No sé cómo se las arregla para seguirnos a todas partes. ¿Cómo se entera de dónde estamos?

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella con una vocecita desesperada.

—Marcharnos... otra vez. Lejos de Malachi Kilbarron. A un sitio caluroso.

Brodie encendió un cigarrillo y miró el cielo nocturno, que estaba cuajado de estrellas y polvo estelar de la Vía Láctea. Era una noche cálida y a la vez fresca: el tiempo perfecto, nizado. Las palmeras hacían su sordo ruido de madera mientras las hojas se agitaban y temblaban en la brisa procedente del Mediterráneo. Lika le quitó el pitillo y le dio una calada discreta.

Estaban delante de la sala de conciertos Rosanoff, en el barrio de Cimiez, donde se encontraba el Conservatoire Russe des Alpes-Maritimes. Como muchos otros asistentes al concierto, habían aprovechado el intermedio para salir a disfrutar del suave aire de la noche mientras esperaban a que diese comienzo la segunda parte.

—¿Cómo estás? —preguntó Lika.

—Nervioso. No puedo evitar recordarlo todo. Aquel día horrible.

Habían escuchado *Tamara*, de Balákirev, y *Souvenir d'une nuit d'été à Madrid*, de Glinka, y después del intermedio la excelente orquesta del conservatorio iba a interpretar *Der Tränensee*, de John Kilbarron. Lika, que estaba ensayando en el conservatorio para la ópera *Rusalka*, había visto en el vestíbulo un cartel que anunciaba el concierto y se lo había contado a Brodie. Él había sabido al instante que tenía que escuchar la pieza una última vez. Ahora, preparándose para lo que estaba a punto de escuchar y recordando a John Kilbarron y lo ocurrido aquella mañana de hacía dos años en el parque Yelaginski de San Petersburgo, no sintió nada, curiosamente: estaba apático, impasible. Vere tenía razón al hablar de legítima defensa, pero, por otro lado, Brodie sabía que era su rabia por el plagio de Kilbarron lo que le había impulsado a sabotear el estreno mundial de su obra. Había sido su particular venganza, una manera de ajustar cuentas con él y también de desagraviar a Lika, y una cosa había llevado a la otra. Ojalá lo hubiese dejado pasar. Ojalá se hubiese resignado a las injusticias de la vida. Ahora bien, en tal caso, ¿se habría marchado Lika con él? Naturalmente que sí, pensó. No le cabía la

menor duda. Se volvió hacia ella y le sonrió.

—¿Por qué sonríes así? —preguntó Lika—. Creía que habías dicho que estabas nervioso.

—Solo estaba pensando en lo mucho que te quiero.

—¡Qué tonto eres!

En ese instante, un portero apareció en las escaleras del teatro y tocó una campana para anunciar el fin del intermedio.

—¿Seguro que estás preparado? —preguntó ella con tiento.

—Sí, sí. Bueno, lo intentaré.

Entraron.

El piano está afinado, repitió Brodie para sus adentros mientras los primeros compases del poema sinfónico de Kilbarron resonaban en la sala de conciertos. El piano está afinado... y lo que suena es mi melodía. La música fue aumentando en intensidad, y luego llegó la transición decisiva: las suspensiones, las tónicas irresolutas, el acorde inesperado. La sección de cuerda, las trompas, el piano; fue muy conmovedor, y al mirar a un lado y a otro, Brodie vio a las mujeres darse toquitos en los ojos con el pañuelo y a los hombres apretar la mandíbula y respirar hondo. Era verdad que *Der Tränensee* ya tenía mucha fama, pero escuchar esa música le hacía a uno llorar. Estaba funcionando. Lika había sido la primera en experimentar sus efectos, y Kilbarron, por su parte, había visto una oportunidad para hacerse célebre y hasta rico.

—Tengo que irme —le susurró Brodie a Lika—. No puedo seguir escuchándolo.

Abandonó su asiento y se dirigió a la salida, pasando por delante de gente que le miraba irritada. Recorrió el pasillo central a grandes zancadas y un acomodador con el ceño fruncido le abrió la puerta. Se había tomado la música, que sonaba cada vez más fuerte a sus espaldas, como una ofensa personal.

Se fumó tres cigarrillos mientras esperaba a Lika y trató de borrar de la cabeza los recuerdos de lo ocurrido aquella mañana en el parque Yelaginski. La boca de la pistola de Kilbarron apretada contra el cráneo. Lo fría que la había sentido. Y luego, el terror que había acometido a Kilbarron cuando se dio cuenta de lo que Brodie acababa de hacerle... Un acto de defensa propia, según Vere. Un segundo más, y él te habría matado como a un perro. Hiciste lo que debías. Así lo vería cualquier tribunal del mundo. De no haberlo hecho,

ahora estarías muerto. No, no tuviste más remedio...

Secretos, se dijo Brodie al oír los aplausos y vítores que estallaron en el auditorio. Secretos que le corroían como tubérculos... Salió de su ensimismamiento; el poema sinfónico de Kilbarron, su momento póstumo, había terminado. Y enseguida pensó con amargura que también era su venganza póstuma contra el hombre que le había matado, una venganza que retumbaría en las salas de conciertos de todo el mundo durante decenios.

Lika salió de la sala. Brodie la vio buscándole y le hizo señas desde el borde de la terraza. Ella le besó y cogió del brazo.

—Esa música te hace llorar —dijo—. Como la primera vez que la oí.

—Sí, pero a quien están vitoreando es a John Kilbarron.

Los dos decidieron bajar andando a la ciudad desde Cimiez, atraídos por el complejo bordado de luces que brillaba intensamente en la bahía. Cenarían en algún sitio, quizá, y luego volverían a la pensión Deladier. Se hospedaban en el primer piso, en las mejores habitaciones de la pensión: un salón, un dormitorio, un vestidor y un cuarto de baño para ellos solos. Llevaban diez meses allí, evitando de momento, y por precaución, establecerse en Niza: habían reanudado su vida errante. Él era de nuevo paciente del doctor Roissansac y ya estaba bien de salud. Los dos se ganaban la vida modestamente: Brodie se dedicaba a afinar y arreglar pianos, y Lika daba clases de francés y canto a los rusos de la ciudad. Eran más numerosos que los de Biarritz, así que le iba bien. En el verano —la temporada baja—, y para llegar a fin de mes, jugaban de nuevo a la ruleta en los casinos de Niza, Beaulieu, Villefranche-sur-Mer y Montecarlo, aplicando, como siempre, la técnica de la martingala. La Costa Azul tenía la ventaja de que se podía ir a más de un casino. No eran ricos, pero vivían con el desahogo al que estaban acostumbrados. Tenían dinero de sobra para pagar la pensión Deladier y, cuando necesitaban más, les bastaba con visitar los casinos más a menudo. Lo llamaban «la Bendición de la Martingala».

Era agradable bajar la colina en la que se asentaba Cimiez, recorrer cogidos del brazo el camino serpenteante que llevaba a la ciudad, disfrutando de la calidez de la noche. Caminaron un rato sin decir nada. Brodie supuso que ella también estaría pensando en el pasado, repasando sus recuerdos de John Kilbarron.

—Lika... Tengo que preguntarte algo. Es una pregunta difícil.

—Me puedes preguntar lo que quieras, Brodie. Lo sabes de sobra.

—Está bien... ¿Te acuerdas de aquella vez que dijiste que querías cantar «My Bonny Boy» en la prueba?

—No me acuerdo bien. Me parece que quería cantar algo en inglés.

—Eso es. Me pediste que fuera a verte y que te escribiera la letra y la música... —hizo una pausa—. ¿Fue idea tuya o de John Kilbarron?

—Fue idea mía. No fue más que un pretexto para que nos viéramos a solas. Sabía que él no iba a estar en casa —Lika le besó en la mejilla—. Quería estar contigo, Brodie. Así que me inventé eso. La canción era la excusa perfecta. Y tú no sospechaste nada, ¿verdad?

—No. Pero tú ya sabías lo que sentía por ti.

—Saltaba a la vista, me temo.

—Entonces ¿qué hiciste con el manuscrito, con la partitura y la letra?

—Me lo dejé en la audición. Estúpida de mí. Ya te lo dije.

—¿Crees que Kilbarron pudo hacerse con él de algún modo?

Él estaba preocupado, y ella lo notó.

—¿Qué insinúas, Brodie? —estaba indignada por la acusación implícita en sus palabras—. Debo decirte que John Kilbarron no necesitaba el manuscrito para robarte la melodía. Le habría bastado escucharla una vez para guardarla en la memoria. Era perfectamente capaz, tú ya lo viste. Llegó a tocarla. La analizó. La tenía toda en la cabeza —se detuvo y le miró a los ojos con aire severo—. No me necesitaba como cómplice, si es eso en lo que estás pensando.

Brodie la cogió entre sus brazos, la abrazó y besó en la mejilla.

—Lo siento, amor mío. Me ha afectado mucho escucharla esta noche. Me ha traído todos esos malos recuerdos. Ese día tan terrible. Qué horror...

Reanudaron la marcha. Lika le cogió del brazo.

—No tuviste más remedio, cariño. Él estaba decidido.

Cenaron en una pequeña *brasserie* en la Rue de France —ostras, lenguado y una botella de vino—, y luego fueron caminando despacio hasta la pensión. Brodie estaba más tranquilo. Subieron a sus habitaciones y, al cabo de un rato, él salió del vestidor con la camisa de dormir y la vio sentada en la cama, desnuda. Se había soltado el pelo, y la única luz de la habitación dibujaba sombras con forma de hoz debajo de sus pequeños y pesados pechos. Lika descruzó las piernas.

—Quítate esa camisa.

Él hizo lo que le pedía y se tendió a su lado. Le besó el cuello, los pechos.

—¿Me crees, no? —dijo ella, girándose en la cama para que él pudiera ponerse encima.

—Te creería aunque me dijese que la Tierra es plana y que ahora es de día.

—¿Qué clase de respuesta es esa?

Lika alargó la mano y le ayudó a penetrarla. Brodie a veces pensaba, sin palabras, que ese era el mejor momento: esa conexión, esa unión de los dos cuerpos, el uno dentro del otro. Aún mejor que *la petite mort*. Le miró la cara: los párpados caídos, el aire somnoliento, el mentón pequeño pero fuerte. Ella frunció el ceño y se lamió los labios mientras él la penetraba profundamente y bajaba la frente para tocar la suya.

—Por supuesto que te creo. Me creo todo lo que dices. Soy tu esclavo.

Ella soltó una risa ronca, de puro gozo.

—¡Ajá! Está bien. En ese caso... fóllame, esclavo.

Un día, tres semanas más tarde, estaban desayunando sin prisas en el comedor de la pensión, sonriéndose con ese agradable aturdimiento matinal. Los conocían todos los empleados. Madame Deladier los acababa de presentar a unos huéspedes nuevos como monsieur y madame Moncur, *nos habitués*. Brodie a veces pensaba que ya iba siendo hora de que alquilaran un piso, y Lika de cuando en cuando le contaba que uno de sus alumnos rusos le había propuesto que cuidaran su casa en la temporada baja; pero ninguno de los dos veía Niza como un lugar de residencia permanente; intuían que iban a acabar estableciéndose en otro sitio. De hecho, Brodie era consciente de que ella hablaba cada vez más a menudo de la posibilidad de volver a Rusia, a Moscú, donde vivía su madre. Le sugería alquilar una pequeña dacha —no les costaría obtener una hipoteca— y le hacía imaginar la vida sencilla que llevarían como *dachniki*, yendo y viniendo de Moscú al campo. Vivir allí sería mucho más barato que en Francia. Brodie no decía nada: se limitaba a asentir con la cabeza y sonreír. No estaba seguro de que ir a Rusia fuese una buena idea.

Lika se fue al conservatorio a ensayar, y Brodie, que esa tarde no tenía ningún piano que afinar, se dirigió a la oficina de correos principal, que estaba en el centro de la ciudad, en la Place de la Liberté: quería ver si había llegado alguna carta. Callum le estaba escribiendo de nuevo, sin mencionar ni una vez la carta en la que Brodie le había reprochado su conducta. Al parecer iba todo

bien: él había encontrado trabajo; Sheila se había vuelto a quedar embarazada; Malky estaba postrado en la cama, pero aferrándose a la vida. Era como si Brodie se hubiese inventado lo ocurrido ese día tan deprimente que había pasado en Edenbrae.

En la ventanilla de Poste Restante le entregaron un paquete pequeño envuelto en papel marrón. Brodie sonrió: el bueno del señor Hoskings le había enviado desde Edimburgo el medio kilo habitual de Margarita. El paquete llegaba en el momento justo, porque se le estaba acabando el tabaco y Lika ya solo fumaba cigarrillos de esa marca, como él. Brodie fue a un *tabac* de la Place Masséna a comprar papel de liar, y luego encontró una mesa en la terraza del Café Marmot. Aún no se había acostumbrado a los nuevos ruidos que se oían en la calle: el retumbar de las llantas de los carruajes, el traqueteo de los cascos de los caballos y el tintineo de las campanas de los tranvías y omnibuses se mezclaban ahora, cada vez más a menudo, con el ronco jadeo de los motores de los automóviles y el bufido de los cláxones. Allí, en Niza, había más automóviles que en Edimburgo, y las calles se iban haciendo más y más ruidosas.

Brodie pidió un Dubonnet con hielo y abrió el paquete, impaciente por liar un cigarrillo. El viejo Hoskings había incluido una nota, cosa rara en él: con el pedido solía enviar únicamente un recibo estampado con un sello que decía «Pagado íntegramente». Brodie la desdobló para ver qué noticias había de Edimburgo.

Hoskings Ltd.
West Port, 21
Edimburgo

2 de marzo de 1902

Estimado señor Moncur:

Con la presente le envío el último pedido. Le agradezco el giro. Ojalá todos mis clientes fuesen tan cumplidores como usted a la hora de pagar al contado. Aquí tenemos que soportar continuamente los vendavales procedentes del fiordo de Forth (llevamos dos semanas así), por lo que tiene usted suerte de estar en el extranjero, disfrutando del benigno clima de La Belle France. Por lo menos tenemos buenas noticias de Sudáfrica:

parece que después de todo vamos a ganar esta guerra tan innecesaria.

No dude en encargarme más tabaco Margarita si le hace falta. Mi agente estadounidense me asegura que tiene suministro de sobra. Dudo, sin embargo, que necesite en un futuro inmediato. Su buen amigo, el señor Kilbarron, que siempre pregunta por usted y por su paradero, me ha dicho que quiere enviarle los paquetes que él suele encargar a modo de agradecimiento por haberle puesto en contacto con nosotros. Se ha convertido en cliente asiduo, y tuve el placer de conocerlo el año pasado, cuando vino a la tienda.

Le agradezco su fidelidad y envío mis mejores deseos,
Lamont Hoskings

Brodie se quedó inmóvil, con el cigarrillo sin encender en la mano — parecía una especie de autómatas o una de esas máquinas tragamonedas—. Todas las piezas encajaron de repente, como una serie de tuercas que entran en sus cavidades: clic, clic, clic. Le entró miedo: una sensación física, como un escalofrío en la nuca. Sí, había sido en Rusia, ahora recordaba haberle hablado a Malachi de la tienda de Hoskings en su primera visita a Maloe Nikolskoe. Le había contado que se podían encargar remesas de tabaco desde el extranjero, pagando al contado. A él le habían gustado tanto los cigarrillos que había querido hacer algún pedido. ¿Qué era lo que había dicho? «Podría uno estar todo el día fumándose estos cigarrillos.» Brodie le había dado las señas de la tienda.

Seguía allí sentado, aturdido, desconcertado por el rigor incontestable de su razonamiento. A Malachi le había dado sin saberlo la pista para que le encontrase. No había nada diabólico, como temía Lika. Era todo muy sencillo: gracias a su contacto con Hoskings había averiguado que estaba en Biarritz y luego en Edimburgo. Y ahora sabía que estaba en Niza... Brodie miró la fecha de la carta. Había tardado algo más de tres semanas en llegar, y Hoskings daba a entender que Malachi ya sabía dónde se encontraba ahora...

Brodie tiró unas cuantas monedas a la mesa, llamó a un taxi y pidió al conductor que le llevara a la pensión. Al llegar vio que Lika había vuelto del ensayo: la llave no estaba colgada del gancho.

—Ah, monsieur Moncur —dijo la recepcionista—. Su amigo ha venido otra vez esta mañana, hace unas dos horas. Le he dicho que *monsieur* y *madame* habían salido. Ha dicho que volverá.

—¿Ha dicho cuándo?

—No. Solo ha dicho que en otro momento.

—¿Y ha dado su nombre?

—No, pero me parece que era inglés.

—Gracias, Clothilde.

Brodie subió corriendo a sus dependencias. Lika estaba sentada en un sillón, bordando una blusa.

—¿Qué pasa? —preguntó: había notado su pánico.

—Malachi ha estado aquí hace dos horas.

Él la vio palidecer al instante.

—Imposible —dijo ella, levantándose despacio—. Imposible —repitió incrédula—. ¿Otra vez? Dios santo, ¿cómo se habrá enterado?

—Ya he caído en cómo nos sigue la pista. Te lo explicaré más tarde. Coge unas cuantas cosas y larguémonos. Tenemos que marcharnos de esta pensión. Luego pensaré en lo que podemos hacer, adónde podemos ir. De ahora en adelante estaremos a salvo. Ya sé qué hace para dar con nosotros.

Lika no dijo nada. Se quedó mirando la alfombra, conmocionada. Finalmente se puso de pie y sacó un baúl de viaje del armario.

—No estaremos fuera mucho tiempo —dijo Brodie—. Solo tenemos que desaparecer un par de días mientras se me ocurre algo.

6

Al final de la tarde ya se habían instalado en una habitación doble del Hôtel Royal & Westminster, en la Avenue Félix Faure, justo al lado de la Promenade du Midi, en Menton. La ciudad estaba a una hora en tren de Niza, muy cerca de la frontera con Italia. Nerviosos, salieron a dar una vuelta por el *jardin public*. Mientras César observaba intrigado el nuevo entorno, Brodie le fue explicando a Lika con más detalle lo que le habían revelado los cigarrillos Margarita.

Todo encajaba ahora, y, pensándolo bien, dijo, era lo mejor que podía pasar: ya estaban en condiciones de desaparecer completamente, o por lo menos evitar que Malachi Kilbarron los encontrase. Bastaba con dejar de encargarse de remesas de tabaco a Edimburgo. O aún mejor: despistar a Malachi haciendo enviar los paquetes a Estocolmo o Nicosia o El Cairo o Ciudad del Cabo. Él estaba más tranquilo, le dijo, porque ahora podían esconderse en cualquier lugar de Europa —cualquier lugar del mundo— y ya no volvería a dar con ellos. Se le había pasado el susto. Lika, sin embargo, seguía agitada y llorosa. Los dos caminaron de vuelta al hotel y, una vez en la habitación, ella dijo que tenía que ir a una farmacia a comprar algo para «calmar los nervios». Así que dejó a Brodie con César y al cabo de media hora volvió con una bolsa de papel llena de pastillas y sobrecitos. Se preparó una bebida con unos polvos disueltos y después de tomársela pareció serenarse.

Cenaron en el hotel, mientras discutían adónde podían ir. Brodie era partidario de Italia, porque estaban muy cerca de la frontera: quizá el sur del país, incluso Sicilia. Lika argumentó que en las grandes ciudades era donde costaba menos esconderse: en Londres, Nueva York o Shanghái se podía llevar una vida totalmente anónima. Después del plato principal —una copiosa ración de *daube de boeuf*—, dijo que tenía frío, y Brodie subió a buscar su chal.

—No nos pasará nada, ¿verdad? —le preguntó ella cuando volvió.

—Por supuesto que no. Ni siquiera ahora: mira, él está en Niza y nosotros en Menton. No tiene ni idea de dónde buscarnos. Estamos del todo a salvo. Y así serán las cosas a partir de ahora. Mandaré un recado a la pensión pidiendo que recojan nuestras pertenencias. Luego decidiremos el sitio, y allí reanudaremos la vida de siempre —sonrió a Lika, tratando de tranquilizarla: a pesar de la pócima, seguía notándola nerviosa e insegura—. Pero esta vez no nos encontrará.

Más tarde, en la cama, se abrazaron. Brodie estaba más cansado que de costumbre; no paraba de bostezar, lo que atribuyó a los extraordinarios momentos de tensión y angustia que había vivido ese día.

—¿Has pensado alguna vez en cómo te gustaría morir? —preguntó ella.

—Lika, por favor, no empieces...

—No, lo digo en serio. He estado pensándolo hoy. Cómo me gustaría dejar este mundo. Responde.

—Está bien. Me gustaría morir así, a la vez, en tus brazos.

—No, quiero decir... ¿Has imaginado alguna vez cómo sería ese instante final?

—Por el amor de Dios, Lika, ¿por qué te empeñas...?

—Hoy he aplastado una mosca con un periódico cuando estaba esperando a que empezara el ensayo. ¡Paf! Y luego he pensado que me gustaría morir así: como una mosca, aplastada.

—No sigas, por favor. No nos pongamos a imaginar muertes antes de dormirnos.

—Y luego, en mi funeral, pronunciarías un discurso maravilloso, conmovedor, y te echarías a llorar. Y todos los años, en el aniversario de mi muerte, dejarías flores en mi tumba.

—Se ha acabado esta conversación. Estoy muy cansado. Duérmete. Mañana hay mucho que hacer.

Brodie despertó cuando un rayo de sol muy fino que se filtraba por un hueco que dejaban las cortinas le dio en los ojos. Se sentía mal. Tenía la boca pastosa, seca. Se puso las gafas y miró el reloj. ¡Las doce menos diez! Casi mediodía. Se incorporó. Lika no estaba. Vio a César atado con la correa al radiador, agitando la cola, preparado para las emociones que le iba a deparar el día.

Se sentó en el borde de la cama e intentó ordenar sus pensamientos mientras observaba cómo el sol iluminaba el dibujo de la alfombra que había a sus pies. Tenía una terrible sensación de resaca. Lika debía de haber bajado a desayunar. Brodie se levantó, se tambaleó y se volvió a sentar. Parecía como si le hubiesen drogado. Y un leve dolor de cabeza estaba empezando a golpearle las sienes. Por el amor de Dios, ¿dónde estaba Lika? César, frustrado, dio un pequeño ladrido. Brodie se dio la vuelta y lo miró. Entonces vio algo raro. El cachorro tenía un trozo de papel doblado sujeto al collar. Brodie lo cogió, y al desdoblarlo reconoció la caligrafía de Lika.

Mi querido Brodie:

Me he marchado con Malachi Kilbarron. Siempre ha sido a mí a quien buscaba, no a ti, y no puedo seguir así, huyendo eternamente de él, aterrada y arruinándote la vida. Por eso he ido a buscarle. Ya eres libre. Te dejo a César como recuerdo de los maravillosos momentos que hemos pasado juntos. Esta es la única solución, amor mío, créeme. A los hermanos Kilbarron he llegado a conocerlos muy bien: sus lazos de sangre, los vínculos que los unían. Malachi es capaz de matarte, pero solo para tenerme a mí otra vez. Sin mí eres libre, libre para vivir tu vida. Nunca te olvidaré.

Tu Lika

Quinta parte

PARÍS

1902

1

Brodie estaba sentado en el centro de la banqueta alargada que había al fondo del Café Riche. Por el ventanal de vidrio cilindrado veía perfectamente las dos puertas —una grande y, detrás, otra más pequeña— del bloque de pisos (el número 33) del bulevar Beaumarchais. Se le hacía raro estar de nuevo en París: no había pensado que fuera a volver nunca. Pero no se puede dar nada por imposible, y además, todo cambia; estas eran dos de las muchas reglas firmes que había en la vida. Brodie tenía ante sí un periódico desdoblado, un cuaderno de notas y dos novelas y pedía un *petit café* cada cierto tiempo, interpretando así lo mejor que podía el papel del escritor inmerso en la redacción de su libro. Todos los días pasaba muchas horas en el Riche, vigilando con disimulo la puerta del número 33, y los empleados habían empezado a tratarle como un cliente asiduo. Además, agradecían las generosas propinas que dejaba al marcharse, cuando daba por terminado el día y pensaba que ya era hora de volver al modesto hotel en el que se hospedaba.

A veces pasaba una mañana o una tarde entera sin ver a Lika ni a Malachi Kilbarron, y otros días los veía salir varias veces del edificio, juntos o por separado. Se dedicaba a observarlos y tomar notas: estaba esperando el momento adecuado. La Derringer de Lika se ajustaba muy bien al bolsillo de su chaqueta... y estaba cargada con las balas que había comprado en Rochefoucauld Chasse-Pêche, en Biarritz.

Faltaba poco para la hora de comer, así que Brodie pidió un anís con agua y un plato de lentejas con jamón. Mientras comía se puso a pensar en lo ocurrido aquella mañana en Menton. En el Riche dedicaba mucho tiempo a reflexionar. Verlos a los dos juntos le causaba una terrible impresión: Lika y Malachi, Malachi y Lika. Ahora, por desagradable que fuese, tenía que hacerse a la idea de que eran pareja: una pareja que, para colmo, parecía bien avenida, que charlaba, sonreía y daba la impresión de llevar una vida del todo normal y apacible. Pese a mirarlos furtivamente, tenía la sensación de observar a dos

personas que vivían en un mundo que nunca había contenido a Brodie Moncur. ¿Cómo podían estar tan a gusto? ¿Cómo podía Lika sonreír a Malachi al subirse al *fiacre*? Nada de eso tenía sentido cuando consideraba los momentos que había pasado con ella a lo largo de esos años: la vida que habían compartido parecía una ensoñación suya, una fantasía que había tejido para engañarse o aliviar sus penas.

Después de leer varias veces la nota de Lika, se había bebido dos vasos de agua y se había lavado la cara. Poco a poco fue respirando más despacio y se le fue pasando el miedo, y la cabeza le empezó a funcionar. Lika se las había arreglado para drogarle: era obvio que había utilizado la pócima sedante que había adquirido en la farmacia. Le había pedido a Brodie que subiese a buscar el chal, y seguramente había aprovechado ese instante para echársela en el vino. A la mañana siguiente, cuando él aún estaba comatoso, se había marchado con sus escasas pertenencias, colgando en la puerta el letrero de *Ne pas déranger*. Brodie se había vestido y, después de pagar la cuenta del hotel, se había dirigido con César, que iba dando saltitos a su lado, a la estación de Menton, donde había cogido el primer tren a Niza.

En la pensión Deladier le confirmaron que madame Moncur se había marchado unas horas antes con un amigo, el inglés aquel que había estado en la pensión el día anterior. Les había dicho que tenía que irse unos días, pero que monsieur Moncur seguiría ocupando las habitaciones.

Monsieur Moncur y el perro César siguieron, en efecto, ocupando las habitaciones. Los dos daban largos paseos por la Promenade des Anglais: uno de ellos siempre iba absorto en sus pensamientos. Brodie estaba intentando acostumbrarse a esa nueva situación tan terrible: Lika Blum y Malachi Kilbarron. Era incapaz de concebirlo. Pero enseguida empezó a recordar ciertas cosas que le había dicho Lika: que Malachi se dedicaba a «vigilarla», y que ella le había conocido a él antes que a John Kilbarron. ¿Había ahí alguna pista? ¿Qué había pensado John de esa relación anterior, fuese cual fuese, y cómo había afectado a la suya con Lika? ¿Qué le había ocultado ella de ese pasado? ¿Qué clase de poder ejercía Malachi sobre Lika? ¿Qué habían hecho juntos? Las preguntas no cesaban de atormentarlo. Brodie comenzó a ver su pasado reciente con otros ojos: poco a poco iba interpretando de manera distinta los acontecimientos que había vivido, atribuyéndoles nuevos

significados. Se acordó, por ejemplo, del día aquel en Maloe Nikolskoe, cuando se encontró a Malachi con el arma y él le había preguntado si había visto a Lika, y de la conversación que habían tenido mientras caminaban de vuelta a la casa. Qué raro le había notado, y qué preguntas más extrañas le había hecho Malachi. Brodie había pensado entonces que este se limitaba a velar por el bienestar de su hermano, pero ahora se le ocurrió que quizá le hubiesen movido los celos. Y también se acordó de la vez en que había visto a Malachi y Lika en el huerto, y él le había cogido la mano. ¿Qué grado de intimidad cabía deducir de ese gesto? Luego le vino a la memoria la noche en que Malachi los había sorprendido en la cama del hotel de Dubechnia: había mirado el cuerpo desnudo de Lika, y a ella casi le habían entrado náuseas. ¿Qué era lo que le había dicho al fijarse en sus pechos? «Estás tan mona como siempre...» ¿Cómo interpretar ese comentario que había hecho como de pasada? Era obvio, pensó, que Malachi había dado a entender que la había visto desnuda antes. Brodie fue comprendiéndolo todo, enumerando las múltiples complicaciones que se le ocurrían. Al iniciar su relación con él, Lika había traicionado no solo a John Kilbarron, sino también a su hermano...

Ahora, conforme todo iba cobrando sentido, Brodie empezó a desesperarse. ¿Qué clase de persona podía hacer algo así?, se preguntó. Pasar de un hermano a otro... Estas preguntas le inquietaban y entristecían. ¿Qué sabía realmente de Lika Blum? Enseguida se contestó a sí mismo: solo lo que ella había querido que supiese. Aunque creamos conocer muy bien a alguien, pensó, lo cierto es que no vemos más que lo que queremos ver, o lo que ese alguien quiere que veamos. Esa otra persona es opaca: un enigma. Puede que él fuese para Lika un misterio tan insondable como ella lo era para él... Como no tenía respuestas definitivas, Brodie se dio cuenta de que su estado de ánimo iba variando con el transcurso de los días. A veces pasaba de la tristeza a la indignación y al desconcierto en apenas unos instantes. No lloraba ni se lamentaba en exceso, porque daba por sentado que el trastorno de su vida pasaría y las cosas acabarían volviendo a la normalidad una vez que hubiese resuelto el rompecabezas y Lika hubiese recapacitado. Su decisión seguía atribuyéndola a las terribles amenazas que habría recibido de Malachi y al miedo que aún le tenía. ¿O acaso había estado mintiendo a Brodie desde el principio?

En todo caso, tenía que enfrentarse a la amarga realidad: Lika le había dejado y se había marchado con Malachi, eso estaba claro. Pero ¿adónde se habrían ido? ¿A San Petersburgo? ¿A Dublín? Algo le estaba rondando la

cabeza, y lo recordó a su debido tiempo. Malachi había dejado en alguna parte una dirección en la que se le podía localizar. ¿Dónde había sido?... Brodie hizo un gran esfuerzo de memoria, y por fin le vino a la mente: el anuncio publicado en el periódico ruso de Biarritz.

Después de cambiar de tren dos veces llegó a Biarritz con César, y enseguida se dirigió a la redacción del *Russkii Biulleten' Biarritsa*, donde preguntó si se podían consultar números atrasados del periódico. Por suerte, los archivaban escrupulosamente y la fecha era fácil de averiguar: había sido a principios del verano de 1900. El periódico era semanal, así que Brodie no tardó en encontrar el ejemplar que le interesaba: allí, en la parte de abajo de la primera página, estaba el anuncio de Malachi. Figuraba en caracteres cirílicos, pero la dirección de contacto estaba en francés: «*33 boulevard Beaumarchais, Paris, III^{ème}* ». A Brodie no le cabía la menor duda de que la pareja estaba viviendo allí.

Seguro de haber acertado, regresó a Niza, donde puso en orden sus asuntos y se inventó una historia para explicarle su marcha a madame Deladier: le dijo que iba a reunirse con madame Moncur en París cuando regresara de Rusia. A la dueña de la pensión le dio pena que se fuese. Por su parte, el doctor Roissansac le recomendó lugares aún más calurosos: Argel, Palermo, Ajaccio. Tres semanas después de que le hubiese dejado Lika, Brodie cogió un tren a París.

Su conjetura resultó acertada. Tras un par de días infructuosos en el Café Riche, vio a Lika y Malachi salir del número 33 del bulevar Beaumarchais y subirse a un cabriolé. Ahora que ya sabía dónde vivían, solo faltaba por decidir cuándo y cómo iba a encararse con ellos.

Se rascó la mejilla sin pensar, y durante un segundo le sorprendieron los pelos de la barba. A veces olvidaba que se la había dejado. De pronto, después de tantos años sin ella, había decidido cambiar de aspecto y ponerse esa especie de disfraz, aunque solo fuera a durarle unos segundos. Quería que Lika y Malachi viesan a un Brodie Moncur diferente cuando se encarase con ellos, decidiese lo que decidiese, y la forzara a ella a enfrentarse a la realidad y las consecuencias de su traición. La barba le crecía con facilidad, pero ya estaba (alarmantemente) entreverada de canas. Todas las mañanas se afeitaba los bordes con esmero, dándole forma en las mejillas y debajo del mentón. Le parecía curioso que dejársela no le librase a uno de la tarea de afeitarse: en su

caso, de hecho, se había vuelto aún más minuciosa. Por lo demás, verse en los espejos le impresionaba. Parecía mucho mayor e imponía más. Los rasgos juveniles habían desaparecido: la barba le imprimía un aire de seriedad. En su rostro veía al hombre mayor que con suerte llegaría a ser un día.

Pidió otro *petit café* . Dejó que su mirada vagase por el establecimiento hasta fijarla de nuevo en el panorama que se veía detrás del ventanal. Malachi Kilbarron salió del edificio y cruzó la avenida. Se dirigía al Café Riche. Brodie se envaró, hundió la mano en el bolsillo de la chaqueta y apretó un instante la pequeña culata curva de la Derringer. Recostó la cabeza en la palma de la otra mano, como si estuviera enfrascado en la novela, y a través de los dedos vio a Malachi acercarse a la barra, pedir algo y luego, mientras esperaba, recorrer el café con la mirada. Parecía algo menos gordo, pensó Brodie, y también más adinerado: llevaba una levita de color gris oscuro, una de esas chisteras bajas que se veían ahora y un broche de perlas prendido en el fular. Había pedido un coñac, y después de apurarlo de un trago encendió un puro, tiró unas cuantas monedas a la barra de zinc y salió del café a paso lento, a tiempo de detener a un cabriolé que pasaba y perderse de vista.

Brodie se quedó petrificado y luego empezó a temblar un poco. Sintió cómo se le movían los intestinos y apretó el esfínter. Había estado a seis metros de él. Cuando Malachi echó ese vistazo por el Café Roche, su mirada seguramente había atravesado sin detenerse al tipo con barba que estaba leyendo en el rincón. Este encuentro fue un revulsivo para Brodie. Ya estaba bien de observar y esperar, pensó: tenía que hacer algo. Ver a Malachi tan de cerca le había afectado en lo más hondo: le había hecho comprender de manera precisa que Lika le había dejado por ese otro hombre. Ya conocía bastante bien la rutina diaria de Malachi y de Lika: cuándo solían salir del edificio y volver. Había llegado la hora de encararse con ellos y ajustar cuentas.

Fue caminando de vuelta al Grand Hôtel des Étrangers. Estaba de un humor extraño. En la habitación, César le recibió, como de costumbre, con un entusiasmo desaforado. Se subió a la cama de un salto y se puso boca arriba para que su amo le rascara el estómago. Más tarde, Brodie lo sacó a pasear y comió solo en un pequeño bistró. César se quedó tendido debajo de la mesa, satisfecho y en silencio. Era un buen perrito, pensó, y su compañía le agradaba. Además, era el vínculo que le quedaba con Lika. Brodie sabía que si ella había dejado al perro con él, había sido por una buena razón. Se

preguntó si no le estaría transmitiendo así un mensaje: no me olvides, no me abandones, ven a buscarme. O quizá le estuviese diciendo lo contrario: nuestra relación se ha terminado para siempre, y el perro te lo dejó como recuerdo o símbolo del tiempo que hemos pasado juntos. El estado de ánimo de Brodie oscilaba entre la esperanza y la amargura. Ya sabía cómo iba a empezar el día siguiente, pero no tenía idea de cómo acabaría.

2

Brodie estaba en un *fiacre* con la capota levantada y aparcado en el bulevar Beaumarchais, a unos treinta metros de la puerta del número 33. Sus acciones dependerían de quién saliese primero —Lika o Malachi—. Al cabo de diez minutos vio aparecer a Lika, que llevaba una capa larga y un pequeño canotier negro. El portero fue corriendo a buscar un coche y ella se quedó esperando. Al cabo de dos minutos se subió a un landó.

Brodie le dio un toquecito en el hombro al cochero.

—Siga a ese landó, si no le importa. Gracias.

El conductor restalló el látigo y el *fiacre* se sumergió en el tráfico del bulevar.

—No lo siga muy de cerca.

—No se preocupe, señor. Esto lo he hecho muchas veces —dijo el cochero—. Me imagino que la dama es su mujer.

—Sí. Solo le pido que no lo pierda de vista.

Atravesaron París siguiendo al landó, y al cabo de un rato tomaron la Rue du Faubourg Saint-Honoré y pasaron por delante de las tiendas y *boutiques* de lujo. El landó paró en la esquina con la Rue Matignon y Lika se bajó y pagó al cochero. Brodie le dijo al suyo que siguiera y, al pasar al lado del coche de Lika, la vio entrar en una tienda pequeña flanqueada por dos más grandes. Ella abrió la puerta con su propia llave.

Brodie pagó al conductor y después de esperar cinco minutos cruzó la calle para observar mejor la tienda. Vio un escaparate curvo al lado de una puerta de madera y hierro forjado, y encima un rótulo de vidrio que decía «LIKMAL . Magasin de Broderie». Cruzó a la otra acera. En una esquina del letrero figuraban en letra caligrafiada las siguientes palabras: «Prop. Mme. L. V. Kilbarron».

Brodie se puso tieso y sintió ese dolor físico, la angustia muscular, el espasmo intestinal. No quiso demorarlo y abrió la puerta, mientras escuchaba

el fuerte tintineo de la campana de latón que colgaba del dintel. Había una dependienta joven detrás del mostrador. La tienda estaba atestada de colchas, edredones, manteles, cojines con elaboradas borlas y rollos de lino, tul, batista, fieltro y percal. También había vitrinas con agujas, tijeras, pilas de ovillos, bastidores de diferentes tamaños y montones de bobinas con hilos multicolores.

—¿Le puedo ayudar, señor? —preguntó la dependienta. Tenía acento ruso.

—Busco a la dueña —dijo Brodie.

—Me temo que anda ocupada.

—Soy un viejo amigo suyo. Ella se alegrará de verme. Monsieur Moncur.

La dependienta desapareció. Brodie la oyó subir y bajar escalones.

—Le recibirá arriba, *monsieur*.

Brodie subió una escalera estrecha y empinada, y al llegar al rellano se detuvo delante de la puerta y apoyó una mano en la pared. Sentía una especie de mareo, una flojera, como si fuese a desplomarse. Luego le asaltó el miedo al rechazo. Respiró muy hondo y abrió la puerta.

Ella estaba sentada detrás de una mesa pequeña y cubierta de papeles, patrones y revistas de moda. En una esquina había un florero de cerámica lleno de fresias.

—Hola, Lika.

—Me preguntaba cuánto tardarías en encontrarme —dijo ella. No parecía nada sorprendida de verle—. Siéntate, siéntate.

Brodie acercó una silla de madera a la mesa y se sentó: buena falta le hacía. Miró a su alrededor. El nuevo mundo de Lika parecía existir desde hacía años: ella daba la impresión de estar muy a gusto, como si nunca lo hubiese dejado.

—Me gusta tu barba. De pronto pareces un poco ruso.

Estaba muy serena, y Brodie se esforzó por adoptar la misma actitud, aunque en su interior se debatían multitud de sentimientos encontrados: amor ardiente, desconcierto, rabia, impotencia, nostalgia, desesperación. Quería besarla —quería un beso estilo Lika— y luego abrazarla, pero al mismo tiempo, y por extraño que pareciese, tenía la sensación de que sería un acto inoportuno, una osadía. Una sensación rara, porque se trataba de una mujer a la que conocía íntimamente... Era asombrosa la rapidez con que podía cambiar la vida: la tierra se movía bajo los pies y el mundo en el que creía uno vivir de pronto parecía del todo distinto, se volvía irreconocible. Era como despertar después de un terremoto. Como si los años que habían pasado juntos

fuesen una ilusión.

Le ofreció un cigarrillo Margarita: se trataba solo de hacer algo mientras ordenaba sus pensamientos. Ella lo aceptó. Brodie le dio lumbre y luego encendió el suyo.

—El tabaco Margarita —dijo Lika, echando el humo por la comisura de los labios—. Nuestra perdición —sonrió con tristeza—. ¿Cómo está el pequeño César?

—¿Qué? Está bien. Parece feliz.

—Estaba destinado a ser tu perro. Ya sabes que te adora.

Brodie no iba a permitir que le distrajese hablando de César.

—¿Por qué dice el letrero... —él se alegró de estar lo bastante sereno para pronunciar esas palabras—: «*Propriétaire madame Kilbarron*» ?

—Porque...

Él notó en ese instante cómo a ella le embargaba la emoción.

—¿Porque te compró esta tienda? ¿Porque pagó para que tuvieses tu tienda en el Faubourg Saint-Honoré?

—Porque es mi marido. Soy madame Kilbarron... Mrs. Kilbarron —añadió en inglés.

Brodie la miró sin parpadear mientras le daba vueltas a la cabeza. No sabía qué decir.

—¿Estás *casada* con él? —preguntó por fin.

—Sí.

—¿Tan pronto?

Ella cerró los ojos y habló con voz monocorde y sin abrirlos.

—Nos casamos cuando yo tenía dieciocho años. Siempre he estado casada con él.

Abrió al fin los ojos. Las pestañas húmedas, el brillo de las lágrimas. Brodie se levantó y enseguida se sentó. El despacho era pequeño y estaba repleto de cosas; no había espacio para pasearse.

—No entiendo.

—Yo estaba en el coro de una ópera, en plena gira. Malachi me vio, me conoció y le pareció que prometía. Se ofreció a ayudarme, me dijo que su hermano era un músico famoso y que también podía ayudarme... Su generosidad me abrumó. Y luego..., luego nos casamos.

—¿Y John Kilbarron? ¿Cómo acabaste con él?

—Malachi y él estaban pasando apuros. Era difícil estar con Malachi... y

además él dependía mucho de su hermano. Yo estaba pensando en dejarle. Pero John se vio atraído por mí. Muy atraído.

—¿Entonces?

—John siempre se salía con la suya. Y Malachi estaba dispuesto a hacer lo que fuese por él. Parece muy seguro de sí mismo, pero siempre había vivido a la sombra de su hermano. Fue John quien lo logró todo (la fama, los aplausos, el dinero), y a Malachi le dejó que se subiera al tren de su éxito. Sin John, Malachi no era nadie. Me parece que su hermano le deslumbraba al tiempo que le daba miedo. Y esa puede ser una combinación peligrosa. Malachi era capaz de hacer cualquier cosa por John. Cualquier cosa.

—¿Incluso compartir a su mujer con él?

—Eso no era compartir.

—Ah, ya. Una especie de préstamo. ¿Te gusta? Disfrútala.

—No seas cruel, Brodie. No fue como dices. Lo que ocurrió fue que Malachi dio un paso atrás, por decirlo así, y John dio un paso adelante.

—Amor fraternal.

—Creo que para Malachi fue también una manera de tenerme cerca... —ella hizo una mueca y frunció el ceño, dolida—. Quizá no debería haberlo hecho, pero el caso es que lo hice. Tú no viste a John más que al final de su carrera, pero cuando lo conocí era uno de los músicos más famosos de Europa y del mundo. Y cuando un hombre así se fija en ti y te quiere a su lado es difícil resistirse. Malachi y yo ya nos habíamos separado, a todos los efectos. Y John Kilbarron estaba ahí. Fue muy complicado, Brodie. John era un hombre complicado.

—Lo sé. Demasiado complicado para una mente tan simple como la mía.

—No todo el mundo ve las cosas de manera tan sencilla y lógica como tú, Brodie.

—Me parece retorcido.

—Pero siento decirte que es humano. Hacemos cosas así, a veces sin saber bien por qué. Supongo que es una necesidad profunda que tenemos. Y ocurre más a menudo de lo que piensas. Pasar de una persona a otra. Un amor muere y lo sustituye otro. Es propio de artistas, de la gente artística.

—Está claro que he vivido entre algodones. Así que nuestro amor murió y tú redescubriste tu amor por Malachi.

—Nuestro amor no ha muerto, Brodie; pero, si me quedase contigo, Malachi te mataría. Ya te lo dije. Lo hice para que fueses libre.

Él apagó el cigarrillo y se fijó en que el cenicero de su mesa estaba lleno de colillas: era obvio que Lika estaba fumando más que nunca.

—En fin, por lo menos ya sé por qué no te querías casar conmigo.

—No podía. Ya estaba casada.

Guardaron silencio un buen rato.

—Es todo tan triste —dijo ella finalmente—. A Malachi sí le quise en su día. Al principio. Él era distinto entonces.

—Y el hombre en el que se ha convertido es el que necesitas ahora.

—Yo no lo veo así. En todo caso, le conozco mejor que tú. Digamos que le conocí mejor hace mucho tiempo.

—Pero ¿qué había de malo en lo nuestro?

—Nada. Fue maravilloso. Pero no podía continuar. Malachi siempre iba a andar detrás de mí, y lo habría echado todo a perder de un modo u otro. Me di cuenta de eso en Niza. Para mí estaba claro que teníamos que dejar de huir. Te matará, Brodie. O te habría matado. Él podía tolerar que yo estuviese con John, pero no contigo, con el hombre que había matado a su hermano. No lo soportaba. Y eso fue lo que vi claro en Niza: que para poner fin a esa situación tenía que dejarte. No hubo otra razón. Le conozco: sé de lo que es capaz.

—Pero podríamos haber huido.

—No. Nos habría encontrado antes o después. Lo hice por ti, Brodie. Por nosotros. Pensé que lo mejor era...

—Ser la dueña de una tienda de bordados en París.

Lika se levantó y se le acercó. Le tocó la mejilla y se le fue a sentar en la rodilla, así que él echó la silla hacia atrás y ella se acabó sentando a horcajadas en su regazo. Brodie la rodeó con los brazos. Pensó que iba a desmayarse. Le costaba respirar. ¿Qué tenía esa mujer?

—Me alegro tanto de verte. De tenerte tan cerca —dijo ella.

—Pero ¿por qué Malachi? —Brodie gimió—. No lo entiendo.

—Trata de imaginar a una muchacha de dieciocho años que está en el coro de una ópera y sueña con ser una gran cantante. Ponte en su lugar. Piensa en cómo debía de sentirme. Formar parte del mundo de John Kilbarron lo hacía todo posible. Pero las cosas empezaron a cambiar. Y luego te conocí.

—Sigo sin comprenderlo.

—Piensa en el amor que sientes por mí. Es un amor ciego. No me ves como soy en realidad. No conoces todos los matices de Lika Blum. Las luces y las sombras. Solo ves las luces, lo que quieres ver. A mí me pasó lo mismo

cuando conocí a Malachi.

—Eso es amor, no ceguera.

—Malachi me ve como soy... y aun así quiere estar conmigo. Es a mí a quien busca, no a ti. Y si te interpones, te quitará de en medio. Por eso nos seguía a todas partes. Ahora que ya me tiene, eres libre.

—No quiero ser libre. No puedo vivir sin ti —esta declaración de amor tan sencilla le dio a Brodie ganas de llorar como un bebé, pero logró contenerse—. Temo que te haga daño. Está furioso conmigo, y puede que acabe descargando su ira contigo.

—Nunca me hará daño... ahora que ya me tiene. Jamás. Te lo prometo. Eres libre.

—No quiero serlo.

—Sí quieres. Esta es la única solución.

Ella le quitó las gafas y las dejó en la mesa que tenía detrás. Entonces le tocó la frente con la suya. Él sabía lo que venía ahora. El beso Lika. Cerró los ojos y ella apretó la cara contra la suya. Pestañas con pestañas, nariz con nariz, labios con labios; así durante varios segundos. El ruido de su respiración y el de la de ella los sentía como el viento en los oídos. Se puso a contar: ocho, nueve, diez, once... Entonces notó el movimiento de su lengua. Se besaron.

Lika se levantó de repente y Brodie se inclinó hacia atrás en la silla. Ella se sentó de nuevo detrás de la mesa y le dio las gafas. Él se las puso.

—¿Recuerdas cuando dijiste que eras mi esclavo? —dijo ella sonriente.

—Sí. Lo era. Lo sigo siendo.

—Entonces tienes que obedecerme... —hizo una pausa—. Márchate, Brodie. Eres libre. Ya no eres un esclavo. Te doy la libertad.

—No quiero ser libre, ya te lo he dicho. No puedo vivir pensando que no te volveré a ver.

—Me volverás a ver —ella se inclinó hacia delante con aire decidido—. Te lo prometo. Escríbeme a la tienda, solo a la tienda, contándome dónde estás. No te contestaré, pero siempre sabré dónde vives. Y un día iré a buscarte.

—¿Cuándo?

—No lo sé —cogió un ovillo y se puso a enrollarse el hilo alrededor de los dedos mientras hablaba—. Tengo que vivir esta parte de mi vida. Somos jóvenes, Brodie. Deja que la viva, y un día iré a buscarte y volveremos a estar juntos.

Brodie miró al techo mientras notaba cómo esa sensación de debilidad le invadía de nuevo. Era mejor que nada, pensó: la promesa de Lika era algo a lo que podía aferrarse.

De pronto llamaron a la puerta.

—Disculpe, *madame* . La necesitan abajo —dijo la dependienta sin entrar en el despacho: tenían que despedirse ya.

Les dio tiempo para un beso furioso, un choque de dientes y de lenguas. A Brodie se le cayeron las gafas al suelo.

Luego ella desapareció escaleras abajo. Él recuperó las gafas y se las puso. Esperó a que su respiración se serenara y después bajó despacio a la tienda, donde vio a Lika hablando en ruso con una señora de aspecto adusto y vestida de negro, a la que acompañaba su criada.

Lika giró la cabeza, le sonrió y levantó la mano con aire despreocupado, como si se estuviera despidiendo de un tipo que había venido a arreglar una ventana rota.

— *Mille mercis, monsieur* . *Au revoir* .

Brodie sonrió y no dijo nada. *Au revoir*: hasta que nos veamos de nuevo. Al cerrar la puerta oyó el fuerte tintineo de la campana de latón y pensó para sí: siempre que oiga una campana pensaré en ti, Lika. Siempre.

3

Brodie esperó con paciencia en el Café Riche, y al cabo de dos días volvió a ver a Malachi Kilbarron. A Lika no la vio una sola vez en ese tiempo; el segundo día se preguntó durante un rato si no habría una puerta trasera por la que también salían. O puede que se hayan marchado los dos a alguna parte, pensó. Sin embargo, después de comer, a eso de las tres y media, Malachi apareció y se alejó a grandes zancadas por el bulevar. Llevaba abrigo y chistera. Brodie dejó unos cuantos francos en la mesa y salió del café a toda prisa.

Siguió a Malachi con cuidado —siempre a una distancia prudencial de unos treinta metros, y dispuesto a dar media vuelta y alejarse en cualquier momento — mientras este caminaba con paso enérgico por el extremo norte de la Place des Vosges, y luego en dirección al río hasta llegar al Quai de l’Hôtel de Ville. Iba bastante rápido y Brodie empezó a jadear mientras se esforzaba por seguirle el paso.

Al cabo de un rato entró en un edificio de la Avenue Victoria. Brodie aprovechó para recuperar el aliento y dejó pasar unos instantes. Cuando Malachi estuvo ya dentro, se acercó a la fachada. Junto a la puerta había multitud de placas de latón: médicos y abogados en su mayoría. ¿Reunión de negocios? ¿Problemas de salud?... Una hora y tres cigarrillos más tarde, Brodie vio salir a Malachi, que echó a andar en dirección oeste, recorriendo los muelles hasta alcanzar la Rue de Rivoli, donde entró en un *salon de thé* a tomar algo. Brodie se quedó esperando debajo de las arcadas, evitando con facilidad que le viera desde el interior del establecimiento. Media hora después, Malachi salió y fue caminando con paso más lento que antes. Al llegar a la Place du Carrousel entró en el Jardin des Tuileries.

Empezaba a anochecer, y el cielo de la ciudad se iba cubriendo de una tenue luz dorada. Durante unos instantes, Brodie pensó que quizá Malachi tuviese intención de ir andando hasta la tienda de Lika, pero entonces le vio aflojar

aún más el paso, lo que le llevó a suponer que estaba dando una vuelta por los jardines para matar el rato. Malachi se compró un helado, se lo tomó y luego se compró un periódico y se sentó en un banco a leerlo. Diez minutos después reanudó el paseo.

A medida que la luz se hacía más débil y el aire más frío, la gente se iba marchando de los jardines. Los niños, andando o en cochecito, volvían a casa con sus niñeras —aunque a Brodie todavía le llegaban los gritos excitados de unos cuantos que seguían jugando en alguna parte—, se estaban cerrando los quioscos y apenas había tres personas viendo el final de un espectáculo de marionetas. Malachi empezó a andar más deprisa, como si acabara de acordarse de que tenía una cita, y tomó un camino lateral bordeado de castaños esculpidos y que llevaba al extremo ribereño de los jardines. Durante unos instantes fueron caminando los dos solos por la *allée* de grava —a treinta pasos el uno del otro—: se oía el crujido de los guijarros bajo sus zapatos, y parecía que anduviesen acompañados. Malachi daba la impresión de dirigirse a la Orangerie, y Brodie supuso que cruzaría el río por el Pont de la Concorde. Esa parte de los jardines estaba silenciosa y casi desierta. Pasó un hombre montado en una bicicleta blanca, y había un pintor plegando su caballete. Malachi se detuvo a encender un puro y Brodie enseguida se escondió detrás de un castaño. Malachi tiró la cerilla y reemprendió la marcha. Tenía delante la larga perspectiva de la *allée*. Había llegado el momento. Brodie apretó el paso, reduciendo la distancia con Malachi.

Cuando estaba a unos diez metros de él, metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó la Derringer. La tenía medio oculta en la mano derecha, y sin apretarla demasiado. Le asaltó una intensa sensación de peligro, como si algo estuviera a punto de estallar. No tenía intención de disparar a Malachi Kilbarron por la espalda: no, lo que quería era llamarle y que él se parara, se diera la vuelta y se enfrentara a su némesis. Entonces se acercaría y le dispararía en el pecho: los dos cañones. Así de sencillo. No tenía que decirle nada ni insultarle: Malachi sabría por qué estaba allí y lo que se disponía a hacer. *Finis*.

Brodie acompañó sus pasos a los de Malachi. No tenía ni idea de lo que iba a hacer después de darle el *coup de grâce*. Puede que se alejara por otro sendero, dejando el cuerpo allí para que alguien lo encontrara. O puede que saliera corriendo en la dirección opuesta, aunque así levantaría sospechas: la gente habría oído los disparos. Mejor aparentar tranquilidad. En cualquier

caso, se sentía incapaz de pensar más allá de la tarea inmediata que se había propuesto... Ya se le ocurriría algo sobre la marcha. Entonces pensó en ir a la tienda de Lika. Que estallasen los gritos en el parque mientras él le anunciaba que era libre por fin y para siempre, que los dos lo eran.

Miró a su alrededor y no vio a nadie a excepción de un vendedor de castañas que iba empujando su carreta a lo lejos, y dos mujeres con paraguas negros abiertos (quién sabía por qué) que contemplaban una estatua a unos cien metros de distancia. Se acercó dos pasos más mientras comprobaba la tensión de los gatillos con el dedo índice. Entonces se fijó en la ancha espalda de Malachi, ceñida por la gabardina, y el cuello de toro que asomaba bajo el borde de la chistera. ¿Qué debía gritar? «¡Malachi!» O tal vez: «¡Kilbarron!». ¿Qué le haría pararse al instante y darse la vuelta?

Atravesaron una pequeña encrucijada. En el centro había una fuentecita de plomo que salpicaba agua en una taza de piedra.

— *Monsieur! Aidez-moi!*

Brodie aflojó el paso de manera instintiva y miró a su derecha. Había un hombre tendido en el suelo y moviendo la mano casi sin fuerzas.

Malachi, que no había oído nada —sin duda por el repiqueteo del agua de la fuente—, seguía andando al mismo ritmo.

Brodie se detuvo. El tipo le estaba haciendo señas y pidiendo ayuda con voz lastimera.

Brodie se guardó la Derringer y fue hacia él. Era un hombre bajito con un bigote sin recortar y el pelo peinado con raya en medio. Curiosamente llevaba dos abrigos, el de arriba con cuello de piel; si no podía levantarse, era por el volumen y peso de las dos prendas, y también porque estaba aturdido. Brodie le ayudó y luego le sacudió la gravilla del abrigo y recuperó su sombrero de fieltro, que se había alejado rodando.

—Muchas gracias, señor. Es usted muy amable. Me he cruzado con dos niñas que iban corriendo con sus aros y palos, he tropezado y me he caído. Me he dado un golpe en la cabeza —se tocó la frente con cuidado: tenía un chichón con forma de huevo, la piel estirada pero no rota—. Me parece que he perdido el conocimiento durante unos segundos. No podía moverme; creía que me había dado un infarto o algo así. Durante unos instantes he llegado a pensar que estaba muerto. Sí, estaba convencido de que había muerto y de que este era el otro mundo: idéntico al que había dejado.

Brodie se dio cuenta de que el hombre estaba algo —¿cuál era la palabra?

—histérico. Le devolvió el sombrero.

—Conviene que le vea un médico, señor. Puede que tenga una conmoción cerebral. Tengo prisa, disculpe.

Brodie volvió corriendo a la fuente. Le pareció distinguir cómo la silueta de Malachi salía del parque por la verja que daba a la Place de la Concorde. Ya no le podía seguir... Notó cómo se le revolvía el estómago y por un segundo pensó que iba a tener una hemorragia, pero el malestar se le pasó de repente.

El hombrecillo de los dos abrigos avanzaba hacia él.

—Me siento obligado a ofrecerle algo como recompensa por haberme ayudado, señor. Una comida, un trago o algo de dinero.

—No tiene usted por qué —respondió Brodie mientras veía desaparecer a Malachi—. Encantado de ayudarle —añadió, dando un golpecito con el dedo en el ala del sombrero.

—Esas niñas salieron corriendo de la nada, no las vi. Deberían prohibirles correr por ahí como locas con esos aros. Me han dejado aturdido. Van disparadas, chillando, sin pensar en la gente.

El tipo se puso unos guantes amarillos de cuero.

—Oí a unos niños jugar —dijo Brodie con aire distraído—. Puede que fueran esas niñas con los aros.

—En fin, si solo va a aceptar mi agradecimiento, permita entonces que le asegure que mi gratitud es copiosa. Desmesurada.

—Gracias —dijo Brodie, estrechando la mano enguantada en amarillo que le tendía el tipo—. Yo que usted procuraría ir por el borde de los caminos.

—Excelente consejo. ¿Es usted inglés, señor? Su acento...

—Soy escocés.

—Nunca he conocido a un escocés. Hasta hoy mismo. ¡Extraordinario! Qué casualidad que sea usted, un escocés, quien haya venido en mi auxilio. Nunca le olvidaré, amable señor. Le estoy inmensamente agradecido.

Se alejó con paso lánguido, mientras iba quitándose la gravilla que se le había quedado pegada al abrigo de fuera.

Brodie se dio la vuelta y desanduvo sus pasos en dirección este, envuelto en un profundo abatimiento. Notó una especie de silbido en la cabeza, y luego un arrebato de calor le enrojeció la cara, hasta tal punto que tuvo que sentarse en un banco.

¿Qué le estaba pasando? ¿No se estaría volviendo loco? ¿De verdad había pensado en matar de un tiro a Malachi Kilbarron en el Jardin des Tuileries,

como un asesino anarquista, y luego marcharse? Se le pasó el rubor, y enseguida empezó a sudar a mares. Su flamante barba estaba húmeda. Se quitó el sombrero y se tocó el pelo grasiento. Le cayó una gota de sudor de la punta de la nariz. Estaba teniendo un ataque de algo, pensó, y no sabía si era por remordimientos, desconcierto o por la conmoción que le había producido perder a Lika. Una especie de enajenación. Se había vuelto loco durante una hora o dos. Respiró hondo. Felizmente, el hombrecillo de los dos abrigos le había hecho recobrar el juicio.

Salió del jardín y atravesó el muelle hasta llegar al Pont de Solférino. Hizo un alto en mitad del puente y giró la cabeza para mirar río arriba. Divisó la gigantesca cúpula de vidrio del Grand Palais. Sus millares de cristales resplandecían con la luz dorada del sol poniente. Brodie hundió la mano en el bolsillo, sacó la pequeña Derringer de Lika y la arrojó al Sena con aire despreocupado. No quería llamar la atención.

Llegó a sus oídos el leve ruido que hizo la pistola al dar en el agua y pensó: ya se me ha pasado el ataque. Estoy tranquilo. Es hora de empezar una nueva vida. Es hora de abandonar París para siempre.

Sexta parte
GINEBRA - VIENA - GRAZ - TRIESTE
1902-1905

1

Era la decimoséptima carta que escribía a Lika desde que había abandonado París.

Via San Michele, 27
Trieste
Austria-Hungría

29 de noviembre de 1905

Mi querida Lika:

Sigo en Trieste y, como habrás visto por las señas, todavía no me he marchado de esta pensión para caballeros (todos solteros, aunque acaban de llegar dos viudos). Me he pasado, eso sí, a una habitación de tamaño aceptable que está un piso más arriba. En realidad, son casi dos habitaciones, si una cama detrás de una cortina cuenta como tal. Se admiten mascotas: César, por cierto, está bien de salud. La mía, después de la gravísima crisis que tuve en Graz, parece estable. Tengo un trabajo seguro, me alimento bien y me gusta la ciudad. Pero mi vida es incompleta. Pienso en ti a todas horas. Estoy esperando a que llames a mi puerta.

Con amor imperecedero,
Brodie

«Pienso en ti a todas horas»: este era el estribillo de todas sus cartas. Sí, pensaba en ella a todas horas, incluso cuando estaba dormido. Lika solía aparecer en sus sueños, pero también los hermanos Kilbarron, y por eso ahora estaba durmiendo tan mal. Sentía una fatiga anormal y se preguntaba si no sería señal de que la tuberculosis se estaba haciendo crónica y su capacidad pulmonar iba disminuyendo a medida que los tubérculos crecían

subrepticamente.

Metió la carta en el sobre, puso las señas de la tienda de París, pegó los sellos y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. A continuación llenó de agua el cuenco de César y lo colocó sobre un periódico alemán que había en el suelo, al lado de la chimenea apagada. En vista de sus exiguas posesiones, se daba por satisfecho con la habitación. No necesitaba nada más. Afuera, al final del pasillo, tenía un cuarto de baño con retrete. Al principio, como en todas las pensiones en las que se hospedaba, había dado por sentado que se quedaría unas semanas o un mes o dos como mucho, pero llevaba viviendo en esa casa de la Via San Michele más de un año, desde que llegara a Trieste en septiembre de 1904. Ahora era noviembre de 1905... Por la única ventana de la habitación se veía el Castello. Además, la pensión estaba a diez minutos a pie de su trabajo.

Brodie se despidió de César con una palmadita y se puso el gabán y su viejo sombrero tirolés. Al salir del edificio se detuvo a mirar a un lado y a otro, como de pasada, pero prestando atención por si acaso había alguien acechándole. Se había convertido en un acto instintivo, automático: a Brodie le habían seguido en todas las ciudades europeas donde había vivido y trabajado en los últimos años. Esta vez no notó nada raro. Vio pasar carruajes y carretas y unos cuantos automóviles. Hacía sol y fresco: otro día otoñal en Trieste, esa curiosa ciudad austrohúngara llena de italianos y situada en el punto más septentrional del mar Adriático. Él era un extranjero más en una ciudad de extranjeros, un enorme puerto que atraía a italianos, alemanes, austríacos, húngaros, eslovenos, griegos y otra docena de nacionalidades: el Hamburgo del Mediterráneo. Si había una ciudad ideal para llevar una vida anónima (para desaparecer), esa ciudad era Trieste.

Brodie echó la carta en el buzón amarillo, adornado con el águila bicéfala imperial de color negro, y fue caminando hasta Nicolo-Piano, donde tenía un trabajo de media jornada. El dueño era Gabriele Nicolo, un hombre gordo y dinámico de cincuenta y pico años que vendía y arreglaba pianos en una tienda de la Via Malcanton, detrás de la Piazza Grande. En la parte trasera había un gran patio cubierto donde se hacían los trabajos de reparación y se almacenaban los pianos. En verano se oía a las bandas de música tocar en la *piazza*. Brodie, que llevaba ocho meses trabajando allí, se dedicaba principalmente a arreglar pianos, pero había propuesto crear un servicio de afinación y su idea estaba teniendo éxito. Tenía un joven aprendiz llamado

Gianluca Geppa —un muchacho flaco y aplicado—, y había tal demanda que estaba pensando en contratar a otro.

Abrió la puerta que daba al patio y, al percibir los olores a madera, pegamento y resina, se dio cuenta de que eran una constante en su vida profesional. Había trabajado en Edimburgo, París, Biarritz, Niza, Ginebra, Viena y Graz y ahora estaba en Trieste, pero esos olores le acompañaban a todas partes. Mismo trabajo, mismos olores, aunque las circunstancias siempre variaban.

En una esquina del patio había un pequeño cobertizo de madera con una estufa donde tenía un despacho rudimentario, y que además les servía de refugio a Gianluca, a Ottavio, el carpintero, y a él. Brodie tenía más o menos el mismo nivel de italiano que de alemán, así que su comunicación con los otros empleados era titubeante y plagada de gestos, aunque eficaz en líneas generales. Gabriele Nicolo, que hablaba algo de francés y quería aprender inglés —se había matriculado en la academia Berlitz de Trieste—, estaba contento de haber contratado a un anglófono, además de excelente afinador.

Brodie se quitó el gabán, colgó el sombrero, se puso un guardapolvo marrón y fue a examinar un viejo piano vertical que tenía un pedal defectuoso. Gabriele enseguida le interrumpió en su tarea para comunicarle que le necesitaban con urgencia en el teatro. Era el Teatro Politeama Rossetti, que de vez en cuando requería sus servicios como afinador para algunos conciertos.

—Dicen que vas esta tarde, Brodie. A cualquier hora.

—Que vayas esta tarde.

—Que vayas esta tarde.

Gabriele le había pedido que le corrigiese todos los errores idiomáticos, argumentando que esa era la única manera de evitarlos y mejorar su inglés. Era un tipo calvo y rechoncho que fumaba sin parar y siempre estaba algo sudoroso y agobiado. Después de encender un cigarrillo con el que estaba apurando, le preguntó a Brodie cómo iba Gianluca.

—Muy bien. Ayer le mandé a hacer un par de trabajos. Por su cuenta.

—Ten cuidado, Brodie. Te quita el puesto pronto.

—Te quitará el puesto pronto.

—Te quitará. Te quitará. Te quitará.

Brodie reanudó el trabajo y corrigió el pedal. A continuación se puso a arreglar un colín que tenía las sordinas oxidadas, una tarea que lo mantuvo ocupado hasta la hora del almuerzo. Fue paseando hasta la Piazza Grande y se

sentó en un café, donde se tomó unos *gnocchi* y una copa de prosecco. Después de comer dio una vuelta por el paseo, encendió un cigarrillo y miró los barcos que había atracados en la bahía mientras pensaba en Lika Blum y en lo mucho que la echaba de menos. De vez en cuando giraba la cabeza para observar a la gente que paseaba por la orilla, por si acaso veía a alguien que estuviese mirándole con más interés del normal. En Trieste había empezado a relajarse, a sentirse a salvo de nuevo después de tantos meses. Puede que Malachi Kilbarron y las agencias de detectives que había contratado le hubiesen perdido la pista por fin. Ya no había rastro de Brodie.

Tras dejar París y a Lika con Malachi, Brodie había pensado que al hermano de John Kilbarron se le pasaría su obsesión con él. Lika siempre le había asegurado que era *a ella* a quien buscaba sin descanso. Pero Brodie sospechaba que, ahora que tenía a Lika, Malachi estaba pensando otra vez en el hombre que había matado a su hermano. Puede que ella se hubiese equivocado al decirle que ya era libre. A Malachi, desde luego, le seguían animando el rencor y el afán de cobrar sangre por sangre: en Ginebra, Viena y Graz —las ciudades en las que había vivido desde que se marchó de París—, Brodie había notado que todavía le buscaba. Se había ido de Graz de manera clandestina —sin ser visto ni dejar pistas sobre su siguiente destino, o eso pensaba—, pero nunca llegaría a estar seguro de que la persecución hubiese terminado. Jamás.

Caminó por el Molo San Carlo, un sólido embarcadero de unos cien metros de largo que se adentraba en el mar y por el que les gustaba pasear a los triestinos, disfrutando con la débil luz del sol que le daba en la cara y el ruido de las olas que batían el dique, y pensando en la vida errante que había llevado los tres últimos años.

En Ginebra, adonde se había dirigido al abandonar París, apenas llegó a vivir unos meses. Había aprovechado los contactos que le quedaban de la época de la gira de Kilbarron y Channon para conseguir trabajos en teatros y salas de conciertos; pero después de ver al mismo tipo observando su hotel cuatro días consecutivos había empezado a sospechar que le seguían. En Europa había multitud de agencias de «detectives», y Malachi seguramente habría contratado a una para que le localizara.

Así que Brodie enseguida se mudó a Viena: supuso que Austria-Hungría le ofrecería un refugio mejor. Fueron meses muy difíciles: ni el inglés ni el francés le servían de mucho, y su alemán todavía era demasiado rudimentario,

lo que le hacía imposible encontrar trabajo en una empresa fabricante de pianos alemana. Prestó sus servicios como afinador a unos cuantos particulares y tocó el piano en bares y cafés, pero era pobre y estaba amargado. No llegó a adaptarse a Viena.

Su malestar se acrecentó cuando recibió una carta de Callum contándole que un hombre se había presentado en Edenbrae preguntando por él. Quería saber dónde estaba. Había dicho que trabajaba en Channon y que, a raíz de un error contable que se había detectado, la empresa le debía bastante dinero a Brodie. Sin embargo, cuando Callum llamó a la tienda de Edimburgo, le dijeron que no conocían a ese tipo. Brodie contestó pidiéndole que advirtiera al resto de la familia de que no podían hablar de él con ningún desconocido. En cualquier caso, se alarmó lo suficiente para marcharse de la ciudad.

Decidió instalarse en Graz, capital de la provincia de Estiria; una ciudad pequeña y con mucha historia que se encontraba unos doscientos kilómetros al sur de Viena. Atravesada por el río Mura y rodeada por los altos macizos de los Alpes orientales, tenía un castillo, el Schlossberg, emplazado en una colina desde la que se dominaba toda la ciudad. A Brodie le recordaba un poco a Edimburgo —aunque las tejas rojas de los edificios del casco antiguo contrastaban con el gris predominante en la capital escocesa—, por lo que empezó a sentirse a gusto.

Allí pasó seis meses, a caballo entre los años 1903 y 1904. Trabajaba en una pequeña empresa fabricante de pianos que se llamaba Audritz und Stahl, y se hospedaba en una villa en la Castellfeld Gasse, en un suburbio al sur de la ciudad, cerca del hipódromo. Había otro huésped, Maximilian Scholz, que daba clases de ingeniería en la Karl-Franzens-Universität. La patrona era una soltera joven y tímida que había heredado la villa después de morir sus padres. Fräulein Leopold tendría treinta y muchos años, calculaba Brodie. Su cara era un redondel perfecto, y el cabello se lo peinaba con una raya increíblemente recta en medio. Le rehuía la mirada cuando hablaba con él, dirigiéndose a un hombro u otro; pero por las noches solía ir desnuda por sus dependencias, que tenían las cortinas descorridas y además estaban justo enfrente de las habitaciones de Brodie. ¿Le estaría enviando algún mensaje? En cualquier caso, él adoptó la costumbre de tener sus cortinas permanentemente corridas, de día y de noche, lo que sin duda irritaba a César, pero así conjuraba la tentación voyeurística.

Al cabo de tres meses, ella se armó de valor y le invitó a jugar una partida

de *Sechshundsechzig* en sus dependencias después de la cena. Brodie le dijo que no conocía el juego. Fräulein Leopold le explicó que era muy sencillo: no requería más que una baraja y dos jugadores, y las reglas se las podía enseñar en cinco minutos. Además, ¿no le divertiría aprender un nuevo juego? Él se excusó diciendo que estaba cansado, y luego la oyó hacerle la misma propuesta a Maximilian Scholz. Esa noche, por primera vez desde que llegara Brodie, Fräulein Leopold corrió las cortinas.

En Graz, Brodie empezó a sentirse a salvo. Si se acabó marchando no fue por culpa de Malachi Kilbarron, al menos inicialmente. A principios del verano de 1904 tuvo una hemorragia gravísima, tan copiosa como la primera que había sufrido en París. Despertó de madrugada con la sensación de que se le estaban inundando los pulmones, casi hasta el punto de ahogarse: se puso a vomitar, empapando de sangre toda la cama, y perdió el conocimiento. A la mañana siguiente le encontró una criada que había ido a avisarle de que era la hora del desayuno. Al parecer, sus gritos se oyeron en toda la Castellfeld Gasse.

Brodie pasó casi dos meses ingresado en el Hasner Sanatorium, en la ladera del monte Plabutsch, al oeste de la ciudad. Su forzosa estancia en el hospital consumió casi por entero sus ahorros. El médico le aconsejó que se fuera a la costa, a Trieste, que tenía un clima mejor, y le recomendó a un colega suyo de allí.

Cuando volvió a la villa de la Castellfeld Gasse para recoger sus escasas pertenencias, Fräulein Leopold le contó que un amigo suyo había pasado por la pensión una semana antes preguntando por él. ¿Qué amigo? Uno estadounidense, contestó ella. Le dije que estaba usted enfermo, en un sanatorio. Le aseguré a Brodie que no le había dado más información, pero el amigo había dicho que volvería. Si viene otra vez, dijo Brodie, ¿sería tan amable de decirle que me he ido a Niza a recuperarme, y que me hospedo en la pensión Deladier? Anotó las señas en un papel. Descuide, que le daré el recado, dijo Fräulein Leopold. Brodie dejó la pensión y cogió el tren a Trieste.

Así creyó haberle despistado. En Trieste cambió de hotel tres veces en dos semanas, hasta que al fin se instaló en la casa de huéspedes de la Via San Michele. Al patrón y a todas las demás personas con las que se relacionaba les pedía continuamente que le avisaran si alguien —quienquiera que fuese— preguntaba por él. Por lo demás, procuraba no seguir ninguna rutina —

evitando comer a diario en el mismo restaurante y pasear por las mismas calles— y variar el trayecto de ida y vuelta al trabajo, y estaba siempre alerta por si acaso veía al mismo desconocido más de una vez. Poco a poco, sin embargo, se fue convenciendo de que no pasaba nada raro: nadie parecía estar siguiéndole la pista en Trieste. Confiaba en que los sabuesos de Malachi anduviesen rastreando las pensiones y los casinos de la Costa Azul en busca de un escocés alto y tísico con un perro pequeño. Solo Lika sabía dónde estaba: un secreto que no tenía ninguna intención de revelar a nadie.

Brodie seguía de pie en el Molo San Carlo, con las manos en los bolsillos, observando las olas del Adriático y el silencioso movimiento de las nubes. Esta era la vista que en verdad le estimulaba, aunque sabía que, si se daba la vuelta para mirar la ciudad, se encontraría con el espléndido panorama del litoral. Era solo el Adriático, lo sabía bien, pero a él le parecía un océano sin límites. Apenas se distinguía el horizonte, y la acometida de la luz del mar y el cielo casi le cegaba. Le gustaba pensar que su presencia en ese promontorio de piedra representaba el final de su viaje. He llegado hasta aquí, y no iré más lejos... Miró su reloj de bolsillo. Ya iba siendo hora de que fuera al teatro a ver lo que querían.

El Teatro Politeama Rossetti estaba a veinte minutos andando. Era el más grande de Trieste, con capacidad para más de tres mil personas, y atraía a no pocos virtuosos que pasaban por la ciudad después de tocar en Milán, Venecia y Viena. Nada más llegar a Trieste, Brodie había hecho tanteos y ofrecido sus servicios en el teatro, pero le habían dicho que no le necesitaban. Aun así había dejado sus datos, y un mes más tarde le habían pedido que acudiera con cierta urgencia. El maestro resultó ser Karl-Heinz Nagel, que iba a ofrecer un recital con piezas de Brahms y Mendelssohn. El reencuentro fue efusivo. Desde entonces, y gracias a los encendidos elogios de Nagel, no le habían faltado encargos a Brodie, que por lo demás sospechaba que, para el gerente del Politeama, su nacionalidad y el hecho de que hablara un francés fluido, aparte de su pericia, imprimían al teatro un extraño aire de distinción. ¡Mirad a quién tenemos afinando nuestro piano: un escocés que habla francés!

Brodie fue caminando por el Canale Grande, cruzó la Via G. Carduzzi, tomó la Via Chiozza y no tardó en divisar la enorme fachada del teatro. Una vez allí, se dirigió a la entrada de artistas y, de camino al despacho del gerente, pasó al lado de un cartel que anunciaba el siguiente concierto: Brahms, Mozart y Mahler. Al gerente, sin embargo, no se le veía por ninguna parte, y en su mesa

estaba sentado su lugarteniente, Bojan Kupitur, que parecía más agitado de lo normal. Era un esloveno delgado y nervioso que bebía demasiado y que a Brodie le caía bien —los dos eran forasteros en un teatro en el que casi todos los empleados eran italianos—, aunque se daba perfecta cuenta de su incompetencia. Ahora estaba histérico, y el aliento le olía a alcohol. Hablaba en francés muy deprisa, pero cometía muchos errores.

—Él toca Mozart, ¡oh, sí!, *Sonata en do mayor*, y jodido piano no está listo. *Putain!* Y el maestro está viniendo en dos horas. Brodie, por favor, arregla a él para mí, Brodie. *Subito! Subito!*

Brodie bajó al almacén del sótano y escogió el Bösendorfer que había utilizado Nagel. Era un piano viejo, pero el mejor que había en el Politeama. Localizó a unos tramoyistas que lo acarrearón hasta el montacargas y, después de subirlo al auditorio, lo colocaron en el centro del escenario.

Él lo abrió, se sentó, encontró el tono y ejecutó la habitual secuencia de octavas. No estaba tan mal. Tardaría un cuarto de hora; Bojan podía tranquilizarse.

El vicegerente andaba de un lado para otro y de vez en cuando abandonaba el escenario como una flecha para tomarse un rápido trago de lo que fuera que estuviese bebiendo entre bastidores.

—¿Quién es el pianista? —le preguntó Brodie—. Puede que tenga que hacer algunos ajustes finales.

—No me dicen nada.

Brodie fue a su taquilla a coger las herramientas y enseguida se puso a trabajar. Terminada la tarea, tocó unos cuantos compases de «My Bonny Boy» y, como es natural, pensó en Lika. A todas horas, sí. Aquel día en la casa de Saint-Germain... Esa canción, pensó, le había traído la mayor felicidad que había conocido en su vida. Y también todas sus desdichas, pensó luego. Puede que a su primera interpretación de la pieza se debiera el que ahora, años después, estuviese en Trieste —un hombre huyendo de su pasado—: si lo pensaba uno bien, la cadena causal llegaba hasta aquel momento. De pronto se le ocurrió una idea.

—Ya he terminado. Me voy —le dijo a Bojan—. Me debe ochenta coronas.

—No, Brodie, se lo ruego. Quédese hasta que vengan. Le doy cien coronas.

Quince chelines más, pensó Brodie. No es mucho, pero todo ayuda. Los dos volvieron al despacho, y Bojan le sirvió una copa de *schnapps*.

—Por Jesucristo bendito, ¿por qué se ha puesto enfermo Ricardo? —dijo

furioso, como si fuera una ofensa personal, o una especie de venganza diabólica. Ricardo era el gerente del Politeama—. Tenía que ser hoy precisamente. *Putain!*

Bojan maldijo otra vez y se rellenó la copa.

Su conversación se vio interrumpida por un mozo que llamó a la puerta.

—Ya están aquí, *signori* —susurró como anonadado.

Brodie y Bojan subieron al escenario, donde vieron a tres hombres elegantemente trajeados inspeccionando el auditorio. Los miembros de la Orquesta Triestini estaban empezando a sentarse y sacar sus instrumentos y partituras, preparándose para el ensayo.

—Mire, allí está Banzo —dijo Bojan—. Voy a hablar con él. Quédese aquí.

Brodie sabía quién era Marion Banzo: un director triestino que solía ensayar con la orquesta antes de que llegara el director estrella. Entre los tres hombres que miraban el auditorio había uno alto y grueso y con el pelo canoso, y a su lado un tipo bajito y ágil que llevaba gafas, un traje marrón claro de tres piezas y pajarita, que observaba impresionando la gigantesca sala en penumbra. De pronto, vio a Brodie y se le acercó.

—Es enorme —dijo en alemán—. No me figuraba que fuese tan grande.

Tenía el pelo alborotado y los labios finos. Las gafas carecían de montura, y las llevaba tan pegadas a los ojos que eran casi invisibles.

—Lo es —respondió Brodie—. Aquí pueden caber cinco mil personas, si les permitimos a unas cuantas ver el concierto de pie.

—Como una pequeña ciudad. Madre mía.

—¿Habla usted francés? —preguntó Brodie—. Mi alemán no es muy bueno.

— *Oui, oui. Bien sûr.* ¿Puedo preguntarle algo? ¿Por qué hay un piano en medio del escenario?

—Es para la pieza de Mozart. Lo he afinado yo mismo hace una hora.

—De Mozart vamos a tocar la sinfonía *Júpiter*, así que no hace falta el piano.

Brodie se fijó en que el tipo tenía un tic muy acusado en la pierna izquierda. El tacón golpeaba continuamente el suelo del escenario haciendo un ruido sordo, como un instrumento de percusión.

Brodie le hizo señas a Bojan para que se acercara enseguida.

—Es una sinfonía de Mozart, no un concierto de piano —le dijo en voz baja.

—Error. Es el *Concierto para piano n.º 21 en do mayor*.

—Sinfonía *Júpiter*, la n.º 41 en do mayor —terció el hombrecillo.

Bojan blasfemó en esloveno y con gran viveza. Le agarró el codo a Brodie y se lo llevó aparte.

—Es culpa de Ricardo —dijo desesperado—. Su letra... es imposible entenderla. Cuarenta y uno, veintiuno, treinta y uno..., no los distingo.

—Retire el piano, por favor —dijo el hombrecillo—. Queremos ensayar — entonces se dirigió a Brodie—: Siento haberle hecho perder el tiempo.

—Me pagarán en cualquier caso —dijo Brodie—. Es un pequeño consuelo. El hombrecillo se quedó mirándole las gafas.

—Tiene usted una línea en la lente.

—Son dos lentes, una encima de la otra. La de abajo es para ver de cerca; la de arriba, para ver de lejos. Se llaman gafas Franklin.

—Fascinante. Me vendrían bien unas gafas así. ¿Se las ha comprado en Trieste?

—No, en Escocia. En Edimburgo.

—Ah. Así que es usted el escocés. Me contaron que había un afinador escocés trabajando aquí —le miró otra vez las gafas—. ¿Son eficaces?

—Son excelentes. Sin ellas estaría ciego.

—Yo también... Sí —hizo una pausa—. Ciego como un gusano. ¿Lo dicen así?

—Ciego como un topo.

—Como un topo. Sí, eso también tiene sentido —sonrió—. ¿Tiene usted un cigarrillo por casualidad?

Brodie sacó la pitillera y la abrió. El hombrecillo cogió uno y Brodie se lo encendió. Mientras tanto, Bojan estaba supervisando a los tramoyistas encargados de quitar el superfluo piano.

—Ha sido un placer conocerle —dijo el hombrecillo—. Gracias por el cigarrillo —añadió sonriente, y acto seguido hizo una reverencia enérgica y fue a reunirse con Banzo y el otro hombre.

Otro empresario, supuso Brodie. Bajó la escalera, entró en el despacho de Bojan y le exigió las cien coronas. El vicegerente estaba bebiendo y murmurando, lamentándose del bochorno y despotricando contra ese *morceau de merde* de Ricardo, que no había aprendido a escribir su nombre en condiciones. Abrió la caja de caudales y contó los cinco billetes de veinte *kröne*.

— En fin, no pasa nada —dijo Brodie mientras se los guardaba.

—Oh, sí —respondió, pesimista, Bojan—. Al contrario... Ya verá. Esto va a

ser nefasto para mí. Los italianos lo utilizarán de excusa para echarme. Eso quieren. Eslovenos fuera de aquí.

Brodie le dijo lo mucho que lo sentía, y luego fue corriendo a casa a escribir la carta. Había decidido escribir a Dmitri a la sucursal parisina de Channon. Le pidió que fuera a la tienda del Faubourg Saint-Honoré, con instrucciones muy precisas. Llevaba demasiado tiempo escribiendo a Lika sin recibir respuesta, y necesitaba saber de ella. La necesitaba.

Dos días más tarde, Brodie estaba sentado en una de las gradas superiores del Politeama, escuchando la *Quinta sinfonía de Mahler*. La respuesta del público a la primera parte del concierto —la *Obertura Coriolano* de Beethoven y la sinfonía *Júpiter* de Mozart— había sido casi fervorosa. La reacción a la *Quinta* fue sin duda más fría. Brodie vio a varias personas mirarse desconcertadas, y también hubo unos cuantos gritos —«¡Qué disparate!», «¡Menuda porquería!»— que casi no se oyeron entre los aplausos corteses y el ruido de la gente que se marchaba a toda prisa, como impaciente por alejarse de la cacofonía moderna.

Brodie había disfrutado con la *Quinta*, sobre todo con el cuarto movimiento, el Adagietto. Le recordaba un poco a *Der Tränensee*, aunque daba por sentado que las semejanzas eran puramente casuales: parecía muy improbable que Mahler hubiese escuchado el poema sinfónico de Kilbarron. Ambos compositores nadaban en la corriente de la música que había traído el nuevo siglo: el *Zeitgeist*.

Brodie salió del teatro. Era una fría noche de diciembre y había estrellas en el cielo —una noche de helada y sin nubes—. El aliento se le condensaba a uno. Tomó una calle lateral y se puso a buscar una *osteria*. Necesitaba beber algo. Un coñac, un *schnapps*, un *slivovitz*..., algo que al menos le calentase.

Encontró un pequeño bar en la Via del Toro, una calle lateral que desembocaba en los muelles. Estaba lleno de humo y de gente que venía del teatro, a juzgar por el gran número de clientes que vio con el programa en la mano o en el bolsillo. Además, se les oía hablar mucho de música. Brodie se abrió paso hasta la barra, localizó un hueco en un rincón y, después de pedir ese coñac con sabor a frutas que tanto le gustaba, encendió un cigarrillo. ¡Cómo echaba de menos los Margarita! Se tomó un sorbo de la bebida y alguien le dio un codazo sin querer, salpicándole la manga de la chaqueta de

coñac.

— *Mi dispiace molto. Mille scuse!*

El acento era espantoso; venía de un hombre joven y fornido que llevaba una gorra abombada de *tweed*. Tenía facciones muy marcadas y una sonrisa franca.

—No pasa nada —dijo Brodie en inglés.

—No, no, por favor. Le invito a otra —dijo el joven con un fuerte acento irlandés—. Espere, que mi hermano tiene todo mi dinero —se dio la vuelta—. ¡Shem! —gritó.

Se les unió un tipo que llevaba dos copas en las manos. Era alto, casi tanto como Brodie; tenía veintipico años, pensó, los labios finos y la mandíbula prominente, y llevaba gafas de lentes gruesas. Le dio a su hermano una copa con un líquido de color claro.

—Fíjate, le he volcado la copa al amigo.

—Solo ha sido una gota. No se preocupe, de verdad —dijo Brodie.

—¿Es usted inglés?

—Escocés.

—¿Cómo?

—¡Escocés!

En la *osteria* había un ruido casi insoportable: tenían que gritar. Los tres se sentaron en el rincón y, acto seguido, los hermanos se presentaron como era debido, diciendo sus nombres a voz en cuello: Stan era el menor, y el otro, el de gafas, se llamaba Shem.

—¿Ha estado en el teatro? —preguntó Shem.

—Sí.

—¿Qué le ha parecido lo de Mahler?

—Maravilloso. Tendré que escucharla otra vez. Una composición muy moderna.

—Muy pocos piensan igual, por lo que he visto —dijo Shem.

—Oí a un tipo decir... —terció Stan—. Le oí decir que la pieza de Mozart era «demasiado rococó» y que la de Mahler era «de *Biergarten* ». Pero la de Beethoven le gustó.

—¿Cómo se puede ser «demasiado rococó»? Rococó quiere decir demasiado barroco, ¿no? —Shem parecía perplejo—. Creo que dijo que esa música era «cínica». Música cínica: ¿qué demonios es eso?

—Creo que dijo «cíclica» —dijo Stan.

—¿Música clínica? —dijo Shem, que casi no oía en medio del jaleo—. Música cínica, cíclica, clínica. Ya me gustaría escuchar algo así, vaya que sí.

Detrás de ellos había un grupo de gente hablando en francés, y denigrando igualmente a Mahler. Brodie se puso a traducir.

—Ese corro la describe como «música de baile insípida».

—En fin —dijo Shem—. El compositor siempre va diez años por delante del público. Si es bueno, claro.

Brodie los invitó a otra ronda. Estaba disfrutando con la conversación: era agradable hablar en inglés con personas inteligentes. Les ofreció sendos cigarrillos, que Shem y Stan aceptaron. La *osteria* se estaba llenando aún más: apenas oían nada de lo que se decían.

—Esto es lo que me gusta de Trieste —gritó Shem—. Todo el mundo discutiendo sobre música y emborrachándose.

Los dos habían llegado a la ciudad hacía relativamente poco —Stan llevaba allí apenas unas semanas— y estaban dando clases de inglés. El sueldo era de peón, según dijo Shem.

Brodie les contó que era afinador de pianos.

—¿Podría afinar mi viejo piano? —preguntó Shem—. Es un cacharro.

—Encantado —contestó Brodie—. No soy quisquilloso —buscó en el bolsillo su tarjeta con las señas de Nicolo-Piano—. Estoy aquí casi todos los días. Deje un recado si no me localiza.

Shem examinó la tarjeta y luego se la pasó a Stan.

—Mi socio estará en contacto con usted.

Una joven con el pelo naranja y los labios de carmín que se dirigía a la barra les pidió que la dejaran pasar.

—Esta sí que es una belleza —observó Shem, que se dejó rozar por la mujer—. Una dama de la noche, si no me equivoco. Sin ningún defecto, eso te lo aseguro.

—No le contaré a tu mujer esto que me dices —dijo Stan.

—¿Está usted casado, Brodie? —preguntó Shem.

—Prometido. Pero ella está lejos: en París.

—¡Ah, Pariii...! —suspiró Shem—. Viví una vez allí.

—¿Es francesa su prometida?

—No, es rusa.

—Una novia rusa, eso sí que estaría bien —dijo Shem—. ¿Ha estado alguna vez en Rusia, Brodie?

—Sí —respondió, y les habló un poco de sus viajes.

—¿De dónde es usted?

—De Edimburgo.

—Nosotros dos somos de Dublín. Menuda sorpresa, ¿no?

El recuerdo de sus ciudades natales los dejó pensativos unos instantes.

—Estamos lejos de la madre patria, eso desde luego —dijo Shem—.

Pidamos otra ronda y brindemos por nosotros, los exiliados. Celtas exiliados.
Celtas en el exilio. Celxiliados.

2

A Brodie le llegó la respuesta de Dmitri el mismo día en que vio a Malachi Kilbarron entrar en el Teatro Politeama. Al menos le pareció que era él... y su corazón pensó igual, a juzgar por las palpitaciones. Un tipo se baja de un taxi de motor y entra en un teatro. Es gordo y lleva barba, como Malachi, y además se está fumando un puro.

Brodie se apoyó contra el muro. No seas idiota, se dijo: ¿cuántos hombres con barba y fumadores de puros habrá en esta ciudad? Docenas, centenares... Esperó unos minutos y luego entró en el vestíbulo y se dirigió a un portero. Acaba de llegar un amigo mío, un inglés con barba que está fumando un puro. No le he visto, señor. Brodie no insistió: los nervios, pensó, le habían causado una ilusión, una alucinación. Faltaba una semana para la Navidad. En todas las iglesias de la ciudad sonaban las campanas, y cada vez que oía una, Brodie pensaba en Lika, por supuesto. Y luego en Malachi, por supuesto. Le perseguían los recuerdos... y ahora le estaban haciendo ver fantasmas, espectros, dobles, *doppelgängers*. Eso es todo, se dijo, irritado consigo mismo.

Aun así, hay motivos para estar inquieto, pensó luego en su descargo, y por eso se fue a la oficina de correos central, que estaba al lado de la principal estación de tren de la ciudad, para ver si tenían algo para él en el mostrador de Poste Restante. Y allí estaba la carta de Dmitri.

Channon & Cie.
Avenue de l'Alma
París

8 de diciembre de 1905

Mon cher Brodie:

Gracias por tu carta. Yo también te envío mis mejores deseos. Fui enseguida a la tienda que decías, en el Faubourg Saint-Honoré, pero estaba cerrada. En el escaparate había un letrero que decía: «*Fermeture définitive pour cause de décès dans la famille*». Pregunté en las tiendas cercanas y me contaron que había cerrado de repente unas semanas antes, y que el local estaba en venta. No averigüé nada más, lo siento.

Vuelve a París, te lo ruego. Te echamos de menos. Me han nombrado gerente, pero me temo que no se me da muy bien. El señor Channon tiene mucha paciencia conmigo. Es muy comprensivo.

Saludos de tu buen amigo,
Dmitri Kuvakin

«*Pour cause de décès dans la famille...* » Un fallecimiento en la familia... Estaba convencido de que no era Lika. No, no podía ser. Imposible. Sabía que, de haber muerto Lika, algo en él habría muerto también, aunque estuviese tan lejos de ella. Habría notado algún cambio; el mundo habría sufrido una alteración minúscula pero irreversible. La ausencia de Lika se habría manifestado en la atmósfera, variando la presión, y las isobaras habrían señalado un cambio en la naturaleza de la existencia. Seguramente había muerto su madre, que ya estaba enferma, y Lika habría tenido que regresar a Moscú. Brodie siguió pensando. ¿Y si Lika se había despedido de Malachi y este había sospechado que ella iba a volver con Brodie? Las preguntas proliferaban, las conjeturas se multiplicaban. Puede que después de todo sí hubiera visto a Malachi en el teatro. Puede que Malachi hubiera encontrado sus cartas en la tienda una vez cerrada... Pero era muy improbable que Lika hubiese tenido la imprudencia de dejarlas en un cajón o un archivador...

Brodie se dirigió al muelle y, una vez allí, fue caminando por el Molo San Carlo y miró el agitado mar, como si este pudiera ofrecerle alguna respuesta. Era un día frío y de mucho viento, y las olas batían los costados del muelle, lanzando alto la espuma. Un vapor navegaba hacia el espigón. ¿Estaba Malachi Kilbarron en Trieste?

Hubiese sido una alucinación o no, estaba claro que tenía que tomar más precauciones. Cambiaría de pensión y le pediría a Gabriele Nicolo que eludiera cualquier pregunta sobre su paradero fingiendo que no sabía nada. Y evitaría el teatro una temporada con el pretexto de que estaba enfermo. Volvió a la casa de huéspedes en medio de un tumulto de emociones. Le gustaba vivir

en Trieste. ¿Adónde iría ahora? Debía pensar en su salud: le convenía un sitio cálido. ¿Crimea? ¿Egipto? ¿Constantinopla? Puede que la solución estuviera en marcharse de Europa. Pero luego se le ocurrió que, en uno de esos lugares tan lejanos, un británico solo quizá llamaría demasiado la atención.

En la pensión avisó de su marcha, y después de pagar un mes de alquiler como penalización se puso a hacer las maletas. Qué pocas cosas poseía para ser un hombre que ya mediaba su tercera década, pensó. Un bolso con las herramientas de afinar, un par de maletas con ropa y un perrito. César intuyó que algo iba mal, pero para él eso significaba un cambio, vivir emociones nuevas: lejos de alarmarle, le ilusionaba. Brodie lamentó por primera vez haber tirado la Derringer de Lika al Sena. Quizá debería armarse de nuevo...

Salió al pasillo y se dirigió al cuarto de baño común para recoger el kit de afeitarse, los jabones y las toallas. Cerró la puerta con llave y se sentó un rato en el retrete para seguir haciendo planes. Esa noche se quedaría en un hotel, y el fin de semana se pondría a buscar otra pensión. O puede que esperara hasta Año Nuevo. Una solución estaba en vivir fuera de Trieste: en Grado o Capodistria. Había ferris regulares que llevaban a la ciudad. No le costaría organizar la jornada...

Captó su atención una araña que había atrapada en la bañera: un insecto diminuto, del tamaño de una uña, que trataba de escalar la pared esmaltada y se caía una y otra vez. Brodie observó varias decenas de intentos fallidos y se admiró de la tenacidad que demostraba la araña a pesar de sus obvios y repetidos fracasos. Sonrió y se preguntó lo que sentiría en medio de ese paisaje tan extraño e inquietante. Paredes blancas altísimas, imposibles de remontar: un mundo blanco, un inmenso cañón blanco, reluciente. La pesadilla de una araña. Un insecto capaz de trepar por cualquier sitio de pronto se veía impotente. Brodie miró a su derecha. El tapón de la bañera estaba en el desagüe, y la cadena conducía a un lugar seguro: bastaba con que la araña se desplazase unos centímetros, y podría escalar la cadena y conquistar su libertad. Tuvo la tentación de ayudarla, pero luego pensó que debía aprender sola. Se levantó, relajó los hombros y se masajeó los bíceps y los antebrazos. Era hora de irse al trabajo y prevenir a Gabriele contra los desconocidos que llegasen preguntando por él.

3

—Hola. ¿Se acuerda de mí?

Un hombre joven estaba apoyado contra el muro que había junto a la puerta de Nicolo-Piano. Llevaba un traje negro brillante y raído, y los pantalones le estaban tan cortos que se le veía la parte de arriba de las botas, que llevaba sin limpiar.

—Usted es Stan, ¿no? El tiracopas.

—El mismo.

Se estrecharon la mano.

—Mi hermano quiere que le afine su viejo piano. Se las da de cantante, y le gustaría practicar en casa. Que Dios nos ampare.

—Puedo hacerlo.

—Pero el presupuesto es limitado. Veinte coronas como mucho, me temo.

—Invita la casa. Todo sea por los Celtas Exiliados.

—Es usted un intelectual y un caballero, señor Brodie.

Stan se quedó esperando mientras Brodie entraba en la tienda a recoger sus herramientas y decirle a Gabriele adónde iba y cuándo volvería. Luego fueron los dos caminando en dirección sur por una serie de calles secundarias hasta llegar a la casa donde vivía Shem con su mujer, que en realidad no lo era, según le contó Stan: de la unión matrimonial solo les faltaba la parte que consiste en casarse. Casados a todos los efectos menos los legales, dijo Stan. Brodie entendía muy bien lo que quería decir.

El piso estaba en un edificio de un barrio obrero de Trieste, justo al lado de la academia de idiomas donde daban clase los dos hermanos. Brodie y Stan subieron tres tramos de escaleras hasta llegar a la puerta principal. De camino pasaron al lado de una niña pequeña que estaba sentada en un escalón y que apenas cubría su desnudez con una sábana andrajosa enrollada alrededor del cuerpo. Brodie miró a su alrededor por si acaso andaba cerca uno de sus padres o un hermano, pero no vio a nadie. Stan no pareció inmutarse y, cuando

Shem abrió la puerta —todavía estaba en pijama y bata—, Brodie se dio cuenta de que allí sobraban las normas burguesas de decoro.

Stan se fue a hacer una taza de té mientras Shem conducía a Brodie al piano. Era uno vertical muy deteriorado y atrozmente desafinado. Se había desprendido la mayor parte del marfil de las teclas, dejando al descubierto la madera.

—¿Cómo lo trajo hasta aquí? —preguntó Brodie.

—Solo tuvo que subir un piso —explicó Shem—. Su dueño era un anciano, y cuando se murió, su hijo me lo vendió por veinte coronas y una botella de alcohol.

Brodie tocó las octavas de rigor. El piano estaba muerto.

—Puedo hacer que suene mejor, eso seguro. Lo que no le garantizo es que vaya a estar siempre afinado.

—Admiro su pericia. Me parece extraordinaria —dijo Shem.

En ese instante salió una mujer de un cuarto trasero. Era una joven gorda, pechugona y rubicunda, y llevaba un bebé en brazos.

—¡Ah! Aquí está la parienta con el hijo y heredero —dijo Shem—. Te presento al señor Brodie...

—Moncur.

—Un escocés muy cabal.

—Que va a afinar el piano gratis —añadió Stan, que en ese momento salía de la cocina con una taza de té, pero sin platillo.

—¡Qué bien, señor Brodie Moncur! —dijo la mujer de Shem con un fuerte acento dublinés—. Yo me voy a comprar unos restos de comida para la cena. ¿Se quedará usted a cenar?

—No, me iré mucho antes.

Shem y Stan se marcharon también, y Brodie se quedó a solas con el piano. Lo abrió y se puso manos a la obra, confiando en afinarlo mal que bien antes de que volvieran. Al cabo de una hora tocó «My Bonny Boy» y se quedó relativamente satisfecho, así que bajó la tapa del teclado. El piano estaba diez veces mejor que antes, aunque lo justo habría sido desahuciar al pobre instrumento, no prolongar su agonía.

Media hora más tarde volvieron los hermanos, que observaron maravillados lo mucho que había mejorado. Shem se fue a la cocina y regresó con una botella de *eau de vie*, según dijo. Stan encontró unos vasos, y los tres celebraron con un brindis la regeneración del piano. Shem se sentó en el

taburete y comenzó a tocar y cantar «I Dreamt That I Dwelt in Marble Halls». Brodie observó que tenía una buena voz de tenor ligero.

—Gracias a usted, Brodie, ya puedo empezar mi carrera como concertista —dijo.

Hablaron de las oportunidades que ofrecía Trieste, la ciudad de la música. A los hermanos les gustaba más que Dublín, aunque era muy difícil ganarse la vida. Bebieron más *eau de vie*, y a Brodie el licor le estimuló a contarles el apuro en el que estaba: les habló del tipo celoso y vengativo que le perseguía y de su intención de marcharse de la ciudad, de huir y desaparecer para siempre.

—El mundo es suyo —dijo entusiasmado Shem—. No se vaya a un sitio en Europa o el Mediterráneo. No, despliegue las alas y márchese muy lejos.

Brodie pensó, sin saber bien por qué, en la araña que había visto esa mañana en la bañera, el obcecado insecto que intentaba continuamente escalar una pared inexpugnable mientras la seguridad y la libertad la aguardaban a apenas un metro de distancia. Ahí había una enseñanza para él, pensó: evita el camino convencional, la solución que parece más evidente; da un rodeo.

—Pero ¿adónde? —dijo Brodie—. ¿A Tombuctú? ¿A Ceilán? ¿A Vladivostok? ¿A Tierra del Fuego?

—Ese no es el enfoque acertado —respondió Shem—. Confíe en el azar... Apunta eso, Stannie. Sí, Brodie. Déjelo a la suerte, no haga planes.

Después de servirles a los tres otra copa de ese licor tan fuerte —al principio parecía tan inerte como el agua, pero luego era fiero—, se fue a otra habitación. Volvió con un globo terráqueo de niño y una aguja.

—Yo daré vueltas al globo, y usted clavará la aguja —sugirió.

Brodie la cogió y Shem le puso el globo delante, encima de la mesa.

—Cierre los ojos, Brodie.

Brodie los cerró y oyó cómo el globo de madera vibraba al girar rápidamente sobre su eje. Entonces clavó la aguja, la soltó y abrió los ojos. Shem le acercó el globo terráqueo y Brodie vio que la aguja estaba en medio de una vasta extensión azul: en un océano, entre la India y Birmania.

—¿Puedo probar otra vez? —preguntó. De pronto se notó muy borracho.

—No. Mire, la ha clavado en algo. Tráeme la lupa, Stan.

Stan fue a buscarla y se la dio a Shem, que se puso a mirar.

—Cielo santo, es verdad: ahí hay algo, Brodie. Ha dado en su destino, muchacho. Hay unas cuantas islas, como diría el viejo Archie Piélagos. Aquí

hay islas.

Le pasó la lupa y Brodie la sostuvo por encima de la aguja, moviendo un poco la lente para ver dónde la había clavado. Shem tenía razón: había dado en un pequeño grupo de islas cerca de la costa de Birmania. Brodie quitó la aguja y acercó la lupa para leer las minúsculas letras.

—Islas Andamán y Nicobar. Forman parte del Imperio británico.

—No se desanime por eso —dijo Shem—. Es señal de algo.

Brodie miró a los dos hermanos. De pronto le invadió una extraña alegría.

—Las islas Andamán y Nicobar. Allí es donde iré. ¡Al carajo!

Shem y Stan le aplaudieron alborozados y se rieron. Shem le rellenó la copa y los dos hermanos brindaron por él.

—Brodie Moncur, el aventurero.

—Cómo le envidio —dijo Shem con vehemencia—. Cabrón con suerte.

Séptima parte
ISLAS ANDAMÁN Y NICOBAR
1906

1

Brodie salió del Hotel Deemer y emprendió el recorrido habitual que hacía por las mañanas, acompañado por César con su correa. Le habían advertido que en las islas Andamán se comían a los perros, aunque lo más frecuente era que los robaran y utilizaran luego para cazar cerdos..., o los cruzaran con los canes mestizos que cazaban a los puercos para los nativos en la jungla. No quería correr riesgos con César, un Jack Russell de pura raza y de una curiosidad insaciable: en sus paseos solía escaparse a explorar por su cuenta el barrio por el que estuviesen pasando.

Brodie bajó la colina en dirección al puerto de Port Blair. Desde allí se veía el mar de Andamán, que se extendía hasta la invisible península de Malaca, a muchas decenas de kilómetros de distancia. Llevaba un traje de dril blanco, un casco de corcho y unos zapatos de albero blancos: la perfecta imagen del colono, pensaba. Hacía tres meses que había llegado al archipiélago, pero todavía le resultaba extraño (como si fuera un sueño) vivir allí, llevar una vida normal, vestir traje blanco y tener alojamiento y un trabajo remunerado. Era otro día cálido, con mucha humedad. La temperatura rondaba los veinticinco grados la mayor parte del año —a veces hacía algo más de calor; otras, algo más de frío— y era probable que en algún momento del día lloviera un rato. Paul Deemer, el dueño del hotel que llevaba su nombre, le había contado que la temperatura más baja jamás registrada en las Andamán era de diecinueve grados: más o menos la que había en Edimburgo un caluroso día de verano. Brodie tenía presente que el calor y la humedad eran buenos para sus pulmones. Nunca había respirado tan bien, quizá debería haberse venido a vivir al trópico unos años antes.

Se dirigió al despacho del director del puerto y echó un vistazo a las listas de embarque, en las que figuraban los barcos que habían llegado a Port Blair o atracado en tránsito. Buscaba las compañías navieras procedentes de Europa: un método más intuitivo que lógico, puesto que su viaje a las Andamán había

sido bastante anómalo. Primero había cogido un vapor de la compañía Austrian-Lloyd, que le había llevado de Trieste a Port Said, y una vez allí no había tardado nada en encontrar una litera en un barco carbonero de P&O con destino a Adén. En esta ciudad había pasado una semana, y luego había conseguido un camarote diminuto en un antiquísimo clíper que transportaba té y se dirigía a Calcuta. Le daba lo mismo cómo viajara: lo importante era no detenerse, seguir hacia delante. En Calcuta había habido otra desalentadora espera, pero finalmente había logrado sitio en un ferri lleno de delincuentes convictos que iba a hacer la travesía de mil kilómetros hasta las Andamán. Así, había tardado casi dos meses en pisar el sitio elegido por una aguja en el piso de Shem, en Trieste. Ahora que había llegado a su destino, le gustaba averiguar qué buques registrados en Europa habían atracado en Port Blair: no solían pasar muchos, pero, cada vez que llegaba uno, se ponía alerta.

Después de pasar por el despacho del director del puerto acudió a la oficina de correos general, donde pidió la correspondencia de la señorita Arbogast, la mujer para la que trabajaba, y preguntó si había algo para él. Aún no le había llegado ninguna carta, y esta vez tampoco hubo suerte: no le había escrito nadie de su familia, ni tampoco Lika, aunque esto último era de esperar. El le seguía escribiendo a la antigua tienda, solicitando en el sobre que la carta le fuera remitida a su destinataria (*Faire suivre, svp*); estar tan lejos de Europa le infundía valor. Era imposible saber si las cartas le llegaban, pero se las escribía movido por un impulso emocional ajeno a la lógica y al sentido común. Tenía una extraña fe en el correo: las cartas podían tardar mucho, pero estaba convencido de que, gracias a la diligencia de los servicios postales europeos, siempre acababan llegando a su destinatario. Por lo demás, el acto mismo de escribir le hacía sentirse cerca de Lika. Brodie quería seguir viviendo en la creencia de que ella cumpliría su promesa algún día. Si él no le escribía, ¿cómo iba a saber Lika dónde buscarle? Si no le decía dónde estaba, ella nunca llamaría a su puerta.

Tenía una carta que enviar:

Poste Restante
GPO Port Blair
Andamán Central
Islas Andamán
Imperio británico

7 de junio de 1906

Mi querida Lika:

Sigo viviendo aquí y estoy más contento que antes, porque he encontrado trabajo como asistente de una etnóloga estadounidense llamada Paget Arbogast. Al contestar al anuncio supuse que me iba a entrevistar un hombre, pero Paget Arbogast es, en efecto, una mujer de cuarenta y pocos años, una señora muy rara, a decir verdad, aunque me parece que nos llevamos bien. Hace poco tuvo una caída y se rompió la pierna, así que necesitaba un asistente: puso el anuncio al que respondí y me contrató. Dice que su proyecto de investigación sobre los aborígenes de las Andamán le va a ocupar dos años más, por lo que tengo un trabajo remunerado el tiempo que quiera y mientras ella esté aquí. Cuando se acabe el trabajo o me empiece a aburrir, creo que me iré a vivir a Australia.

Te echo de menos, amor mío. Pienso en ti a todas horas. Las últimas noticias que tengo de París son de hace seis meses. No te lo conté en la última carta, pero ya sé que cerraste tu tienda. Escribirme ya no supone ningún riesgo, ¿no crees? Necesito saber lo que ha ocurrido. Me hospedo en un hotelito limpio, el Deemer. Tiene sala de billar, un cobertizo de estaño «para conciertos» y un jardín con unos árboles enormes que dan buena sombra. ¡Hay hasta un teléfono! Sin embargo, solo se puede llamar a dos números: el de la aduana y el del alcaide de la cárcel. En cualquier caso, estoy a gusto y mejor de salud que nunca, y César, disfrutando su nueva vida en el Oriente.

Con todo mi amor, como siempre,

Tu Brodie

Le entregó la carta al empleado (un sij, a juzgar por el turbante), salió de la oficina y fue caminando por la calle principal de Port Blair, una avenida destartalada y muy concurrida, en dirección a la casa de la señorita Arbogast. Port Blair se había fundado como colonia penitenciaria, y la gigantesca cárcel —una construcción panóptica con una torre central de la que partían siete alas de celdas de tres pisos cada una que parecían los radios de una rueda sin borde— seguía dominando la ciudad. Brodie vio a las primeras cuadrillas de presidiarios saliendo del recinto para hacer esos trabajos por los que no se les

pagaba nada. Había más de mil reclusos entre hombres y mujeres, en su mayoría asesinos procedentes de la India y Birmania a los que se les había conmutado la pena de muerte. A las sucesivas generaciones de presos, una vez cumplidas sus condenas, se les había animado a colonizar la tierra y hacerse granjeros o montar negocios: se fueron creando aldeas y el bosque se despejó para la agricultura, lo que puso en peligro la supervivencia de los aborígenes de las Andamán y su economía cazadora-recolectora. Ahora había millares de «vecinos nativos», como se denominaba a los descendientes de los presos, dedicados a la empresa de colonizar las pequeñas islas a las que habían enviado a sus antepasados para que se pudrieran en ellas.

Brodie se había dado cuenta de lo curiosa que era la sociedad de las Andamán. Las islas resultaban un lugar sorprendentemente tranquilo para vivir, considerando que muchos de sus habitantes descendían de asesinos. Se veían, claro está, multitud de soldados y policías británicos e hindúes, y había una numerosa guarnición acuartelada en las afueras de Port Blair, así como un buen número de funcionarios británicos encargados de administrar la pequeña y remota colonia. Si a todo esto se le añadía la actividad del floreciente puerto, con su trasiego de aventureros, especuladores y marineros, no era extraño que, pese al abigarramiento de los edificios, la calle principal ofreciese una imagen de prosperidad creciente. Los almacenes generales de mercancías, los locales de grog, las tiendas de útiles navales y las pensiones que se apiñaban en la avenida, junto con el largo muelle carbonero del puerto, las dársenas, las grúas y los depósitos, configuraban el paisaje de una ajetreada ciudad portuaria.

Brodie remontó la suave pendiente que llevaba al amplio bungalow de madera de la señorita Arbogast, que tenía un jardín extenso y bien cuidado y un porche que abarcaba todo el largo de la fachada. La cubierta era de chapa ondulada y estaba pintada de verde. Había unos jardineros inclinados sobre la agreste hierba, cortándola con alfanjes alargados. Al ver a Brodie caminando por el sendero que conducía a la puerta principal, pararon de podar, se pusieron de pie y le hicieron una leve reverencia, y luego siguieron trabajando y doblando el espinazo.

La señorita Arbogast reprobaba la práctica de convertir a los antiguos presidiarios en colonos. Según ella, los aborígenes de las Andamán estaban siendo corrompidos y hostigados. Pronto no tendríamos noticia de esas tribus, que durante milenios habían vivido más aisladas que ningún otro pueblo del

mundo: su cultura, su folclore y sus mitos se perderían para siempre. Por eso había emprendido su proyecto etnográfico, sufragado por su adinerada familia y el Smithsonian Institute. Llevaba dos años viviendo en Port Blair y explorando los frondosos bosques del interior, donde iba recogiendo datos y cifras para la monografía que acabaría escribiendo.

Brodie llamó a la puerta. Le abrió Lokima, el ama de llaves nativa. Después de entregarle la correspondencia de la señorita Arbogast, se sentó en la estancia principal y se dispuso a esperarla. El suelo era de hormigón y estaba pintado de granate y cubierto con esteras tejidas con un motivo de palmeras muy elaborado. Las paredes estaban llenas de fotografías tomadas en sus viajes de estudios y de artefactos etnográficos: arcos y flechas, máscaras y faldas ceremoniales bordadas con cuentas, estantes con cazuelas de madera y, en un extremo de la habitación, una red de pesca que ocupaba toda la pared. Los sofás y las butacas de madera, con sus cojines de colores vivos y rellenos de hojas de ceiba, eran sorprendentemente cómodos.

En unas cuantas fotografías se veía a un hombre calvo, delgado y de mirada penetrante, que solía posar al lado de la señorita Arbogast y rodeado de indígenas desnudos. Era Francis Bartkowiak, el ilustre etnólogo y director del proyecto. Un año antes había estado a punto de morir de disentería amebiana, y tras recuperarse parcialmente había ingresado en un hospital de Madrás. Su estado de salud no había mejorado mucho, así que había vuelto a Estados Unidos, donde continuaba su convalecencia. La señorita Arbogast se había hecho cargo del proyecto y venía dirigiéndolo sola —aunque con la ayuda de sus colaboradores hindúes— desde la repentina marcha de Bartkowiak. Todo había ido bien hasta que se cayó y fracturó la pierna. A Brodie le consideraba «una bendición, un regalo enviado por los dioses de la etnografía» para salvarla.

Brodie encendió un cigarrillo, cogió un ejemplar de hacía tres meses de *Harper's Magazine* y comenzó a leer un artículo sobre una novela de Upton Sinclair titulada *La jungla*. Al principio, mientras la señorita Arbogast iba recuperándose poco a poco de la lesión, había sido el burro de carga de todo el mundo, pero ahora formaba parte de su reducido equipo etnográfico y cobraba el sueldo correspondiente. En sus investigaciones, la señorita Arbogast había tropezado con un escollo que Brodie le había ayudado a vencer: los varones de las tribus de las Andamán solían negarse a hablar de ciertos asuntos con ninguna mujer, así que él se había vuelto

extraordinariamente útil como depositario de las confidencias masculinas. Los «vecinos nativos» que ejercían de intérpretes —y que en muchos casos no sabían escribir— le contaban las tradiciones de las tribus, y él iba apuntando todos los detalles. La señorita Arbogast decía que no sabía lo que habría hecho sin él, ese tabú sexual le había ocultado hasta entonces gran parte de la cultura de los aborígenes de las Andamán. A Brodie le agradaba serle útil: por primera vez en su vida, su pericia como afinador de pianos no tenía ningún valor.

La señorita Arbogast entró cojeando, apoyándose en el bastón, del que sin embargo prescindió nada más verle. Le dijo que la pierna le seguía doliendo un poco y que temía que su médico, el doctor Klein (era alemán), no hubiera encajado bien la tibia fracturada. Brodie repitió el consejo que siempre le daba —reposo, reposo y más reposo—, pero ella no quería ni oír hablar al respecto: tenía un trabajo muy importante que hacer. Era una mujer flaca y morena y con los ojos azules más claros que él hubiera visto nunca. Ese azul tan límpido resultaba desconcertante, pensó él, y además imprimía vehemencia a una actitud ya de por sí muy vehemente. La señorita Arbogast ponía una atención y un vigor extremos en todo lo que hacía, ya fuera untar con mantequilla la tostada, escalar una montaña, lavarse los dientes o fotografiar a las tribus salvajes. Brodie se daba cuenta de que, para ella, la vida se podía controlar si uno se esforzaba lo suficiente, y las dificultades, los reveses y las confusiones eran indicios de un defecto o una flaqueza personal; con la energía suficiente era posible superar cualquier obstáculo. La rotura de la tibia había socavado esta convicción en cierta medida. La señorita Arbogast tuvo que admitir a regañadientes que la fuerza mayor existía, de cuando en cuando.

—Brodie, buenos días —le dio un vigoroso apretón de manos, como todos los días—. ¿Cómo van las cosas?

A él le gustaba su acento estadounidense. Reparó en que ella era la primera norteamericana a la que había llegado a conocer bien.

—Está todo listo. Solo me falta saber cuántos vamos a ser al final.

—Ah, sí. Bien pensado. El coronel Ticknell nos ha ofrecido cuatro soldados cipayos como escolta. No tenemos que proporcionarles comida ni bebida ni todo lo demás, pero hará falta otra tienda para ellos.

A Brodie se le había encomendado la tarea de organizar una expedición de dos semanas a las islas Nicobar, que formaban parte del archipiélago pero estaban ciento treinta kilómetros al sur de las Andamán, separadas de ellas por

un estrecho bastante grande, el Ten Degree Channel. Tan cercanas y, sin embargo, tan diferentes, había dicho la señorita Arbogast. Si los nativos de las Andamán eran de la raza negrito, los de las Nicobar eran totalmente distintos: se parecían más a los malayos y los birmanos. Ella tenía que compararlos para saber si el estudio de los nicobareses iba a ocupar un lugar destacado en su libro.

La señorita Arbogast encendió un cigarrillo —tenía predilección por los Gypsy Queen, una marca estadounidense— y los dos discutieron cuándo podían partir a la Gran Nicobar, la isla más grande de todas. Brodie había alquilado el *Lau*, una goleta con motor de vapor y dedicada al transporte de madera. Era un barco feo, con la chimenea en popa y dos mástiles con velas cangrejas en proa. Se lo había alquilado por diez dólares americanos al día a un maderero llamado Deepmal Khan.

Brodie había informado a la señorita Arbogast de que había dos camarotes bastante espaciosos, pero ella insistía en que acamparan en la Gran Nicobar. Las tribus nicobaresas tenían fama de curiosas y hospitalarias, por lo que solo acampando lograrían atraerlas y que los condujesen a sus aldeas.

Él accedió a todo. Estaba algo distraído observando cómo la mujer renqueaba por el salón. Parecía mucho mayor que Brodie —sabía, segura de sí misma, infinitamente más capaz—, aunque él sospechaba que no le sacaba más de cinco o seis años. Vestía una falda de dril de color caqui que le llegaba a los tobillos, una camisa azul marino que parecía de hombre, con bolsillos de parche en el pecho y charreteras, y el pelo recogido en un moño despeinado. La cara la tenía bronceada por las largas horas que pasaba al aire libre, dedicada al trabajo de campo —bronceada como la de una campesina, pensó él—, lo que hacía aún más llamativos los ojos azules como el hielo.

—¿Qué habría hecho yo sin usted, Brodie?

—Disculpe, ¿cómo dice?

—Ni por asomo habría podido organizar este viaje a Nicobar yo sola.

—Estoy seguro de que sí.

—Sí, yo también, pero me habría costado mucho dinero. ¿No lo comprende? Ven llegar a la americana rica y tratan de desplumarla. Debería haber contratado a alguien como usted en cuanto se marchó Francis. Todo habría ido como la seda —le sonrió—. En fin, así es la vida. De los errores se aprende.

—Gracias, señorita Arbogast.

Se sentó en una butaca al lado de Brodie y apagó el cigarrillo.

—Debería empezar a llamarme Page, ¿no cree? Nos conocemos desde hace bastante tiempo.

Brodie estaba sentado junto al intérprete, Ram, en una estera colocada en el suelo de la llamada choza de los solteros. Delante tenía a tres nicobareses jóvenes y medio desnudos que mascaban buyos y hablaban sin rodeos con Ram, un expresidiario que tenía una granja en la Gran Nicobar, estaba casado con una nativa y había aprendido la lengua de la tribu. Además, tenía muy buen inglés. Le había contado a Brodie que también había sido jefe adjunto de una estación de la red ferroviaria bengalí, y que un día había matado con un bastón de metal a un mendigo que se negaba a abandonar el andén pese a haber recibido varias advertencias. Brodie sospechaba que si el tribunal había decidido finalmente no condenarlo a la horca y enviarlo a las Andamán, había sido por el aplomo con que refería el incidente (¿quién no habría matado a palos a un cretino tan contumaz?).

Ram levantaba de vez en cuando la mano para que los nativos hiciesen una pausa y él le pudiese traducir a Brodie, que iba escribiendo a vuelapluma en un libro de contabilidad un resumen de lo que oía. Page le había dado una lista de preguntas muy específicas que había que hacerles a los solteros. Todas parecían referirse a las costumbres sexuales de la tribu.

—Dicen que suelen hacerlo en el jardín de los ñames, y de noche —le explicó impasible Ram—. Copular, quiero decir. Eso cuando son jóvenes; más tarde ya pueden traer aquí a la mujer.

Brodie lo apuntó todo y pasó a la siguiente pregunta.

—¿Qué postura adoptan para el acto sexual?

Ram entabló una animada conversación con los indígenas. Dos de los jóvenes les ofrecieron gustosamente una demostración de la postura: uno de ellos hacía del hombre y el otro de la mujer. «El hombre se arrodilla y atrae hacia sí a la mujer, que tiene las piernas abiertas —escribió Brodie—. Se las levanta con los codos hasta lograr la penetración».

Ram y los jóvenes siguieron parloteando.

—Pero en esta casa —añadió Ram—, cuando los demás duermen cerca, lo hacen así.

Los dos nativos se tumbaron de costado y uno frente al otro. Uno de ellos levantó la pierna superior y la colocó atravesada sobre la del otro.

—De esta manera —tradujo Ram— hacen menos ruido y no molestan a los otros hombres, que duermen mientras tanto en la choza.

Brodie tomó debida nota de lo que le contaba y echó un vistazo a la lista de preguntas.

—¿Qué otras posturas adoptan?

Hubo un estallido de risas procaces: era obvio que se estaban burlando de él.

—Dicen... —Ram se puso a toser, y por primera vez perdió la compostura y ese aire de indiferencia—, dicen que el hombre blanco no sabe copular.

—¿Cómo lo saben?

—Muchos hombres blancos vienen a acostarse con sus mujeres.

—¿Qué es lo que hace mal el hombre blanco, y que tanto les divierte?

La pregunta desató más carcajadas insolentes. Ram escuchó la respuesta con atención, y luego tradujo meticulosamente.

—Dicen que el hombre blanco aplasta a la mujer, que no puede responder.

Uno de los jóvenes interrumpió a Ram y se puso a hablar de forma atropellada. El intérprete asintió con la cabeza.

—El hombre blanco va demasiado deprisa. En cambio, el hombre nicobarés se toma su tiempo... —siguió escuchando—. Conviene arrodillarse de esta manera. Así controla uno bien... la expulsión del fluido.

Brodie leyó la siguiente pregunta.

—¿Se besan?

—Chupan el labio inferior —explicó Ram al cabo de un rato—. También se muerden el uno al otro. En el cuello, el hombro, la mejilla. La saliva fluye de una boca a otra. También le arrancan las pestañas al amante con los dientes —añadió, señalándose los ojos con el dedo.

—¿De verdad?

Brodie estaba intrigado.

—Esto último lo hacen los dos, el hombre y la mujer. Indica una gran... —Ram pensó en la palabra inglesa—, una gran pasión.

Los solteros siguieron hablando excitadamente, no cabía duda de que estaban disfrutando con el interrogatorio. Ram meditó bien la traducción.

—Como no existe apenas contacto entre ambos cuerpos —dijo con aire pensativo—, un muchacho apuesto como él puede fornicar con una anciana o una mujer poco agraciada: no hay amor.

Brodie le hizo la siguiente pregunta que había apuntado Page:

—¿Se masturban?

—Masturbarse es de imbéciles —contestó sin rodeos—. O propio de albinos.

Terminada la sesión, cuando estaban a punto de marcharse, uno de los jóvenes se quitó el amuleto que llevaba en la muñeca y se lo dio a Brodie, acompañando el gesto de unas breves palabras. Estaba fabricado con hojas de helecho y tenía ensartadas varias semillas y una diminuta concha de cauri. Ram le reconvinó, pero el muchacho insistió y se lo puso a Brodie en la muñeca.

—Dice (y discúlpeme, sahib) que se nota que lleva usted mucho tiempo sin copular con ninguna mujer. Si lleva este talismán, el coito llegará muy pronto.

Esa noche, en la tienda de Page, que estaba iluminada por dos linternas, Brodie le leyó las notas que había tomado, y ella las transcribió en un cuaderno de cuero muy grueso.

—Es fascinante —dijo—. Las mujeres me han contado algo semejante. Parecen muy... —se quedó pensativa y sonrió— liberados sexualmente. Despreocupados. Como sociedad.

—Entiendo lo que quiere decir —dijo Brodie, que de pronto se sintió algo incómodo.

—Me han contado las mujeres que les gusta que el hombre «se mueva horizontalmente». Por lo menos me lo han traducido así. No entendía lo que me estaban diciendo. Ahora sí: ya sé lo que hacen los hombres, cómo se agachan y arrodillan. Dice usted que le levantan las piernas a la mujer y las separan con los codos.

—Eso me han dicho.

Page le ofreció un Gypsy Queen. Esos cigarrillos americanos le recordaban a los Margarita.

—Las mujeres no paraban de utilizar la misma expresión: *Kubi-labala-ta*, que significa literalmente «un leño tirado en el suelo, moviéndose» —se puso a gesticular, moviendo la mano de un lado a otro—. Cuando se trata del coito, está claro lo que quieren decir, ¿no cree?

—Supongo que sí.

—Y la mujer también le arranca al hombre las pestañas a dentelladas... en pleno acto sexual. Fascinante. No acabo de entenderlo, pero al parecer representa el apogeo de la intimidad física —soltó una risa ronca—. Dudo que eso vaya a prender en mi país.

A esos interrogatorios dedicaron todos los días de su corta estancia en la Gran Nicobar. Page conversaba con las mujeres en el campamento, y Brodie, con los hombres. Ella le daba una lista de preguntas, y él y Ram pasaban horas hablando con los jóvenes de la tribu en la choza de los solteros, una vivienda sencilla con un tejado en pendiente hecho de hojas de palmera, y sostenida por cuatro palos, dos largos y los otros cortos. Por alguna razón misteriosa, no hablaban con los casados ni con los ancianos, solamente con hombres y mujeres jóvenes y solteros. Brodie supuso que el motivo guardaba relación con el tema de la monografía que ella acabaría escribiendo. En todo caso, las preguntas de Page cubrían otros asuntos —la rutina diaria de la tribu, la división del trabajo, las tareas domésticas, el matrimonio, el embarazo, los ritos funerarios, los tabúes y los mitos sobre el mundo de los espíritus—, así que poco a poco fueron construyendo una descripción de la vida de la tribu. A la sencilla economía cazadora-recolectora y la lucha por la supervivencia en el bosque se superponía un arduo entramado de códigos morales, normas, prohibiciones y creencias de una complejidad comparable a la creada por varios milenios de la llamada civilización. Brodie empezó a respetar al *Homo sapiens* primitivo, aunque sus aspectos más exóticos o chocantes le hacían cierta gracia. «Cómete tu mierda» era el insulto más ofensivo para esa tribu nicobaresa, un ultraje que podía dar pie a un combate a muerte. El adulterio era un delito castigado con la pena capital. Y la higiene se apreciaba más en la Gran Nicobar que en Edimburgo. Oler mal era una abominación.

A veces le pedía a Ram un descanso, y entonces salía de la choza de los solteros para fumar. La aldea estaba constituida por ocho construcciones igual de rudimentarias y que formaban aproximadamente un óvalo. En el centro había una hoguera alrededor de la cual se reunían y bailaban los miembros de la tribu: la danza parecía su único pasatiempo, aparte del sexo. Brodie buscaba un sitio a la sombra, encendía un cigarrillo y siempre se ponía a pensar con asombro en lo largo y azaroso de su viaje. De fumar un cigarrillo en la puerta de Channon & Co., en la lluviosa Edimburgo, a fumarlo en una aldea de las islas Nicobar, a la sombra de las palmeras agitadas por la brisa, en el otro extremo del mundo.

En esas ocasiones atraía indefectiblemente a una pequeña multitud de niñas y chicas adolescentes. Los nativos de las Andamán y Nicobar eran muy bajos

(medirían alrededor de metro y medio), así que Brodie debía de parecerles un gigante, una anomalía de la naturaleza, y él lo sabía. Las mujeres apenas se cubrían con una falda corta hecha de hierba, los pechos siempre desnudos. Se congregaban delante de Brodie, a una distancia prudencial de unos dos metros y formando un semicírculo, y se echaban a reír y le señalaban con el dedo y cuchicheaban tapándose la boca. Se contentaban con observarle. Él les sonreía. «Buenos días, señoritas», decía, lo que suscitaba más risitas y cuchicheos. ¿Qué estarían diciendo de él?, se preguntaba. Otro misterio.

Además de pensar en el viaje que le había traído a esa aldea nicobaresa, empezó a mirar a su propia tribu con las lentes etnográficas recién estrenadas. Estaba la figura patriarcal y tiránica, es decir, Malky, al que servían con desgana un gran número de hijas e hijos, atrapados todos en una vivienda privilegiada, en un hábitat frío, norteño. Y, al lado de la casa, el templo, donde celebraban sus ritos, entonaban sus cánticos, pronunciaban sus conjuros y leían sus textos sagrados, con sus poderosos símbolos: el hombre desnudo y torturado que agoniza clavado en un madero. Era bueno mirar con objetividad una situación que se había vuelto insulsa de puro familiar. Vista así, la vida de uno parecía totalmente distinta. Qué raros son los nicobareses, y qué extravagantes sus creencias. Pero las nuestras también lo son, pensó Brodie, si se miran desde otra perspectiva. Esas muchachas tenían todo el derecho del mundo a reírse de él.

Las preguntas que Page le dio el último día giraban todas en torno a la muerte. Según la mitología de la tribu —que las traducciones de Ram le fueron revelando poco a poco—, después de la muerte iba uno a un lugar conocido como la Isla de los Muertos, una imitación de la vida terrena, aunque allí la gente era más feliz y no envejecía. Si uno había amado a muchas mujeres, la única con la que se encontraba era aquella a la que había amado más: el verdadero amor de uno. Esto valía para hombres y mujeres. No había, por tanto, encuentros embarazosos entre amados o amadas rivales. Esta idea confortó a Brodie, que hizo multitud de preguntas adicionales para asegurarse de haber apuntado bien todos los detalles.

Por las noches, después de cenar, Page y él cotejaban sus notas. Los temas que había elegido se correspondían, según decía, con los capítulos del libro que iba a dedicar a los nativos de las Andamán. A pesar de la proximidad geográfica, la vida y cultura de los nicobareses se habían revelado por completo distintas. La expedición había sido mucho más provechosa de lo que

ella había imaginado: le estaba profundamente agradecida a Brodie por haberlo anotado todo con tanta meticulosidad. Él le dijo que estaba encantado de haberle sido útil.

—¿Cómo se va a titular su libro? —preguntó.

Page se quedó pensativa.

—En realidad, no lo he decidido todavía. Al Smithsonian le propusimos *Estudio etnográfico de los aborígenes de las islas Andamán*. Fue idea de Francis Bartkowiak. Un poco soso, ¿no cree? Me parece que necesitamos un título más sugestivo, con más garra.

—Ya se le ocurrirá algo.

—Creo que sé por dónde irá... Se me ha ocurrido ahora que estamos aquí y sabemos mucho más. Gracias a los nicobareses.

—Ah, ¿sí?

—Algo así como... *Magia, rituales y moralidad en las islas Andamán*.

—No suena mal.

—O, dadas nuestras recientes pesquisas, *Relaciones entre hombre y mujer en las islas Andamán*.

—Ese me gusta.

—O bien... *La moral sexual en las islas Andamán*.

—¿Por qué no?

—O simplemente *La vida sexual de los nativos de las Andamán*. Dado el tema en el que nos hemos acabado centrando.

—Ese título atraería hordas de nuevos lectores.

Ella soltó esa risa ronca, despreocupada.

—También lo podría llamar *Vida sexual*: así, a secas. ¿Para qué andarnos con rodeos?

Brodie se había dado perfecta cuenta de lo que estaba ocurriendo. Su relación con Page había ido cambiando poco a poco. Los ojos azules le miraron divertidos, y a él se le hizo un nudo en la garganta.

—Supongo que existe el riesgo de que lo prohíban —dijo Brodie—. El libro, quiero decir, no la vida sexual. ¿Le queda algo de ese *bourbon*, por casualidad?

Siempre se tomaban un vasito de whisky *sour-mash* después de la cena, y a Brodie de pronto le apetecía un trago.

—Buena idea —dijo ella—. Está ahí, en ese baúl.

Le señaló el catre, que tenía mosquitera. Él atravesó la tienda de campaña,

abrió el baúl y encontró la botella. Page había colocado dos tazas esmaltadas en sus respectivos sitios y estaba de pie, esperándole. Brodie las llenó, y los dos las entrecocaron.

—Brindo por el movimiento horizontal —dijo ella mientras daba un paso hacia él.

Brodie, que sabía que quería besarle, reconoció la broma con una sonrisa y luego se apartó y se dirigió a la puerta de la tienda. Entonces vio las luces del *Lau* reflejadas en las oscuras aguas de la laguna, más allá de la playa. Se quitó el amuleto sexual discretamente y se lo metió en el bolsillo.

Después de apurar el *bourbon* se dio la vuelta. Page no se había movido.

—Me parece que ya va siendo hora de que me acueste —dijo él bostezando—. Estoy baldado.

—Buenas noches, Brodie. Nos vemos por la mañana.

2

César se relamió y luego rebañó a lametazos el plato en el que había estado el pollo picado y que había dejado totalmente limpio. Entonces se subió de un salto al regazo de Brodie y le puso las patas delanteras en el pecho para asegurarse de que en verdad era él. No le gustaba que se fuera, que le dejara, y cuando volvía le ofrecía una demostración de afecto canino tan superflua como enternedora. Brodie le rascó detrás de las orejas, y ese corto apóstrofo que era la cola se difuminó con el alegre vigor de su meneo.

Brodie pensó en Lika. Se preguntó qué estaría haciendo en ese momento, dónde se encontraría. ¿Le habría llegado su última carta? De pronto, se le ocurrió que quizá por eso le había dejado a César: el perrito siempre le hacía acordarse de ella. El recordatorio diario del vínculo César-Lika, Lika-César. Pero ahora pensar en ella le entristecía. Poco a poco se iba convenciendo de que no la volvería a ver: dar media vuelta al mundo para librarse de Malachi Kilbarron había sido una estupidez, por más que hubiese logrado su propósito. Brodie confiaba en que el nuevo ocupante de la tienda le hiciese llegar las cartas a la antigua dueña. ¿No estaría siendo demasiado optimista?

Consideró la terrible posibilidad de que las hubiera remitido a su casa de París, al piso del bulevar Beaumarchais. Evidentemente, Malachi abriría cualquier carta dirigida a Lika que tuviese un sello extranjero. Puede que se hubiese precipitado, pensó... Puede que le hubiese dado sus señas a Malachi sin saberlo. Debería haberle pedido a Dmitri que continuara sus pesquisas. Tal vez habría sido más prudente intentar comunicarse con ella a través de su madre, que vivía en Moscú. Estaba preocupado. Se quitó a César del regazo y alargó la mano para coger el orinal que tenía debajo de la cama. Se aclaró la garganta, escupió y, en medio de la espuma de la saliva, vio burbujas rosas y un hilo vermicular de sangre mucosa, reluciente. Los pulmones estaban inquietos. Su cuerpo parecía sentir de vez en cuando la necesidad de recordárselo, de ofrecerle nuevos indicios de la presencia de esos tubérculos

que se alojaban en el pecho e iban creciendo y madurando. Él sabía de sobra que existían cavidades, agujeros cada vez mayores que se llenaban de tejidos necrosados y pus —como el requesón, le había dicho uno de sus médicos—; y solía imaginarlos como ciruelas mohosas alojadas en los esponjosos tejidos de sus membranas pleurales, las redes de bronquiolos y alveolos.

Llamaron a la puerta, y César ladró una sola vez. Brodie se alarmó de repente y sin saber por qué. Afuera estaba oscuro: era tarde.

—¿Quién es?

—Soy yo, señor Moncur. Acaba de llegar un mensaje para usted.

Era Paul Deemer, el dueño del hotel. Brodie le abrió y Deemer le entregó un sobre donde figuraba escrito su nombre.

Le dio las gracias, cerró la puerta y lo abrió.

Miércoles noche

Querido Brodie:

Necesito hablar con usted de un asunto bastante urgente. Venga a mi casa ahora, si no le importa: podemos cenar mientras hablamos. Hasta dentro de un rato.

Un saludo cordial,

Page

¿Qué querrá que no pueda esperar hasta mañana?, se preguntó.

3

Page alargó la mano y le quitó el largo mechón de pelo que le había caído sobre la frente.

—¿Qué le pasó a su pobre oreja? —preguntó.

—¿Me creerá si le digo que es el resultado de un duelo que libré en Rusia?

—Por supuesto que no.

Brodie se inclinó hacia atrás, apartándose del libro de contabilidad. Ese gesto tan íntimo le había cogido por sorpresa. Page le sonrió impasible.

Estaba sentada delante de él, al otro lado de la estrecha mesa. Tenía un codo apoyado en el respaldo de la silla y estiraba así el tejido de la blusa de color crema que le aplanaba los pechos. Pechos anchos y planos. Brodie pensó en todos los que había visto en las islas Andamán y Nicobar: docenas y docenas de pechos. Centenares. Pechos revelados con inocencia y modestia, sin el menor asomo de lascivia. La postura de Page, en cambio, tenía algo de inmodesto y carente de inocencia, pensó. Se puso de pie y se estiró como si tuviera que aliviar un dolor de espalda.

—Pues es verdad. Falló por muy poco. Me arrancó el lóbulo y algo más.

—¿Y qué paso con el otro hombre..., el otro duelista?

Brodie se rascó la cabeza y sopesó si contárselo o no.

—Le maté.

Page dejó escapar una risa espontánea, con alborozo.

—¡Venga ya! Déjese de bromas.

Ella se levantó y fue a rellenar los vasos de *bourbon*. Se había soltado la melena, que le caía sobre los hombros y la espalda y la hacía parecer más joven, menos áspera y astuta.

—Dígame que está bromeando —dijo mientras volvía con la botella—. Usted es incapaz de matar a nadie, Brodie Moncur.

—Es broma. Tuve una caída aparatosa montando en bicicleta.

—Eso sí me lo creo. ¿Le apetece un pitillo?

—No, gracias.

Ella les sirvió a los dos. La única lámpara de petróleo que había en la mesa le iluminaba con intensidad un lado de la cara, como pintándola de amarillo. Cadmio. Mantequilla. Miel.

Cerró el cuaderno y lo dejó encima de los otros cuatro que tenía apilados en la mesa. Los cuadernos de Francis Bartkowiak, que contenían todo el trabajo que había hecho en las Andamán antes de enfermar y que lo enviasen a la India para recuperarse en un hospital.

—¿Cree usted que podremos?

—No veo por qué no. Parecen perfectamente legibles.

Esa era la razón por la que le había pedido a Brodie que se acercara a su bungalow. A su regreso de la expedición se había encontrado con una carta en la que Bartkowiak le pedía que le devolviese enseguida los cuadernos que recogían su trabajo de campo: se los había dejado en una maleta que estaba en la casa donde se había hospedado. Tenía que enviárselos de inmediato a la Universidad de Yale, en cuya Facultad de Filosofía había aceptado un puesto. Brodie no entendía por qué le había puesto tan nerviosa la carta.

—Tuvo que marcharse muy deprisa —explicó ella—, así que se dejó casi todas sus pertenencias. Tengo un montón de cosas tuyas: ropa, libros, equipaje. Encontré los cuadernos en una maleta.

—Entonces ¿por qué no se los manda?

—Él piensa escribir su propio libro, ¿entiende lo que digo? —dijo casi airada—. Se me va a adelantar.

—Pero ¿cómo podría hacerlo? —preguntó él—. Ha estado usted aquí el doble de tiempo que él.

—Tiene razón, pero no olvide que quien publica primero suele ganar. Nuestra disciplina, la etnografía, es muy joven. Cada uno quiere acotar su territorio y hacerse famoso.

Page le había propuesto que repasaran juntos los cuadernos de Bartkowiak y copiaran lo antes posible cualquier cosa que a ella le pareciese pertinente para su investigación. En el proyecto de las Andamán habían colaborado varias personas: Francis Bartkowiak no podía arrogarse su autoría. Se trataba de «filetear» —esa fue la palabra que utilizó ella— los cuadernos y devolvérselos una vez obtenida la información que necesitaban. Pero había que darse prisa para que él no sospechara nada.

—A más manos, menos trabajo —dijo ella—. Dos cabezas son mejores que

una. Cuanto más rápido repasemos sus cuadernos, cuanto antes terminemos..., más difícil será que desconfíe.

Brodie dijo que estaba a su servicio. No acababa de entender las intrigas ni rivalidades del mundo académico, pero estaba dispuesto a hacer lo que estuviese en su mano para ayudarla: aceptaba el reto, le dijo.

El apoyo de Brodie la tranquilizó y la puso casi exultante, así que rellenó los vasos de *bourbon* para que brindaran por su empresa. Él había hojeado los cuadernos. Eran fáciles de entender —Bartkowiak escribía en tinta negra y con letra caligrafiada—: Brodie y Page no tardarían mucho en saber si había algo que pudiera serles útil.

Empezó a pasar las noches en casa de Page. Cenaban juntos y luego se ponían a repasar los cuadernos. Brodie le iba señalando cualquier dato o comentario que pudiera ser valioso para su investigación. Terminaban la noche tomándose una copa y fumando un cigarrillo en el porche, desde el que se veían las luces de Port Blair. Brodie volvía a su hotel alrededor de la medianoche. Su relación fue variando de manera sutil con el trato diario. De día, mientras llevaba a cabo el trabajo de campo en las aldeas de las Andamán, entrevistando a los nativos, tomando fotos y haciendo mediciones, Page mantenía una actitud formal: se limitaba a dar instrucciones, como se esperaba de la directora de un proyecto de investigación. Sin embargo, cuando caía la noche y Brodie iba a su casa a repasar los cuadernos de Bartkowiak, entre ellos iba surgiendo una intimidad conspirativa y él notaba cómo el ánimo cambiaba.

Terminado el trabajo, en el porche, se sorprendía a sí mismo confiándose a Page, hablándole de sus viajes, del camino que le había llevado de la lluviosa Edimburgo al tórrido Port Blair. Y era inevitable que mencionase muy a menudo a Lika Blum.

—¿Por qué no se casó con ella? —le preguntó un día Page.

—Porque me enteré de que ya estaba casada.

—Eso puede ser un problema —dijo ella en tono sorprendentemente amargo.

—¿Por qué no se ha casado usted? —preguntó Brodie, envalentonado por el *bourbon*.

—No es asunto suyo —contestó ella—. Se habrá dado cuenta de que yo no

le he preguntado por su pasado amoroso.

—Pero le he hablado de Lika.

—Sí, pero yo no se lo he pedido.

—De acuerdo. Disculpe.

—Está bien. Si de verdad quiere saberlo —dijo ella, arrugando la cara—, hubo un hombre (mucho mayor que yo) hace años. Hace muchos años. Él estaba en Princeton. Tuvimos lo que se llama una aventura. Yo no me daba cuenta de que aquello no tenía futuro.

—¿Estaba casado?

—Algo así.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Y eso qué importa?

—Simplemente quería saber los detalles.

—Emerson —ella apartó la mirada—. Resultó ser un completo canalla.

Brodie no quiso preguntarle nada más.

—No se parecía en nada a usted —dijo Page, volviéndose hacia él y cogiéndole la mano con ternura—, si era eso lo que quería saber.

—No, se equivoca. Era solo por hablar de algo.

—Usted es mucho más amable. Más dulce.

—Gracias.

Ella le soltó la mano, cogió su vaso y le miró inquisitivamente por encima del borde.

—Es usted un enigma, Brodie Moncur, eso sí. De hecho, casi me parece verosímil que haya participado en un duelo. Es capaz de eso. ¿Fue por esa mujer, por Lika?

—Fue por una pieza musical.

—Por supuesto. Y ahora es de día.

Brodie sintió una punzada de nostalgia al oír esa frase. Se la había dicho una vez a Lika.

Ella debió de notar cómo le cambiaba la expresión de la cara: se levantó y se dirigió al borde del porche.

—Se me ha ocurrido algo. ¿Por qué no se muda aquí? —lo dijo en tono formal y sin mirarle—. No nos costaría nada improvisar una habitación para usted. Detrás de esa puerta —la señaló con el dedo— hay tres dormitorios más. Facilitaría las cosas; sería más cómodo para usted. Ya no tendría que atravesar la ciudad por la mañana y por la noche.

—¿Y mi perro?

—Le hace mucha ilusión. Se lo he preguntado.

Se miraron con franqueza. Brodie sabía que, a pesar de su aire eficiente y despreocupado, ella le estaba invitando a pasar a la siguiente etapa en su relación —de jefa a amiga, y de amiga a amante— o proponiéndole una nueva que acaso llevara a alguna parte, a un vínculo más duradero.

—Creo —dijo él con tiento— que sería mejor que me quedase en el hotel. Ya sabe lo pequeño que es Port Blair. Habría chismorreos. La gente murmuraría.

—¿Qué más da? Fíjese en las cosas que pasan en esta ciudad. Está llena de asesinos y toda clase de delincuentes.

Brodie no respondió, y Page no volvió a mencionar el asunto. Él le dio las buenas noches y fue caminando hacia el Hotel Deemer mientras pensaba en lo que había quedado patente en su conversación con ella. Sabía que era una proposición seria. Page Arbogast era de esas personas que siempre despachaban los asuntos con pragmatismo, expeditivamente, sin grandes alborotos. Se preguntó lo que supondría casarse con ella: visto desde cierta perspectiva, el matrimonio resolvería muchos problemas. Page le caía bien, le intrigaba y estaba empezando a excitarle. Era inteligente, pragmática y divertida. Además, él sabía que su familia era rica. Sus padres ya habían muerto y ella tenía un solo hermano, un abogado que vivía en Washington. Dedicaría en torno a un año más al proyecto de las Andamán, y luego volvería a su casa, en Connecticut, para escribir el libro. Él podría acompañarla... Entonces se interrumpió. ¿Y qué pasaba con Lika? ¿Cómo se atrevía a considerar la idea de vivir con Page Arbogast cuando Lika Blum podía llamar a su puerta cualquier día? Se habían hecho una promesa el uno al otro. Las promesas había que cumplirlas.

Una vez atracado el vapor en el muelle, delante de la aduana, Brodie ayudó a Page a bajar. Los culis empezaron a descargar los instrumentos y las provisiones bajo la supervisión de Ram. Habían pasado dos días buscando en vano los asentamientos de los jarawas. Esta tribu, la más escurridiza de cuantas habitaban las islas Andamán, también tenía fama de ser la más violenta: los cipayos del coronel Ticknell los habían acompañado en la expedición, y Page había llevado consigo un arma —igualmente proporcionada por el coronel—, un viejo revólver del calibre 45 Adams Mark III, según le había contado a Brodie. La pistola era lo bastante potente, decía, para abatir a un búfalo. Había llovido las dos noches que habían acampado, y los mosquitos habían descubierto un agujero en la cortina y se habían ensañado con él. Brodie se sentía sucio, le picaba todo y estaba aún más cansado que de costumbre. La expedición había sido frustrante y agotadora.

Page le soltó la mano.

—Tengo que darme un baño —dijo—. ¿Ha vuelto a pensar en lo que le propuse? —preguntó en voz baja—. Nos lo podemos tomar con calma, ir paso a paso.

A Brodie la idea de pronto le pareció tentadora. Sí, puede que ese fuera el camino que debía seguir ahora; por lo menos, valía la pena intentarlo. Entonces vio a Malachi Kilbarron salir de la aduana y doblar una esquina.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Page, que había notado cómo se estremecía.

—Acabo de ver un fantasma. Tengo que ir al Deemer. Iré a su casa luego —él la notó perpleja—. No es nada. Pasaré más tarde —dijo, y acto seguido cogió su bolso y se alejó.

En el hotel le preguntó a Paul Deemer si había algún cliente nuevo. Él dijo que no. ¿Ha preguntado alguien por mí mientras estaba fuera? La misma respuesta.

Brodie se tranquilizó un poco. Si en efecto era Malachi, debía de estar recién llegado. Se lavó y afeitó mientras se repetía a sí mismo que bien podía haberse confundido. En las islas Andamán no era nada raro ver a europeos gordos y con barba. Estaban los oficiales de la guarnición, los funcionarios del puerto, los administradores de la cárcel (la Cellular Gaol) y los empleados del superintendente, por no hablar de los capitanes y las tripulaciones de los barcos que pasaban por la ciudad, los funcionarios de aduanas y los comerciantes. Entonces ¿por qué había creído que aquel hombre era Malachi?

Se sentó en la silla y agachó la cabeza. Le invadió de nuevo una fatiga anormal. Solo quería dormir, pero sabía que, si el hombre al que había visto era de verdad Malachi, el mejor momento para encararse con él era ahora, cuando aún no se había instalado en la ciudad ni empezado a hacer averiguaciones. En Port Blair no había más que unos cuantos hoteles y pensiones adecuados para los europeos. No le llevaría mucho pasar por todos para salir de dudas, para saber si había tenido una alucinación o no. Y, si encontraba a Malachi Kilbarron, tendría que encargarse de él de una vez por todas. En esta ocasión no iba a permitir que nadie le distrajese.

Caminó hasta casa de Page, que le estaba esperando. Se había lavado, perfumado y puesto un vestido de cóctel oscuro y unos zapatos rojos que él no le había visto nunca. Pasó de estar más animada que de costumbre a más desilusionada que de costumbre cuando, después de la cena (chuletas de cerdo y alubias), él le dijo que estaba muy cansado y que temía que tuviera fiebre. Ella le tocó la frente, le dijo que le veía pálido y se fue a buscar unos sobrecitos de quinina.

En los dos minutos que tardó en volver, Brodie fue corriendo a su mesa, donde localizó el revólver Adams. Sabía en qué cajón lo guardaba. El arma estaba totalmente cargada. Se la metió en el bolsillo de la chaqueta, que colgó en el respaldo de la silla. Luego le dio las buenas noches a Page y se volvió a disculpar.

—¿Está seguro de que se encuentra bien? —preguntó ella cogiéndole la mano, cosa que había empezado a hacer muy a menudo, y se diría que sin pensar, cuando estaban solos. Era un gesto íntimo y a la vez sin importancia, pero a él le desconcertaba—. ¿Quiere que llame al doctor Klein?

—Solo necesito dormir diez horas —dijo Brodie para tranquilizarla—. No estoy acostumbrado a recorrer la jungla bajo la lluvia.

—Pues que descanse. Venga mañana por la noche si se siente mejor. Nos tomaremos el día libre.

Brodie salió del bungalow. Llevaba el revólver en la chaqueta, y notaba su peso en el brazo. Enseguida se dirigió a la calle principal de Port Blair. En realidad, no se sentía nada bien; puede que sí tuviese fiebre. Era extraño, estaba débil y a la vez lleno de una energía inverosímil. Tenía una presa que cazar. Se ajustó la chaqueta de lino, se metió el revólver en el cinturón y se abrochó los botones por encima. Lo único que debía hacer era encontrar a Malachi Kilbarron, y no había más que unos cuantos sitios donde podía estar a esas horas de la noche.

Dio con él en el tercer hotel por el que pasó. Era el O'Malley's Grand Oriental Hotel —debía de haberlo elegido por las connotaciones irlandesas—, un establecimiento destartado con un bar lleno de farolillos chinos y prostitutas que andaban en busca de marineros. Había unas cuantas habitaciones, y debajo estaba el llamado *chophouse*, un restaurante con manteles grasientos a cuadros y que ofrecía empanada de ostras, pescado frito, chuletas de cerdo... y mucha cerveza aguada y whisky para facilitar la digestión.

Al entrar en el restaurante, Brodie vio a Malachi comiendo solo y de espaldas a la puerta, y reconoció esa espalda ancha que había seguido en el Jardin des Tuileries. Una oportunidad desperdiciada. Nada le iba a distraer esta vez.

Se desabrochó la chaqueta para poder sacar el revólver con facilidad y atravesó el restaurante, que estaba bastante concurrido, hasta llegar a la mesa de Malachi. Durante unos segundos se quedó quieto detrás de él, a un metro de distancia, mientras Malachi, que aún no se había percatado de su presencia, se llevaba a la boca una especie de estofado humeante.

—Kilbarron —dijo en voz baja.

No hubo ninguna reacción.

—Malachi. Quiero hablar contigo afuera.

Nada.

Brodie apretó la culata del revólver con la mano derecha y con la otra le dio a Malachi un golpecito en el hombro.

Esta vez Malachi se dio la vuelta.

Salvo que no era Malachi, sino un europeo de cara pálida y con barba oscura.

— *Czy mogę w czymś pomóc?*

Polaco, pensó. Lo notaba por el acento.

— *Mes excuses. Entschuldigung.*

Al salir del O'Malley's sintió un alivio enorme, una gran alegría y a la vez una extraña vergüenza. ¿Qué le pasaba? ¿Se estaba volviendo loco? De pronto tropezó con un muro y le entró un mareo. El pulso acelerado, luego débil. Se deslizó por el muro y cayó de rodillas. Oh, Dios mío, se dijo. Ya viene. Dios mío.

Un enorme tubérculo que tenía en el pulmón reaccionó al aumento de la presión sanguínea; el aneurisma de la arteria contigua reventó, y la boca comenzó a arrojar sangre oscura sin parar.

Brodie sabía que estaba muy enfermo, más de lo que lo había estado nunca. Los pulmones le ardían y le costaba mucho respirar, aun cuando se recostaba sobre cinco almohadas en la cama de Page. A ratos deliraba. El doctor Klein le había administrado un opiáceo que le parecía que le hacía soñar despierto, y cada cierto tiempo veía desfilar por la habitación a los personajes de su vida: sus hermanos y hermanas, su padre Malky, lady Dalcastle, Ainsley Channon, Calder... Luego el mundo se despejaba y ordenaba solo, y él sabía exactamente dónde se encontraba, y que allí, a su lado, estaba Page, mirándole preocupada y con ternura. También estaba el doctor Klein, con su mostacho y su aire malhumorado, tomándole el pulso con manos suaves y limpias. Brodie se ponía a hablar con Page, le contaba que se sentía un poco mejor y al cabo de un instante le parecía ver a John Kilbarron entrando en la habitación.

En los ratos de lucidez le explicaban lo ocurrido los últimos días. Había sufrido una hemorragia masiva en la puerta del Hotel O'Malley's y lo habían encontrado inconsciente, pero alguien lo había reconocido y había avisado a Page, que había llamado al doctor Klein. En los días siguientes, que había pasado con fiebre y semiinconsciente, sus maltrechos pulmones se habían inflamado: había contraído una neumonía, y de ahí el dolor que sentía, las dificultades para respirar y la fiebre tan alta. Las alucinaciones eran efecto de los opiáceos que el médico le administraba para aliviar el fuerte dolor.

Brodie se sentía más débil que nunca, y la poca energía que le quedaba la dedicaba a respirar: absorber el aire, expulsarlo. Page se sentaba al lado de la cama y le cogía la mano.

—¿Qué hacías allí? —le preguntó un día en voz baja—. ¿Qué estaba pasando, Brodie?

—Andaba buscando a un hombre que había venido a matarme.

Page le sonrió: supuso que estaba delirando de nuevo, y él lo notó.

Cada vez que se abría la puerta, César entraba disparado, se subía a la

cama de un salto y se ponía a lamerle la mano. Brodie a veces reconocía al perrito, y otras se echaba atrás horrorizado, creyendo que era Malachi Kilbarron quien le lamía.

Un día se sintió momentáneamente mejor, más sereno. El dolor en el pecho, las tiras de metal fundido que le daban vueltas por los pulmones como los flejes de un barril, parecía haber remitido.

—¿Por qué te llevaste mi pistola? —preguntó Page.

—Vi a alguien que llevaba años persiguiéndome. Años.

—¿A quién, por el amor de Dios? ¿Quién habría sido capaz de venir hasta aquí?

—Malachi. Malachi Kilbarron.

—¿Quién es Malachi?

—Un demonio que quiere matarme.

Ella sonrió. Él adivinó lo que estaba pensando: que la lucidez le había abandonado de nuevo. Un demonio llamado Malachi.

—Da lo mismo. Lo importante es que me confundí. Era solo un marinero polaco.

Al día siguiente se notó aún más débil. Se estaba apagando, como si tuviera un grifo abierto dentro del cuerpo y la energía vital se le hubiera ido escapando a chorros hasta dejarle sin fuerzas para levantar el brazo. Perdía el conocimiento, luego volvía en sí. La cara de Page y la del doctor Klein —borrosas, deformes— aparecían apenas unos instantes en ese círculo menguante que era su campo visual.

Tuvo un último momento de lucidez: una claridad mental tan absoluta que le pareció que de pronto, por arte de magia, se estaba poniendo mejor. Entonces se dio cuenta de lo que esa lucidez significaba.

Vio una figura que parecía el mapa de una isla desconocida y que se fue transformando en el rostro de Lika. Vio una bandada de gansos sobrevolando a baja altura el río Nevá. Vio al ciervo de Maloe Nikolskoe levantar los ojos del pasto y mirarle fijamente. Vio a Lika cruzar la puerta y acercarse sonriendo. «¡Brodie! —le decía—. ¡Estoy aquí!»). Entonces notó cómo se le llenaban los ojos de lágrimas: era una inquietante sensación de felicidad, de bienestar espiritual.

El doctor Klein estaba de pie al lado de la cama. Le había inyectado algo en el brazo.

—¿Dónde está Page?

—Está durmiendo. Es medianoche.

—No la despierte. Y no se preocupe por mí, doctor Klein.

—¿Cómo dice? *Bitte?* —dijo el médico, que tenía un inglés rudimentario.

—No me pasará nada. Voy a la Isla de los Muertos.

—Disculpe. No entiendo. *Verstehe nicht* .

— *Ich sterbe* —explicó Brodie.

—Sí. Sí, lo lamento mucho.

El doctor Klein se levantó y se puso a hurgar ruidosamente en su maletín. Brodie giró la cabeza para ver lo que estaba haciendo, pero tenía las gafas en la mesilla de noche. Trató de alcanzarlas, ordenó a la mano que se moviera, pero esta le desobedeció. Entonces vio la borrosa silueta del doctor Klein abriendo lo que parecía una botella de champán, rasgando el papel de aluminio dorado, reluciente. Después de una pausa oyó el taponazo, y luego el ruido del líquido que caía en un vaso. El médico le puso los dedos alrededor del recipiente y se lo llevó a los labios.

—¿Qué es?

—Champán. Es costumbre alemana. Al final.

Brodie logró beberse un trago. El champán estaba tibio y le burbujeaba en los dientes.

Page entró en el dormitorio. Él por lo menos vio la silueta de una mujer. No, no era Page, sino Lika, que había venido a buscarle, por fin.

—Muchas gracias —dijo Brodie—. Gracias por todo.

Epílogo

Poste Restante
GPO Port Blair
Andamán Central
Islas Andamán
Imperio británico

2 de septiembre de 1906

Querida Amelia:

Volveré a casa dentro de un mes o tres, calculo. Estoy liquidando mi trabajo seguramente más rápido de lo que debería, pero la vida aquí, en las Andamán, ya no es la misma desde que murió el pobre Brodie Moncur.

Lo más curioso fue que todas las mañanas, cuando se abrían las puertas de la casa, el perrito de Brodie, César, iba corriendo al cementerio, que está como a medio kilómetro de distancia, y luego pasaba todo el día sentado sobre su tumba. Si no hubiese mandado a Lokima a recogerlo, se habría quedado allí toda la noche. Me parecía muy raro, pero también me conmovía mucho.

Y luego ocurrió algo muy sorprendente: la semana pasada llegó una joven rusa. Rubia, atractiva. Se presentó con un sirviente y un montón de baúles con sus cosas; está claro que tiene bastante dinero. Fue directamente al Hotel Deemer, donde preguntó por el señor Moncur, y entonces le dieron la triste noticia y sugirieron que viniera a verme. Me dijo que se llamaba Lydia Kilbarron. Por supuesto, caí en la cuenta de que era la famosa «Lika». Le hablé con todo el detalle que pude de la vida que Brodie había llevado en Port Blair. Le conté lo que estaba dispuesta a contar, o sea, no todo. Fuimos caminando hasta el cementerio y encontramos a César sentado en la tumba del pobre Brodie. El perrito se alegró mucho de verla, al parecer ya

la conocía.

La dejé sola delante de la tumba unos cinco minutos, y luego la acompañé al hotel. Noté que había estado llorando (los ojos rojos, la cara descompuesta), pero ya estaba más serena. Me contó que su marido, el señor Kilbarron, había muerto de repente al caerse de un puente en París. Un accidente horrible: a ella se le llevó el viento el sombrero, él fue a recuperarlo y al intentar cogerlo perdió el equilibrio y se cayó de un puente muy alto. Afligida por la muerte de su esposo, había decidido viajar alrededor del mundo. Sabía que su amigo Brodie Moncur vivía en Port Blair, así que dio un rodeo para ir a visitarle. Yo me limité a asentir con la cabeza, hice el paripé; le dije que sí, que qué triste, que qué interesante, etcétera, etcétera. Me contó que pensaba continuar el viaje, que si el ánimo la acompañaba llegaría hasta China y Japón. Me preguntó si se podía llevar a César como compañero de viaje y yo le dije que sí, por supuesto. Le informé de que iba a volver a Estados Unidos, y además el perro era de Brodie, no mío. Y así nos despedimos. En realidad, me lo callé todo, aunque quizá no hiciese falta contar nada. La dama se marchó con el perrito.

Pensé que ya no la volvería a ver, pero al día siguiente se presentó de nuevo y me dio algo de dinero —varios cientos de rupias— y me pidió que hiciera grabar unos cuantos versos en la lápida de Brodie, que es de madera, como todas las de aquí. Los escribió en un papel, y yo se los di a un carpintero local, que los grabó cuidadosamente en la madera. No sé de dónde proceden los versos, pero allí están, como epitafio dedicado a Brodie y su breve vida. Tenía apenas treinta y seis años y era un hombre dulce, encantador. Parece osado por mi parte decirlo, mientras vierto una lágrima egoísta, porque le traté poco tiempo.

En cualquier caso, Lika, la señora Kilbarron, reemprendió el viaje con su perrito. Confieso que tras su marcha estuve deprimida unos días. Qué injusta es a veces la vida, qué cruel y qué difícil. En cuanto a Brodie Moncur, las dos teníamos nuestros secretos y no quisimos revelarlos. Dos mujeres que se ocultan tantas cosas la una a la otra. Admito que su visita me afectó mucho, y me entraron aún más ganas de marcharme de aquí.

Así que volveré a casa pronto. Mi gran aventura ha terminado, y ahora empieza el trabajo duro.

Con todo el amor de tu doliente hermana,

Page

P. D.: Por cierto, estos son los versos que figuran inscritos en la lápida. La señora Kilbarron (Lika) me hizo prometerle que se grabarían con esmero. He cumplido la promesa.

*My bonny man has gone tae sleep,
His journey o'er... he's heard the call.
Birth tae death is the shortest leap,
The grave is waiting for one and all.*

Notas del traductor

[1] Deporte típico de las Highlands que se practica con un palo curvo y una bola de cuero.

[2] Empanada de carne escocesa.

[3] La «Vieja Alianza» que Escocia estableció con Francia a finales del siglo XIII para defenderse de la monarquía inglesa, y que los dos países renovaron en una serie de tratados suscritos en los siglos siguientes.

[4] Bonne-Nouvelle significa «Buena noticia» en francés.

[5] «Mi hermoso niño se ha dormido. Sueña con mundos que jamás conocerá. Yo le miro y siento ganas de llorar. Él tiene un largo viaje por delante. / Mi hermoso muchacho se ha dormido. Nuestros niños duermen también. Vivimos nuestras vidas y tratamos de orientarnos a lo largo del viaje. / Mi hermoso hombre se ha dormido. Ya ha terminado el viaje... y ha oído la llamada. Es corto el camino que lleva del nacimiento a la muerte. A todos nos aguarda la tumba.»

[6] Sanguijuela, en inglés, se dice *leech*.

[7] «Brillábamos como las estrellas, y nos movíamos como la luna: las dos mitades gemelas de un corazón perfecto. Dos almas unidas. Tú me amabas y yo te amaba, y los dos soñábamos con empezar una vida juntos.»

[8] En inglés, un *cur* es un perro errante y por lo general mestizo, y *mon*, el pronombre posesivo de primera persona en francés.

Una historia de amor entre el riguroso siglo XIX y el cosmopolita y acelerado siglo XX.

«William Boyd probablemente ha escrito más clásicos que ninguno de sus coetáneos.»

Daily Telegraph



Ambientada a finales del siglo XIX, *El amor es ciego* sigue la suerte de Brodie Moncur, un joven músico que está a punto de embarcarse en la historia de su vida. Brodie recibe la oferta de un trabajo en París, oportunidad que aprovecha para huir de Edimburgo y del rigor de su familia. Así arranca una peripecia incontenible: un fatídico encuentro con un famoso pianista cambia su futuro y desata una obsesión amorosa con una bella soprano rusa, Lika Blum, a la que sigue a través de las capitales de una Europa convulsa. El amor de Brodie por Lika y sus peligrosas consecuencias lo acechan en una era de cambios abrumadores, en el salto convulso entre dos siglos.

El amor es ciego es la nueva y arrolladora novela de William Boyd: una vertiginosa historia de pasión y venganza; una novela acerca del esfuerzo artístico y las ilusiones que genera; acerca de todas las posibilidades que la vida puede ofrecer y arrebatarse. Una novela magistral de uno de los narradores más sólidos y reconocidos de la actualidad.

La crítica ha dicho...

«El libro arranca y continúa a un ritmo vertiginoso, o quizás con una cadencia cinematográfica; múltiples lugares, ambientes, escenas y personajes secundarios, en los cuales cualquier otro escritor se detendría a escribir un libro entero [...] Boyd hace que parezca fácil: es todo un profesional.»

New Statesman

«Una muy hábil alquimia de ficción y realidad, mito literario e imaginación. Un logro lleno de habilidad.»

The Guardian

«Vuelve Boyd en un estado que pocos de sus contemporáneos pueden igualar. Este libro refinado, emocionante e inteligente es lo mejor que ha escrito desde *Las aventuras de un hombre cualquiera* y se merece unas alabanzas similares.»

Observer

«Tremendamente entretenida.»

Literary Review

«Cuando Boyd está en forma es lo máximo en ficción inmersiva y *El amor es ciego* está entre sus cimas. [...] Un libro magnífico.»

Sunday Times

«Las capacidades de Boyd como impresionante narrador están completamente presentes en este bestseller histórico.»

Metro

Sobre el autor

William Boyd nació en lo que hoy es Ghana en 1952 y pasó gran parte de su infancia en el oeste de África. Es autor de varias novelas, entre las que destacan *Un buen hombre en África*, *Como nieve al sol*, *Barras y estrellas*, *Las nuevas confesiones*, *Playa de Brazzaville*, *La tarde azul*, *Armadillo*, *Las aventuras de un hombre cualquiera*, *Sin respiro*, *Solo* y *Suave caricia*, protagonizada por James Bond (todas ellas publicadas por Alfaguara). También ha escrito libros de relatos, un ensayo, una biografía y guiones para cine y televisión. Ha sido galardonado con los premios Whitbread First Novel, Somerset Maugham, John Llewellyn Rhys, James Tait Black Memorial, Jean Monnet, Costa Novel of the Year y el Yorkshire Post Novel of the Year, entre otros. Es miembro de la Real Sociedad de Literatura británica y Oficial de la Orden de las Artes y las Letras francesa. En 2005 fue nombrado Caballero del Imperio Británico. *El amor es ciego* es su última novela.

Título original: *Love is Blind*

© 2018, William Boyd

© 2019, Pablo Sauras, por la traducción

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3588-6

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Imagen de cubierta: © Richard Jenkins

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



megustaleerEbooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[El amor es ciego](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Cuarta parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Quinta parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Sexta parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Séptima parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Epílogo](#)

[Notas del traductor](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)